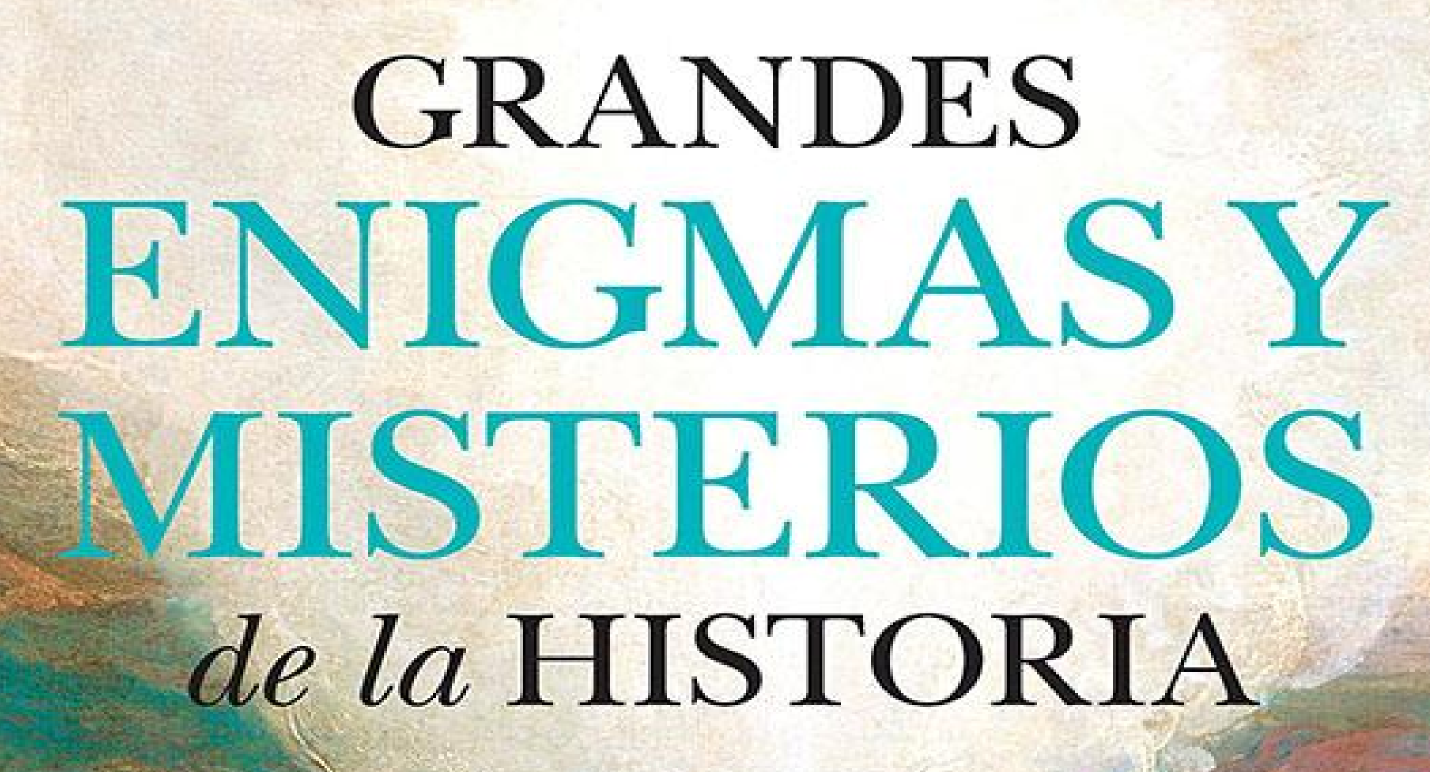
Desde los mayores enigmas bíblicos como el Arca de la Alianza, las tinieblas del Gólgota o la mesa del rey Salomón hasta las muertes más intrigantes como la de Tutankhamón, Napoleón o Marilyn Monroe. La misteriosa desaparición del batallón Norfolk, el vuelo de Rudolf Hess, la máquina Enigma…



GRANDES ENIGMAS Y MISTERIOS *de la* HISTORIA



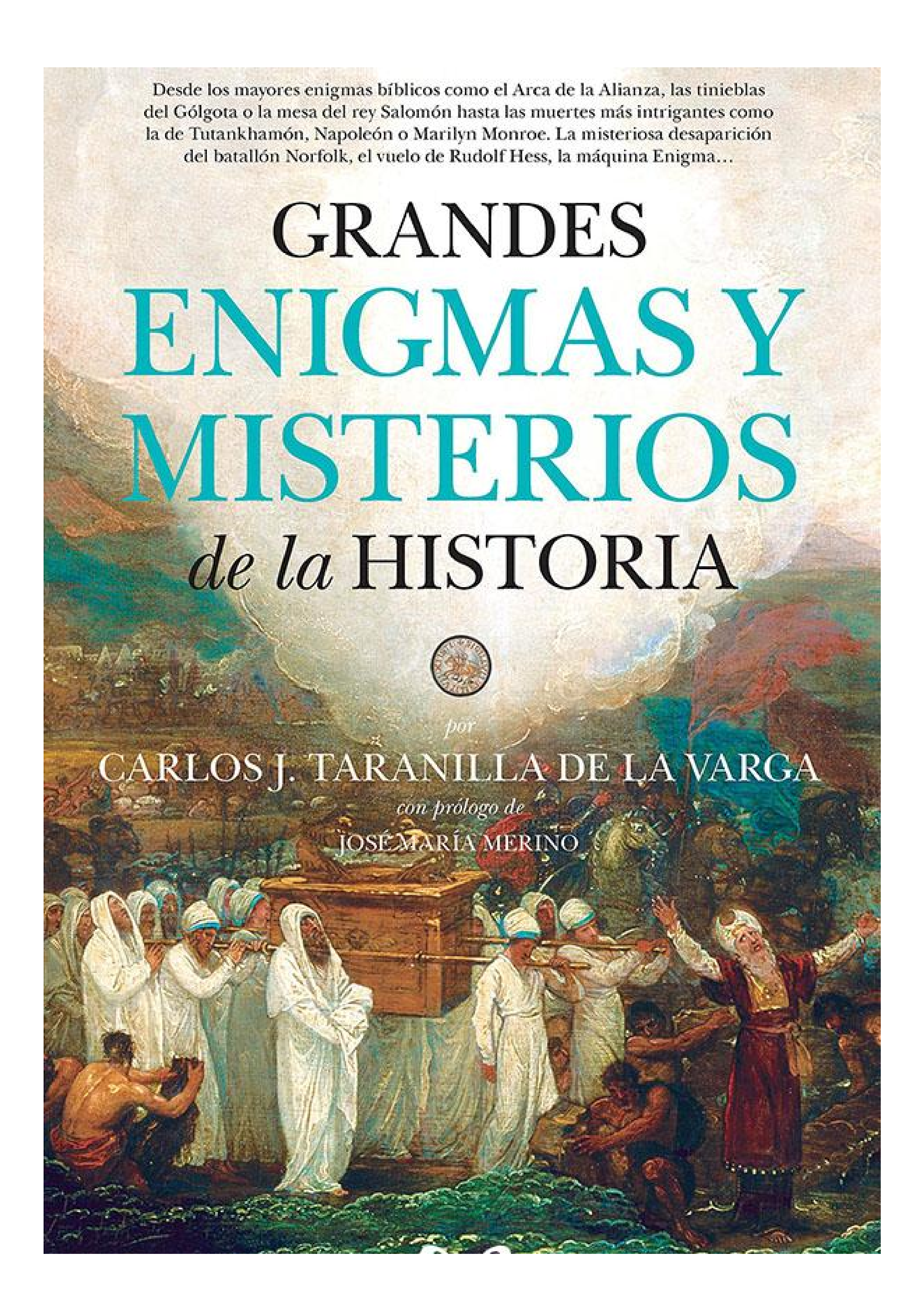
por

CARLOS J. TARANILLA DE LA VARGA

con prólogo de

JOSÉ MARÍA MERINO





Desde los mayores enigmas bíblicos como el Arca de la Alianza, las tinieblas del Gólgota o la mesa del rey Salomón hasta las muertes más intrigantes como la de Tutankhamón, Napoleón o Marilyn Monroe. La misteriosa desaparición del batallón Norfolk, el vuelo de Rudolf Hess, la máquina Enigma…
GRANDES
ENIGMAS Y
MISTERIOS
de la HISTORIA
por
CARLOS J. TARANILLA DE LA VARGA
con prólogo de
JOSÉ MARÍA MERINO

Desde los mayores enigmas bíblicos como el Arca de la Alianza, las tinieblas del Gólgota o la mesa del rey Salomón hasta las muertes más intrigantes como la de Tutankhamón, Napoleón o Marilyn Monroe. La misteriosa desaparición del batallón Norfolk, el vuelo de Rudolf Hess, la máquina Enigma…

Tras los *Grandes mitos y leyendas de la Historia*, Carlos Taranilla de la Varga nos vuelve a sorprender con esta obra donde se recogen los grandes enigmas y misterios de la Historia que desde tiempos ancestrales, hasta la época contemporánea, han despertado el interés en nuestro imaginario colectivo. Desde los grandes enigmas que encierran los textos bíblicos, como el Arca de Noé, la torre de Babel, el Arca de la Alianza, las tinieblas del Gólgota o la numerología bíblica, hasta las muertes más desconcertantes como la de Tutankhamón, Nefertiti o Julio César hasta las de los Kennedy, Marilyn Monroe o Bruce Lee, de las que en la actualidad siguen vertiéndose regueros de tinta, con las más increíbles teorías sobre sus trágicos finales.

Un libro ameno y riguroso que se adentra en grandes hallazgos arqueológicos, sorprendentes enigmas escondidos tras obras de arte como las colosales cabezas olmecas, el cadáver acéfalo de Goya, La Pesadilla de Füssli o los lugares más intrigantes como los de la leyenda del laberinto de Cnossos, la gran pirámide de Keóps, las estatuas de la isla de Pascua o el triángulo de las Bermudas. Un recorrido extenso y detallado por todos los acontecimientos, lugares y personajes que han mantenido en vilo a la humanidad a lo largo de la Historia.



Carlos Javier Taranilla

Grandes enigmas y misterios de la Historia

ePub r1.1
FLeCos 26.10.2023

Título original: *Grandes enigmas y misterios de la Historia*
Carlos Javier Taranilla, 2017

Editor digital: FLeCos
ePub base r2.1





A mi madre, en el misterio de la otra vida.

PRÓLOGO

En mi prólogo al libro *Grandes mitos y leyendas de la Historia. Seres fantásticos y tierras legendarias*, también de Carlos Javier Taranilla de la Varga, señalaba yo que el autor se había propuesto realizar «un inventario riguroso de todos los aspectos sustantivos de ese fundamental patrimonio humano», producto natural del pensamiento simbólico, y que nos lo ofrecía «en una obra muy útil para tener una excelente perspectiva del mismo».

La obra que ahora presento, *Grandes enigmas y misterios de la Historia*, tiene con la anterior una peculiar relación, en cuanto que también trata de despertar nuestro interés y de llevar a nuestro conocimiento un rico repertorio de interrogantes que pertenecen a nuestra memoria histórica y cultural.

Sin embargo, manteniendo ciertos enlaces desde el punto de vista de lo imaginativo, en aquel caso se trataba, como el propio autor señala en su introducción, de presentar «una recreación de sucesos maravillosos, trágicos, felices o tremendos, pero ocurridos fuera del campo de lo real», mientras que, en este caso «… los misterios y enigmas hacen referencia a hechos que han tenido lugar tanto en tiempos antiquísimos como recientes —a veces, actuales, más o menos contemporáneos—, cuya explicación no se ha ofrecido de una manera racional o científica que no deje lugar a dudas».

En efecto, los enigmas que presenta este libro pertenecen a la perspectiva de lo histórico, de lo real, incluso en el caso del mundo bíblico y evangélico, pues aunque este carece de una sustentación histórica y científica mínimamente rigurosa, ha generado muchos productos y elementos, desde el arca de Noé hasta la copa de Jesús, la mesa del rey Salomón o la biblia diabólica, que ya se adscriben a la realidad sin artificio,

por el fuerte interés que han ido despertando, a pesar de su origen primordialmente legendario. Como apunta el autor, «presentan referencias históricas en las que sentar su fundamento» y se pueden referenciar materialmente en el tiempo y en el espacio, así desde en la panorámica de los personajes como de los hechos, aunque estos sean imaginarios, salvo para quienes los abordan desde la fe, naturalmente.

Tanto el índice del presente libro como el preámbulo del autor son lo suficientemente explícitos como para que yo no necesite ser reiterativo. Señalaré, no obstante, que el amplísimo repertorio de enigmas y misterios que presenta comprende desde objetos y libros hasta obras de arte —pintura, escultura, arquitectura—, objetos tecnológicos, escenarios naturales, lugares habitados, edificios… y muy especialmente personajes, con los que todos aquellos elementos están íntimamente relacionados, ya que la conducta humana es la que determina las vicisitudes de la historia.

Así, se analiza la peculiar existencia de determinados seres humanos, muchos de ellos envueltos en las brumas de un lejano pasado —los Reyes Magos, el rey Arturo, la papisa Juana…— con las posibles causas e implicaciones de bastantes muertes misteriosas —la de Tutankhamon o la de Juan Pablo I, pasando por las de Napoleón o Marilyn Monroe…, y debo señalar que las misteriosas muertes de los tiempos contemporáneos, con tantas implicaciones turbias de carácter político, nos hacen imaginar que el mundo de tales intrigas no fue ajeno a las muertes misteriosas del pasado—, sin olvidar numerosas creencias y prácticas —desde los cátaros hasta los rosacruces, pasando por los druidas o los ninjas— adoptadas por muchos a lo largo del tiempo, y se incluye en el libro el mundo de las profecías, que abarcan desde el Apocalipsis de san Juan hasta Nostradamus… entre otras cosas.

La repercusión de la acción humana en nuestra realidad se observa tanto a través de miradas de resonancias bélicas —el batallón Norfolk o el vuelo de Rudolf Hess…— hasta científicas —el origen de la vida, la extinción de los dinosaurios…— y tecnológicas —la criopreservación, la «pila de Bagdad», la máquina de Anticitera…— sin que falten aproximaciones a escenarios tan misteriosos como los megalitos de Carnac, la gran pirámide, las líneas de Nazca, Tiahuanaco o ciertos aspectos de las catedrales góticas,

entre muchos otros. Claro que en los fenómenos señalados hay algunos, como los llamados «círculos de las cosechas», que mantienen por ahora su indescifrable procedencia…

Es meritorio que el autor haya procurado unir a su indudable interés sobre el tema una voluntad de exposición enciclopédica racionalista, con un análisis meticuloso de cada caso, que explora sus diferentes facetas desde un propósito narrativo que sin duda resulta atractivo para quien lo lee. De nuevo, como sucedía en *Grandes mitos y leyendas de la Historia*, a una documentación precisa se une la clara y bien desarrollada exposición, que procura aportar al enigma la mayor cantidad posible de datos, sin que a veces falte una sutil mirada irónica.

Y como en el caso de *Grandes mitos*… he aquí lo que llamaríamos «un libro divulgador» de esos aspectos que tocan a misterios y secretos de la historia humana, a través de más de cien casos que demuestran cómo, pese a la idea de que en la historia prima lo inteligible sobre lo oscuro y confuso, resulta que tales aspectos brumosos son los que, a fin de cuentas, van determinando la sustancia profunda de nuestra memoria, o desmemoria, colectiva.

José María Merino
De la Real Academia Española

Preámbulo

El presente libro, aunque en cierta manera pudiera considerarse complemento de nuestro anterior título: *Grandes mitos y leyendas de la Historia. Seres fantásticos y tierras legendarias*, puesto que dentro del mundo del enigma y el misterio se hallan también muchos temas míticos y de origen legendario, guarda, no obstante, una gran diferencia con él, ya que tales contenidos, aunque tengan su raíz en acontecimientos históricos de un pasado remoto, carecen de rigor histórico, son, digamos, una recreación de sucesos maravillosos, trágicos, felices o tremendos, pero ocurridos fuera del campo de lo real.

Por el contrario, los misterios y enigmas hacen referencia a hechos que han tenido lugar tanto en tiempos antiquísimos como recientes —a veces, actuales, más o menos contemporáneos—, cuya explicación no se ha ofrecido de una manera racional o científica que no deje lugar a dudas.

Cierto es que muchos de ellos, los que se refieren a cuestiones antiguas o de raíz literaria o religiosa, no parecen acomodarse a estas premisas, pero hay que tener en cuenta que casi todos —por no decir todos, pues la excepción confirma la regla— presentan referencias históricas en las que sentar su fundamento.

Hemos traído de nuevo a estas páginas tanto el Reino o área cultural de Tartessos como las estatuas o *moáis* de la isla de *Rapa Nui*, la de Pascua, por parecernos que guardan el mismo contenido enigmático que otros espacios geográficos que hemos incluido en el capítulo de los lugares misteriosos del mundo.

También nos ha parecido conveniente volver a hablar —a la par que lo hacemos de otros objetos de la «vajilla» que estuvo sobre la mesa de la Última Cena— del Cáliz de Cristo, identificado con el mítico Santo Grial

por mor de una leyenda medieval, pues no cabe duda que, entre los misterios que han derramado los tan mentados ríos de tinta, este se lleva la palma, tanto por su existencia física —que solo cabe desde un punto de vista religioso, teniendo en cuenta que las cuestiones de fe no están sujetas a la carga de la prueba— como por su localización actual para quienes creen en él o, al menos, en la tradición de haber sido considerado como tal desde los orígenes del cristianismo. Por cierto, de aquellos tiempos en los que no se dice nada de la trascendental pieza tras el Jueves Santo ni aún en los textos religiosos. Ese es el principal misterio del Cáliz de Cristo, como procuramos recalcar en el apartado correspondiente.

Hemos intentado ofrecer un abanico amplio de enigmas y misterios, abarcando todas las épocas dentro de los más diversos campos. Un recorrido apasionante por cuestiones de índole diversa que aún permanecen abiertas o en su día se cerraron en falso, pero el tiempo, o el diablo, «que todo lo añasca», ha vuelto a sacar a la luz.

No dejaremos de reconocer cuando nos adentremos por la diversidad de contenidos que presentamos, el asombro que nos producen muchos de estos grandes enigmas que aún siguen esperando respuesta, pero la era de la tecnología no puede dársela porque superan, a día de hoy, los conocimientos científicos, ayunos de soluciones para cuestiones trascendentes, esas que hacen nido o dejan huella en la percepción sensorial del mundo.

También es cierto que el tiempo nos termina desbordando a todos en estas cosas, especialmente, ante la amplitud de contenidos que hemos querido abarcar, porque raro es el día que no surge una nueva noticia en relación a los mismos, pretendiendo dar con la solución definitiva o intentando anunciar alguna novedad: junio, julio, agosto… todos los meses, mientras estábamos terminando de redactar, la prensa traía a colación algún dato nuevo, quizá demasiados, porque la picaresca, en estos asuntos, se desenvuelve como pez en el agua.

Así, circulamos por los principales enigmas y misterios que contienen las Sagradas Escrituras, fuente inagotable de investigación, como todos los textos del mismo cariz, en este caso punto de partida para las tres grandes religiones monoteístas: judaísmo, cristianismo e islamismo. La segunda se

apropió de la doctrina de la primera por considerarla una prefiguración —un *antitypos*— del Nuevo Testamento, reconociendo, pues, un origen común, al igual que hizo el Islam partiendo de ambas.

No hace falta ser detective sino simple amante del celuloide —que también es un arte, el 7º— para interesarse por el trágico final de algunas estrellas de Hollywood. La más genuina de todas, la sin ventura Marilyn Monroe, constituyó el icono por antonomasia del Pop Art, como también lo fueron, entre otros, Mao Ze Dong o el Che Guevara, médico de formación, guerrillero revolucionario de profesión o de corazón, según detractores o partidarios respectivamente, pues ningún personaje histórico, que se sepa, se ha librado ni de unos ni de otros. Los rostros de todos ellos, al igual que los carteles publicitarios de la Coca Cola —por citar el producto por antonomasia de la sociedad de consumo—, estampados, xerografiados en multitud de objetos, desde prendas de vestir hasta adornos y piezas de distinto uso, han pasado ya a formar parte de la memoria colectiva de la raza humana.

Podríamos seguir glosando y comentando la larga relación de contenidos que presentamos en este volumen. Sin embargo, creemos que lo mejor para los intereses del lector, destinatario último de toda publicación, será conocerlos directamente, sin que tenga el autor que loar ni sazonar lo que ha querido expresar en el texto, bastando para ello no solo con que no se salga «un punto de la verdad» —como quería el Príncipe de los Ingenios en su inmortal obra—, sino con que se haya documentado convenientemente y haya sabido transmitir la información de una manera asequible, en la seguridad de que no hemos pretendido otra cosa que recopilar datos y narrarlos, atraídos nosotros también por el tema, el cual, no puede ser más apasionante, en especial, porque para muchos de los asuntos que traemos a colación no existe una explicación definitiva, y por eso siguen vivos en los libros como este, que tratan de los grandes misterios y enigmas sin resolver, que, evidentemente, esperan respuesta.



Lilith, de John Collier, 1892.

ENIGMAS BÍBLICOS

LILITH, ¿LA PRIMERA MUJER?

Así dice el Génesis: «Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, y los creó macho y hembra» (Gn 1, 27).

De la lectura de este versículo se desprende que al mismo tiempo que al hombre —a Adán—, Dios creó a imagen suya una mujer («los creó macho y hembra»). Por tanto, existió otra hembra antes que Eva, la cual fue creada posteriormente a partir del cuerpo del primer hombre.

Más adelante, después de que Dios dijera a la primera pareja: «Procread y multiplicaos…» (Gn 1, 28), es cuando se produce la formación de Eva:

> Hizo, pues, Yavé Dios caer sobre el hombre un profundo sopor; y dormido, tomó una de sus costillas, cerrando en su lugar con carne, y de la costilla [*tselá*, en hebreo, que también significa «lado»] que del hombre tomara, formó Yavé Dios a la mujer, y se la presentó al hombre.
>
> Gn 2, 21-22

Entonces, es cuando Adán se refiere en estos términos a su nueva compañera: «Esto sí que es ya hueso de mis huesos y carne de mi carne» (Gn 2, 23). Prueba evidente de que se hallaba frente una segunda mujer, distinta en su origen a la anterior que, como él, había sido formada del polvo, si bien alguna versión afirma que no del barro de la tierra, sino de la inmundicia.

No obstante, existen diversas lecturas de esta doble versión del Génesis sobre la creación del hombre y la mujer, por parte de cada Iglesia cristiana y de las distintas tradiciones judaicas, sin olvidarnos de las que se hallan al

margen de lo religioso: alegóricas, pseudo religiosas y de tipo científico académico.

Para quienes defienden la exactitud de los textos bíblicos, los llamados creacionistas, no existe ninguna contradicción en ambos capítulos, sino que se trata de una doble exposición sobre el mismo asunto, la primera abreviada y la segunda desarrollada, más explícita, es decir, se trata de un mismo hecho relatado de dos maneras diferentes por distintos narradores.

Ítem más. En Génesis 1, 27 no se dice que hombre y mujer fueron creados simultáneamente, sino que fueron creados en el mismo día. Por ello, el capítulo 2 no cae en ninguna contradicción con el 1, sino solo añade detalles no mencionados en este.

Para los defensores de la postura académica, la contradicción entre los capítulos 1 y 2 se debe a que el libro del Génesis no fue escrito por Moisés, como sostiene la tradición sustentada en relatos orales del II o I milenio a. C., según ha pretendido demostrar la arqueología bíblica en la primera mitad del siglo pasado —algo no aceptado por todos los autores—, sino que se trata de una fusión de las cuatro fuentes o tradiciones distintas que conforman la Biblia —Yavista, Elohista, Deuteronomista y sacerdotal—, escritas por distintas personas en diferentes momentos y lugares. El capítulo 1 se identifica con la tradición sacerdotal —posterior al exilio en Babilonia —, mientras que el capítulo 2 pertenece a la escuela yavista, mucho más antigua, de la época de los reyes de Israel. Ambos tienen cometidos diferentes, pues mientras el primero pretende reforzar la idea del judaísmo más como una nación que como una religión, el segundo intenta ensalzar los valores de un pueblo nómada, centrado en la vida en el desierto.

Con todo, se debe reconocer que de las palabras de Adán en Gn 2, 23, no puede menos de inferirse que se está refiriendo a una nueva mujer, diferente a la que había tenido antes, puesto que emplea el adverbio «ya», que tiene un significado temporal, es decir, el llamado primer padre de la Humanidad manifiesta de ese modo que se halla ante algo (una mujer) distinto a lo que tuvo en otro tiempo. Hubo, pues, un antes y un después, a tenor de sus palabras.

En cuanto a la primera mujer, la versión más antigua rabínica que existe sobre Lilith y Adán, en relación con el Génesis, se encuentra en el

«Alfabeto de Ben Sira» (h. 700-1000), un *midrash*, es decir, una ficción basada teóricamente en un hecho real, que se utiliza para el estudio pormenorizado de los textos. Según esa versión, Lilith, que arrastraba una fuerte influencia cananea en sus comportamientos sexuales, caracterizados por la liberalidad, se negaba a situarse debajo de Adán durante el coito: «¿Por qué he de yacer debajo de ti? Yo también fui hecha de polvo y, por tanto, soy tu igual». Al ser forzada por Adán a permanecer en esa postura, pronunció el nombre de Dios, le nacieron alas, se elevó por los aires y desapareció, abandonando por propia voluntad a su «marido» y el Jardín del Edén.

Como Adán se quejaba, Dios envió a tres ángeles (Sansenoy, Semangelof y Senoy) a buscarla. La encontraron junto al Mar Rojo, región infestada de demonios, con los cuales se había entregado a la lujuria y había engendrado a los *Lilim*, a razón de «más de cien por día». La advirtieron que si no regresaba con Adán la ahogarían, pero ella replicó que ya no podía volver a vivir como una mujer honrada después de lo que estaba haciendo. Dijo también que no podrían matarla, porque Dios la había ordenado que se hiciera cargo de todos los niños hasta el octavo día de vida —el de la circuncisión— y de las niñas hasta el vigésimo. Comentó igualmente que si observaba la efigie de los tres ángeles en un amuleto —costumbre mágico religiosa judía— protegiendo a un recién nacido, le perdonaría la vida. Sin embargo, por estas palabras, Dios la castigó haciendo que cientos de sus hijos murieran cada día y que, al ver un amuleto protector, estallara en cólera y matara a toda su descendencia.

Lilith huyó a Oriente y su libertad sexual se propagó entre las mujeres cananeas, que, adorando a la diosa Anath, acostumbraban a mantener relaciones prematrimoniales, algo prohibido a las hembras hebreas, como consta en el Deuteronomio: «Que no haya prostituta de entre las hijas de Israel, ni prostituto de entre los hijos de Israel» (Dt 23, 17).

La tradición judía considera a Lilith una mujer seductora, de atractiva belleza, representada con una abundante melena pelirroja que envuelve casi todo su cuerpo, acabada en cola de serpiente. La iconografía medieval la emparentó con los súcubos, demonios tentadores, sensuales, que pueblan las fantasías masculinas.

La única mención que hay en la Biblia sobre Lilith aparece en el texto masorético del profeta Isaías: «Perros y gatos salvajes se reunirán allí, y se juntarán allí los sátiros. También allí Lilith descansará y hallará su lugar de reposo». (Is 34, 14).

En la Vulgata de san Jerónimo su nombre se tradujo por *Lamia*. Lutero, en su Biblia, la llamó *Kobold*. Otras versiones traducen el término hebreo *li.lith* por «criatura nocturna» o «lechuza», por lo que existe la duda de si se trataba de un nombre propio o común, ya que no vuelve a mencionarse, como decíamos antes, en toda la Biblia.

Este es el misterio que encierran los sagrados textos sobre la primera hembra de la Humanidad.

EL ARCA DE NOÉ Y EL DILUVIO UNIVERSAL

Como diremos dos epígrafes más adelante, la existencia del Arca de Noé, como la de la Alianza, sigue siendo un enigma porque aún no se ha dado con su paradero. No obstante, los pormenorizados datos que aporta la Sagrada Escritura sobre sus dimensiones, a pesar de que no especifique su formato, hacen pensar a quienes siguen en su búsqueda que se trata de un objeto que realmente existió:

> Hazla así: trescientos codos de largo, cincuenta de ancho y treinta de alto; harás en ella un tragaluz, y a un codo sobre este acabarás el arca por arriba; la puerta la haces a un costado; harás en ella un primero, un segundo y un tercer piso.
>
> Gn 6, 15-16

Siempre han ardido los deseos por dar con los restos del arca. Ya en el año 330 d. C. existía un relato que hablaba de un patriarca de la Iglesia oriental, conocido con el nombre de Jacobo, a quien un ángel le entregaba los restos del Arca en su primera ascensión al monte Ararat, donde, según el relato bíblico, encalló la nave de Noé cuando las aguas del Diluvio Universal comenzaron a bajar de nivel: «El día veintisiete del séptimo mes se asentó el arca sobre los montes de Ararat» (Gn 8, 4).

La citada cumbre se trata de un accidente geográfico situado en Anatolia, actual Turquía, que en aquel país se conoce como el *Agri Dagi*, un

volcán inactivo de ancha base coronado por nieves perpetuas, que consta de dos cimas, la más baja, *Agri el Pequeño*, de 5135 metros de altitud, y la más alta, *Agri el Mayor*, de 5165 m. En armenio, este último se conoce como Monte *Masis*, mientras que el anterior es el Monte *Sis*.

La procedencia de su nombre turco no está clara; puede aludir a una antigua aldea, *Agori*, desaparecida en 1840 durante un alud, o bien proceder de las expresiones *Agir Dag* («montaña pesada») o *Egri Dag* («montaña curva» o «hueca»).

En cuanto a los intentos para encontrar el Arca de Noé, ya en el siglo XIII hubo famosos aventureros que en sus viajes llegaron hasta el monte bíblico: el monje franciscano flamenco Willen van Ruysbroeck (conocido en español como Rubruquis), en 1254, y el veneciano Marco Polo en 1273.

A comienzos del XVIII intentó llegar a la cima el francés de la Provenza, Pitton de Tournefort, pero tampoco lo consiguió ni, como los anteriores, halló vestigios del Arca de Noé.

En el siglo XIX, cuando el Romanticismo impulsó el interés hacia el pasado, en una nostalgia a veces enfermiza por poseer aquello que había sido extraordinariamente relevante para el ser humano, tuvieron lugar varias expediciones que, partiendo de Europa, se propusieron lograr el hallazgo de la barca sagrada. En 1829, el alemán Georg Friedrich Parrot aseguró haber llegado a la cima del Ararat, pero sin descubrir nada.

Fue en 1876 cuando el historiador británico James Bryce (1838-1922), al frente de una expedición, anunció que había encontrado un trozo del Arca, tallado con un instrumento que también halló algo más arriba, cuando ascendía hacia la cumbre del monte Ararat.

Convencido Bryce de haber dado con un resto del arca más buscada de todos los tiempos, se permitió realizar una serie de afirmaciones rayanas en la hilaridad en su obra «Transcaucasia y el Ararat»:

> Si fue realmente [allí, el Ararat] donde el hombre volvió a pisar la Tierra despoblada, puede uno imaginarse la gran dispersión que tuvo lugar cuando las razas se extendieron desde esas sagradas alturas a lo largo de los cauces de los grandes río, hacia el Mar Negro y el Mar Caspio. No podría imaginarse un centro del mundo más impresionante.

Algunos años después fue otro explorador, el ruso Vladimir Roskovitski, quien en 1916, sobrevolando la cima de dicho monte, declaró

haber divisado, encallado sobre el hielo, algo así como los restos de un navío. Ante este descubrimiento, el zar Nicolás II de Rusia, espoleado por la iglesia ortodoxa y con la necesidad de encontrar algún sentimiento patriótico que mitigara el descontento popular de un país envuelto en la más absoluta miseria, ordenó el envío de una expedición. No obstante, al poco estalló la Revolución bolchevique y el asunto quedó olvidado.

Hubo que esperar casi otros cuarenta años para que, en 1955, un explorador francés llamado Fernand Navarra, anunciara, después de dos expediciones infructuosas, que tenía en su poder un trozo de viga, resto seguro del Arca, que había encontrado en la cima del monte Ararat. Pero el análisis del carbono 14, aunque inicialmente otorgó a ese trozo de madera de encina una antigüedad aproximada de 5000 años —con lo que todo podía encajar—, en un segundo análisis rebajó su época de procedencia al siglo III d. C., desvaneciendo así todas las pretensiones, puesto que tales trozos de madera bien podían pertenecer a peregrinos o penitentes que, convencidos de la existencia del Arca, habían andado por estos parajes construyendo y habitando cabañas.

Todavía en 1960, un piloto turco llamado Ilhan Durupinar, aportó una fotografía obtenida por él mismo en la que se observaba una especie de embarcación de forma ovalada, e hizo creer a todo el mundo que había dado con el definitivo hallazgo. Pero, lo cierto es que no se trataba de ninguna obra humana, sino de la madre Naturaleza: una caprichosa formación geológica que, en atención al revuelo organizado por el sensacionalismo de la revista *Life*, que enseguida se hizo eco de la noticia y la divulgó por todo el mundo, tomó el nombre del citado aviador turco: «formación Durupinar».

Nadie se dio por vencido y, ya en nuestro siglo, un grupo de científicos y exploradores turcos y chinos, corriendo el año 2010, afirmó que en torno a los 4000 metros de altitud habían hallado una especie de nave o embarcación de madera, fechable hace unos 4800 años, con lo que podría corresponder perfectamente a los tiempos bíblicos. Pero también constituyó un bochornoso espectáculo de la picaresca, puesto que todo se trataba de hacer publicidad para un parque de atracciones de Hong Kong, cuya temática estaba dedicada el Arca de Noé.

A finales de 2011, el empresario norteamericano Daniel Mc Givern, presidente de Shamrock-The Trinity Corporation, y el fotógrafo Pedro Venegas, anunciaron que «mediante las imágenes captadas por satélites militares y de la CIA, y de radar que penetra el suelo, se ha localizado el Arca de Noé a 5059 metros de altitud en las laderas del Ararat». Parecidas afirmaciones había realizado en 2004 y, en realidad, el hallazgo consistía en una pieza rectangular de madera de unos 7,5 m de ancho y 37,5 de longitud, a 7 de profundidad dentro de un glaciar de más de 90 m de espesor. Debido a que un análisis espectrográfico había identificado el material como madera, tratándose de una montaña volcánica desprovista de vegetación, ambos creyeron que, por fin, se había encontrado un resto auténtico de la que fuera Arca de Noé. Lo que también añadían es que la prueba del carbono 14 para confirmar la autenticidad del hallazgo, contando que se pudiera extraer algún resto del mismo, no tendría mucho efecto, debido a los avatares sufridos a lo largo de tanto tiempo. Sin embargo, su Compañía comercial pensaba producir alguna película, así como sacar a la venta objetos y *souvenirs* sobre el arca en cuestión, o sea, hacer negocio ya.

De manera, que ahí sigue la pormenorizada descripción bíblica, esperando su confirmación práctica si se da con el verdadero hallazgo, que muchos creen posible más pronto que tarde.

El Diluvio Universal

Respecto al Diluvio Universal, existen referencias muy similares en las más distantes culturas del mundo: Asia, África, Oceanía, América.

Según el Génesis (6, 7, 8) Dios quiso castigar a la humanidad por su vida licenciosa y decidió terminar con ella ahogándola por medio de una lluvia continua durante cuarenta días con sus noches, que inundó el planeta entero, pereciendo así toda forma de vida —incluso los peces, algo realmente extraño siendo de agua el castigo—, excepto un hombre justo llamado Noé, a quien Yavé advierte de la que se avecina y le encarga que construya el arca que acabamos de referir, en la cual se introducirán, para salvarse, él, su familia y una pareja de animales de cada especie, una enormidad.

> Se arrepintió [Yavé] de haber hecho al hombre en la Tierra, doliéndose grandemente en su corazón, y dijo: «Voy a exterminar al hombre que creé de sobre la haz de la Tierra; y con el hombre a los ganados, reptiles y hasta las aves del cielo, pues me pesa haberlos hecho». Pero Noé halló gracia a los ojos de Yavé.
>
> Gn 6, 6-8

Al cabo de dicho tiempo cesó de llover, las aguas bajaron de nivel y el arca encalló en el monte Ararat, significando de esta manera que el planeta era de nuevo habitable, por lo que los viajeros, tanto humanos como animales, descendieron de la nave y volvieron a repoblar la Tierra después de comprobar, soltando por segunda vez una paloma, que ya era posible de nuevo la vida porque el ave regresó con una rama de olivo en el pico, prueba evidente de que la vegetación crecía en algún lugar. Así, este ave se consagró como el símbolo de la paz y de la vida, mientras que el cuervo lo fue de la muerte porque cuando Noé lo echó a volar, antes que a la paloma, se dedicó a picotear cadáveres en lugar de regresar al arca donde estaba su amo.

Los relatos bíblicos probablemente están basados en épocas de inundaciones que tuvieron lugar en los tiempos *post* paleolíticos al ir derritiéndose los últimos hielos, que hicieron aumentar desmesuradamente los niveles de la mar, con lo que se producirían grandes inundaciones. Transmitidos de forma oral, generación tras generación, formaron el sustrato del episodio del Diluvio Universal en esta parte del mundo. Concretamente, parecen existir evidencias científicas de que hacia el VII milenio a. C. se derritió un inmenso glaciar en el Atlántico Norte que provocó una subida espectacular del nivel del mar (en torno a 1,5 metros), produciéndose una entrada masiva de agua salada en el Mar Negro que obligó a grandes desplazamientos de poblaciones hacia Asia Menor desde esa zona del sureste de Europa. Así mismo, excavaciones efectuadas por el Dr. Wolley en Ur, entre 1922 y 1929, dieron con una capa de sedimentos arcillosos de más de 2 metros de espesor, datada hacia 3500 a. C., que tuvo que ser resultado de una inundación de gran magnitud, que correspondería a crecidas excepcionales de los ríos Tigris y Éufrates o a una gran inundación regional.

Sin embargo, como antes dijimos, los relatos sobre el diluvio existen en los cuatro puntos cardinales.

En el *Mahabharata* hindú, el dios Vishnú, que ha tomado la forma de pez, avisa a Manu de la próxima llegada de un enorme diluvio que inundará toda la Tierra, por lo que este construye una embarcación para que puedan guarecerse todas las especies de animales terrestres. El barco encalla también en un monte al término del diluvio, cuando las aguas comienzan a descender y, en algunas versiones, se da igualmente el episodio del pájaro que regresa con una rama en su pico.

En Australia fue una rana-dios la que se tragó todo el agua del mundo y, acto seguido, la vomitó de golpe porque una anguila la hizo reír —la risa es considerada un síntoma de vitalidad—, con lo que se inundó el planeta.

En Sudamérica destaca la versión en la que los cuatro dioses gemelos: Quetzalcóatl, Tezcatlipoca Negro, Tezcatlipoca Rojo y Huitzilopochtli, entran en disputa y uno de ellos, al propinar un tremendo golpe en el suelo con su poderoso pie, hace brotar todas las aguas subterráneas y estas sumergen la Tierra. Existe otra versión en la que, tras producirse un copioso diluvio, todos los hombres se convierten en peces, ante lo cual los cuatro hermanos reunidos acuerdan reconstruir el mundo a partir de cuatro hombres nuevos que deciden crear.

En África, en la zona del actual Congo, existe una versión muy curiosa, según la cual el Sol, envidioso del brillo de la Luna, la lanzó barro para que se apagara; después, se produjo un gran diluvio y los hombres supervivientes se convirtieron en monos, de los que, a la inversa de lo que opinan otras mitologías —e incluso la Ciencia a través del «eslabón perdido»—, descienden los humanos.

En China se echa la culpa de la catástrofe al dios Kong-Kong, que de un cabezazo tiró al suelo una de las columnas que sostienen la bóveda celeste, con lo que se produjo un enorme agujero en el firmamento por el que cayó agua sin cesar sobre la Tierra.

En la mitología persa, el dios supremo Ahura-Mazda mandó al primer hombre, Yima, que construyese una torre en lo alto de una montaña para refugiarse con otros hombres buenos, animales y plantas, mientras el resto del mundo era destruido por Arimán, el dios del Mal.

La versión más parecida al relato bíblico es la babilónica, lógicamente debido a la proximidad geográfica y cultural. Según el Poema de Gilgamesh, Utnapistim, que había recibido el aviso por medio del susurro del viento entre las cañas, construyó, como Noé, una barcaza en la que se introdujo con su familia, sus pertenencias y distintas parejas de animales antes de que comenzara el pertinaz diluvio, que duró siete días con sus noches; al octavo día, soltó una paloma y una golondrina, que regresaron al barco por no encontrar dónde posarse. Esperó otro tiempo y echó a volar un cuervo, que no volvió. Intuyendo que las aguas se habían retirado, desembarcaron los navegantes y repoblaron la Tierra. Salvo el episodio del cuervo y la paloma, que ocurre en el tiempo al revés que en el Génesis, las coincidencias son evidentes.

Entre las investigaciones que se han llevado a cabo para encontrar pruebas sobre la superficie del planeta que puedan aportar alguna luz sobre este suceso y sus dimensiones, se hallan las excavaciones arqueológicas del Dr. Wolley, efectuadas en 1929 en la antigua ciudad sumeria de Ur, que descubrieron una capa arcillosa superior a los dos metros de profundidad, procedente de sedimentos dejados por el agua y, bajo ellos, se hallaron restos de una civilización anterior. Algo similar se encontró en otras zonas de la antigua Mesopotamia, como las ciudades de Uruk, Babilonia, Kish o Nínive, si bien las referencias cronológicas varían de unas citas a otras, con lo que habría que concluir que no estaríamos ante un gran diluvio sino frente a varios. Sería lo más probable, atendiendo a las diferentes fases de deshielo que se dieron en la formación del clima durante las etapas finales del período Holoceno, el segundo (tras el Pleistoceno) de la era Cuaternaria, al término de la última glaciación europea, conocida con el nombre de Günz, que tuvo su inicio hace unos 40 000 años y se extendió por la mayor parte del Globo.

LA TORRE DE BABEL, FUSIÓN DE CIELO Y TIERRA

Hay que recurrir al Génesis para hallar la primera referencia sobre la Torre de Babel. Como todo el mundo ha dicho siempre, los hombres, después del Diluvio Universal, decidieron construir una torre tan alta que llegara hasta

el Cielo para quedar a salvo de las aguas en caso de que volviera a inundarse la Tierra. En pago por su soberbia (alcanzar el Cielo), Yavé les castigó confundiéndoles las lenguas para que no pudieran entenderse; así que tuvieron que dejar la obra a medio hacer.

Sin embargo, el relato bíblico, que no cita el diluvio pasado en la relación causa efecto sino la osadía de tocar lo que no está a nuestro alcance, lo cuenta así:

> Y dijeron: «Vamos a edificarnos una ciudad y una torre, cuya cúspide toque a los cielos y nos haga famosos, por si tenemos que dividirnos por la haz de la Tierra». Bajó Yavé a ver la ciudad y la torre que estaban haciendo los hijos de los hombres, y se dijo: «He aquí un pueblo uno, pues tienen todos una lengua sola. Se han propuesto esto y nada les impedirá llevarlo a cabo. Bajemos, pues, y confundamos su lengua, de modo que no se entiendan unos a otros». Y los dispersó de allí Yavé por toda la haz de la Tierra, y así cesaron de edificar la ciudad. Por eso se llamó Babel, porque allí confundió Yavé la lengua de la Tierra toda, y de allí los dispersó por la haz de toda la Tierra.
>
> Gn 11, 4-9

El nombre de Babel, con el que se conoce a la legendaria torre, alude precisamente a la «confusión» de lenguas que se produjo según el citado texto bíblico, si bien tiene que ver con la gran torre escalonada o *ziggurat* que los judíos observaron durante su cautiverio en Babilonia. La llamaban *E-temen-anki* o «Base del Cielo y de la Tierra», y constaba de siete plataformas rectangulares superpuestas en disminución, que formaban un cuadrado de 90 metros de lado, con una altura equivalente, estando fabricada en adobe recubierto de ladrillos esmaltados, cuya policromía variaba a medida que ascendían los diferentes pisos que componían el conjunto arquitectónico, en aquella ciudad espléndida y monumental, que llegó a contar con una de las Siete Maravillas de la Antigüedad: los Jardines Colgantes, construidos para regalo de la reina Semíramis, esposa de Nabucodonosor, que añoraba los vergeles de su patria.

Una inscripción que data de tiempos del rey Nabopolasar, padre del anterior, entre los años 625-605 a. C., reza de esta manera: «Marduk [dios de Babilonia] me ha ordenado colocar sólidamente la base de *E-temen-anki* hasta llegar bajo tierra y hacer de esta manera que su cumbre llegue hasta el cielo».

De tal texto se ha pretendido inferir una relación entre esta construcción y la bíblica torre de Babel, a lo que contribuye, así mismo, otra inscripción posterior, de tiempos de Nabucodonosor, que indica que la cumbre estaba realizada con «ladrillos de esmalte azul brillante», lo que hace suponer que pretendía simbolizar que se perdía en el azul del firmamento infinito.

No obstante, la construcción del *E-temen-anki*, con su forma escalonada y su aspecto de montaña ascendente, no parecía responder a otra iniciativa que buscar la conexión entre la Tierra y el Cielo, sin ninguna otra pretensión que alcanzar lo mejor posible la protección de quien un cristiano llamaría el Altísimo.

Abundando en ello, tenemos el testimonio del historiador griego Herodoto —conocido como el «padre de la Historia»—, que visitó Babilonia hacia el 460 a. C. y relata que en lo alto de la torre una mujer esperaba cada noche la visita del dios; un truco de los sacerdotes para copular con una virgen diferente cada vez; pero, en el fondo, puede dar una idea del verdadero significado de la torre: la comunión entre Cielo y Tierra.

Varios arqueólogos han intentado dar con su ubicación en el actual Irak. Robert Koldewey, en 1913, la identificó en una estructura semiderruida en la ciudad de Babilonia, por lo que el destino del *E-temen-ank* i (o torre de Babel, si de ella se trató) fue la ruina.

EL ARCA DE LA ALIANZA, ¿UNA O DOS?

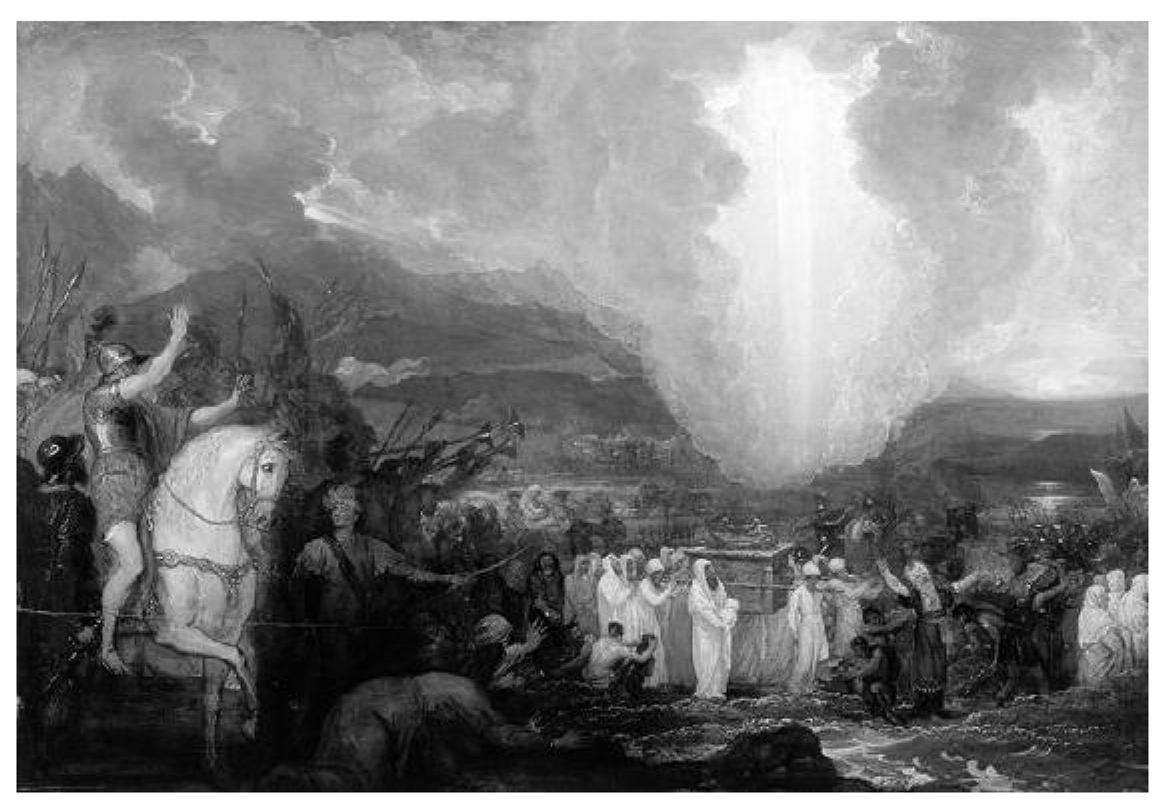
El Arca de la Alianza, junto con el de Noé y las reliquias de Cristo, ha sido uno de los objetos más buscados en el mundo por los arqueólogos y exploradores a lo largo de la Historia. Pero, hasta la fecha, continúa formando parte de los llamados «misterios sin resolver». La referencia está en el Éxodo:

> Harás un arca de madera de acacia, dos codos y medio de largo, codo y medio de ancho y codo y medio de alto.
>
> La cubrirás de oro puro, por dentro y por fuera, y en torno de ella pondrás una moldura de oro. Fundirás para ella cuatro anillos de oro, que pondrás en los cuatro ángulos, dos de un lado, dos del otro. Harás unas barras de madera de acacia, y las cubrirás de oro, y las pasarás por los anillos de los lados del arca para que pueda llevarse. Las barras quedarán siempre en los anillos y no se sacarán.
>
> En el arca pondrás el testimonio que yo te daré.

> Harás un propiciatorio de oro puro, de dos codos y medio de largo y un codo y medio de ancho. Harás dos querubines de oro, de oro batido, a los dos extremos del propiciatorio, uno al uno, otro al otro lado de él. Los dos querubines estarán a los dos extremos. Estarán cubriendo cada uno con sus dos alas desde arriba el propiciatorio, de cara el uno al otro, mirando al propiciatorio. Pondrás el propiciatorio sobre el arca, encerrando en ella el testimonio que yo te daré. Allí me revelaré a ti, y de sobre el propiciatorio, de en medio de los dos querubines, te comunicaré yo todo cuanto para los hijos de Israel te mandaré.
>
> Éx 25, 10, 22

Por estos datos tan minuciosos sobre su formato y medidas, muchos investigadores creen que tal objeto existió realmente y que los sacerdotes judíos, a pesar de los avatares que ha sufrido su pueblo a lo largo de los tiempos, no han dejado jamás de custodiarlo con tantísima diligencia que ha sido posible conservarlo hasta hoy.

El Arca de la Alianza, conocida también como Arca del Pacto o Arca de Yavé, fue mandada construir por Moisés hace unos 3500 años, siguiendo las citadas indicaciones que recibió de Dios en el Monte Sinaí. En su interior contenía las dos piedras en las que estaban grabados los Diez Mandamientos —las Tablas de la Ley: Ex 40, 20; Dt 10, 5—, así como otros dos objetos venerables (Heb 9, 4; Éx 16, 32-34; Nú 17, 22-26): la vara con brotes verdes de Aarón —hermano del patriarca y posterior conductor del pueblo hebreo tras la muerte de aquél— y una jarra de oro conteniendo el maná que cayó del cielo durante la travesía del desierto que sufrieron los judíos a lo largo de cuarenta años, en castigo por caer en la idolatría mientras Moisés estaba ausente conversando con Dios en el Monte Sinaí. Estas dos últimas piezas debieron sacarse más tarde de su interior: «No había en el arca ninguna otra cosa más que las dos tablas de piedra que Moisés depositó en ella en Horeb cuando hizo Yavé Alianza con los hijos de Israel a su salida de Egipto.» (I Re 8, 9).



Josué cruzando el río Jordán con el Arca de la Alianza, de Benjamin West, 1800.

Mucho más que un talismán, el Arca de la Alianza era el tesoro sagrado que llevaba consigo el pueblo hebreo en su ruta hacia la Tierra Prometida. Portada en vanguardia, mostraba el camino a seguir; detuvo las aguas del Jordán para que los israelitas pudieran cruzarlo a fin de entrar en Canaán; su presencia hacía huir a las tribus enemigas; con ella en andas los hijos de Israel estuvieron dando vueltas durante siete días ante las murallas de Jericó; después, hicieron sonar las trompetas y aquellas se derrumbaron, logrando así la conquista de la ciudad.

Más tarde, el Arca, tras varios emplazamientos diferentes, fue trasladada a Jerusalén durante el reinado de David y posteriormente se guardó bajo las enormes alas desplegadas de casi cinco metros de envergadura —sirviendo de trono a Yavé— de dos grandes querubines de madera de olivo dorada, que la velaban dentro del Templo edificado por Salomón hacia el año 968 a. C. en la explanada del monte Moriá.

El Arca había conseguido salvarse en el año 586 a. C. cuando el rey caldeo Nabucodonosor II (630-562 a. C.) ordenó la destrucción del Templo edificado en tiempos de Salomón por el arquitecto fenicio de madre israelita

Hiram Abi (II Cro 4, 16; I Re 7, 13-14). El profeta Jeremías, advertido por Dios, la ocultó en una cueva del monte Nebo, el mismo desde cuya cima Moisés había divisado la Tierra Prometida (Canaán) cuando los hebreos se acercaban a su destino, destino que no pudo pisar en castigo por haber dudado de la palabra de Yavé.

A partir del cautiverio de los judíos en Babilonia, no se supo más del Arca, solo especulaciones de su supuesto paradero a partir del relato del Libro II de los Macabeos (2, 4-5), en el que se narra la citada intervención de Jeremías.

No obstante, según siguen manteniendo algunos rabinos, tras la caída de Jerusalén en poder de Nabucodonosor, el Arca fue enterrada por los sacerdotes levitas en una cueva excavada en el monte Moriá, en cuya explanada se hallaba el templo hebreo. Se basan en que no figura entre los tesoros devueltos por los persas cuando liberaron a los judíos de su cautiverio en Babilonia después de que Ciro la conquistara en el año 539 a. C., por lo que no debió salir de Jerusalén. Localizarla hoy es casi imposible, puesto que se hallaría bajo los cimientos de la Mezquita o Cúpula de la Roca —construida en el mismo lugar que ocupaba el Templo — y, además, los levitas que la custodiaban murieron todos durante el saqueo de la ciudad sin desvelar el lugar concreto en donde la habían enterrado.

Sin embargo, para Ronald Wyatt, explorador y arqueólogo autodidacta, fallecido en 1999, que afirmó haber encontrado numerosos restos bíblicos (el Arca de Noé en Durupinar, al sur del monte Ararat, restos de Sodoma y Gomorra, la Torre de Babel al sur de Turquía, objetos del templo de Salomón, la sangre de Cristo derramada y un largo etcétera), el Arca de la Alianza está en el llamado Jardín de la Tumba del Monte de la Calavera (El Calvario) de Jerusalén, aunque como no ha aportado prueba alguna de tipo gráfico, únicamente descripciones prácticamente calcadas del libro del Éxodo —que, por otra parte, no concuerdan con las del Deuteronomio—, goza de poco crédito, salvo entre grupos fundamentalistas.

Otra teoría, también carente de pruebas consistentes, la sitúa en el denominado Pozo del Dinero, en la Isla del Roble (Oak Island), nada menos que en Nueva Escocia, a donde la habrían trasladado los caballeros de la

Orden del Temple —supuestamente, la encontraron en Palestina en el siglo XII— con la ayuda de una familia noble escocesa, los Sinclair. Dicho pozo es famoso porque, según se afirma, contiene, además de esta pieza sagrada, otros objetos valiosísimos, como las joyas de María Antonieta, el Santo Grial (¡cómo no!), algunos manuscritos originales e inéditos de William Shakespeare y otros tesoros. Se trata de un pozo misterioso del que no se sabe ni siquiera quiénes fueron sus constructores ni se ha comprobado nunca su contenido, por lo que escaso crédito puede tener la teoría que lo sostiene.

Pero las investigaciones y especulaciones no han cesado en nuestro tiempo. Además de la espectacular intervención de Hollywood durante los años 80 del pasado siglo con su mediático explorador Indiana Jones, el periodista británico Graham Hancock, en su libro *The Sing and the Seal* («El Signo y el Sello»), publicado en 1992, afirma que el Arca había sido sacada de Jerusalén mucho antes de la conquista de los babilonios, hacia el año 650 a. C., y llevada por sicarios judíos a la isla Elefantina (Asuán, Egipto), donde existió en esa época un templo hebreo. Basa estas afirmaciones en el *Kebra Nagast*, «Libro de la Gloria de los Reyes» de Etiopía, una crónica histórica o recopilación de los citados monarcas realizada hacia el año 1300, cuya genealogía se remonta hasta David Menelik I, hijo de Salomón y de Makeda, la reina de Saba, concebido durante la célebre visita que esta realizó a la corte del sabio rey de Israel. Prendado de la exótica belleza de la visitante y, bajo la promesa de dejarla llevar el bien más preciado que deseara, la reina consintió en yacer una noche, fruto de lo cual nació el vástago citado, con quien se inicia la dinastía salomónica de los Negus o emperadores etíopes, que se mantuvo en el trono hasta 1974, año en el que su último descendiente, Haile Selassie I, fue derrocado por una revolución marxista. Sus restos reposan en la Catedral de la Santísima Trinidad de Addis Abeba, capital de Etiopía.

Siendo ya un muchacho, algunos relatos dicen que Menelik fue enviado a la Corte de su padre para instruirse y ser investido como rey de Etiopía, instante en el que el sumo sacerdote Azarías tuvo una visión en la que se mandaba enviar el Arca de la Alianza a Etiopía.

Otra versión dice que, al cabo de un tiempo, a pesar de los ruegos de Salomón, el joven decidió retornar a Etiopía, llevándose, con la ayuda de mercenarios judíos, bien el Arca original o una copia de la misma —también se dice que existieron no una sino dos Arcas originales, en cada una de las cuales se custodiaba una de las dos Tablas de la Ley—. Cuando el rey Salomón se enteró del robo pensó enviar a los soldados tras de su hijo, pero un sueño le dijo que era la voluntad de Dios y mantuvo en secreto la desaparición del Arca.

Cuando esta llegó a Etiopía, Menelik danzó ante ella como había hecho su abuelo David: «David y toda la casa de Israel iban danzando delante de Yahvé, con todas sus fuerzas, con arpas, salterios, adufes, flautas y címbalos» (II Sam 6, 5), convirtiéndose en el legítimo sucesor de Salomón.

Pero el citado escritor británico mantiene que el Arca no fue trasladada desde la isla Elefantina a Etiopía hasta finales del siglo V a. C., concretamente a otra pequeña isla en el lago Tana, conocida como la isla del Perdón, donde permaneció durante 800 años. Se basa en unas aras de sacrificio encontradas en este lugar, muy similares a las que utilizaban los judíos ante el Arca para realizar las ofrendas. Añade que hacia el año 370 d. C. el rey Ezana decidió transportar la sagrada reliquia a su emplazamiento actual en la iglesia de Santa María de Sión, en Aksum, al norte del país, la ciudad sagrada de los etíopes, convirtiéndose en el símbolo de la Nueva Alianza de Dios con el pueblo verdaderamente elegido.

Allí la custodia un sacerdote descendiente de los levitas, la única persona que puede ver el Arca Sacra. Este monje lleva una vida ascética; duerme únicamente dos horas al día, las veintidós restantes, excepto el breve paréntesis que realiza a las 7 de la tarde para comer un plato de judías secas con *ingera* (el pan etíope), las pasa rezando ante el Arca, que se halla en una de las siete capillas del templo —nadie, excepto él, sabe cuál es—, siempre cubierta por un manto. Viste, como el resto de monjes, una túnica color mostaza, y no puede salir al exterior; únicamente en contadísimas ocasiones asoma desde detrás de una verja —no le está permitido cruzarla— y conversa brevísimamente con los fieles que ansían verle, tal como relata un reportaje publicado el 29 de julio de 2015, que le identificaba

como Abba Gebre Meskel, de 56 años de edad y 30 ejerciendo como guardián del Arca.

Durante la gran fiesta del *Timk'et* (Epifanía), a las 4,30 de la madrugada, iluminados por velas, los sacerdotes sacan en procesión una copia del Arca de la Alianza y sobre su cabeza, envueltos en lujosos paños bordados de los que penden flecos, portan los *tabot* cuadrados que simbolizan las Tablas de la Ley que se guardaban en el Arca Santa. Acompañados por los fieles, entonan en la antigua lengua *ge'ez* cánticos y ruegos de perdón por los pecados cometidos tanto en Etiopía como en el mundo entero.

Pronto, aunque nadie sabe cuándo será, el monje custodio de la preciada reliquia procederá al traslado de la misma a otra capilla situada en un templo próximo, cuyas obras se iniciaron en 2015 debido al deterioro que padece el que la ha venido albergando durante tanto tiempo. El día que tal ocurra, será cuando decida anunciarlo al mundo. También debe nombrar antes de morir un sucesor para que se convierta en el nuevo custodio del Arca, la cual, según dice, está dotada de un brillo extraordinario, suficiente prueba de que se trata de la verdadera. No es necesario verla, simplemente, se siente; aunque como su observación física no ha sido posible, para los arqueólogos, teólogos e investigadores, tanto la existencia de la mítica sagrada pieza como su ubicación actual, sigue siendo un misterio, tal como decíamos al principio.

LA MESA DEL REY SALOMÓN: ESPEJO SECRETO DE DIOS

De acuerdo a la leyenda, la preciadísima Mesa o Tabla del rey Salomón (h. 970-h. 930 a. C.) se encuentra en España. Pero ¿alguna vez existió realmente este objeto? Si seguimos la descripción que figura en la Biblia sobre los tesoros que albergaba el templo edificado por el rey de los hebreos, no cabe ninguna duda:

> Salomón hizo, además, todos los otros utensilios para la casa de Yavé: el altar de oro, la mesa de oro, sobre la cual se ponían los panes de la proposición.
>
> I Reyes 7, 48

Cuando Nabucodonosor conquistó Jerusalén, en el año 586 a. C., probablemente fue escondida por los sacerdotes hebreos junto a otras piezas del tesoro que se salvaron de la destrucción del templo, ya que cuando el emperador romano Tito volvió a arrasar Jerusalén, en el año 70 d. C., destruyendo el Segundo Templo —que había sido ampliado por Herodes—, el historiador judío Flavio Josefo, que fue contemporáneo y cronista de los hechos, la menciona entre los mejores objetos que rapiñaron los romanos y luego exhibieron triunfalmente a su regreso a la Urbe:

> Entre la gran cantidad de botines, los que destacaban con dorado brillo eran los que habían sido capturados en el Templo de Jerusalén: la mesa de oro, que pesaba varios talentos, y el candelabro de oro.
>
> «Guerra de los judíos», VII, XVIII

El citado candelabro de siete brazos (la *menorá*) quedó inmortalizado en un relieve del arco de triunfo que Roma erigió en honor al emperador victorioso. Los tesoros se depositaron primero en el templo de Júpiter Capitolino, a quien se ofrecían como objetos sagrados de otros dioses para que su poder espiritual se transmitiera a los conquistadores, y posteriormente fueron guardados en los palacios imperiales, junto con los numerosos trofeos de guerra que acumularon los romanos en sus años gloriosos.

Cuando en plena decadencia del Imperio los visigodos de Alarico entraron a sangre y fuego en Roma, corriendo el día 24 del mes de agosto del año 410, la preciada mesa de oro fue saqueada y llevada hasta Carcasona como parte del llamado «tesoro antiguo» —formado por los objetos de carácter sagrado, frente al tesoro real o pecuniario—, y luego a Rávena (Italia) para salvarla de los francos. Allí permaneció hasta el año 526, en el que Amalarico la reclama a Teodorico, el fundador del reino ostrogodo, quien accede a restituirla a los que se la habían remitido «con carácter de precario», podríamos decir.

Según el historiador Procopio de Cesarea, quien menciona expresamente los tesoros del Templo de Jerusalén, la mesa fue llevada en esta ocasión a Tolosa, en Francia, la entonces capital del reino visigodo, que

se extendía desde el sur de ese país, allende los Pirineos, hasta la península Ibérica.

En el año 507, tras la derrota de Vouillé, Alarico II se ve obligado a abandonar Tolosa a los francos y refugiarse en España, a donde llega con todo su tesoro, se supone que entre él la preciada mesa de Salomón, la cual sería llevada, tras el asesinato del rey en Barcelona, a Toledo, la capital del reino visigodo en España. Pero no existe ninguna cita en las crónicas que confirme estos extremos, ni siquiera en los escritos de san Isidoro de Sevilla.

Lo que sí tenemos son distintos testimonios de historiadores árabes que, con ocasión de la conquista de la península Ibérica por las tropas de Tarik, en el año 711, refieren el magnífico objeto: «La mesa estaba hecha de oro puro, incrustado de perlas, rubíes y esmeraldas, de tal suerte que no se había visto otra semejante», según Al Maqqari, que coincide con las palabras de Aben Al Hakam: «Tenía tanto oro y aljófar como jamás se vio nada igual».

Se cree que Tarik, una vez hecho con ella, habría llevado la Mesa de Salomón a Medinaceli, de lo cual procedería el topónimo: *Madinat Shelim*: «Ciudad de Salomón», aunque según otros no significa eso, sino «Ciudad segura».

Cuando Muza desembarcó en la península ordenó a Tarik, subordinado suyo, que le entregara el tesoro de los godos —se dice que hacerse con él fue quizá la principal causa de la conquista de España para los árabes—, entre el que se hallaba la preciada mesa. Humillado, el lugarteniente, antes de cumplir la orden, arrancó una de sus patas y la sustituyó por otra falsa.

Informado de la disputa, Solimán, el califa omeya de Damasco, mandó a ambos que se presentaran ante él trayendo el objeto de discordia. Cuando Muza le entregó la mesa, orgulloso de haberla conquistado, Tarik sirvió fríamente su venganza humillándole al mostrar la pata original que tenía en su poder.

A partir de aquí, no se sabe nada más de la Tabla del rey Salomón. Algunos dicen que fue desmontada y sus piedras preciosas adornan hoy el santuario de la Kaaba en La Meca. Pero otros afirman que nunca llegó a salir de España, sino que se perdió entre Toledo y Jaén cuando era

trasladada camino de los puertos andaluces para su embarque en dirección a Damasco.

También cabe la posibilidad de que los árabes nunca llegaran a hacerse con ella. Al igual que ante la llegada de los invasores los tesoros de los reyes godos fueron ocultados en Guarrazar y Torredonjimeno, la codiciada Mesa de Salomón pudo haber sido escondida también en otro punto de la Península. Así opina José Ignacio Carmona, quien cree que el lugar escogido pudo ser la iglesia de Santa María de Melque, en Toledo, unida por un antiguo camino secundario romano que atravesaba la vieja Alpuébriga a la localidad de Guadamur, donde se halló entre 1858 y 1861 el primero de los tesoros votivos citados.

En cuanto al segundo de ellos, el de Torredonjimeno, en Jaén, fue encontrado por un lugareño en 1924 y solo se conservan algunas piezas menores.

La leyenda habla de una enorme cueva en Toledo, en la que Hércules guardó sus tesoros cerrando su entrada con un torreón custodiado por una enorme cerradura. Hasta la llegada al trono de Rodrigo, cada rey había ordenado colocar otro cerrojo más en la puerta. El último monarca godo tuvo que romper veintisiete para abrirla. Se cree que la entrada puede estar bajo la iglesia toledana de San Ginés, hoy desaparecida, donde en 1546 el cardenal Juan Martinez Siliceo había ordenado excavar, sin resultados: «hasta dar con un gran golpe de agua. Y regresaron».

En 1839-41 también se realizaron intentos para dar con la entrada a la cueva, así como en 1929 y 1974, pero, a pesar de descubrirse algunas galerías y una dependencia romana, la Mesa tampoco ha aparecido en este lugar.

Por eso, hay otros autores que suponen que las míticas cuevas del hijo bastardo de Zeus podrían estar localizadas, además de en Toledo, en Ceuta o Jaén. Así opinan el escritor argentino Jorge Luis Borges y Francisco Delgado o Delicado (1524), el autor de «La lozana andaluza», quien se inclinaba por la provincia jienense, en la peña de Martos, cerca de la capital; allí «puso Hércules la tercera piedra o columna que al presente es puesta en el templo».

En el año 1956 apareció una enigmática lápida de mármol que, según Álvaro Rendón, reproduce los signos grabados en la Mesa de Salomón. El caso es que se descubrió en la cripta que había mandado construir bajo la iglesia de San Juan en Arjona el barón de Velasco, miembro de una sociedad secreta, los «Doce Apóstoles», cuyo objetivo básico era el hallazgo de la Mesa en cuestión, que se creía oculta en Jaén. «Los miembros de esta logia pseudo-masónica no la buscan por su valor material, sino por ser un tesoro iniciático al tener el sello salomónico», afirma Juan Eslava Galán, coautor junto con Rendón de «La lápida templaria descifrada» (2008).

Dicho sello contiene de forma críptica o jeroglífica el *Shem Semaforash*, nombre secreto de Dios o Nombre del Poder, una expresión hebrea que no puede escribirse jamás y solo se pronuncia para invocar tanto a Dios como al acto de la Creación. Solo era conocida por dos personas: el sumo sacerdote (*Baal Shem* o Maestro del Nombre) y un discípulo a quien él designaba para que en caso de fallecimiento no se perdiera el secreto. Una vez el año, el máximo representante religioso se revestía con un pectoral que llevaba doce piedras de distinta naturaleza engastadas (una por cada tribu de Israel), penetraba en el *Sancta Sanctorum* del Templo y pronunciaba en voz baja ante el Arca de la Alianza la mágica palabra que renovaba la alianza de Dios con los hombres y la creación, a fin de que el mundo continuara existiendo (tal era la vanidad de los judíos). Conocerla era poseer la llave de la sabiduría y el poder supremo, como si se tratara de una de las prefiguraciones veterotestamentarias que ve en episodios del pasado anuncios del porvenir, conocidas con el término griego *typos*, su *antitypos* o correspondencia neotestamentaria es el «Verbo»: «Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios» (Jn 1, 1).

Salomón, que era el segundo depositario de su conocimiento, para evitar que se perdiese la expresión, ideó un jeroglífico geométrico que encerraba la palabra secreta y lo mandó inscribir sobre la superficie de la que los judíos y cristianos llaman Mesa y los árabes Espejo de Sulimán, que, según el *Ajbar Machmua*, una crónica anónima árabe del siglo XI que se guarda en la Biblioteca Nacional de París, poseía 365 patas de esmeralda verde, tantas como días tiene el año.

He aquí el verdadero valor de uno de los objetos más buscados del mundo, pues también están escritas en él las claves para el conocimiento del Universo y la fórmula de la Creación. Poseerlo y descifrar su contenido concederá a quien lo logre el poder absoluto. Pero también sostiene la leyenda que el día que se dé con ella el fin del mundo estará próximo. El enigma de no saber dónde se encuentra ha movido y seguirá removiendo personas y lugares por los siglos de los siglos.

LA ESTRELLA DE BELÉN, MUCHO MÁS QUE UN COMETA

Con este nombre se conoce una estrella refulgente que, según la tradición cristiana, guió a los Reyes Magos hasta el portal de Belén, donde acababa de nacer el Niño Jesús, como relata el evangelio de San Mateo (2, 1,2):

> Nacido, pues, Jesús en Belén de Judá en los días del rey Herodes, llegaron del Oriente a Jerusalén unos magos, diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella al Oriente y venimos a adorarle.

Se han buscado varias hipótesis astronómicas para explicar dicho relato y todas coinciden, *grosso modo*, en la existencia de ciertos episodios planetarios que podrían haber tenido lugar por aquellas fechas. Según afirma Mark Kidger, del Instituto de Astrofísica de Islas Canarias, probablemente coincidieron varios fenómenos, entre ellos, lo que se conoce como una «conjunción triple» de Júpiter y Saturno en la constelación de Piscis, fenómeno ya observado por el astrónomo Kepler en 1603, quien tras numerosos cálculos llegó a la conclusión de que se repetía cada 805 años y que, en aquel entonces, había tenido lugar entre los años 7 al 6 a. C. En estos casos, las órbitas de los dos planetas se alinean con la Tierra de modo que estos parecen acercarse y separarse en el cielo hasta tres veces a lo largo de unos meses, produciéndose una alineación entre el Sol, la Tierra, Júpiter y Saturno que hace que ambos planetas se vean muy brillantes desde el nuestro.

Así opina también el profesor David Hughes, astrónomo de la Universidad de Sheffield, Reino Unido, quien lleva estudiando la famosa estrella desde la década de 1970. Tim O'Brien, director asociado del Observatorio Jodrell Bank en Cheshire, Inglaterra, indica que una vez que

los planetas alinearon sus órbitas, la Tierra «se adelantaría» a los otros y Júpiter y Saturno aparecerían cambiando de dirección en el cielo nocturno. Teniendo en cuenta que una triple conjunción como esta sólo se ha dado en la constelación de Piscis una vez cada 805 años, el fenómeno —aproximadamente, en aquel año, el 12 de abril, el 3 de octubre y el 4 de diciembre— tuvo que tener una gran resonancia en una época dominada por las supersticiones. Simbólicamente, coincidiría con los primeros signos cristianos, que identificaban los peces con Cristo por su relación con el agua, fuente de vida y su acrónimo griego, *Ichtius* (pez): Jesucristo Hijo de Dios Salvador.

Así mismo, se sabe que en el año 5 a. C. —recordemos que la cronología actual tiene un desfase de cinco o seis años según los cómputos de Dionisio el Exiguo, que omitió los primeros cuatro del reinado de Octavio y no tuvo en cuenta el año cero, puesto que entonces se desconocía esa cifra en Occidente—, a comienzos de la primavera, concretamente el 31 de marzo, una estrella del tipo nova, es decir, una enana blanca en la que se producen explosiones termonucleares de un gran resplandor, estuvo brillando intensamente durante setenta días en la constelación de Capricornio, de lo cual ya dejaron constancia los astrónomos chinos. Quizá pudo ser la que guió a los Magos, teniendo en cuenta que el nacimiento de Jesús era conmemorado por los primeros cristianos entre finales de marzo y principios de abril. Considerando que la muerte de Herodes I el Grande se sitúa un año después, esto es en el 4 a. C., cabría la posibilidad de que estuviésemos ante la estrella de Belén.

Lo que cae fuera de la realidad es la atribución al cometa Halley, como se ha hecho en varias ocasiones, porque el paso de este tuvo lugar varios años antes, en el 12 a. C., registrado por los astrónomos chinos como todos los fenómenos celestes, mientras en Occidente aún se creía en la inmutabilidad del Universo y los cometas eran achacados a fenómenos de la atmósfera terrestre, como dice Miguel Gilarte Fernández, director del Observatorio Astronómico de Almadén de la Plata (Sevilla) y presidente de la Asociación Astronómica de España, quien también sostiene que podría haberse tratado de una potente supernova, una estrella decenas de veces

más grande que el Sol, que explotara, pero ni hay registros de ello ni restos en el cielo.

No obstante, Mark Kidger, astrónomo de la Agencia Espacial Europea, sostiene que habría hecho falta mucho más que un movimiento de planetas para que expertos astrólogos se pusieran en marcha e insiste en una potente explosión, como pudo ser la del DO Aquilae, que estalló nuevamente en 1927, y confía en que los radiotelescopios del futuro sean capaces de detectar la débil burbuja de gas alrededor de este cuerpo celeste para calcular el momento exacto en que comenzó a expandirse.

En consecuencia, está dentro de lo probable que unos magos o astrólogos mesopotámicos o persas, después de haber observado la infrecuente conjunción interplanetaria, o bien el brillo inusual de una estrella en el firmamento, decidieran seguir su rumbo y llegasen así a la ciudad de Belén, donde, según la Biblia, se produjo el nacimiento del Mesías. ¿Casualidad o intervención divina? Depende de lo escéptico que pueda llegar a ser nuestro punto de vista.

LA COPA, EL PLATO Y EL SALERO DE CRISTO

Si hubiera que medir el volumen de tinta que se ha derramado escribiendo sobre la copa o el cáliz que utilizó Jesucristo durante la Última Cena, seguramente habría que hacerlo, si no en trillones de metros cúbicos como el líquido elemento que contiene nuestro planeta, al menos en auténticas cantidades industriales; sobre todo, a raíz de la obra *Perceval ou le Conte du Graal* («Perceval o el Cuento del Grial»), escrita en 9000 versos, hacia 1180, por el trovador francés Chretièn de Troyes, dando origen al género de novelas de caballerías a partir de su identificación con las leyendas del ciclo artúrico.

El cuento trata de un ingenuo doncel galés que, a pesar del disgusto de su madre, viaja hasta la corte del rey Arturo en Camelot con la esperanza de ser armado caballero. Para ello tiene que realizar una serie de hazañas en el transcurso de las cuales conoce a Blancaflor, la dama de sus amores.

Entretanto, la madre muere de pena esperando su regreso. Recorriendo caminos, arriba un día al castillo del Rey Pescador, quien, herido en la

entrepierna, padece una impotencia que es también la esterilidad de su Reino. Le acoge hospitalario y le entrega una espada con empuñadura de oro. Luego, se acerca un paje con una lanza blanca goteando sangre (quizá la de Cristo cuando al pie de la cruz Longino le alanceó con ella, la misma que hirió al rey) y una doncella se presenta con un grial o copa mágica resplandeciente de oro y piedras preciosas. Ambos vuelven a aparecer durante la cena de gala que sirven a Perceval junto con otra doncella que porta una bandeja de plata y unos criados con candelabros de oro, cuyas luces opaca el intenso brillo del grial, sin que él diga nada. A la mañana siguiente, nadie había en el castillo, todos abandonaron al joven por su silencio y falta de iniciativa, lo que le recrimina una misteriosa muchacha que encuentra en el bosque porque su interés hubiera supuesto la cura del Rey Pescador y el logro de grandes bienes para todos.

Espoleado, Perceval se propone encontrar de nuevo el castillo donde se esconde el grial y, en eso, después de topar con un viejo ermitaño que le desvela los misterios del cáliz, en el cual comulgaba a diario el Rey Pescador, muere el autor dejando, para «más inri», inacabada la obra, que había alcanzado mucha fama entre la clase noble, por lo que otros escritores la continuaron ideando cada uno finales diferentes.

Entre ellos, Robert de Boron, que es quien emparenta el grial de la leyenda con el Cáliz de Cristo, lo cual ha perdurado hasta nuestros días, en que erróneamente se utiliza dicho término como sinónimo de la pieza de la Última Cena. Todo por un cuento que se hizo muy popular y por una palabra sonora, de fácil pronunciación. En su *Roman de l'Estoire dou Graal* o *Joseph d'Arimathie*, publicada en 1200, Jesucristo resucitado se aparece a Arimatea, le entrega el Cáliz de la Última Cena y le manda que lo lleve a Britania, donde funda su diócesis en Avalon y consagra en la Copa después de haber evangelizado la isla con otros doce misioneros, que rememoran a los doce apóstoles. Ellos serán los «Guardianes del Grial» cuando a la muerte de Arimatea le suceda al frente de la iglesia británica su cuñado Bron, el cual, en lugar del Rey Pescador, aparece como el «Rico Pescador» porque obraba el milagro de los panes y los peces en el fabuloso recipiente, proporcionando comida y bebida en abundancia.

Otra obra clave en el mito fue *Parzival*, de Wolfram von Eschenbach (1210), donde el grial se confunde con una piedra que entre las sociedades secretas se conoce como la «Piedra de la Sabiduría» o la «Piedra que habla», el «Bastón de mando» —Hitler lo buscó con ahínco, pero ya en 1934 había aparecido al pie del cerro Uritorco, en Argentina, una pieza que se tiene por tal—, que posee poderes mágicos (*lapis exilis*), como la eterna juventud o satisfacer el hambre y la sed. Existe un final feliz porque el héroe —escudero primero y luego amigo del famoso caballero de la Tabla Redonda, *sir* Lancelot— consigue encontrar el castillo donde se halla el grial: Munsalwäsche (¿Montesegur de los cátaros?, ¿el monasterio de Montserrat?) y, con sus deseos de saber, se producirá la curación del rey —aquí llamado Anfortas—, el cual cederá el trono a Parzival, nombre del joven en esta obra.

De una piedra, preciosa se trata también el grial en el anónimo poema del siglo XIII *Der Wartburgkrieg*, arrancada por el capitán arcángel san Miguel de la diadema de Luzbel cuando le arrojó a los abismos tras fracasar en el Cielo su «golpe de Estado»:

> ¿Cómo caíste del cielo, lucero brillante, hijo de la aurora, echado por tierra el dominador de las naciones?
>
> (Is 14,12)

El ciclo artúrico del grial lo completa Thomas Malory en la obra de la que hablamos en el epígrafe del rey Arturo. Hace una adaptación refundiendo los cinco libros del siglo XIII que se conocen como la *Vulgata* —no confundir con la Biblia en latín de san Jerónimo—.

El tema fue cayendo en olvido hasta que en el siglo XIX el Romanticismo, en su interés por el pasado medieval, volvió a retomarlo en la pluma de Alfred Tennyson: *Sir Gallahad* (1834) y *The Holy Grial* (1870), en la pintura prerrafaelita de Dante Gabriel Rosetti («La Doncella del Grial», 1856 y 1873) y en la ópera de Wagner, *Parsifal*, estrenada en 1882. A partir de entonces se desató la pasión por hacerse con la posesión de la mítica pieza, mal identificada con el Cáliz de Cristo si no es por el camino de la leyenda. Se abría la veda para dar con el auténtico, que nadie puede

tener porque el grial, con mayúscula o con minúscula, «pertenece al mundo de los sueños», como dice Juan Eslava Galán.

Lo que ocurre es que su etimología contribuyó a la confusión, porque el término procede del francés *graal* o *grail*, corrupción o adaptación de *sain grail: sanguis realis*, («sangre real»), aludiendo a que había contenido realmente la verdadera sangre de Cristo, recogida, según el Evangelio apócrifo de Nicodemo, por José de Arimatea cuando brotaba de la herida que le abrió en el costado la lanza del centurión Longino.

A mayor abundamiento, existen dos términos, tanto en catalán —*gresal, gresol*— como en provenzal antiguo —*grasal, grasau*—, que significan plato, vaso o recipiente, lo cual no ha hecho más que alimentar la confusión, y de ahí que este vocablo se impusiera para denominar al Cáliz del Jueves Santo en la cena que se celebró la noche anterior a la Crucifixión, en el año 30 o 33 del mes judío de Nisán, fecha en la que no existe coincidencia entre los evangelistas sino solo en que sucedió en viernes: «Y al atardecer, como era la Preparación, es decir, la víspera del sábado…» (Mc 15, 42, acorde con Mt 27, 62; Lc 23, 54; Jn 19, 31).

Pero el misterio sin desvelar se encuentra, no en la copa del mundo legendario, sino en el destino de la que, para los creyentes, tuvo en sus manos Jesucristo en la Última Cena durante la consagración, es decir, en la que se produjo la transustanciación del vino de la vid en su propia sangre. No se supo nada más de ella. Los textos bíblicos no volvieron a mencionarla.

¿Qué fue de esa reliquia, la de mayor valor para toda la cristiandad junto con el plato o recipiente que contendría el pan, el Cuerpo de Cristo? Porque la Cena consistió en compartir ambos alimentos: comer (masticar, roer, del griego *trogo*, traducción escrita del arameo que hablaba Jesús) la carne, beber la sangre transustanciada de las especies, algo muy grueso que la razón no conoce, difícil de asimilar incluso en aquellos tiempos de supersticiones y tremendismos: «Disputaban entre sí los judíos, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?» (Jn 6, 52).

Hasta fines del siglo IV no se conocen relatos de peregrinos —no exentos de fantasía sino todo lo contrario, para hacerse oír— venidos de Tierra Santa, en los que aparece algún dato sobre el sagrado Cáliz:

En el año 383 el *Itineratum del Pseudo Antonino de Piacenza y Egeria* afirma que el Cáliz de la Última Cena es de ónice y estaba depositado en la basílica constantiniana de Jerusalén.

En el *Breviarius A* —una guía de Jerusalén del año 400— aparece descrita en forma de cuenco, modelo estándar en tiempos de Cristo, «la Copa que el Señor bendijo y dio a sus discípulos a beber, diciendo: Esto es mi cuerpo y mi sangre».

En el año 670 el obispo francés Arculfo, a su regreso de los Santos Lugares, afirma que el Cáliz se hallaba en una capilla de Jerusalén y contenía en su interior la esponja que, empapada en vinagre, acercaba el esbirro Estefatón a los labios del Nazareno cuando en la cruz, pronunciando las Siete Palabras, dijo: «sed tengo».

En el año 570, el *Itinerarium Antonini Placentini* indica que: «en el patio de la basílica hay un pequeño cuarto donde guardan la madera de la Cruz (…) y también la Copa de onys con la que bendijo en la Cena».

En *la Guía Armenia* un peregrino dice haber estado en Jerusalén en el año 625 y que vio «la Tumba de Cristo que da la vida (…), contiene la lanza, la esponja y la Copa de Cristo cubierta de oro».

En el año 683 el monje irlandés Adomnan, en *De Locis Santis*, al describir el Santo Sepulcro, dice que hay: «otra capilla (…) en la cual se conserva la Copa del Señor (…) que Él bendijo y dio con sus propias manos durante la Cena que tuvo con los apóstoles en la víspera de su pasión».

Por último, en el siglo IX, el *Commemoratium*, una obra anónima, afirma que en esa fecha el Cáliz se halla en la Basílica del Santo Sepulcro.

Entre los diversos candidatos que pugnan para alzarse con el título de Santo Grial, el que cuenta con mayor tradición es el Santo Cáliz de Valencia, a cuya Catedral fue trasladado en 1437 durante el reinado de Alfonso V el Magnánimo, constando ya en 1410 en el inventario de Martín I el Humano, a quien había sido entregado en 1399 por los frailes del monasterio de San Juan de la Peña, quienes aseguraban tenerlo desde 1104, fecha en la que llegó a sus manos (tras haberlo tenido oculto en las montañas el obispo Auberto cuando la invasión de los árabes) acompañado de una carta autógrafa (¡!) de san Lorenzo, escrita en el siglo III cuando lo envió por medio de un legionario oscense desde Roma a Hispania para

salvarlo de las garras paganas, declarando que se trataba del mismo Cáliz que utilizó Cristo la noche del Jueves Santo.

En consecuencia, a pesar de las especulaciones de algunos historiadores (Elías Olmos, Juan Ángel Oñate, Manuel Tarre), es evidente que, como deja sentado Martín Lloris en su tesis doctoral de 2005 en la Universidad de Valencia, las pruebas de carácter histórico brillan por su ausencia y, por tanto, su crédito también, a pesar de que el recipiente pueda compararse con los que existían en tiempos de Cristo; pero hay que tener en cuenta que la mayoría de estos cuencos tenían una forma similar y que el hecho de que pertenezca a aquella época no significa que sea el de los Evangelios —los textos bíblicos, como se sabe, no tienen valor histórico— ni tampoco el que los cristianos de entonces consideraban como tal.

Desde el año 2014, una publicación de los historiadores leoneses Margarita Torres y José Ramón Ortega, que lleva por título «Los reyes del grial», atribuye al cáliz de Doña Urraca, que se guarda en el Museo o Sala del Tesoro de la Basílica de San Isidoro de León, la certeza de ser «definitivamente» el mismo que los cristianos de Tierra Santa veneraban, desde el año 400, como la Copa de la Última Cena. Todo ello en base a dos pergaminos árabes del siglo XIV, localizados desde 2006 en la Universidad egipcia Al-Azhar de El Cairo. El primero, anónimo e inédito, hace referencia a un texto perdido del historiador árabe Ibn al-Quizti (1172-1248), en el que se recoge la entrega del cáliz al rey Fernando I de León (1016-1065) en el año 1055 por parte del emir de Denia en prueba de amistad, de lo cual, sin embargo, no existe constancia en ningún documento cristiano eclesiástico o civil de la época, en especial, la crónica Silense, que al recoger las últimas horas de la vida del monarca, relata con detalle las reliquias ante las que este estuvo orando en la Basílica de San Isidoro y no menciona la Sagrada Copa, que según la citada documentación hallada en Egipto hacía ya diez años que tenía en su poder.

Pero Torres y Ortega alegan como prueba de sus tesis la falta de una esquirla en el borde del cuenco, la cual correspondería al trozo que según el segundo de los citados manuscritos árabes, narrado por Saladino en persona, fue desprendido por Bani-I-Aswad, jefe de la expedición naval musulmana que lo traía desde Egipto al taifa de Denia agradeciendo el

socorro de víveres durante una pasada hambruna. Tal fragmento era reclamado por el sultán para colocarlo sobre el cuerpo de su hija enferma, siendo tenida la pieza, pues, por milagrosa.

Ambos documentos no han sido analizados científicamente más allá de que permanecen ayunos de datación carbónica —la cual tampoco sabemos si añadiría demasiado, pues los textos han pasado por muchas manos— y de que su descubridor, el filólogo arabista Dr. Gustavo Turienzo, manifestó haber realizado una primera traducción a vuela pluma, que es la que los citados historiadores de León y Valladolid utilizaron como base de sus afirmaciones sobre la trascendental importancia de la pieza isidoriana.

Siendo de distinta época, aparecieron extrañamente juntos, como apunta el prestigioso hispanista P. Henriet, quien señala una ausencia de erudición rigurosa en la atribución realizada, coincidiendo con el análisis llevado a cabo por el profesor de Historia Medieval de la Universidad de Huelva, García Sanjuán.

Por otra parte, los citados historiadores observan mensajes crípticos en la Colegiata de San Isidoro que anuncian la posesión del Cáliz de Cristo sin declararlo a los cuatro vientos «por miedo a que lo robaran». Uno de estos detalles se ha querido apreciar, recientemente, como publicaba «Diario de León» (20 de marzo de 2016), en una metopa sobre la Portada del Cordero, «en la que aparece una pila bautismal de la que sale la cabeza de Cristo y, sobre ella, un cáliz», según declaraciones de la profesora Torres al periódico; a lo cual debe unirse el cuenco que en la escena de la Última Cena de las pinturas de las bóvedas del Panteón Real, sostiene el copero Marcial Pincerna —san Marcial, patrono de Limoges, cuya iglesia, en el siglo XI, le otorgó ese privilegio en aquel banquete—, de formato similar a la parte superior del cáliz de Doña Urraca. También aprecian los citados autores el mismo mensaje en el recipiente que en el tema de la Crucifixión sostiene en su mano un personaje a quien identifican como José de Arimatea, si bien se trata del esbirro Estefatón sosteniendo el caldero del vinagre donde empapaba la esponja que acercaba a los labios del Nazareno; su compañero Longino, lanza en mano, está al otro lado de la cruz.

Una publicación reciente del investigador madrileño volcado en temas leoneses, David Gustavo López («La clave del Grial», 2016) apunta una

relación del cáliz de Doña Urraca con la ermita de Nuestra Señora de la Portería, en Robledo de Omaña (León), construida en 1723, a tenor del motivo esculpido en bajorrelieve sobre la clave del arco de acceso, que pudiera tratarse de algo así como un mensaje críptico, teniendo en cuenta que

> un observador que situase su rostro sobre el relieve del Grial [sic] en el momento en que el Sol incidiese sobre él [en el orto de invierno], podría comprobar, si la distancia y la orografía del terreno no lo impidiesen, que la dirección de procedencia de los rayos de luz, proyectada sobre la horizontal, pasa por la antigua ciudad de León. (…). ¿El promotor de la ermita (…) señalaba que en ese momento su relieve de tema grialístico estaba siendo iluminado por la luz del verdadero Grial?

En cualquier caso, el cáliz de Doña Urraca —que para quien fuera abad de la Colegiata que lo alberga, Antonio Viñayo, «mantiene afinidades de antigüedad y factura en la materialidad pétrea de la copa» con el Santo Grial, como él mismo le llamaba— hace tiempo que se nombra, incluso por autores extranjeros, con ese vocablo, como consta en las palabras de Andrew Sinclair, salvando errores sobre la composición de la pieza:

> En el Museo de León hay un Grial que rivaliza con el ejemplar de san Lorenzo, que acabó en la Catedral de Valencia. Similar a aquellos que el abad Suger reunió para Saint-Denis, cerca de París, el Cáliz de Urraca, de la hija del rey Fernando I, es una copa y una bandeja de sardónice romano unidas por monturas de oro adornadas con perlas y piedras preciosas, que forman un cáliz de la liturgia cristiana.
>
> *El descubrimiento del Grial. La verdadera historia* (2003)

Se trata de dos copas de ónice unidas por su base y adornadas en el siglo XI con oro, pedrería y un camafeo de imitación romana, que lleva grabado el nombre de la donante bajo el nudo: IN NOMINE DEI URRACA FREDINANDI («En el nombre de Dios, Urraca de Fernando»).

También comentaba Viñayo, con autoridad en la materia, su extrañeza en que fuera tomada como alma de tan preciada joya «un cuenco de piedra desportillado, con antiquísimas heridas y cicatrices» —debía referirse al borde roto que tiene el objeto—, al tiempo que reconocía que en «la tradición de la Casa» está su pertenencia al propio san Isidoro. Esta circunstancia ya había sido indicada en 1572 por el fraile jerónimo

Ambrosio de Morales en su *Viage Santo*: «Dicen es el conque decia Misa S. Isidoro (…). Y puede que haya sido del Santo». Del mismo modo lo señala Fr. José Manzano en 1732: «De el Caliz es tradición ser de el glorioso Santo».

En ese caso, nada tendría de extraño que habiendo llegado a León, en 1063, con los restos del Doctor de las Españas en olor de multitudes, la hija del monarca encargara embellecerlo con sus propias joyas y luego lo donara a la Basílica, igual que hicieron sus padres, los reyes, con otros ricos presentes, de lo que hay constancia documental.

Pero la principal cuestión, ahora, es qué fue de la copa que, según los relatos evangélicos, contuvo la Sangre de Cristo. ¿Por qué no se volvió a hablar de ella ni siquiera en los textos sagrados? ¿Acaso se olvidó en la mesa como un utensilio más de la rústica vajilla en la que se serviría la frugal y Última Cena?, ¿o se guardó, se custodió adrede para que, habiendo contenido la divina sustancia no anduviese por las manos como un recipiente cualquiera? Y si fue así, ¿por qué no se preocuparon ni siquiera de observarlo los textos bíblicos: Evangelios, Hechos, Epístolas…? Solo una tradición señala que San Pedro se encargó de recoger la pieza y la llevó con él a Roma, y allí la conservaron todos los papas hasta Sixto II (257-258), hasta que san Lorenzo, para ocultarla de la rapiña del emperador Valeriano (257-260), la envió a España, su patria, por medio de un soldado natural de Huesca, como más arriba señalábamos. Y otra dice que, habiendo pertenecido tanto el cenáculo como la vajilla a José de Arimatea, este la guardó. Son los apócrifos quienes señalan que la utilizó para recoger la sangre que brotaba en la herida de Cristo en la cruz: «y brotó de ella sangre y agua» (Jn 19:34). Otra tradición afirma que la cena del Jueves Santo se sirvió en la casa de la madre de Marcos, por lo que ella recogería la vajilla.

O se calló aposta intentando sepultar la copa en el olvido para que nadie se apropiara de tan divino bien —lo cual era, cuando menos, una ingenuidad— o no se le dio la importancia debida en los propios textos sagrados, habiendo contenido en su interior nada menos que la sangre de Cristo. Demasiado importante para considerarlo solo una laguna ni en los Hechos de los Apóstoles ni en los cuatro evangelios canónicos ni en el organizador de la logística del cristianismo, que fue Saulo de Tarso…

Algo no encaja en aquellos primeros cuatro siglos paleocristianos cuando, sepultados en las catacumbas, los fieles se agarraban a un clavo ardiendo para, perseguidos y devorados por las fieras, martirizados en las crueles persecuciones del Imperio romano, seguir manteniendo viva la llama de su fe.

¿Dónde estaba «la madre de todos los cálices», que no alimentaba a sus hijos con la sanguis del Salvador? ¿Por qué no fue glosada tampoco por la patrística como el continente de una parte física de Cristo que sigue entre nosotros?

Ese es uno de los mayores misterios que envuelve a la reliquia por antonomasia del cristianismo.

El plato de Cristo

¿Y el plato que contuvo el pan transustanciado en el Cuerpo de Jesucristo Redentor del mundo, Dios del Universo? Nadie, nadie escribió ni media palabra sobre aquel divino recipiente. Fue andando el tiempo cuando en Génova se habló del *Sacro Catino* que se guarda en la Catedral, una pieza hexagonal que, según una antigua tradición recogida en la «Leyenda Dorada», de Jacobo de la Voragine (siglo XIII), pudo haber cumplido dicha función en el primer banquete eucarístico. Pero, a pesar de su formato hexagonal, similar a una bandeja, no va más lejos del siglo X, al estar fabricado en cristal tintado en verde, característico de las artes islámicas. Y de sus migajas, de las que dejaría el pan al partirlo, también las Sagradas Escrituras hicieron caso omiso, haciéndolo así nada menos que al propio Jesucristo.

Demasiados interrogantes hace demasiados siglos, que, como cuestiones de fe, escapan ahora a la carga de la prueba. De ahí, que solo el mundo del mito haya logrado extenderse sobre algo de vital trascendencia para los cristianos: la Comunión en Cristo, base de su creencia junto con la Resurrección del Redentor. No puede entenderse que aquellos primeros cristianos no guardasen con su vida, si preciso fuere, como hacían cuando la entregaban por Cristo Jesús, los sacro santos objetos que había dejado en este mundo el Divino Maestro.

Otros recipientes que también se han postulado en la candidatura del santo grial, con más o menos argumentos, son estos:

El cáliz de Antioquía, aproximadamente de los años 500-550 d. C. En la actualidad se halla en el Museo Metropolitano de Nueva York. Se encontró en 1910 en la citada ciudad de Asia Menor, que después de la caída de Jerusalén llegó a ser el centro principal del cristianismo. Una tradición afirma que era muy frecuentada por la madre de San Marcos, en cuya casa se había celebrado la Última Cena, por lo que pudo haberlo llevado consigo hasta allí.

El vaso de Nanteos de Gales, según la leyenda artúrica, el que José de Arimatea llevó a Britania. Se trata de un cuenco de madera de olivo con fama de milagroso para los enfermos que bebían agua en él. Sin embargo, la ciencia le ha enviado al siglo XIV como muy pronto y de él, custodiado en una caja fuerte, solo ha quedado la leyenda.

El cáliz de Ardagh, en Irlanda, hallado en el siglo XIX e impresionante por su bella factura en plata, bronce y vidrio sobredorado. Su cronología se ha quedado en el siglo VIII.

El austriaco de Achachstale, en ágata, vinculado a los emperadores Habsburgo, en el que una inscripción poco clara lo identificaba con Cristo («B.XRISTO.RI.XXPP»), aunque durante su restauración, en 1951, se leyó tal expresión como «ARISTO», quizá el autor de la pieza hacia el siglo IV, no antes.

El cáliz del Milagro de O Cebreiro, en Lugo, del cual se sabe que es una pieza medieval del siglo XII, pero venerada por los peregrinos porque, como narra entre otros el P. Yepes, en su interior la Sagrada Forma se convirtió en carne y brotó la sangre cuando un mal monje se burló del único asistente a misa un inclemente día de nieve: «Vaya, cual viene ese otro para ver un poco de pan y vino». Acaecido el milagro en 1300, se conservan aún una ampolla con tela empapada en sangre y otra con un trozo de carne seca. Recoge la leyenda Ramón Cabanillas en *O cavaleiro do Sant Grial*, uno de los tres poemas alejandrinos de ciclo artúrico que contiene *Na noite esclarecida*, su obra poética de 1926.

Lo cierto es que la joyería y el adorno que muestran muchos candidatos, a primera vista, inducen a considerarlo propio de Dios, cuando el hijo del

carpintero, si algo practicó, evangelios en mano, fue la pobreza, salvo aquella vez que María de Betania le enjugó los pies con sus cabellos humedecidos en perfume (Jn 12:3).

En cualquier caso, todos tienen sobre sí la penumbra de los primeros siglos y la losa de si, fuera del cristianismo, la «madre de todos los cálices» existió realmente.

El salero de la Última Cena

Aun siendo considerada una de las reliquias menores, el salero de Cristo alcanzó renombre a partir de la obra de Leonardo da Vinci, «La Última Cena», en la que se observa a Judas Iscariote entornando la pieza con el codo derecho —en la mano amarra la bolsa donde guarda las monedas que le pagaron por su traición— y derramando su contenido sobre la mesa, hecho que la superstición asocia con la mala suerte debido a que este mineral era antiguamente un bien muy preciado, tanto por su simbolismo —la Iglesia Católica empleaba la sal para el agua bendita e incluso constituye un símbolo de preservación de la Santidad en Jesús: la Sal de la tierra— como por su utilidad práctica: era indispensable para la conservación de los alimentos en un tiempo en que no existía la refrigeración de los mismos. Tanto era su valor que se empleaba como medio de pago: de ahí deriva el término «salario». El primer testimonio escrito de la presencia del salero que formó parte de la vajilla de aquel Jueves Santo lo cita en la ciudad de León, concretamente en el antiguo convento de Santo Domingo —derribado en 1835—, situado en el corazón de la capital, a un tiro de piedra de la Colegiata de San Isidoro. El dominico Fray Manuel Joseph de Medrano, en su «Historia de la Orden de los Predicadores» (1727), que abarca desde el siglo XIII, afirma:

> Ilustran también este Convento Santísimas y preciosísimas Reliquias. Una de ellas es el salero, que sirvió la noche de la cena en la mesa de N. Señor Jesucristo (…) Guardase este riquísimo tesoro en una caxa de plata sobredorada, su materia es la preciosísima piedra de Calzedonia, la misma que la del cáliz que sirvió en aquella sacrosanta función, y guarda la Santa Iglesia de Valencia, está guarnecido todo con delicado primor. En el adorno se leen por una parte las primeras palabras de la Salutación Angélica, y por otra en caracteres góticos, el testimonio de ser el salero de la Cena. Es grandísima la devoción que toda la Ciudad tiene

> con esta Santa reliquia, y el concurso, que viene à nuestra Iglesia para adorarle, el día de Jueves Santo, el único en que le muestra al Pueblo un Religioso, Revestido de Roquete, y Estola, y Palia por los ombros.

En 1434, con ocasión del «fecho de armas» conocido como *Passo Honroso*, protagonizado en la puente de Hospital de Órbigo por el caballero leonés Suero de Quiñones y sus nueve compañeros de armas, se vuelve a hablar de esta insigne pieza, que seguramente habría sido llevada allí por los PP. Dominicos que asistían espiritualmente en el *Passo* diciendo hasta tres misas diarias. Devotamente, el caballero, antes de los combates, rezaba cada día en su tienda de campaña frente a un pequeño altar en el que estaba depositada, entre otras, esta reliquia, como lo narra, con lujo de detalles, Pero Rodríguez de Lena, Escribano Real de Juan II de Castilla «e su Notario Publico»:

> … en la qual tienda estaba muy devotamente puesto un fermoso altar con ricas e graciosas tablas de imágenes pintadas; en ellas puestos dos joyeles muy ricos en dos preçiosas piedras mostradas: Uno do estaban, de la mesma piedra dibuxados, doze apóstoles de Nuestro Señor, e aquél se dezía que era el salero en que Nuestro Señor Jesuchristo tenía la sal en la su Sancta mesa en que el Sancto Jueves hizo su çena.

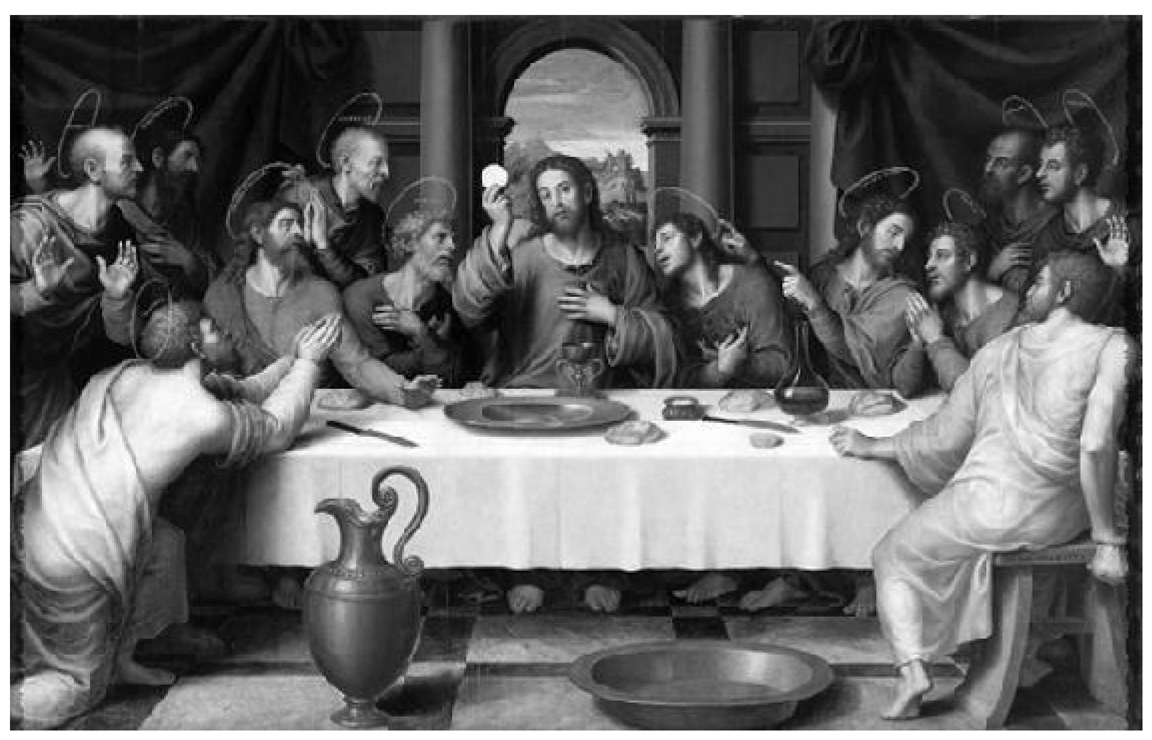
Cerca de siglo y medio después, en su *Viage Santo*, realizado por encargo de Felipe II, Ambrosio de Morales (1572) aporta diversos detalles del salero, en concreto, del formato de la pieza, de la caja o arqueta en la que se guardaba y del texto que daba fe de su contenido:

> Tienen también una Escudilla algo lisa, aunque algo grande de Agata, y dicen que sirvió de Salero en la Cena de nuestro Redemptor, y tienela esmaltada en medio. Lo que yo veo es que tiene alrededor letras de tan mal concertadas razones como esto:
>
> *Istam Esculam fuit ad sinum Domini nostri Jesu-Christi, et fuit ACTZCTA in pecunia ad Regem Chilam. Ave Maria gratia ple* [sic].

La traducción de este texto, para el que la expresión «de tan mal concertadas razones» podría hacer referencia al término *ACTZCTA* —inexistente—, escrito en un latín tardío —el sujeto no figura en nominativo sino en acusativo, hay grupos fonéticos que ya preludian la lengua romance: *in pecunia*—, puede ser la siguiente: «Esta escudilla estuvo junto al seno de Nuestro Señor Jesucristo y fue adquirida (?) por dinero al rey de Cila».

La comparación que realiza con el cáliz de Valencia, indica que en su tiempo ya existía la tradición de considerar a este el auténtico de la Última Cena. Así se observa en el cuadro con ese título del pintor valenciano Juan de Juanes, del Museo del Prado, donde el cáliz que aparece sobre la mesa es el que en la fecha de la pintura (1562) se hallaba en la Catedral de Valencia.

Por tanto, conocemos el formato de la pieza: una escudilla, es decir, pequeño plato del que se tomaba la sal con los dedos para espolvorearla sobre las comidas e incluso por toda la estancia en señal de buen augurio. Sabemos también su procedencia: el reino de Cila, en la región de la Eólida o Eolia, situada en Asia Menor. Además, la expresión de Morales «esmaltada en medio», confirma el texto del manuscrito original del *Passo Honroso*, el cual, más preciso, señala que el motivo decorativo eran los doce apóstoles.



La Última Cena, de Vicente Juan Masip, circa 1562.

Precisamente, con tal formato (escudilla o pequeño plato) aparece en la pintura de Juanes que acabamos de citar, siendo esa la primera imagen acorde con su descripción que tenemos del salero hoy perdido. Da Vinci no debió documentarse como es debido, porque el objeto que pinta en su obra

ni se acerca a lo que sabemos de boca de quienes lo observaron ni tampoco se corresponde con los que estaban al uso en tiempos de Jesucristo.

Por otra parte, a pesar de los importantes talleres de marfiles y esmaltes existentes durante el Medievo en la ciudad de León, que pudieran hacer pensar que dicha reliquia no dejaría de ser un producto local fabricado por artesanos leoneses, o bien de procedencia francesa —eran célebres los esmaltes de Limoges—, el hecho de que conste comprada en aquellas tierras certifica su procedencia oriental.

Casi dos siglos más tarde, en 1752, el jesuita Pedro Murillo Velarde, en su *Geographia*, sitúa el salero en el mismo convento en el que según fray Joseph estaba en el siglo XIII:

> En el Convento de Santo Domingo está el Salero, que sirvió en la Mesa de nuestro Redemptor la noche de la Cena. Está en una Caxa de plata dorada y en la guarnición està escrita esta letra, bien antigua: Ave Maria gratia plena, y en lengua, y caracteres Góthicos, como sirvió en la última Cena. El salero es de Calcedonia, de lo mismo que el Cáliz, que está en Valencia.

Por tanto, Murillo también recoge la Salutación Angélica (*Ave Maria gratia plena*) y la inscripción en latín no clásico («caracteres Góthicos»), que refiere el hecho de que dicha pieza «sirvió en la última Cena» de Cristo.

Con la expresión «es de Calcedonia», se refiere al material en el que se fabricó el objeto: un conglomerado de minerales de cuarzo en su variedad coralina —de color rojo cereza—, una especie de ágata u ónice, como también señalaba Ambrosio de Morales («de Agata»), denominación que proviene de su lugar de origen: Calcedonia. Cercano se halla el reino de Cila, a cuyo monarca fue adquirido el objeto —según la anteriormente citada inscripción que recogió el viajero de Felipe II—, no se indica por quién, tal vez por algún rico peregrino que lo regaló a la Orden, puesto que esta, como mendicante, carecía de dinero para haberlo adquirido, como dice la inscripción acreditativa de su procedencia.

En definitiva, podemos concluir que del salero que, según se dice, sirvió en la Última Cena consta documentación de su existencia en la ciudad de León desde mediados del siglo XIII hasta 1752, es decir, durante unos 500 años, desconociéndose hasta el momento la suerte que pudo correr cuando la «francesada». No existen referencias ni menciones al mismo, al contrario

de lo que ha ocurrido con el cáliz y el plato de Jesucristo, en ningún otro punto del planeta, a pesar de tratarse de una de las piezas imprescindibles en la mesa de cualquier banquete de aquel tiempo por las propiedades atribuidas a la sal, ya mencionadas. ¿Qué habrá sido de él?

LAS TINIEBLAS DEL GÓLGOTA

El día 14 o 15, viernes («día de la preparación», o sea, víspera de la Pascua hebrea), del mes judío de Nisán del año 30 o 33 —no existe más coincidencia entre los evangelistas que el día de la semana—, «como a la hora de sexta» (Lc 23, 44; las 15 h), o bien «hacia la hora de nona» (Mt 27, 45, acorde con Mc 15, 33-37; las 18 h), Jesucristo, alanceado en el costado derecho por el centurión Longino, uno de los soldados romanos que vigilaban el Monte Calvario (Gólgota en hebreo, el mismo lugar en el que se alzaron los altares de Abraham y Melquisedec), porque «como le vieron ya muerto» (Jn 19, 33) no quiso romperle las piernas a fin de acelerar su agonía, como a los demás crucificados, y «… para que se cumpliese la Escritura: No quebraréis ni uno de sus huesos» (Jn 19, 36), «dando una gran voz, dijo: Padre, en tus manos entrego mi espíritu; y, diciendo esto, expiró» (Lc 23, 45).

> Y las tinieblas cubrieron toda la Tierra hasta la hora de nona, oscurecióse el sol y el velo del templo se rasgó por medio.
>
> (Lc 23, 45, acorde con Mc 15, 38 y Mt 27, 51)

> La Tierra tembló y se hendieron las rocas; se abrieron los monumentos y muchos cuerpos de santos que dormían, resucitaron.
>
> (Mt 27, 52)

> El centurión y los que con él guardaban a Jesús, viendo el terremoto y cuanto había sucedido, temieron sobremanera y se decían: Verdaderamente, éste era el Hijo de Dios.
>
> (Mt 27, 54, acorde con Mc 15, 39, Lc 23, 47)

Este es el relato evangélico de lo sucedido tras la muerte de Cristo. Salvo la mención que hace Mateo de la resurrección de «muchos cuerpos de

santos», en realidad, podíamos estar oyendo la crónica de un eclipse de sol y, quizá, de una tormenta de arena acompañada de un fuerte terremoto. La investigación astronómica ha encontrado el eclipse más próximo a las fechas en que se produciría la muerte de Cristo en el año 29, concretamente, el 24 de noviembre. Teniendo en cuenta que la cronología que seguimos contiene un error de no menos de 5 años inferior a la que debiera estar establecida, a causa de la equivocación del monje Dionisio el Exiguo (de lo que ya hablamos en otras partes de este libro), estaríamos frente a fechas inexactas respecto al período de tiempo que vivió Jesús en la Tierra, que suele estar establecido, según la Biblia, en 33 años.

En cuanto a la oscuridad total que relatan los textos evangélicos, esta, efectivamente, debería haberse producido a causa de un eclipse solar antes que por una tormenta de arena, como parece lógico, aunque no dejan de ser frecuentes al comienzo del mes de abril los «sirocos negros» (viento del desierto cargado de arena) en Jerusalén. No obstante, este es imposible que se produzca en época de luna llena, cuando se celebra la Pascua judía.

Respecto al velo del templo, que «se rasgó de arriba abajo en dos partes» (Mt 27, 51; Mc 15, 38), «se rasgó por medio» (Lc 23, 45), estaríamos hablando de la cortina que en el interior del recinto separaba las dos estancias conocidas como el *Hecal* o *Sancta* y el *Debir* o *Sancta Sanctorum* («Santo de los Santos» o «Santísimo», donde estuvo guardada en su tiempo el Arca de la Alianza), pero no existe ninguna constancia de que hubiera ocurrido este hecho en los textos rabínicos, que lo deberían haber recogido.

Con respecto al temblor de tierra y a las rocas rajadas, no se ha encontrado ninguna prueba geológica de que ocurriera algún fenómeno sísmico.

En consecuencia, no existen datos que confirmen científicamente los textos bíblicos, por lo que nos hallamos ante un verdadero misterio respecto al relato de los evangelios canónicos, pues, así mismo, llama la atención que únicamente los tres sinópticos recojan estos fenómenos; el evangelio de Juan solo dice que Cristo, «reclinando la cabeza, entregó el Espíritu» (Jn 19, 30). Tampoco el historiador judío Flavio Josefo, de la familia de Herodes, deja constancia de ellos en sus obras.

Y sobre las resurrecciones de santos que cita el evangelista Mateo, tampoco se encuentra ninguna otra alusión en el Nuevo Testamento.

Por tanto, como ocurre en toda la Biblia, estamos ante un lenguaje simbólico que pretende dar a entender la inspiración divina y la profundidad de los hechos que narra. Para apreciar y entender su contenido habría que retroceder al Antiguo Testamento, en el cual, los teólogos vieron numerosas prefiguraciones o *typos* de lo que tenía que suceder en el Nuevo, casi siempre, forzando las interpretaciones. Pero, todo lo explica la fe para los creyentes, porque fe es «creer lo que no vimos». Y ya está.

LA CRUZ DE CONSTANTINO, SIGNO DE VICTORIA

El 28 de octubre del año 312 tuvo lugar la batalla del Puente Milvio sobre el río Tíber, a las puertas de Roma, entre los ejércitos de los emperadores de Occidente, Constantino (c. 272-337) y Marco Aurelio Majencio (c. 278-312). El primero reinaba sobre la Galia y Bretaña por herencia de su padre, Constancio I (250-306); el segundo, en Italia, el Norte de África e Hispania por legado de su progenitor, Maximiano (c. 250-c. 310).

Estábamos en tiempos de la tetrarquía instaurada por Diocleciano, en la que, como su nombre indica, el poder lo ejercían cuatro miembros: dos de igual dignidad, llamados Augustos, que gobiernan, y otros dos, conocidos como Césares, que se consideran sucesores y son nombrados por los primeros desde su ascensión al trono. Una vez fallecidos estos, los Césares ocupan su puesto, es decir, se convierten en Augustos, y designan, a su vez, nuevos Césares. Pero el conflicto, como acabamos de ver, no tardó en estallar en el Imperio Romano de Occidente entre los supuestos sucesores, a pesar de que Diocleciano lo había dejado todo «atado y bien atado».

La victoria de Constantino en el año 312, acorralando a su adversario —enemigo declarado de los cristianos—, determinó el fin de dicho sistema político, convirtiéndose su persona en el único emperador de la zona occidental del Imperio Romano, mientras en la otra parte, la oriental, gobernaba su primo, Licinio.

Escritos de autores contemporáneos como Eusebio de Cesárea y Lactancio, atribuyen esta victoria a la intervención divina, mientras que

otros como Zósimo el Historiador (fines del siglo V-principios del VI), a la superstición.

La noche anterior a la batalla, cuando en los cuarteles se velaban armas, Constantino tuvo una visión que le anunciaba la victoria, según narran los autores cristianos: en el cielo vio aparecer una cruz mientras una voz en griego le decía: «Con este signo vencerás». No obstante, esta versión no se halla corroborada por todos los cronistas de la época. Existe también la convicción de que dicha visión se presentó frente el emperador varios meses antes de la batalla y que, al participársela a su madre, santa Elena, que se había convertido secretamente al cristianismo años antes (en 307), esta le animó a seguir al Redentor y a practicar la tolerancia con los cristianos, un grupo cada vez más numeroso que había sufrido el martirio. Nombrada Augusta por su hijo, la devota emperatriz se dedicó encarecidamente a la difusión de la doctrina cristiana, mandando desenterrar la cruz de Cristo y convirtiéndose, así, en la futura patrona de los arqueólogos, cuya festividad se celebra el 18 de agosto.

Según Lactancio, la visión que tuvo Constantino decía que debía grabar la cruz de Cristo en los escudos de sus soldados. Así lo hizo, marcando un anagrama conocido como *staurogram*, es decir, una combinación de las letras griegas *tau* y *ro* formando la imagen de una cruz latina con su extremo superior redondeado. También se afirma que el anagrama grabado fue el *Crismón* (símbolo abstracto de Cristo), es decir, la combinación de las letras griegas *ji* (X) y *ro* (P) con la *alfa* (A) y la *omega* (Ω), primera y última letra de su alfabeto: Cristo, principio y fin del mundo, a derecha e izquierda respectivamente.

Según Eusebio, en su «Historia Eclesiástica», Constantino recibió ayuda de Dios, pero no cita que hubiese tenido ninguna visión. Sin embargo, en «Vida de Constantino», describe la misma detalladamente y afirma que a él le fue referida por boca del propio emperador. De acuerdo a este testimonio, relata que cuando Constantino marchaba al frente de sus tropas, por encima del Sol, vio que se alzaba una cruz radiante mientras se escuchaban estas palabras en griego: *En toutoi Nika*, que en latín quiere decir *In hoc signo vinces* («Con este signo vencerás»).

Un tanto perplejo, el emperador no llegaba a comprender bien el significado de aquella visión, pero durante la noche tuvo un sueño en el que se le apareció Jesucristo para decirle que esa era la señal que debía emplear contra sus adversarios. Así lo hizo marcándola en el lábaro, el estandarte militar de los emperadores romanos, vigente desde Adriano, que consistía en un largo astil en cuya parte superior cruzaba un palo en forma de cruz del que colgaba un estandarte en el que se veía una corona de oro y piedras preciosas y, en medio, un águila bordada en oro, que Constantino sustituyó por el crismón de los cristianos.

No obstante, como dicho anagrama de Cristo no apareció por primera vez hasta el año 315 en el reverso de una moneda de oro, es difícil creer que la idea de Constantino fuera portar el símbolo de los cristianos durante la batalla acaecida tres años antes, en lo cual coinciden los autores Eusebio y Lactancio, concurriendo además en que el emperador que autorizó el cristianismo por el Edicto de Milán (313) solo llevó a cabo un uso continuado de dicho estandarte durante el conflicto con Licinio, del que hablamos a continuación.

Dueño y señor de Occidente, en el año 324, Constantino se enfrenta a su primo Licinio que gobernaba en Oriente, a quien derrota primero en Adrianópolis y luego en Crisópolis, condenándole a muerte al igual que a su hijo y heredero, que ya ostentaba el título de César como futuro sucesor de su Augusto padre.



Este fresco pintado por el taller de Rafael muestra al emperador Constantino I antes de la Batalla del Puente Milvio el 28 de octubre de 312.

Entonces, Constantino, amo ya de todo el Imperio, designa a su hijo Constancio como su único sucesor, con lo que se logra de nuevo la vieja unidad imperial romana.

En la incógnita queda si la conversión de Constantino fue sincera o si más bien lo que trató fue de granjearse el favor de los cristianos, cuya fuerza, especialmente entre las capas más bajas de la sociedad, era cada vez mayor. Lo más probable es esto; así como que también se trató de un personaje visionario que afirmó no solo haber visto la cruz de Cristo en el cielo, sino que, años antes, en el 310, ya había dicho que se le apareció el dios Apolo acompañado de una Victoria y portando coronas de laurel que simbolizaban, según explicó el emperador, largos años de prosperidad y reinado. Lo cierto es que antes de cristianizarse practicaba el henoteismo o creencia en varios dioses pero culto a uno superior a todos los demás (*heis, henos*: un; *theos*: dios), es decir, rendía culto al Sol, el *summus deus*, y que tal conversión a la religión de Cristo fue demasiado tardía, prácticamente *in artículo mortis*, puesto que no se bautizó hasta la víspera de su fallecimiento, en el 327.

En consecuencia, los escépticos, además de atribuir la visión a un fenómeno meteorológico, que pudo ser explotado y adecuado por los partidarios cristianos de Constantino, otorgan a esta, como a todas las apariciones, creencia cero. Pero, la duda es libre.

LAS VÍRGENES NEGRAS, HIJAS MORENAS DE JERUSALÉN

Soy morena, pero hermosa,
hijas de Jerusalén.

Lo canta el *Cantar de los Cantares* (1, 5). La Virgen Negra representa una alegoría de la Esposa de Dios.

Además de esta cita, otra posible explicación para que se atribuya ese color a la Virgen María puede tener que ver con la pronunciación árabe del término, que es similar a la de «sabio» (*asuad*: negro; *ustar*: sabio), y su

grafía en escritura cúfica (también muy parecida), por lo que teniendo en cuenta que María es la *Theotokos* o *Deipara*, el Trono de la Sabiduría de Jesús, el Maestro Divino, bien puede llamársela Negra (Sabia) en alusión al saber procedente de Oriente, que fue una de las aportaciones realizadas por los árabes.

Esta iconografía fue la que se impuso en Occidente durante la época del arte Románico (siglos XI y XII), primero con el Niño centrado sobre ambas piernas y, posteriormente, desplazado a la rodilla izquierda. La estética de carácter frío, hierático, se aprecia en la ausencia total de comunicación entre Madre e Hijo, representado no como un infante sino como un adulto reducido de tamaño, dispuesto sobre el trono que forma la Virgen con sus brazos a modo de sitial, desde el cual bendice con la mano derecha mientras en la izquierda sujeta la esfera que simboliza su divinidad: el círculo, como Dios, no tiene principio ni fin.

O quizá las Vírgenes Negras solo pretendan presentar al Niño como producto de su fertilidad, una versión cristianizada de la Gran Diosa Madre, presente en todas las culturas —la egipcia Isis, la babilonia Isthar, la asiática Cibeles, la grecolatina Deméter o Ceres—, cuyo primer precedente fueron las venus paleolíticas auriñaco-perigordienses (h. 23 000 años), pequeñas figurillas (Venus de Willendorf, Lespugue, Brassempouy, Grimaldi) y algún relieve (Venus de Laussel o «Dama del Cuerno») que exaltan las partes reproductoras del cuerpo de la mujer (pechos, vientre, vulva). Se conocen como venus esteatopigias porque presentan una enorme acumulación de grasa en vientre, caderas y glúteos.

Posteriormente, el fenómeno se manifestó con toda intensidad durante el período neolítico (hacia 8000-5000 a. C.), en el que se produce el descubrimiento de la agricultura, llevado a cabo precisamente por las mujeres, quienes permanecían en los poblados mientras los hombres marchaban a practicar la caza. La fertilidad de los campos se emparentaba con la femenina porque, al igual que la tierra renovaba las cosechas cada año, también las madres, trayendo hijos a este mundo, reponían los seres perdidos para que continuara el ciclo de la vida. Quizá por ello, el color negro de las vírgenes tenga que ver con una alusión a la tierra buena, la tierra fértil, abundante en humus, óptima para el cultivo.

Se les atribuye igualmente un origen celta o ibérico, en cuyo caso podrían estar relacionadas con las damas oferentes que se han hallado en la península Ibérica: Elche, Cerro de los Santos, Baza, la Galera.

Andando el tiempo, el cristianismo, en el que la mujer había representado desde el principio al pecado (Eva), y el culto a la Virgen había tenido una importancia bastante secundaria, destacó la figura femenina coincidiendo con la exaltación de la mujer por parte de la lírica trovadoresca y el «amor cortés». Con la vuelta de los cruzados de Tierra Santa, y alentados por las predicaciones de san Bernardo y su amor hacia la Virgen, por todas partes surgieron santuarios marianos que se ubicaban sobre los que en otro tiempo ocuparon las deidades de la tierra, tanto en el interior de las cuevas como en troncos de árboles o dentro de campanas, incrustadas en muros o paredes, etc. Y aquel amor profano fue transformándose, a golpes de cristianismo y devoción, en amor divino a la Madre del Redentor.

Con ello, el culto a la Virgen cobró un inusitado protagonismo en detrimento no solo de los santos y mártires, sino hasta del mismísimo Jesucristo, porque Ella es la Madre, Abogada nuestra, figura impetrante que ruega clemencia por nosotros arrodillada ante su Hijo, Juez Supremo al colapso de los tiempos.

Se trata de pequeñas imágenes en madera, la mayoría talladas entre los siglos XI al XVI, muchas veces con rostro de marfil, que deben su color a la pintura, barniz, betún de Judea o lacado teñido de negro. Según la leyenda, algunas más antiguas han sido encontradas casualmente en recónditos lugares de la Naturaleza escondidas —en nuestro país— de la invasión sarracena. Y resulta imposible trasladarlas de lugar, pues, o bien regresan milagrosamente a su primitivo emplazamiento, o bien, por el mismo arte, se vuelven tan pesadas que no permiten que se las mueva. Con la llegada del cristianismo al Nuevo Mundo, se produjo una identificación, a través del sincretismo religioso cristiano-pagano, con deidades femeninas amerindias o africanas como Pachamama o Yemayá.

Quizá porque en la Antigüedad se adoraban las piedras sagradas, es común que las imágenes se representen sobre grandes peanas pétreas esféricas (de tamaño desproporcionado en relación a la figura que

sustentan), que inducen a rodearla con las manos, reminiscencia de lo cual es la costumbre, el rito que persiste, de circular alrededor del camarín que contiene la Virgen para tocarla o hacer la señal de la cruz, venerándola. Algunas, como la del Pilar, han adquirido su nombre, precisamente, de la piedra sobre la que, según la tradición, se aparecieron.

Y de otras su nombre lo dice todo: la «Moreneta», Virgen Negra Patrona de Cataluña desde su santuario de Montserrat y también de Mallorca desde el de Lluch.

LA BIBLIA ADÚLTERA

La Biblia Adúltera, Torcida, Malvada, Perversa, Traviesa o del Pecador (*Wicked Bible*, en inglés) son los nombres con los que se conoce una reedición del Libro Sagrado, impresa en Londres en 1631 durante la monarquía de Carlos I (1625-1649), que había sido traducida al inglés en 1611 reinando Jacobo I de Inglaterra, un rey apasionado por la Teología, que encargó la labor a 54 sabios escogidos por él personalmente.

La cuestión está en una trascendental errata en el versículo 14 del capítulo 20 del libro del Éxodo, merced a la cual al sexto mandamiento de la Ley de Dios le falta la primera palabra: *no*, es decir, los actos impuros, en lugar de quedar prohibidos, aparecen exhortados.

Advertido el error, los mil ejemplares impresos fueron retirados inmediatamente para alimentar la hoguera, condenándose al responsable a una multa de 300 libras, muy elevada para aquel tiempo. No obstante, once ejemplares se salvaron de la quema y actualmente pertenecen a museos y colecciones privadas.

No fue esa la única falta tipográfica cometida en el extensísimo texto bíblico, sino que, antes al contrario, contiene demasiadas, como corresponde a un tiempo en el que se trabajaba a contrarreloj y, por lo tanto, no se prestaba la debida atención a la revisión de las galeradas o pruebas de imprenta.

Así lo explica Diana Severance, directora del Museo de la Biblia de la Universidad Bautista de Houston (Texas), donde se guarda uno de los once ejemplares «malditos»: «Es verdad que en este caso estamos hablando de

un error muy notable, pero en las primeras ediciones de la Biblia del Rey Jacobo hemos detectado bastantes fallos de imprenta».

También corrió la voz de que el craso error podía haber sido producto de una especie de sabotaje contra Robert Barker, el propietario de la imprenta donde se hizo la tirada, urdido contra él por el gremio de impresores, hartos de sus malas prácticas y desleal competencia, así como de las altas deudas y frecuentes litigios que mantenía con varios de ellos. La intención habría sido, pues, desacreditarle ante los poderes políticos y religiosos de Inglaterra.

De todos modos, desde su publicación en 1611, la que también se conoce con el nombre de su mecenas, Jacobo I de Inglaterra («Biblia del rey Jacobo») se convirtió en la más utilizada por los cristianos protestantes anglosajones y es, así mismo, la que emplean los Presidentes de los Estados Unidos de Norteamérica para jurar su cargo, ¿sin la errata?

LA BIBLIA DEL DIABLO (*CODEX GIGAS*)

La «Biblia del Diablo» es un manuscrito en lengua latina de principios del siglo XIII, obra de un monje del monasterio de Podlažice (Chrudim, Bohemia, actual República Checa), llamado Herman el Incluso («recluso» o «recluido»), apodo que se daba a aquellos monjes que eran condenados a vivir en una celda aislados por haber cometido alguna falta. Se conoce como *Codex Gigas* («Libro Grande», en latín), por su extraordinario tamaño: 92 × 50,5 × 22 cm. Comprende 624 páginas y pesa 75 kilogramos.

La leyenda dice que su supuesto autor, el citado monje Herman, habiendo sido condenado a morir empalado por haber violado todos los votos monásticos, solicitó la conmutación de la pena a cambio de escribir, en solamente una noche, un grandioso y hermosísimo libro que fuera la honra de aquella casa, compendiando, además de la Biblia, todo el conocimiento del mundo.

Para llevar a cabo tan magna empresa hubo de pactar con el diablo, cuando percibió a la medianoche que la luna desaparecía frente al sol antes de que pudiera dar fin a su tarea. Satán aceptó encargarse él mismo del trabajo con dos únicas condiciones: la primera, que le vendiera su alma, que

es lo que pide siempre; y, la segunda, que apareciera su diabólica imagen entre las ilustraciones del magnífico volumen, detalle por el cual se conoce al códice con el nombre que da título a este epígrafe.

Al día siguiente, la obra, para estupefacción de la comunidad benedictina del monasterio, estaba acabada. Compendiaba la versión Vulgata de la Biblia (excepto los Hechos de los Apóstoles y el Apocalipsis, que provienen de otra versión anterior) además de las «Antigüedades judías» y «La Guerra de los judíos», del historiador Flavio Josefo; las «Etimologías» de san Isidoro de Sevilla, la *Chronica Boemorum* («Crónica de Bohemia») de Cosmas de Praga, encantamientos mágicos, tratados de medicina escritos por Constantino el Africano, un calendario, una relación de personas fallecidas y otros textos varios.

Debido a la condición impuesta por Satanás, la página 290 estaba dedicada a su diabólica figura, representada en forma híbrida, humano-animal, con garras, pezuñas hendidas y lengua bífida de serpiente. Curiosamente, el demonio aparecía en solitario, tapiado y aislado del resto de criaturas infernales, lo que era una alusión clara a la tarea que había realizado durante aquella noche de compromiso.

Con el tiempo, el códice, que sufrió diversas mutilaciones, siendo arrancadas muchas de sus páginas —no sabemos si para ocultar su contenido de carácter prohibido—, pasó por varias manos. En principio, debido a problemas financieros del monasterio en el que fue elaborado, se vendió, en 1295, a los cistercienses de Sedlec a instancias del obispo Gregorio de Praga. Tres siglos más tarde, en 1594, pasó a poder de Rodolfo II, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, quien lo tomó del monasterio benedictino de Broumov, a donde había ido a parar desde el anterior. Pero este monarca terminó perdiendo el juicio y, desposeído del trono, fue desterrado por su propia familia, lo que alimentó las sospechas sobre la maldición del gigantesco manuscrito, que acarrearía la desgracia a quienes lo poseyeran.

En 1648, al término de la Guerra de los Treinta Años, se apropió del códice el general sueco Konigsmarck, quien lo trasladó a su país, en el cual se halla en la actualidad, custodiado en la Biblioteca Nacional de Suecia en Estocolmo, de donde solo ha salido en dos ocasiones: la primera, en 1970

con destino al Metropolitan Museum of Art de Nueva York, y la segunda en septiembre de 2007, cuando regresó a su tierra, en calidad de préstamo, hasta enero de 2008.

Leyendas aparte, el primer enigma que suscita tamaña, singular y magnífica obra es quién o quiénes la llevaron a cabo, es decir, la identidad de su autor o, más probablemente, autores debido a la ingente cantidad de información y conocimientos que contiene, imposibles de dominar por una sola persona, la cual, además, hubiera tardado alrededor de treinta años en acabarlo, y ello tendría que reflejarse en el pulso y la calidad de la letra.

Sin embargo, de acuerdo a la investigación realizada por National Geographic, el *Codex Gigas* fue escrito en 1229 por un único autor, debido a que el estilo y la fuente de la caligrafía son uniformes; y, además, en un tiempo comprendido entre 24 y 72 horas.

EL NÚMERO DEL DIABLO (666) Y EL DE CRISTO (888)

El Apocalipsis (Ap 13, 18) no lo puede decir más claro: «Aquí está la sabiduría. El que tenga inteligencia calcule el número de la bestia, porque es número de hombre. Su número es seiscientos sesenta y seis».

A partir de esta cita no ha habido más que especulaciones para hallar la identidad que esos números esconden, debido a la particularidad de algunos alfabetos de la Antigüedad como el griego o el hebreo que, al no contar con caracteres numéricos escritos, llevan asignada una cifra a cada letra, con lo que sumando todas las que componen un nombre se obtiene un código numérico.

El texto apocalíptico presenta la cuestión a la inversa, es decir, esconde mediante cifras la identidad de un sujeto, de manera que se propone a los lectores averiguar a quién se cita.

Según una de las posibles interpretaciones, teniendo en cuenta que en la Biblia el número 7 se considera la perfección, el reflejo de la divinidad, y su triple repetición representa el énfasis: la Trinidad —Dios Uno y Trino—, podría considerarse la cifra inmediatamente anterior, el número 6, como el símbolo de lo imperfecto desde la perspectiva divina, el ser humano, centro del odio que profesa Satanás contra quien fue creado a imagen y semejanza

de Dios, lo que él no pudo llegar a ser cuando fue derrotado en la rebelión celestial que tuvo lugar al principio de los tiempos, como relata una canción:

> *Hace muchos siglos, me dijo, en el Cielo,*
> *hubo una sangrienta revolución:*
> *Un grupo de ángeles nos levantamos*
> *contra el poder absoluto de Dios.*
>
> *(Mi amigo Satán. Joaquín Sabina).*

Por tanto, el número 666 representaría el escalón anterior a la perfección, la trinidad o —mejor dicho— triple repetición de lo imperfecto: el diablo, que está por debajo de Dios. Pero no omitamos que el propio texto apocalíptico aclara «que es número de hombre», por tanto no nos dice nada acerca de ninguna criatura extraterrena.

En este sentido, una interpretación de los textos bíblicos de carácter historicista, defendida por los teólogos protestantes como Martín Lutero o Juan Calvino, y por los Adventistas del Séptimo Día, asigna el número de la bestia al mismísimo papa de Roma, ya que teniendo en cuenta que en latín los números se expresan a través de letras, y a tenor del título papal que consta en un decreto imperial apócrifo atribuido a Constantino, en el que este reconoce como soberano al papa Silvestre I y dona a la Iglesia la ciudad de Roma y todo el Imperio Romano de Occidente (*Donatio Constantini*), la suma del valor que en la numeración latina representa cada una de las letras del título del papa: *VICARIVS FILII DEI* (Vicario del Hijo de Dios), dan como resultado 666 excluyendo las que no tienen valor numérico (A, R, S, F, E): V+I+C+I+V+I+L+I+I+D+I, es decir, 5+1+100+1+5+1+50+1+1+500+1= 666.

Sin embargo, en honor a la verdad, el título real del pontífice es VICARIVS CHRISTI, con lo que la relación matemática con la cifra demoniaca desaparece.

Siguiendo dicha interpretación numérica, hay también otros nombres que, por la misma regla matemática, darían como resultado la cifra de la bestia, por ejemplo, el de la profetisa adventista estadounidense Ellen Gould White (1827-1915), tomando exclusivamente las letras que

representan cifras en la numeración romana: L+L+U(V)+L+D+W(V)+V+I=666.

Siguiendo también la numerología latina, se puede relacionar tal cifra con el emperador Nerón, puesto que la transcripción del número apocalíptico al latín es DCLXVI, que, aparte de contar con la particularidad de que representa matemáticamente en orden descendente todas las cifras romanas cuyo valor es menor que 1000, se trata también del texto acrónimo de *Domitius* [o *Domitianus*] *Caesar Legatos Xti Violenter Interfecit*; traducido significa: «Domiciano César mató vilmente a los enviados de Cristo». Ese era el nombre que tenía Nerón antes de ser adoptado por el emperador Claudio como hijo suyo tras desposarse con Agripina, la madre de aquél, que más tarde sería su sucesor. Y, desde luego, para los cristianos, no hubo peor demonio que Nerón, por lo que bien podía haberse referido a él san Juan cuando hablaba del Anticristo. O bien al emperador Domiciano, el último de los Flavios, que también se cebó en las persecuciones contra los cristianos.

Otra interpretación que juega en favor de Nerón tiene que ver con el llamado *Nero Redivivus*. Debido a su crueldad y sus excesos, propios de la persona demente que era, tras la sublevación en el año 67 de Servio Sulpicio Galba y Cayo Julio Vindex, gobernadores respectivos de la Hispania Tarraconense y la Galia Lugdunense, el Senado romano declaró a Nerón enemigo público y este tuvo que huir, suicidándose después. No obstante, muchos de sus antiguos partidarios sostenían que no estaba muerto sino que se hallaba en el reino de los Partos (Oriente Próximo) preparando la venganza para regresar un día como Nerón resucitado (*Nero Redivivus*).

Para los cristianos, la vuelta de Nerón sería la venida del Anticristo. Posiblemente, san Juan pudo también aludir por ello a este sujeto infame. A su favor jugaría el versículo 13:3 del Apocalipsis: «Vi la primera de las cabezas como herida de muerte, pero su llaga mortal fue curada». Podría estar haciendo referencia a Nerón: muerto, o mortalmente herido, regresó a la vida.

Otra connotación negativa para el número 666 se encuentra en 1 Reyes 10, 14-15 y 11, 3-4, donde se cuenta que el rey Salomón, tras recibir esa

cantidad de dinero, terminó cayendo en la apostasía:

> El peso de oro que cada año llegaba a Salomón era de seiscientos sesenta y seis talentos de oro, además el que como tributo recibía de los grandes y pequeños mercaderes, de los príncipes de los beduinos y de los intendentes de la Tierra (…). Tuvo setecientas mujeres de sangre real y trescientas concubinas, y las mujeres torcieron su corazón. Cuando envejeció Salomón, las mujeres arrastraron su corazón hacia los dioses ajenos.

Sin embargo, para alimentar la confusión, modernas técnicas fotográficas han logrado descifrar que, realmente, el número que aparece en los textos bíblicos no es 666 sino 616, tal como consta en los denominados *Papiros de Oxirrinco*, descubiertos en Egipto en el año 1985 y actualmente depositados en el Museo Ashmolean de Oxford. Se trata de miles de documentos manuscritos, tanto en griego como en latín, cuyos primeros análisis se publicaron en 1999. En uno de ellos, el *Oxyrhynchus 4499*, de fines del siglo III, que contiene el Apocalipsis de san Juan, se ha comprobado aplicando la moderna técnica fotográfica conocida como Multi-Spectral, que el número que aparece es 616, no 666.

Por tanto, el melón para averiguar la identidad del ser maléfico que se esconde bajo dicha cifra ha vuelto a abrirse. Respecto al acrónimo anterior, para que resultase el nuevo número, solo habría que eliminar la L (DCXVI) y en la traducción la palabra *Legatos* («enviados»); quedando, por tanto, «Domiciano César mató vilmente a Cristo», que también tiene sentido porque estaría hablando de manera genérica y seguiría aludiendo a emperadores satánicos para los cristianos.

Respecto a otros datos que aporta el texto bíblico: «una bestia, que tenía diez cuernos y siete cabezas» (Ap 13, 1), también existen especulaciones. En concreto, el número 7 podría simbolizar los 7 emperadores que había tenido Roma hasta la fecha en la que se escribió el Apocalipsis: Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, Vespasiano y Tito. Por tanto, san Juan podría estar aludiendo a la Ciudad Imperial como si de la propia bestia se tratara.

Para terminar, otra paradoja. Si escribimos 666 en hebreo, como en esa lengua no existen números, tendríamos que hacerlo a través de letras. La letra vav corresponde a la w y equivale a 6, por tanto, 666 sería www

(World Wide Web), la red informática mundial, Internet, ¿la «bestia», el «monstruo» que un día todo lo dominaría?

En cuanto a Jesucristo, como Jesús en griego se escribe *Iesous*, aplicando a cada letra su significado numérico a través de la gematría o método para averiguar el valor matemático de las palabras, se puede obtener el valor numérico de las letras que componen su nombre. El resultado es 888, según la correspondencia siguiente: I= 10, e = 8, s = 200, o = 70, u = 400, s = 200.

Si el 7 para los hebreos significa lo que está completo («el Séptimo Día», cuando finaliza la creación), el 8 es la sobreabundancia, símbolo de una nueva vida, la Resurrección. Su triple repetición, como la de todos los números, indica énfasis, manifestación suprema: Jesucristo Dios.



El número de la bestia es el 666, de William Blake, 1805.

MUERTES EXTRAÑAS

LA MUERTE DE TUTANKHAMÓN

Tutankhamón fue el último faraón de la XVIII dinastía del Imperio Nuevo Egipcio, que reinó en el país del Nilo entre los años 1336-1327 a. C., aproximadamente. Subió al trono muy joven, a los 10, 11 o 12 años de edad —no se sabe con certeza—, tras la muerte de su padre, Akhenatón. Su madre no fue la esposa oficial del faraón, la bella Nefertiti, sino que, según se cree, pudo ser una de las concubinas del dios viviente en la Tierra —así eran considerados los faraones en el Egipto milenario—, probablemente llamada Kiya, la cual daría a luz al hijo varón que la reina no había logrado engendrar, ya que solo trajo hembras a este mundo.

Se casó con su hermanastra Ankhsenaton, hija de Amenofis IV y Nefertiti, y lo primero que hizo al poco de subir al trono, presionado por los poderosos sacerdotes del templo de Amón en Tebas, fue restaurar el culto a este dios que su revolucionario padre había prohibido en favor de un monoteísmo hacia el disco solar, al que dio el nombre de Atón, cambiando el suyo propio por el de Akhenatón («servidor de Atón»). Así mismo, el joven monarca permutó el nombre con el que había ascendido al trono (Tutankhatón) por el de Tutankhamón, en consonancia con el dios restaurado.

Pero la desgracia se cebó con el recién estrenado faraón y, en menos de una década —aunque también hay estudios que extienden el tiempo hasta los 15 años—, le alcanzó la muerte.

Desde que el 4 de noviembre de 1922 el británico Howard Carter, en una expedición sufragada por lord Carnarvon, descubrió su tumba —la única que ha llegado intacta hasta nosotros— en el Valle de los Reyes, se

comenzó a especular con las circunstancias de la muerte de Tutankhamón, extendiéndose la creencia de que un fallecimiento a esa edad no había podido tener otra causa que el asesinato. Los partidarios de esta postura se basaban en una fractura craneal que se apreciaba en la nuca de la momia, ocasionada, según se creía, por un fuerte golpe que habría resultado mortal.

No obstante, en el año 2010, un trabajo científico publicado en la revista *Journal of the American Medical Association (JAMA)*, para el que se utilizaron análisis genéticos (ADN) y radiológicos, ha podido establecer, por un lado, la edad aproximada que tenía el faraón a su fallecimiento basándose en las suturas de su cráneo, que aún no se habían cerrado, y en que los huesos de sus extremidades no habían llegado a soldarse totalmente; y, por otra parte, las causas reales de su muerte: una infección de malaria —causada por el parásito *Plasmodium falciparum*—, junto a una enfermedad crónica (necrosis ósea vascular) producida por la deficiente irrigación sanguínea en el fémur de su pierna izquierda, en el que existía una fractura proveniente quizá de una caída.



Howard Carter en 1922 abriendo el sarcófago de Tutankhamón. Imagen de la revista *Times*.

La fractura craneal que mostraban los restos mortales del faraón en la parte posterior de la cabeza, que en realidad no era más que el desprendimiento de un fragmento óseo, pudo tener una de estas dos causas: haberse producido durante el complejo proceso de momificación al que eran sometidos los cadáveres en el Antiguo Egipto —especialmente los de los faraones y, a menor escala, los del resto de dignatarios de la corte—; o haber tenido lugar probablemente cuando Carter extrajo la momia del ataúd, produciéndose asimismo la rotura de algunas costillas al arrancar las joyas y la máscara de oro del cadáver.

Igualmente, a través de los análisis mencionados, se han podido comprobar malformaciones en ambos pies del faraón, tanto en el derecho, que posee un arco muy bajo (132º), como en el izquierdo, que además de contar con una longitud superior a la normal tiene su parte delantera ligeramente girada hacia adentro, como si se tratara de un pie varo. Se detectó así mismo indicios de necrosis ósea en el segundo y tercer metatarsianos de este pie. Por tanto, la espléndida colección de 130 cetros y bastones diferentes de ébano, marfil, oro y plata hallados en su tumba no era un capricho de coleccionista, como hasta ahora se pensaba, sino que obedecían a una necesidad producida por un problema físico, seguramente de origen genético.

Precisamente, a través de este estudio científico, además de llevarse a cabo la reconstrucción de su rostro, se ha podido averiguar la genealogía del malogrado faraón. El análisis del cromosoma Y ha permitido establecer las cinco generaciones que le precedieron: los bisabuelos de Tutankhamón fueron Thuya y Yuya. La hija de esta, Tiye, matrimonió con Amenofis III y fueron los abuelos paternos de nuestro faraón, puesto que el hijo de ambos, Amenofis IV, el que se hizo llamar Akhenatón cuando instauró la reforma religiosa de la que hablamos antes y trasladó la capital del Segundo Imperio Tebano desde la ciudad de Tebas a Tell el-Amarna, fue el progenitor de Tutankhamón, cuya muerte, por fin aclarada, le habrá permitido descansar en paz al haberse despejado científicamente el enigma de su temprano fallecimiento.

No obstante, la leyenda sobre la maldición que persiguió a los descubridores —«profanadores»— de su tumba ha dado mucho que hablar.

Primero saltó la alarma cuando una cobra (símbolo del poder del faraón) penetró en la jaula del canario que siempre llevaba consigo Howard Carter y lo fagocitó, solo unos días antes de producirse la entrada en la tumba real. Cuando iban a proceder a la apertura de la misma, un supersticioso obrero egipcio advierte tanto al arqueólogo como al mecenas del mal augurio que supone la muerte del pájaro, símbolo de lo que les ocurrirá a todos los que violen la paz eterna del faraón. Pero los ansiosos descubridores no le hacen caso y penetran en la tumba junto con Evelyn, la hija del mecenas, y otro arqueólogo llamado Arthur Callender.

Solo un año más tarde, el 5 de abril de 1923, lord Carnavon, infectado por picaduras de mosquitos, fallece en El Cairo en medio de altas fiebres, coincidiendo con un corte de electricidad, quizá para mayor impacto ambiental y psicológico.

Rápidamente, la prensa sensacionalista, ávida de sucesos de este tipo, propaga la noticia y el miedo a la maldición corre como la pólvora, alimentado por varios hechos que se suceden en cadena: un arqueólogo que trabaja para el Museo del Louvre, Georges Bénédite, visita la tumba y muere al poco tiempo, al igual que otro arqueólogo inglés, Arthur Mace, que lo hace en 1928. No mucho más tarde, fallecen también el hermano y la enfermera que había asistido a lord Carnavon, así como el secretario de Howard Carter. Se dice que la cifra de muertes se acerca a la treintena.

Muchos empiezan a creer en la venganza de Tutankhamón. Pero no debió de alcanzar a todos, porque el descubridor de la sepultura, Carter, la hija del magnate inglés, Evelyn, y el otro arqueólogo que participó en la apertura de la tumba, terminaron sus días de forma natural, sin sufrir, por tanto, las iras de la momia de Tutankhamón.

LA MUERTE DE NEFERTITI

«La hermosa ha llegado», Nefertiti o Nefertari, se cree que fue una princesa de Mitania, un reino de la Alta Mesopotamia que mantenía por esa época, a mediados del siglo XIV a. C., buenas relaciones con Egipto, llegada al país del Nilo para convertirse en la esposa principal del faraón Amenhotep o Amenofis III, perteneciente a la XVIII dinastía del llamado Imperio Nuevo

Egipcio (1567-1085 a. C.). Otros dicen que, lejos de ser extranjera, se trataba de la hija primogénita del poderoso general Ay, hermano de la reina Tiy o Tiye, que había conseguido entrar en el harén real.

Sea como fuere, el sobrenombre con el que se la conoce deja bien claro que era dueña de una extraordinaria belleza, cuyo rostro de facciones finas y alargadas se hallaba adornado con preciosos ojos almendrados bajo tupidas cejas, y mostraba labios carnosos y sugerentes; al menos, así nos la ha legado la escultura en su conocido busto de caliza policromada que se conserva en el Museo Egipcio de Berlín. Otros rasgos de su cabeza como el excesivo alargamiento del cráneo se deben, al igual que ocurre en muchas representaciones de esta época, a las nuevas corrientes artísticas que se habían impuesto en Egipto, influenciadas por las relaciones con pueblos africanos del interior, que tenían tales caracteres físicos.

A la muerte de Amenofis III, Nefertiti se casa con el hijo de este, Amenofis IV —que podría ser su primo de acuerdo a una de las versiones sobre la genealogía de la reina—, un muchacho de doce años de edad mientras que ella tenía ya dieciséis. Dominados en principio por la reina madre, Tiye, debido a su aún corta edad e inexperiencia para gobernar, una vez afianzados en el poder, el joven faraón, apoyado por su esposa, da un golpe de timón en el aspecto religioso y decide instaurar el monoteísmo en el país. Se hace llamar Akhenatón y se declara «servidor de Atón» (como reza su nuevo nombre), a quien identifica con el disco solar, afirmando que este es el único dios al que deben adorar los egipcios; desplaza así a los sacerdotes del dios Amón, que hasta ahora habían venido dominando los templos y sus inmensas riquezas.

Así mismo, el faraón decide trasladar la capital de Egipto desde Tebas a la ciudad de Tell-el Amarna, donde brillan las artes, especialmente la escultura y la pintura, presididas por los rasgos tiernos y delicados así como por la estilización de los cuerpos y la finura del modelado en el bajorrelieve, junto a la brillante policromía en los frescos, destinados a representar escenas de la vida cotidiana tanto de los cortesanos de palacio como de los súbditos, predominando los característicos cráneos ovalados y, como rasgo novedoso, los vientres hinchados, que han dado lugar a especulaciones sobre el estado de salud del joven faraón, cuyo físico se

tomó de modelo en todas las representaciones. Pero todo ello no son más que conjeturas sin ningún fundamento mayor que el de la mera especulación. Probablemente se trataría de deformaciones anatómicas realizadas aposta e incardinadas en una evolución del arte egipcio hacia un cierto manierismo, tendencia que se caracteriza siempre por la exageración sinuosa de los rasgos físicos.

No obstante, la cuestión que nos ha traído hasta aquí estriba en el hecho de que, poco después del nacimiento del primer hijo varón del faraón, el futuro Tutankhamón, la reina Nefertiti desaparece del mundo del arte, dejan de existir representaciones con su imagen y, en lugar de su persona, comienza a aparecer un tal Semenkare, un joven a quien Akhenatón colma de bendiciones, bautizándole como Nefer-Neferu-Atón, es decir, «El que ama Atón».

Así las cosas, la principal conclusión que puede sacarse es que el faraón había cambiado el cariño de su esposa por el de este joven enigmático, puesto que ambos aparecen juntos en escenas de delicada ternura y se les representa con aire femenino, sobre todo a Semenkare, por lo que algún egiptólogo siguió considerando que se trataba de la reina Nefertiti, lo cual no parece probable, ya que la momia que se halló en su sarcófago, identificado por el nombre que consta en el mismo, era la de un varón de unos 20 años.

Entonces, ¿qué ocurrió con la reina? ¿Había fallecido?

No fue así. Debió de tratarse de un alejamiento de la pareja, quizá porque ella no le había dado más que niñas, con lo que, según se cree, el futuro Tutankhamón habría sido hijo de una concubina. Pero la muerte a los cinco años aproximadamente tanto del faraón Akhenatón como de su amante, devolvió protagonismo a la siempre bella Nefertiti, quien intentó evitar por todos los medios que los sacerdotes de Amón volvieran a hacerse con el poder religioso, que era tanto como decir político. Se dice que intervino para que ascendiera al trono Tutankhatón —a pesar de que no había sido hijo suyo—, el cual solo contaba diez u once años de edad. Sin embargo, al poco de lograrlo, tiene lugar la desaparición de la escena política de esta mujer. El nuevo faraón cede ante la influencia de los citados sacerdotes y decide restaurar el politeísmo y el culto al dios Amón-Ra como

divinidad principal del panteón egipcio; así mismo, cambia su nombre por el de Tutankhamón, en consonancia con el nuevo culto, y devuelve la capitalidad del imperio a la antigua Tebas, abandonando la ciudad de Amarna.

No sabiéndose más de la bella Nefertiti, debió de fallecer, en soledad, recluida en un palacio de su antigua Amarna, a los dos o tres años del reinado de Tutankhamón, aproximadamente, en 1334 a. C., pero se desconocen todas las circunstancias de su muerte.

LA MUERTE DE JULIO CÉSAR

«César, cuídate de los *idus* de marzo». Estas palabras proféticas del arúspice Spurinna fueron premonitorias del trágico final del conquistador de la Galia y también escritor de la guerra que la hizo posible (*De bello Gallico*), así como *De bello civile*, los conflictos militares entre los propios romanos que le llevaron al poder.

Con Craso y Pompeyo, que entre ambos habían logrado sofocar la rebelión de los gladiadores de Espartaco entre los años 73-71 a. C., derrotándoles en el campo de batalla y crucificando a los supervivientes, César formó el Primer Triunvirato o gobierno de tres dictadores, en el año 59 a. C.

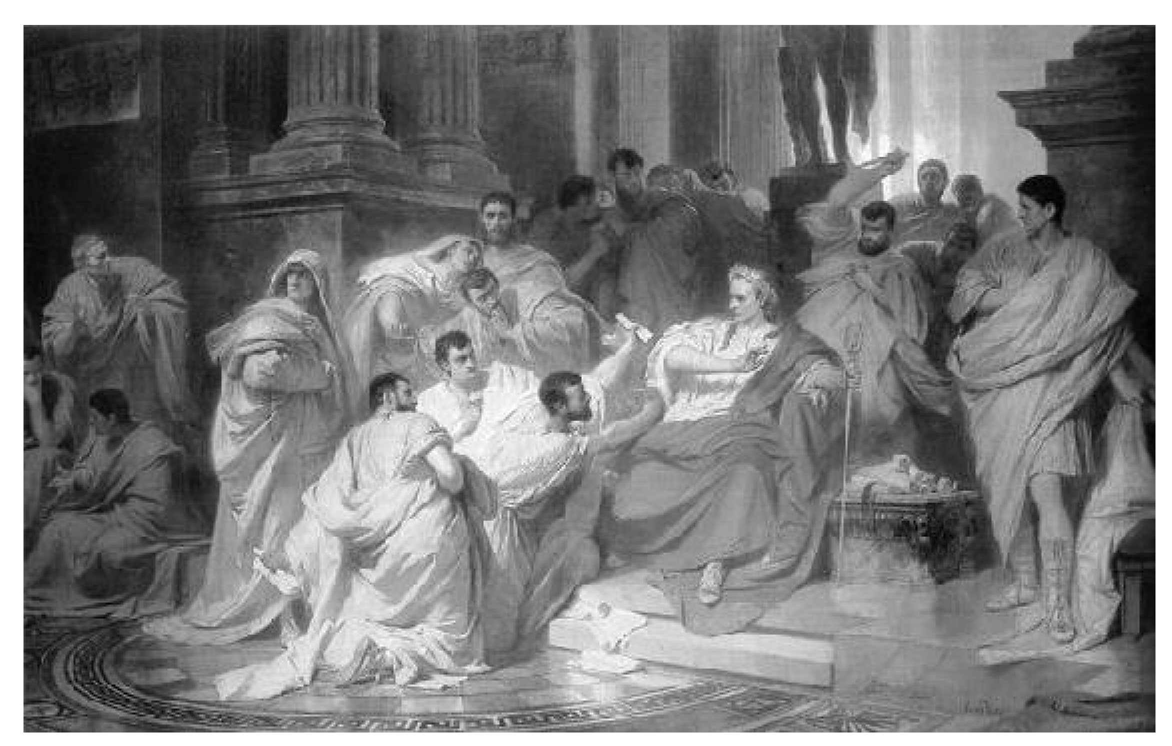
Mientras al primero le correspondió Oriente en el reparto de poder, el segundo se ocupó de Italia, Hispania y África, y a César le tocaron las Galias, donde después de derrotar al caudillo Vercingetórix en la batalla de Alesia (año 51 a. C.), logró extender los dominios de Roma hasta la llanura del Rin por el Este, y hasta las costas de Britania por el lado occidental.

En el 53 había muerto Craso luchando contra los partos en Asia. Los otros dos triunviros pugnan por el poder y se origina la segunda guerra civil —la primera había tenido lugar entre los partidarios de Mario y Sila en los años 80—. Apoyado por las legiones, mientras a Pompeyo lo hace el Senado, César cruza el Rubicón y, después de pronunciar su famosa frase: *Alea jacta est* («la suerte está echada»), entra en Roma en el año 49, terminando de derrotar a sus enemigos en los años siguientes. Pompeyo morirá asesinado en Egipto.

Habiendo sido nombrado dictador perpetuo o vitalicio el 14 de febrero del fatídico año 44 a. C., Cayo Julio César ejercía todos los poderes de la República y, según sus asesinos, proyectaba restaurar la monarquía en su persona, algo que, de haberlo efectivamente deseado, lo podía haber hecho en el espacio cronológico, aunque breve —apenas un mes—, que medió entre su proclamación y su asesinato.

El historiador Suetonio (c. 70-c. 126), en su biografía de César, narra las terribles premoniciones que sobrevolaron en torno al dictador augurando su trágico final. Aunque la célebre frase sobre los *idus* de marzo con la que abríamos este epígrafe había sido pronunciada por un arúspice, es decir, un sacerdote de «segunda división», considerados charlatanes más que adivinos —estos eran los augures—, que profetizaban observando las entrañas de los animales sacrificados, mayormente bueyes, hubo otros varios presagios como para haberse parado a pensar.

Dice Suetonio que los últimos días antes de su muerte «César se entera de que las manadas de caballos que había consagrado al dios del río al franquear el Rubicón, y que había dejado sin guardia, se privaban obstinadamente de alimentarse y derramaban abundantes lágrimas». En Capua se acababa de descubrir la tumba de Capis, fundador de la ciudad, en la que aparece una tablilla de bronce con una inscripción que advierte: «Cuando hayan sido descubiertas las osamentas de Capis, un descendiente de Julius caerá por los golpes de sus deudos…». César consideraba a Julius antepasado suyo, de hecho le llevaba en su nombre.



El asesinato de César, de Karl von Piloty, 1865.

Pero no solo eso. La última noche, tanto él como su esposa tienen sueños de tragedia. César, después de una cena en la que había expresado su opinión sobre la mejor manera de morir —«la más inesperada»—, se ve volando y agarrando la mano de Júpiter. Calpurnia, su mujer —de la que pensó divorciarse para unirse a Cleopatra, la última reina y faraón de Egipto — sueña que el techo de la casa se les viene encima y ella se ve sosteniendo en brazos el cuerpo apuñalado de su esposo; entonces, la puerta de la habitación se abre sola. Despierta agitadísima y le ruega que no salga de casa. César la hace caso, pero Bruto, su sobrino o hijo adoptivo —el dictador había tenido a Julia con Cornelia y con Cleopatra engendró a Cesarión—, que formaba parte del grupo de los conspiradores, le convence de que tal actitud es indigna de un hombre y un político como César.

Convencido por estas razones, parte hacia el Senado. Por última vez, el destino se impone. Un desconocido que logra hacerse hueco entre la multitud que observa el paso del aparatoso cortejo, se acerca a la litera de César y le entrega un escrito suplicándole que lo lea en el acto, pero el dictador hace caso omiso, distraído por el bullicio. Todavía, sale a su paso Spurinna, el arúspice que le había advertido sobre los *idus* de marzo, pero

bromea con él diciéndole que estos han llegado ya, a lo que el sacerdote responde que han llegado pero aún no han pasado.

No importan ni estas palabras ni otros malos presagios que dicen observar los augures en los sacrificios. César entra en la Curia, el edificio donde se alberga el Senado, y se sienta en su escaño de oro. Cuando percibe que está siendo rodeado estrechamente por 23 senadores e intenta repelerlos, uno de ellos tira de su toga; es la señal convenida para que los demás saquen las espadas que llevaban escondidas entre sus ropas y descarguen los golpes sobre César. La última puñalada se la asesta Bruto; es cuando César, moribundo, cubriéndose el rostro para no ser desfigurado, exclama: «¿Tú también, Bruto, hijo mío?».

En este caso, los presagios aventaron lo que realmente iba a suceder.

LA MUERTE DE NAPOLEÓN

El corso Bonaparte, autocoronado emperador de Francia un frío 2 de diciembre de 1804 en presencia del papa Pío VII, en la Catedral de Nôtre Dame de París —acondicionada a toda prisa porque había sido semidestrozada por las turbas revolucionarias—, ha sufrido en Waterloo la derrota definitiva al caer la tarde del 18 de junio de 1815, viéndose obligado a huir con sus soldados hacia París. Pero, aunque el pueblo aún le aclama, con los ingleses a las puertas de la ciudad, ya no tiene casi nadie a quien mandar. Los políticos se quieren desembarazar de él para tener las manos libres a la hora de negociar con la coalición europea que se ha alzado con la victoria. No le queda otro remedio que abdicar la corona y partir de Francia. Se dirige hacia el puerto de Rochefort para tomar un barco con destino a América y dejar atrás el pasado.

Fondeado en el muelle se halla el navío inglés *Belerophon*, a cuyo capitán solicita ponerse bajo protección británica, confiando en la magnanimidad de los vencedores. Esta fue la respuesta: «Napoleón recibirá en Inglaterra todas las consideraciones debidas a su persona. Nosotros somos generosos y democráticos».

Después de la breve travesía, el barco que traslada al exemperador a bordo fondea en Plymouth. Tras cuatro días esperando la confirmación del

gobierno inglés, esta se produce: Napoleón será deportado a Santa Elena, en el Atlántico Sur, a 1000 millas de distancia frente a las costas de África, un islote volcánico de poco más de 170 kilómetros cuadrados, vigilado nada menos que por 3000 soldados para evitar que pueda recibir ayuda y escaparse como había ocurrido cuando cumplía condena en la isla de Elba, antes del denominado «Imperio de los Cien Días», que había finalizado con la derrota de Waterloo.

La arribada al cautiverio se produjo el 15 de octubre en el *Northumberland*, el navío en el que había partido de las costas inglesas el pasado 7 de agosto, no sin la protesta inmediata de Bonaparte ante la Historia, cuando le comunicaron la decisión británica:

> En presencia de Dios y de los hombres, protesto aquí solemnemente contra la violencia ejercida conmigo; contra la violación de mis más sagrados derechos. Empleando la fuerza, se ha atentado contra mi persona y mi libertad. Yo he venido voluntariamente a bordo del *Bellerophon*; no soy un prisionero de Inglaterra, sino un huésped. He venido invitado por el mismo capitán; el me dijo que tenía orden del Gobierno de recibirme y transportarme, así como a mis acompañantes, en el caso de que así me pluguiera. Contando con esta seguridad acepté el ofrecimiento. Desde el momento en que subí a bordo tenía derecho a la hospitalidad inglesa. Si el Gobierno ordenó al capitán que me recibiera con objeto de hacerme caer e un lazo, ha obrado contra el honor y degrada su pabellón.
>
> Un enemigo que durante veinte años hizo la guerra a Inglaterra, fue, vistiendo su uniforme, a buscar asilo bajo la protección de sus leyes. ¿Qué mejor prueba podría ofrecerle de su estimación y de su confianza? Pero ¿cómo pagó Inglaterra semejante magnanimidad?. Fingió tenderle una mano hospitalaria, y cuando se hubo entregado lo sacrificó. Lo que se hace conmigo será eternamente una vergüenza para la nación británica.

Una vez en tierra, se traslada a *Longwood*, una especie de granja acondicionada al efecto, en la que se instala con el reducido séquito que le acompaña: el mariscal Bertrand, los ayudantes Montholon y Gourgaud, el conde Las Cases y sus respectivos familiares, entre los que no tardarán en surgir las disputas y aparecer las ganas de abandonar al cautivo, quien, resignado a su suerte, solo piensa en redactar testamentos inútiles para la Historia, como quien vive una que ya no le pertenece porque la suya se ha acabado.

Al cabo de cinco años y medio, un 5 de mayo de 1821, a media tarde, quien había sido el amo de Europa, entrega su espíritu, aquejado de una úlcera gástrica que se había ido agravando sin los debidos cuidados médicos

en aquella isla apartada del mundo. El doctor Francesco Antommarchi realizó un informe a modo de autopsia —si entonces se puede considerar como tal—, en el que refiere la corrosión estomacal del finado.

Es enterrado *in situ* con honores de general británico; tres salvas rasgando el aire rompen el silencio mientras son depositados sus restos bajo tierra, con las banderas inglesas ondeando los nombres de sus victorias frente al corso Bonaparte.

Pasó el tiempo, casi un siglo y medio, y en 1965 el odontólogo sueco Gabriel Bernhad Forshufvud, aficionado a la toxicología y experto en venenos, publica un libro titulado «¿Fue envenenado Napoleón?», que aunque en principio pasa inadvertido, cobra actualidad cuando en el departamento de Medicina Forense de Glasgow se publican los informes sobre cinco muestras de cabellos del emperador, remitidas por otras tantas personas diferentes, y saltan las alarmas: ¡contienen arsénico!, es decir, ¡veneno!

En principio se hace eco de la noticia el *Sunday Telegraph*, pero enseguida la recogen los medios franceses, como *Paris-Presse, France-Soir* y *Le Journal du dimanche*. A Forshufvud no le encajaba, con los conocimientos médicos de su tiempo, que Napoleón hubiera fallecido a causa de una úlcera cancerígena sin haberse producido un adelgazamiento rápido del paciente, el cual, muy al contrario, presentaba una capa de grasa en el abdomen de casi cinco centímetros de espesor, lo cual coincide más propiamente con las víctimas de una intoxicación lenta por arsénico, pues suelen aumentar de peso. Así mismo, el buen estado de conservación del cadáver —a lo que sin duda también contribuyó que había sido embalsamado, ya que se le extrajeron las vísceras—, apreciable cuando fue exhumado en 1840 para su traslado a Francia, y la escasez de vello en el cuerpo, parecían confirmar la impresión anterior.

Guiado por los informes de la autopsia practicada al emperador, que indica la corrosión de toda la pared estomacal, el odontólogo sueco opina que, además del tratamiento con arsénico, que vendría realizando tal vez desde tiempo atrás, pudo haber sufrido un envenenamiento con cianuro de mercurio, que suele dejar esa huella.

No obstante, quizá no hubo ningún asesino, sino que la combinación de algún medicamento que tomaba el enfermo en grandes dosis para aliviar sus dolores gástricos, algo que arrastraba ya desde hacía años, y algún jarabe a base de horchata de almendras amargas para purgar los intestinos, pudo producir el compuesto letal en un organismo maltrecho por la vida de campaña que había llevado toda su vida.

LA MUERTE DE LA GRAN DUQUESA ANASTASIA

Después del triunfo de la Revolución bolchevique en Rusia, el 24 de octubre de 1917 (5 de noviembre según el calendario gregoriano), el zar Nicolás II Romanov, que ya había abdicado el 15 de marzo de ese año en favor de su hermano Miguel —quien también lo haría al día siguiente—, quedó retenido cerca de san Petersburgo con toda su familia: la zarina Alexandra, sus cuatro hijas (las grandes duquesas Tatiana, Olga, María y Anastasia) y el zarévich o heredero al tono: el príncipe Alexis, que padecía hemofilia.

Cinco meses más tarde, el 13 de agosto, aunque existían rumores de que la familia imperial se exiliaría en Gran Bretaña, lo cierto es que todos sus miembros parten por vía férrea hacia el interior del país, hasta la localidad de Tobolsk, a donde llegan el día 26.

El 19 de marzo del año siguiente, Rusia firma la paz con Alemania y concluye para ella la Primera Guerra Mundial, que no le había traído más que derrotas consecutivas prolongando los desastres y la miseria entre el pueblo, una de las causas —quizá la principal— que contribuyeron a la caída del zarismo. Cuando Alemania solicita la entrega de la familia imperial, la zarina, que era alemana, haciendo gala de un extraño orgullo, manifiesta que prefiere morir en Rusia antes que ser salvada por sus antiguos compatriotas, a quien ya había abandonado para hacerse hija de su nueva tierra.

El 25 de abril, la familia Romanov y el cortejo de sirvientes que aún conservaban son trasladados a la localidad de Ekaterimburgo, actual Sverdlosk, en el corazón de los Urales, aunque el zarévich, debido a una recaída en su enfermedad, tuvo que esperar unos días para partir. Un mes

más tarde, los bolcheviques permiten abandonar el cautiverio a siete miembros de la comitiva, entre ellos Pierre Gilliard, tutor del príncipe heredero.

El 17 de julio, de madrugada, se desencadenó la tragedia en la casa Ipatiev, donde se alojaban los detenidos. Sus carceleros les despiertan intempestivamente y les ordenan que se preparen para partir hacia un lugar más seguro. Les dicen que primero bajen al sótano del edificio. El antiguo zar, Nicolás II, marcha delante llevando a su hijo en brazos. Tras él caminan, un tanto aturdidas y asustadas, su esposa Alexia y sus cuatro hijas, además de los pocos sirvientes que seguían con la familia: la doncella Ana Demidova, el ayuda de cámara del zar, Alexei Trupp, el cocinero Iván Kharinotov y el doctor Eugène Botkin, que atiende al zarévich en su grave enfermedad.

Al final de las escaleras que acaban de descender se halla una pequeña habitación en la que los guardias les ordenan penetrar y esperar órdenes. A lo lejos, retumban los cañones del ejército blanco. Rusia se halla en plena guerra civil entre estos y los partidarios de la Revolución o bolcheviques —el ejército rojo—. Hacia las 2 de la madrugada, se producen los hechos. Después de haberse repartido las víctimas, los verdugos irrumpen en la estancia y su cabecilla, Yahov Yurovsky, pronuncia, solemne, la sentencia de muerte con estas palabras: «Nicolás Alexandrovich Romanov (…) estamos obligados a ejecutarte». A continuación, se desata una lluvia de fuego y las víctimas caen al suelo. Pero no todas mueren en el acto: el zarévich tuvo que ser rematado de un tiro en la sien, al igual que el doctor y la doncella de la zarina; sin embargo, para sorpresa de los asesinos, a las duquesas no les entran las balas: rebotan. Entonces, intentan hundir las bayonetas en su pecho pero tampoco lo logran, así que las descerrajan a bocajarro varios tiros en la cabeza. Después, les arrancan la ropa y descubren el misterio: las muchachas se habían forrado el pecho llenando sus corsés con las joyas que aún conservaban y estas habían hecho de escudo.

Tan solo ocho días más tarde, el 25 de julio, los blancos entraban en Ekaterimburgo. Otra semana y la familia imperial se habría salvado. Pero esto era, precisamente, lo que los «bolches» —término que en ruso significa

«mayoría», frente a otra de las dos facciones del antiguo partido social-demócrata: mencheviques o «minoría», la primera radical y esta conservadora— habían querido evitar. Borrar de la nueva URSS la remota posibilidad de regresar nunca al pasado.

No obstante, la procedencia de la orden de ejecución tampoco está clara. Únicamente existe en los archivos un telegrama del soviet de los Urales comunicando a Moscú la ejecución de los Romanov. Unos piensan que pudo ser decisión de los propios dirigentes locales en aquellos momentos de nerviosismo e incertidumbre ante el avance de los contrarrevolucionarios del ejército blanco. Pero es difícil creer que tomaran por su cuenta una decisión de tal calibre. Lo más probable sería que dicho acto obedeciera a una premeditación de los nuevos líderes soviéticos, Lenin o Trotsky, para anular absolutamente la posibilidad de una involución política en cualquier tiempo. Falta, no obstante, el telegrama desde Moscú transmitiendo la orden. No es difícil concluir que este habría sido destruido para evitar la mala imagen de quienes ordenan una masacre de tal magnitud contra personas inocentes, como eran la familia imperial y sus sirvientes, y contra quien, además, ya había sido desposeído del poder.

La prensa oficial mintió. Afirmó, con toda naturalidad, solamente, que el zar había sido ejecutado «sin formalidades burguesas» y que la familia Romanov había sido «trasladada a un lugar más seguro».

Los detalles del trágico suceso se conocen a través del informe realizado por el citado Yurovski, así como por medio del testimonio de un soldado llamado Medvedev, quien confirmó que el grupo de asesinos estaba formado por once hombres, que ejecutaron la matanza mientras a él le ordenaron que saliera a la calle para comprobar si había gente y si se escuchaban los disparos. Cuando regresó al interior, según dijo, el zarévich aún gemía agonizante en el suelo, por lo que Yurovski «le disparó dos o tres tiros a quemarropa».

Posteriormente, los cadáveres fueron arrojados al pozo de una mina abandonada y se bombardearon con varias granadas para intentar hacerlos irreconocibles. A la noche siguiente —siempre según el informe del cabecilla— fueron sacados de aquel lugar para trasladarlos a una fosa más profunda. El camión quedó atascado y, entonces, decidieron incinerarlos en

una hoguera que encendieron a toda prisa con el ejército blanco en las proximidades. Como los cuerpos estaban mojados, solo lograron quemar el del zarévich y el de una de sus hermanas —sin que aparezca especificado cuál de ellas en el informe—, dispersando sus cenizas posteriormente. El resto de los cadáveres fueron rociados con ácido sulfúrico para desfigurarlos, quemados y enterrados, a toda prisa, en una fosa no muy profunda, 80 cm. Y allí permanecieron durante décadas.

Esta versión, a pesar de que no aparecían los cadáveres, coincide con la que se adoptó oficialmente en la prensa occidental cuando el ejército blanco entró en Ekaterimburgo y se inició una investigación dirigida por Nicolás Sokolov. Sin embargo, existen otros puntos de vista contradictorios. Según Malinovski, un oficial del ejército blanco que inició las primeras pesquisas, solo habían sido fusilados el zar y su heredero, mientras la zarina y sus cuatro hijas partieron hacia la localidad de Perm, lo cual confirma otras investigaciones que aprecian huellas del paso de las citadas durante los meses de agosto y septiembre hacia dicho destino, así como de la huida de la hija pequeña, Anastasia, que por lo visto volvió a ser capturada, aunque lograría escapar de nuevo, lo cual coincide con la declaración de una maestra de Perm que afirma ver partir a la zarina con tres de sus hijas, faltando, pues, la menor de ellas.

En 1919 los bolcheviques vuelven a ocupar Ekaterimburgo y en 1921 termina la guerra civil rusa con el triunfo del ejército rojo. Hasta la caída de la URSS, en 1990, la masacre de Ekaterimburgo permaneció en el más absoluto secreto, ordenado por las autoridades soviéticas.

La escena del crimen, la *Ipatievsky bum* —como se denominaba en ruso aquel edificio—, que había pertenecido a un judío con ese nombre antes de ser confiscada, se destina a albergar, desde 1927, el denominado —sin rubor— Museo de la Venganza de los Trabajadores, en el que se exponen diversos objetos que habían pertenecido a la familia imperial, si bien el acceso a la habitación de la masacre estaba prohibido. En 1945 se cerró el «museo» y sus piezas se vendieron y revendieron tanto a jerarcas comunistas como a coleccionistas, entre ellos, un británico que adquirió la pared en la que se había incrustado la lluvia de balas de la trágica noche. Posteriormente, el edificio tuvo otros usos hasta que terminó siendo

derribado en 1977 bajo la supervisión de quien llegaría a la presidencia de Rusia tras la era soviética, Boris Yeltsin, que por aquel entonces era un destacado miembro del partido comunista local.

En esas fechas, dos personajes, que no comulgan con la versión oficial mantenida por el Kremlin durante décadas, y habiendo leído el libro que publicó Sokolov con sus conclusiones sobre la matanza, prohibido por las autoridades soviéticas, inician una investigación por su cuenta. Se trata de un geólogo, Alexander Advonin, y de Geli Riabov, un novelista metido también a productor de cine. En 1979 terminan descubriendo el lugar donde se hallan los restos de los cadáveres, pero ante la imposibilidad de dar publicidad al hecho por temor a las represalias, deciden guardar silencio.



La última familia real de Rusia en 1913. De izquierda a derecha: Olga, María, Nicolás II, Alexandra Feodorovna, Anastasia, Alexei y Tatiana. Retrato de Livadiya.

Una década más tarde, con el régimen político de la URRS agonizando, en 1989, ambos anuncian su descubrimiento a la prensa aunque sin especificar el lugar concreto donde lo llevaron a cabo. Todavía habrán de esperar otros dos años más para que, en 1991, el ya citado Yeltsin, que había alcanzado la Presidencia de la nación, autorice la exhumación de los restos.

Después de la reconstrucción por los antropólogos forenses de los mismos y de haberse practicado las pruebas de ADN, en 1995, se concluyó que se trataba de los esqueletos de la familia Romanov, aunque, coincidiendo con el informe Yurovski, faltaba el del zarévich y, respecto a su hermana Anastasia, existían dudas sobre si aquellos huesos pertenecían a ella o a su hermana María, por lo que el enigma quedó servido, ya que una de las dos no se encontraba entre los restos.

Sin embargo, para la Iglesia ortodoxa eran necesarias más pruebas, puesto que, aparte de esto, existían otros cabos sueltos, como dos dientes que no podían atribuirse a ninguno de los cadáveres, aparte de que al tratarse de huesos desgastados no pudo practicarse el ADN nuclear sino solamente el mitocondrial.

Después de nuevas investigaciones, en enero de 1998, el Gobierno ruso dio su versión oficial: eran los cadáveres de Nicolás II Romanov, su esposa y tres de sus hijas «con una probabilidad del 99,999999 %». El 17 de julio de ese año, 80 años exactamente después de la matanza, se celebró un funeral de Estado en San Petersburgo, en el que Yeltsin pidió perdón por «uno de los sucesos más vergonzosos de la historia de Rusia», tras una encendida polémica con las autoridades ortodoxas, que no dieron por tales aquellos restos, ya que la certeza no era absoluta. Hasta agosto del año 2000 la Iglesia no autorizó la canonización del zar Nicolás II y su familia junto con la beatificación de otros 860 «mártires del comunismo», refrendando así la decisión de la Iglesia ortodoxa de Rusia en el exilio, que ya lo había acordado en 1981.

En agosto de 2007 se descubrió en los Urales una fosa con los maltrechos esqueletos, al parecer, del hijo varón del zar y una de sus hermanas, que actualmente se hallan en proceso de análisis cotejándolos con los huesos exhumados de sus padres para establecer la identidad y

enterrarlos junto a los demás miembros de la familia en la Catedral de San Petersburgo, se espera que antes de 2018, 100º aniversario de su asesinato.

El 1º de octubre de 2008 el Tribunal Supremo de Rusia declaró la rehabilitación del zar Nicolás II y su imperial familia, así como la de todas las víctimas inocentes de la Revolución bolchevique. Sobre el solar de la antigua casa Ipatiev, escenario de la matanza, se eleva hoy día una iglesia que la conmemora.

Pero la historia del asesinato de Nicolás II Romanov (apodado «el Sanguinario» a causa de los disparos del ejército contra los manifestantes pacíficos el «Domingo Sangriento», 9 de enero de 1905) y de toda su familia, no termina aquí.

En 1920, un 17 de febrero, la policía de Berlín logra rescatar a una mujer que intentaba suicidarse en las frías aguas de un canal. Cuando la interrogaron para conocer su identidad, decía no recordar nada. Fue bautizada como *Fraulein Umberkant* («señorita desconocida») e ingresada en una institución psiquiátrica por su agudo estado depresivo.

Pero aquella joven traía una bomba de relojería bajo el brazo. Al cabo de dos años confesó a una de las enfermeras que la atendía que ella era Anastasia, la Gran Duquesa de todas las Rusias, hija del zar Nicolás II. Había salvado su vida la trágica noche de la matanza en la casa Ipatiev porque cuando estaba moribunda, un soldado llamado Chaikowski se apiadó de ella en el último momento y la llevó de incógnito hasta Bucarest, la capital de Rumanía, donde se casaron, aunque sin final feliz porque su marido falleció al poco. Desesperada, después de visitar varios países, vagaba por las calles de Berlín cuando decidió lanzarse al agua para terminar con su vida.

En 1929, la supuesta Anastasia, que tomó el nombre de Ann Anderson, se estableció en Estados Unidos, donde publicó un libro titulado «Yo soy Anastasia», que la hizo ganar gran cantidad de admiradores. A pesar del largo tiempo transcurrido, el parecido con la hija pequeña del zar era notorio, incluso con algunas cicatrices en las mismas partes del cuerpo. Así que, animada por muchos partidarios en todo el mundo, en 1938, se decidió a reclamar legalmente sus derechos sucesorios al trono imperial para el día en que se restableciese la monarquía en el país, además de la inmensa

fortuna que le correspondía, depositada por sus padres en Bancos del extranjero.

Sus supuestos parientes de la nobleza rusa, que se hallaban en el exilio, se opusieron y se desató una batalla legal que duraría 32 años. Incluso una película que llevaba por título el nombre de la Gran Duquesa, protagonizada por la actriz sueca Ingrid Bergman, obtuvo un Óscar en 1956, alimentando el reconocimiento mediático de la pretendiente al trono imperial de Rusia.

Lo cierto es que a lo largo de las vistas que tuvieron lugar durante la celebración del juicio, aquella mujer daba cuenta de detalles íntimos de la familia del zar, que solo alguien que hubiera pertenecido a ella podía conocer. Las lagunas que en ocasiones aparecían eran atribuidas por sus abogados a los largos períodos de internamiento en sanatorios psiquiátricos, que la habían producido esas secuelas, y a su estado depresivo, que se manifestaba, por ejemplo, en una negativa absoluta a hablar en ruso, alegando que era la lengua de los asesinos de su familia.

Pero el testimonio contrario de Pierre Guillard, que había sido tutor del zarévich Alexei, y por tanto conoció muy bien a la duquesa, jugó un papel determinante a la hora del veredicto y, en 1970, los tribunales sentenciaron en contra del reconocimiento de Ann Anderson como la menor de los Romanov. Posteriormente, se supo que un hijo del antiguo médico del zar, de nombre Geb Botkin, era quien había suministrado a la extraña mujer los detalles íntimos sobre la vida de la familia imperial.

Anderson falleció en 1984 y, diez años más tarde, las pruebas de ADN practicadas sobre sus propios tejidos dieron como resultado que aquella mujer se trataba de una campesina polaca desequilibrada mentalmente, de nombre Franziska Schanzkowska, quien, seguramente, en sus fueros internos, había creído siempre que ella era la Gran Duquesa Anastasia, manteniendo esa identidad incluso hasta el más allá, pues pidió que en su tumba figurase escrito ANASTASIA, que además significa: «la que resucita».

LA MUERTE DE EDGAR ALLAN POE

Edgar Allan Poe no tuvo una infancia fácil. Nació el 15 de enero de 1809 en Boston (USA), hijo de David Poe Jr., un estudiante de Derecho procedente de una distinguida familia que se había casado con una bella actriz, Elizabeth Arnold, por la que abandonó el ejercicio de las leyes para dedicarse, como ella, a la vida de farándula, la cual no les trajo más que miseria. Fruto de las calamidades, contrajeron ambos la tuberculosis y fallecieron, primero él y al año siguiente ella, cuando su hijo contaba solo dos años de edad.

El pequeño fue recogido por unos ricos comerciantes de Richmond (Virginia), John Allan (natural de Escocia) y su esposa Frances, quienes le llevaron a Inglaterra cuando tenía seis años. Acudió primero a un colegio escocés en Irvine y luego a un internado en Chelsea y, cuando la familia se trasladó a vivir a la capital inglesa, a un centro de las afueras de Londres. Ya de joven, estudió en la Universidad de Charlottesville (Virginia), pero terminó siendo expulsado debido a su comportamiento pendenciero, así como a las numerosas deudas que había ido contrayendo mientras comenzaba a llevar una vida licenciosa.

En esa situación, optó por alistarse en el Ejército cuando contaba dieciocho años, en 1827, pero cuatro más tarde también fue expulsado a causa de su ausencia de disciplina.

Sin recursos, deterioradas las relaciones con su padre adoptivo, y prácticamente nadando en la miseria, decidió regresar a su país y se estableció en Nueva York, donde comenzó a ganarse la vida con algunos escritos.

En 1836, herido dulcemente como pocos por las flechas de Cupido, se casa con una prima suya, Virginia Clemm, con la que vive una luna de miel durante algo más de diez años, los que le duró a ella la vida. Y eso que no fueron tiempos económicamente fáciles. Pero Poe se iba defendiendo con diversos trabajos periodísticos.

La puntilla vino en 1846, un año después de publicar su célebre poema «El cuervo», cuando el *Broadway Journal*, su periódico, entró en quiebra. Sus contenidos, basados en temas literarios, críticas de arte, teatro y música, no eran los preferidos de un público escaso de aficiones cultas.

Como las desgracias nunca vienen solas, Virginia se hallaba enferma del llamado «mal de moda», la tuberculosis, una «palidez» por entonces incurable que se iba llevando por delante a quien se terciaba, como continuaría sucediendo hasta la invención de la penicilina, todavía en el siglo siguiente.

Ambos marcharon a vivir a un pequeño *cottage* en la sección Fordham del Bronx neoyorkino, donde pasaron sus últimos días juntos, mientras el escritor vivía, desesperado, la angustia de ver que se acercaba el final de aquella compañera del alma con quien tanto quería. En una carta que dirigió a María Clemm, la tía de Virginia, decía que escribía cegado por las lágrimas y que ya no deseaba seguir viviendo; estaba roto: «Mi peor enemigo me tendría lástima si pudiera leer mi corazón. Mi último asidero en la vida, el último de todos, se me escapa».

Un frío día de 1847, el 30 de enero, Virginia dio su espíritu y Edgar entró en el sumidero de la depresión. Aún intentó volver a agarrarse de nuevo al amor, como a un clavo ardiendo. El destino, que todo lo añasca, puso a dos Sarah en su camino. Una de ellas, Sarah Elmira Royster, había sido ya novia suya antes de casarse con Virginia. La otra, Sarah Helen Whitman, compartía con él las aficiones literarias, era poetisa, y quizá por eso terminó atrayéndole más que la otra, con lo que la propuso matrimonio. Pero Poe era un hombre deprimido y, a mayor abundamiento, enfrascado en el alcohol y las drogas, en cuyo uso y abuso continuaba cada vez con mayor asiduidad, como es propio de la atracción que ejercen estas sustancias para quien se deja llevar por ellas.

En esas circunstancias, la señorita Whitman rechazó su petición de mano y Poe se introdujo aún más en el túnel de la desesperación y la angustia vital. Aun así, por estas fechas consiguió dar a luz algunos de sus trabajos literarios más interesantes, como *A mi madre, Annabel Lee, o Las campanas*, poemas que llevan consigo una intensa carga de melancolía, la misma que solo le hacía pensar en la muerte, a la que anduvo tentando en diversas ocasiones a través de varios intentos de suicidio.

Todavía en algunas cartas a María Clemm, la ya citada tía de quien había sido su querida esposa, Virginia, reconoce que, a pesar de la angustia que le induce a no querer seguir viviendo, a desear la muerte —llega a

pedirle que la comparta con él, que mueran juntos—, no pierde del todo la esperanza. El escritor no es más que un mar de contradicciones, fruto de su estado depresivo, intensificado por el consumo de alcohol y estupefacientes.

Un 27 de septiembre, al comienzo de aquel otoño de 1849, que para él sería el último, Edgar partió de Richmond (Virginia) en dirección a Nueva York. Nada se sabe de esa postrera semana de su vida hasta que el 3 de octubre, siete días más tarde, sucio, con ropa que no era suya, delirante y herido de muerte, es recogido en una callejuela de Baltimore frente a la Ryan's Tavern. Fue trasladado al Whasington College Hospital, donde fallece cuatro días más tarde, al alba del día 7 de octubre, tras pronunciar varias veces, durante su agonía, el nombre de un tal Reynolds, de quien nada se consiguió averiguar.

Para alimentar la incertidumbre, porque tampoco se llegó a saber el porqué de las circunstancias en las que fue encontrado frente a aquella taberna, tanto los informes médicos como el certificado de defunción —en el que, al menos, constaría la causa del fallecimiento— se extraviaron, así que la muerte de Edgar Allan Poe sigue constituyendo un absoluto misterio.

Si oscuro y frío fue el deceso, no menos lo fue el funeral. Apenas tres minutos en la tarde gris del día siguiente, con la escasa compañía de unas personas. Para mayor opacidad, fue enterrado bajo una lápida sin nombre, en la que solo constaba un número, el 80 —como si hubiese sido un galeote despersonalizado—, él, uno de los escritores más relevantes que ha tenido nunca el joven país norteamericano.

Sin embargo, Poe no conocería el descanso ni aún muerto. Desde la esquina trasera de la iglesia de Westminster en Baltimore, donde le habían dado tierra, sus restos fueron trasladados de lugar en distintas ocasiones hasta que, finalmente, se les concedió el reposo debido en el cementerio de Westminster junto a los de su querida esposa, Virginia.

LA MUERTE DE HITLER

En la tarde del 30 de abril de 1945 (a las 15:50 horas según marcó Heinz Linge, el asistente del dictador nazi), con las vanguardias rusas a 500 metros escasos del búnker donde tenía su refugio en el subsuelo de la

Cancillería, Adolf Hitler, el *Führer* del III Reich, se suicidó junto a su reciente esposa, Eva Braun, con la que después de muchos años juntos había contraído matrimonio dos días antes, cuando ya se aventaba el trágico final.

El 22 de abril Hitler había reunido a su personal más cercano para comunicarles que no existía ya ninguna esperanza y que la guerra estaba perdida. Les dio permiso para abandonar el edificio y les informó, asimismo, de su decisión de permanecer en Berlín en contra del criterio de varios colaboradores, que le aconsejaban salir de la ratonera e instalarse provisionalmente en otro lugar, aunque sin saber cómo ni dónde: ganar algo de tiempo, esperar… Pero aquí, aquel tipo frío, fue más realista: tendría que ser a cielo abierto, solo haría que escapar de un agujero para caer en otro. Y le horrorizaba la idea de que le cogieran vivo, algo que se incrementaría una semana más tarde cuando se enteró del final de su aliado, Mussolini, tiroteado por los partisanos, mancillado y colgado su cadáver cabeza abajo —junto al de su amante, la guapa actriz Clara Petacci— en una gasolinera a las afueras de Milán. La decisión del suicidio estaba tomada.

En 2005, coincidiendo con el 60º aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial y de la muerte del *Führer*, dos de los supervivientes del búnker, la enfermera Erna Flegel y el telefonista Rochus Misch, decidieron hablar tras un silencio de seis décadas. La otra empleada que vivió los hechos, la secretaria particular de Hitler, Traudl Junge, que fue pródiga en declaraciones a periodistas e historiadores, había muerto en 2002.

La primera, una ancianita de 93 años con la mente muy lúcida, en declaraciones al diario alemán *Berliner Zeitung* —que había dado con su paradero a través de la Cruz Roja— contó cómo en los últimos días el *Führer* se convirtió en una sombra de lo que en otro tiempo había sido: envejeció muchísimo, se llenó de canas, andaba muy encorvado y una mano le temblaba constantemente. Estaba acabado y perdía los nervios con sus mariscales fácilmente. Sobre Eva Braun, su opinión no fue muy favorable, la consideraba «una personalidad completamente gris».

Recuerda que el día anterior al suicidio, el 29 de abril, a las 10,30 de la noche, les pidieron a los escasos miembros cercanos al *Führer* que se

pusieran en fila para despedirse de él: «Estrechó la mano a todo el mundo y dijo unas cuantas palabras cariñosas. Eso fue todo».

En cuanto a su versión sobre la causa de la muerte, declaró que Hitler se había disparado un tiro y Eva Braun había tomado una cápsula de cianuro; por cierto, de las que el primero había estado regalando días antes entre sus colaboradores, por si llegaba el caso de utilizarlas, animándoles a hacerlo porque se trataba de un método indoloro y rápido para quitarse la vida: «cuestión de 4 o 5 segundos».

La ahora locuaz ancianita comentó también que no había oído el disparo ni llegado a ver los cuerpos, «pero los sacaron al jardín de la Cancillería y los quemaron».

A la mañana siguiente, los jerarcas que quedaban en el siniestro lugar les comunicaron que estaban liberados de su voto de fidelidad al *Führer* y que se podían ir. Algunos intentaron abrirse paso hacia el Oeste, para entregarse a los americanos, como Martin Bormann, secretario personal de Hitler, aunque su cuerpo fue hallado sin vida dos días después. Otros se suicidaron en medio de una orgía de alcohol y desesperación en aquel infierno que era Berlín.

Dijo Flegel que ella optó por permanecer en el interior del búnker, donde fue testigo al día siguiente del abominable final de la familia Goebbels, el ministro de Propaganda y su mujer, Magda, quienes antes de suicidarse envenenaron a sus seis hijos de entre 4 y 12 años de edad. Muerto Hitler, era también el final para todos en aquellas obtusas mentes. Por cierto, el padre de esta última, considerada la madre ideal de la raza aria, era judío, Richard Friedlander, según ha descubierto recientemente el historiador Oliver Hilmes, y aunque pudo haberlo librado de la muerte en el campo de concentración de Buchenwald, no quiso hacerlo.

El 2 de mayo los rusos entraron en el búnker, donde «solo quedábamos seis o siete personas», y la trataron «muy humanitariamente», comentó Erna, a pesar de las numerosas violaciones de mujeres alemanas que se estaban llevando a cabo en Berlín por parte de los soldados soviéticos —más de 100 000: no respetaron ni el hospital de Maternidad—, para pagar con la misma moneda al país cuyos compatriotas habían hecho lo mismo cuando invadieron la Unión Soviética. Flegel continuó trabajando como

enfermera en aquella ciudad desangrada durante unos cuantos meses hasta que terminó en manos de los norteamericanos, en noviembre de ese año, y la interrogaron, según afirmaba, con moderación. El contenido de esta entrevista, desclasificada en 2001 por la CIA, fue publicado por el diario británico *The Guardian*, que tuvo acceso a los documentos. Recluida en una residencia de ancianos, falleció en 2006.

La otra persona aún viva que estuvo en el interior del búnker cuando se produjeron los hechos, fue el telefonista Rochus Misch, quien se había negado a hablar hasta ese momento. En una entrevista concedida desde su propio domicilio, en la que posaba orgulloso junto a varias fotos suyas vestido de uniforme, explicó cómo fue la escena del suicidio cuando al cabo de unos 20 minutos de sonar un tiro abrieron la puerta de la pequeña habitación privada en la que se habían recluido los esposos Hitler para terminar con sus vidas: «Hitler, sentado en un sofá, estaba desplomado sobre su mesa con una herida de bala en la cabeza. Eva Braun la tenía ladeada, estaba estirada a su lado con las rodillas encogidas hasta el pecho. Parecía dormida. Los vi con mis propios ojos». Afirmó, asimismo, que no había llegado a oír el disparo porque en ese momento estaba reparando una avería telefónica, «pero oí a alguien que gritaba: Linge, Linge, creo que ya lo han hecho». Este fue capturado por los rusos y permaneció prisionero hasta 1955. Su versión de la muerte del líder nazi coincide básicamente con la expuesta por Misch.

Recuerda cómo antes de penetrar en la habitación de la que ya solo saldría con los pies por delante, «el *Führer* dijo adiós en los pasillos» a todos los que estaban a su servicio, recalcó las instrucciones a Heinz Linge para que sus restos mortales fueran incinerados y «pidió que nadie le molestase».

De nada sirvieron los ruegos de Magda Goebbels, que tal como muestra la película «El hundimiento» (2005), llamó a la puerta del habitáculo y se tiró a los pies de Hitler para pedirle que «nos les dejase solos». El *Führer* había asumido su destino y, como confirma Misch, le horrorizaba la idea de que le cogieran vivo y se ensañaran con él después de lo que había ocurrido con Benito Mussolini, dos días antes.

A continuación, los cuerpos de ambos fueron sacados al exterior y depositados en uno de los numerosos agujeros producidos por las bombas rusas en el jardín de la Cancillería; les rociaron con gasolina y les prendieron fuego, mientras los allí presentes saludaban brazo en alto el último tétrico acto de quien fue *Führer* del III Reich, que había de durar «mil años» en sus propias palabras, pero cuyo final se estaba produciendo al cabo de una docena desde la llegada de los nazis al poder (1933) y, como no podía ser de otra manera, entre estertores de sangre.

Misch fue hecho prisionero por los soviéticos y, después de tomarle declaración, permaneció varios años en un campo de concentración hasta que recuperó la libertad en 1953 merced a un canje de prisioneros. Entonces, se instaló en Berlín Oeste, donde trabajó discretamente en una fábrica de pinturas hasta llegarle la jubilación.

Aún vivió hasta los 96 años, falleciendo el 5 de septiembre de 2013. En su última entrevista, concedida en 2009 a la revista alemana *P.M. History*, aunque muy afectado de apoplejía —por lo que se explicaba con enorme dificultad—, todavía ratificaba como militar su fidelidad al *Führer*, aunque condenaba los «terribles y crueles» crímenes contra la Humanidad que cometió el nazismo: «Nuestro deber era permanecer fieles al *Führer* y eso fue lo que hice yo hasta el último momento y hasta las últimas consecuencias. Las bombas rusas caían ya sobre la Cancillería, pero no salimos corriendo porque sabíamos cuál era nuestro lugar».

Pero a los restos mortales de Hitler y compañía aún les quedaba un largo peregrinar. Descubiertos por los soviéticos, tanto los de los esposos Hitler como los de los Goebbels, los tomaron, según la versión oficial rusa, y los enterraron en un bosque cerca de Rhatenow, distrito de Branderburgo. Al año siguiente fueron exhumados y sepultados en la ciudadela militar de esa localidad.

Por último, según relataba en 2010 un exoficial del KGB, Vladimir Gumenyuk, que entonces contaba 73 años de edad, en 1970 recibió, junto a otros dos hombres, la orden de desenterrar los restos, quemarlos y dispersar sus cenizas, a fin de que el lugar no se convirtiera en un punto de culto para los neonazis.

En principio, no acertaron con el sitio donde deberían estar los despojos, porque cometieron el fallo de contar en metros los 45 pasos que les había dado como coordenada secreta Yuri Andropov, el director del KGB. Pero, advertido y corregido el error, al poco de cavar (metro y medio aproximadamente), dieron con los dos cajones de madera en los que estaban depositados los restos. Comentó el desenterrador que esperaba encontrar un hedor insoportable, pero que, para su sorpresa, no ocurrió nada de eso al tratarse de huesos ya descarnados.

«Los sacamos —relataba— y cubrimos de nuevo la fosa con tierra y hojarasca para camuflarla». A la del alba, tomaron las macabras cajas y se fueron hasta la orilla de un río, donde encendieron un par de fogatas intentando pasar por pescadores. Rociaron los huesos con gasolina «adunia» y los lanzaron al fuego. Posteriormente, cogieron las cenizas, las metieron en una mochila y, desde un peñasco, las arrojaron al río. «Fue el último vuelo del *Führer*», como señalaba el antiguo oficial al diario *Komsomolskaya Pravda*.

Lo que no piensa decir jamás para llevarse el secreto a la tumba —sus dos acompañantes ya lo han hecho— es en qué punto del río tuvo lugar el hecho, con el fin de evitar los fetichismos neonazis. Sin embargo, ahora se ha conocido el informe que en abril de 1970 escribió Andropov, señalando que «los restos fueron quemados en un terreno baldío en Schoenebeck, a 11 kilómetros de Magdeburgo, fueron reducidos a polvo, recogidos y arrojados al río Bideritz».

Pero tampoco es esto todo. El misterio del cadáver de Hitler no tiene cuenta. En Moscú se conservan fragmentos de su cráneo y una mandíbula con dientes, aunque puesta en duda su autenticidad por científicos estadounidenses que aseguran, para alimentar la ceremonia de la confusión, que, en realidad, se trata de una calavera de mujer de menos de 40 años.

De ahí que empezara a correr la idea de que Hitler podría no haber muerto en el búnker, tesis que, por otra parte, siempre estuvo presente, incluso llegó a decirse que había huido a Brasil o Argentina u otro país sudamericano, e incluso que estaba camuflado en España viviendo con los monjes de algún monasterio, según sostenía Stalin con ánimo de alimentar

la idea de que el dictador alemán seguía vivo, y así justificar el despliegue militar soviético en Europa del Este.

Los presuntos cadáveres quemados de Hitler y de Eva Braun fueron encontrados por agentes del contraespionaje soviético el 5 de mayo de 1945. En 1948, los fragmentos de la mandíbula y los dientes que sirvieron para identificarlos fueron enviados a Moscú, al entonces Ministerio de Seguridad de Estado de la URSS, precursor del KGB.

Lo cierto es que en septiembre de 2009, un estudio de ADN realizado en la Universidad de Connecticut concluye que el cráneo, que presenta un agujero de bala, descubierto en 1993 por el arqueólogo Nick Bellantoni durante un viaje a Rusia en uno de los archivos secretos de la ex Unión Soviética, pertenece a una mujer menor de cuarenta años: «El hueso parece ser muy delgado, mientras los cráneos de los hombres tienden a ser más robustos», explica Linda Strausbaugh, miembro del grupo de científicos que analizó la pieza ósea, y añade que «las suturas de los platos craneales corresponden a alguien de menos de 40 años», mientras que Hitler, cuando falleció, acababa de cumplir los 56. «Las muestras que hemos analizado corresponden al cráneo de una mujer, sin lugar a dudas»; aunque también explicó que «no hay nada de lo que hemos encontrado que pueda ofrecer información de dónde y cuándo murió la persona a la que corresponden los restos, ni por supuesto de su identidad».

Todo ello fue recogido en un documental del canal de televisión de EE UU *History Channel*, titulado «El escape de Hitler», que intenta relanzar la posibilidad de que el *Führer* escapase con vida de la ratonera del búnker.

Respecto a los estudios de ADN sobre las manchas de sangre que existen en el sofá conservado en Rusia, donde supuestamente se suicidaron los Hitler, la Dra. Strausbaugh indica que, efectivamente, «tienen restos de ADN correspondientes a un hombre, aunque obviamente no podemos decir a quién corresponde y mucho menos si es de Hitler».

De ahí que se haya especulado con que podría tratarse del cráneo de Eva Braun, que tenía 33 años cuando murió. Pero el general ruso Yuri Khristoforov, jefe del Archivo del FSB (Servicio Federal de Seguridad, antigua KGB), sostiene, no obstante, que los huesos «son reales, son pruebas documentales de la muerte de Adolf Hitler y por eso se guardan en

el Archivo central del FSB». Sobre las informaciones de los científicos estadounidenses de la Universidad de Connecticut, no las concede ningún valor porque señala que no han podido examinar las muestras que se custodian en Rusia: «No han presentado ninguna solicitud al respecto al Archivo central del FSB. Y aunque les permitiéramos tomar muestras de ADN, nos preguntamos con qué compararían esos datos», manifestó.

Agregó también que a finales de 2002 el FSB autorizó a filmar los restos que se conservan de Hitler a la cadena de TV norteamericana *Hoggard Films* para el rodaje de un documental, así como a investigar los fragmentos óseos al Dr. Mark Benecke, un médico forense alemán, quien, según sostiene, presentó una radiografía sobre la que no tenían conocimiento, la cual comparó con la que el doctor Blaschk, dentista particular del *Führer*, le había hecho después de construirle un puente dental en 1944. Era idéntica. Por tanto, era la prueba definitiva de que aquellos restos pertenecían a Hitler y este había muerto en el búnker, aunque entre los dientes se observaban fragmentos de vidrio, señal evidente de que el sujeto había mordido una cápsula de cianuro para morir. Los testigos oculares del cadáver de Hitler hablaron de un disparo en la cabeza, corroborado por el orificio de bala que presenta el fragmento de cráneo que se conserva en Moscú. Por tanto, el dictador nazi pudo haber querido asegurar su muerte mordiendo veneno al tiempo que se disparaba a sí mismo.

Lo que sí está fuera de dudas es que, si el *Führer* siguiera vivo, contaría con una edad prácticamente prohibitiva: habría que sumar los años transcurridos desde su 56 cumpleaños, en 1945, hasta hoy.

Pero, todo es posible.

LA MUERTE DE BRUCE LEE

El 20 de julio de 1973 Bruce Lee, a los 32 años de edad, dejó de existir. Ese día estaba en Knowloon, Hong Kong, en casa de la actriz taiwanesa Betty Ting Pei, preparando el guión de su próxima película, *Juego con la muerte*, con ella y con el productor Raymond Chow. Después que este se ausentó para cumplir un compromiso social al que también tenía pensado acudir

Bruce, hacia las 19:30 según relató la actriz, le sobrevino un repentino dolor de cabeza, para lo cual le suministró un analgésico, «Equagesic»¸ con el que se fue a la cama a ver si se le pasaba. A continuación, entró en un sueño del que ya no despertó.

Eran más de las 21 h cuando Chow telefoneó a Betty extrañado por la ausencia de Lee a la cena que tenían con George Lazenby, un actor, dos veces 007, al que pensaban proponer la participación en el film que tenían entre manos. Ella le comentó que estaba descansando y no se atrevía a molestarle. Extrañada, no obstante, intentó despertar al actor pero este no respondía. Llamó entonces al servicio médico y el facultativo que se personó en el domicilio en escasos diez minutos, comprobó que Bruce se hallaba en parada cardíaca, por lo que avisó a una ambulancia, que le trasladó al Hospital Queen Elisabeth, donde fue imposible reanimarle a pesar de los masajes, la inyección cardíaca y las descargas eléctricas. Bruce Lee había fallecido; eran las dos de la madrugada. Fue enterrado en el Lake View Cemetery de la ciudad de Seatle, donde vivía. La ceremonia de las especulaciones, muerte natural o asesinato, comenzó a organizarse.

La versión oficial, basada en las investigaciones realizadas en Hong Kong por un grupo de expertos, concluyó que la muerte había tenido lugar al producirse en su cerebro una reacción de hipersensibilidad al analgésico que había tomado, dándose como causa oficial del deceso un edema cerebral masivo intracraneal.

Pero esas conclusiones no satisficieron a todos. Se habló de sobredosis de drogas o envenenamiento, de que había muerto en una pelea, incluso circuló la peregrina idea de que fue asesinado por desvelar y difundir en Occidente secretos sobre las artes marciales orientales, que había conocido a lo largo de la preparación del rodaje de sus películas.

El dinero de la póliza de seguros entró en juego. Y en ella se estipulaba que la indemnización no tendría efecto si la muerte se producía por consumo de drogas o estupefacientes de cualquier tipo. De ahí que los beneficiarios, su esposa Linda Lee y Raymond Chow, colaboraran en la difusión de una muerte causada por hipersensibilidad a un fármaco en principio inofensivo. También lo hizo el Gobierno chino, que no quería

dejar una huella sucia en la desaparición de este mundo de su héroe nacional en el campo del espectáculo.

Lo cierto es que Bruce Lee ya había tenido más de un aviso por su afición al consumo de sustancias, aunque no por vicio, sino para mitigar los tremendos dolores de espalda que sufría desde el accidente con uno de los aparatos del gimnasio donde se preparaba. Desde entonces, ejecutar movimientos marciales bruscos, como los que tenía que llevar a cabo en cualquiera de sus películas —*Dragón, la historia de Bruce Lee, Operación Dragón*, estrenada a título póstumo, *Juego con la Muerte*, que no se llegó a realizar— le exigía ingerir calmantes para no estallar de dolor y, poco a poco, tuvo que ir adentrándose en el consumo de estupefacientes.

Ya en mayo de ese mismo año, el consumo excesivo de estas sustancias le había producido un ataque epiléptico acompañado de vómitos y mareos cuando se hallaba en los estudios de la Golden Harvest, en Hong Kong, durante una pausa en el doblaje de su película *Operación Dragón*, por lo que hubo que ser llevado al Hospital Baptista, donde le conectaron la respiración artificial. En principio, el Dr. Woo, que le atendió, no pudo establecer la causa de la inflamación cerebral que presentaba el actor, pero los análisis detectaron que había ingerido hachís en altas cantidades y su especial hipersensibilidad a esa droga le había ocasionado la grave crisis con la que fue ingresado.

Advertido por los doctores de los peligros que corría si continuaba consumiendo sustancias de este tipo, según unos, animado a tenor del extraordinario físico que mantenía por el médico que le examinó en Los Ángeles, según otros, una vez recuperado, decidió seguir tentando a la muerte y esta le esperó, con los mismos síntomas, escasamente dos meses y medio más tarde. Bruce, que había sido una leyenda ya en su corta vida, continúa siéndolo al cabo de más de cuarenta años después de su muerte.

Para alimentarla, su hijo Brandon, que también fue actor, perdió la vida de manera sospechosa veinte años más tarde que su padre: una bala real disparada por el actor Michael Massee durante el rodaje de la película *El Cuervo*, que alguien pudo poner entre las de fogueo en el tambor de un revólver Magnum del calibre 44. Faltaba no mucho más de una semana para la finalización de aquel rodaje que desde el principio no había tenido más

que sucesos extraños: un carpintero electrocutado mientras montaba los decorados, un accidente de tráfico que estuvo a punto de acabar con la vida de un publicista…

Y es que la sombra de los enigmas siempre es alargada.

LA MUERTE DE MARILYN MONROE

Un 5 de agosto de 1962 la encantadora Marilyn Monroe (Norma Jean Baker o Mortenson, apellido de su padrastro; Baker era el de su madre, nunca supo quién había sido su padre), de solo 36 años, fue hallada muerta por su empleada doméstica, Eurice Murray, en su casa, sita en el número 12 305 de Fith Helena Drive, en Los Ángeles, California.

Enseguida comenzaron las especulaciones sobre este suceso que conmocionó a medio mundo; no en vano la actriz, aún joven, había sido el icono sexual de la última década, con numerosas películas en su haber que explotaban su aspecto pícaro, sensual, dotado de una gran belleza y atractivo.

En principio, esa noche, un vecino declaró haber observado que una ambulancia estuvo estacionada durante casi cinco horas frente al domicilio de la actriz, sin que en ningún momento se produjera su intervención hasta que se comunicó la muerte, momento en el que descendieron del vehículo varios sanitarios y entraron en el domicilio de la difunta Marilyn.

El sargento Jack Clemmons, inspector de guardia en la comisaría de Los Ángeles West, fue el primer agente que entró en el apartamento unos 20 minutos después de que se produjera la llamada del Dr. Greenson, el psiquiatra particular de Norma, comunicando el suceso a las 4:25 de la madrugada y, enseguida, sospechó que se había producido un asesinato debido a varios detalles que no encajaban con un suicidio, como el orden y la pulcritud que se observaba en la habitación, que había sido adecentada por la empleada doméstica o como se quiera llamar a Eurice Murray (de 59 años), la ausencia de barbitúricos en la mesilla de noche, el hecho de que la actriz estuviese desnuda, cubierta solo por una sábana, y tendida de lado en la cama con las manos rectas hacia abajo, mientras la lavadora funcionaba con las sábanas recién cambiadas a esas horas, y, sobre todo, los hematomas

que presentaba el cadáver por varias partes de su cuerpo, lo cual no deja dudas respecto a que fue agredida brutalmente, quizá mientras luchaba por su vida, como se ha confirmado no hace mucho, en 2015, a raíz de una investigación periodística entre las varias que salieron a la luz ese mismo año coincidiendo con la publicación de la autopsia.

Entre los sospechosos del crimen se hallaba la citada asistenta, en realidad enfermera del doctor Ralph Greenson, que atendía a la complicada Marilyn. Lo que sí fue cierto es que se produjo un desfase de unas siete horas entre el descubrimiento del cadáver y el aviso a la policía, tiempo que, según el testimonio del citado galeno, las pasó realizando llamadas telefónicas tanto a los estudios de cine como a diversos conocidos de la actriz. ¿Tantas horas? Pero lo más grave respecto a esta versión es que la enfermera —que no falleció hasta 1993 a la edad de 91 años, llevándose muchos secretos a la tumba— no cesaba de mantener en su declaración la presencia en el apartamento de la actriz durante la tarde anterior al óbito, entre las 15 y las 16 horas, del Fiscal General de los Estados Unidos, Robert Kennedy (hermano del Presidente John Fitzgerald), con la cual había estado manteniendo una acalorada discusión a causa del «diario» que ella escribía, donde constaba el nombre de ambos políticos. Dicha versión volvió a mantenerla aún en 1985 durante el programa de televisión que llevaba por título *Say goodbye to the President* («Decir adiós al Presidente »), producido por la BBC. Cuando creía que los micrófonos estaban ya cerrados, se interrogó en voz alta si a sus años aún debía seguir callando. Al preguntarle a qué se refería, insistió en que, aquella tarde del 5 de agosto de 1962, las palabras subieron de tono hasta el punto de que, presa de los nervios, Marilyn intentó agredir con un cuchillo al futuro senador —tomaría posesión de ese cargo, después de renunciar al de Fiscal General, el 3 de enero del año siguiente— y este la lanzó al suelo, teniendo que intervenir sus guardaespaldas para separarlos.

Así las cosas, ese mismo día, hacia las 21 h —continuó Murray—, tres hombres se personaron en el apartamento de la actriz ordenando a la declarante que lo abandonara. Cuando retornó, una hora más tarde, según su relato, Marilyn ya estaba muerta.

A fin de desbaratar esta versión, hay que hacer notar la coartada con la que contaba Bob Kennedy, quien dicha jornada la había pasado en compañía de su familia en un rancho, también de California. ¿Se ausentó durante algún momento, quizá el tiempo en que mantuvo la acalorada discusión con la actriz? Su familia dijo que no. ¿Encubrimiento? Tal vez. Lo cierto es que el Dr. Greenson confirmó que Robert Kennedy estaba presente esa noche cuando llamaron a la ambulancia. Así mismo, una vecina testificó que vio a Bob (apodo con el que familiarmente se le nombraba) llegar a casa de Marilyn esa misma tarde-noche acompañado de sus guardaespaldas y de un hombre que portaba algo parecido a un maletín de médico. Igualmente, el joven conductor de la ambulancia, James Hall, relataba cómo vio al citado doctor inyectando a su paciente, ya fallecida, un líquido marrón sin diluir, posiblemente pentobarbital (Nembutal), la única droga encontrada en el cuerpo de la modelo, además del hidrato de cloral, un sedante. Allí había dos testigos más junto a Robert Kennedy: Pat Newcomb y el sargento Marvin Iannone.

La entrada en escena de los Kennedy alimentó la principal sospecha respecto a la autoría del crimen para los partidarios de no creer en el suicidio.

En principio, la explosiva Marilyn había mantenido una apasionada relación extramatrimonial con el presidente de los Estados Unidos desde finales de los años 50. Todo el mundo recuerda aquel 19 de mayo de 1962, solo dos meses y medio antes de su muerte, cuando la diva abandonó el rodaje de la película *Something's Got to Give* («Alguien tiene que ceder») para acudir al Madison Square Garden de Nueva York a cantarle al presidente el *Happy Birthday* («Cumpleaños feliz»), enfundada en un ceñidísimo vestido sin nada debajo, que casi se desgarra durante la sensual actuación, a la cual Jackie, la primera dama, no quiso asistir porque sabía la escena que aguardaba a su marido. Cuando este comenzó a ver los problemas que se le echaban encima, pues la muñeca rubia le acosaba constantemente con llamadas telefónicas intempestivas y era muy peligrosa porque conocía, aparte de algunos secretos de Estado, turbias relaciones con la Mafia, buscó la mediación de su hermano Robert para deshacerse de ella, en principio, intentando convencerla por las buenas de que se olvidara de

todo y entregara el maldito «diario» rojo en el que tenía anotada información comprometedora. Pero, a raíz de conocerle, Marilyn se encaprichó de Bob y comenzó una intensa relación amorosa entre ambos, similar a la que había mantenido con el hermano mayor, J. F. K.

Según confirmó Lionel Grandison, ayudante del forense que practicó la autopsia, él mismo había llegado a ver tal «diario» la noche de autos, sin embargo, al día siguiente ya había desaparecido. Así mismo, en 1975, la revista *Oui* publicó un artículo titulado *Who killed Marilyn Monroe?* («¿Quién mató a Marilyn Monroe?»), que firmaba Robert Slazer, en el cual confirmaba la existencia de dicho «diario», muy minucioso, lleno de datos y confidencias que el ingenuo Fiscal había participado a la actriz. La CIA, por tanto, tendría también un interés especial en silenciarla.

Cuando la rubia platino amenazó con organizar una conferencia de prensa —que ya tenía prevista para el día 6— con el propósito de contar todo lo que tenía registrado en su minucioso «diario» —el cual había comenzado a escribir por consejo terapéutico de su psiquiatra—, el hermanísimo decidió quitársela de en medio y prepararlo bien para que su muerte pareciese un suicidio.

Así lo sostiene un libro publicado en 2015, escrito por los periodistas Jay Margolis y Richard Buskin, quienes afirman que el psiquiatra particular de la actriz recibió instrucciones para asesinarla con una inyección letal al corazón, tal como mantienen también los libros de Lois Banner (*Marilyn: la pasión y la paradoja)* y Michael Schneider (*Las últimas sesiones de Marilyn*). Recogen, asimismo, otro testimonio de la que fue ama de llaves de la actriz, quien declaró en 1985 en el citado programa de la BBC, ignorando según se cree que estaba siendo grabada, que Marilyn aún se hallaba con vida cuando llegaron los sanitarios, aportando por tanto más confusión que luz al suceso.

Trasladado el cadáver, en contra de lo que ordenan las leyes en casos de muertes accidentales, asesinatos y suicidios, primero a la funeraria y luego al Depósito para realizar la autopsia, esta, por orden del juez de primera instancia Theodore Curphey, estuvo a cargo del forense Thomas T. Noguchi, un joven doctor japonés —de la misma edad que la finada— e inexperto aún, por lo que podría resultar fácil de acomodar su informe al

guión de aquellos que pretendían hacer pasar el asesinato por suicidio. No obstante, con el tiempo, sería conocido como el «forense de las estrellas», ya que fue el encargado de realizar las autopsias de varios astros cinematográficos como Natalie Wood o Sharon Tate, amén de la del propio Robert Kennedy, seis años después de la de la Monroe, quién lo diría.

Noguchi certificó la no existencia de barbitúricos en el estómago. Así mismo, se extrajeron los órganos vitales para analizarlos, pero estos, que podían haber establecido definitivamente si Marilyn se había suicidado o no, desaparecieron de un día para otro, lo cual ya supone un indicio evidente de que deseaban esconderse las causas de la muerte de la actriz.

El fiscal John Miner, que estuvo presente mientras se realizaba la autopsia, también declaró que a pesar de algunos hematomas que se observaban en el cadáver, estos no eran de una gravedad suficiente para causar la muerte. Sin embargo, defendió toda su vida, a raíz de haber escuchado las cintas grabadas con las conversaciones entre la actriz y su psiquiatra (proporcionadas por este bajo promesa de no desvelarlas nunca), que no era posible que aquella mujer se hubiera suicidado. Solo después de varios años de la muerte de Greenson, tras pedir permiso a la viuda, decidió desvelar el contenido de aquellas grabaciones ante las informaciones que estaban circulando en el sentido de inculpar al psiquiatra fallecido en la muerte de la diva. Las cintas hablaban de aspectos vitales de Marilyn, muy lejanos a ninguna idea de suicidio que se le pudiera pasar por la cabeza; en concreto, de su admiración por Clark Gable, de sus dos fallidos matrimonios, de su aspiración a convertirse en una gran actriz; y sobre los Kennedy, también destaca su admiración por el presidente, sin llegar a mencionar ninguna aventura amorosa. Respecto al hermano menor, Robert, lo que decía desear era que se diera cuenta de que él no entraba en sus planes: «Quiero que alguien le diga que se acabó lo nuestro. Pensé en pedírselo al Presidente, pero es imposible hablar con él».

El caso se diagnosticó como «probable suicidio» y se declaró a la prensa que la actriz había ingerido nada menos que 60 o 70 barbitúricos de los que habitualmente tomaba, recetados por los doctores que la atendían: su psiquiatra, Greenson y su médico internista, el doctor Engelberg, y que, por tanto, su muerte podía haber tenido esa causa, tal como mantuvieron los

facultativos durante la revisión del caso Monroe en el año 1982, en la cual se determinó que no había «evidencias creíbles que sustentaran la teoría del asesinato», mintiendo (como después se supo a raíz de la publicación de la autopsia) sobre el tipo de fármacos prescritos. En concreto, este último doctor había recetado a su paciente tanto Nembutal (nombre comercial del pentobarbital) como hidrato de cloral, unos sedantes que tomados simultáneamente pueden resultar letales.

Así se afirmó en el programa transmitido por el canal británico Channel 5, según publicó el 13 de mayo de 2015 el diario *The Daily Mail*. No obstante, el médico falleció en 2005 manteniendo que nunca había prescrito el segundo medicamento.

En 2012, cincuenta años después de los hechos, el Dr. Noguchi, convertido ya en una celebridad, y seguramente acuciado por los remordimientos y la cobardía de aquel entonces, repitió en una entrevista las conclusiones de la autopsia:

> Examen externo: el cuerpo sin embalsamar pertenece a una mujer caucásica de treinta y seis años y buena constitución, sana, con cincuenta y tres kilos de peso y un metro sesenta y seis de estatura. El cuero cabelludo está cubierto por una melena de color rubio oxigenado. Ojos azules… Se advierte una leve equimosis [hematoma producto de un golpe] entre la cadera izquierda y el lado izquierdo de la región lumbar (…). Se observan en la cadera izquierda y el lado izquierdo y en la espalda más moratones.

El mediático doctor, que había publicado un año antes «Cadáveres exquisitos», relatando sus autopsias a celebridades, dijo que en el análisis de los órganos internos, concretamente del aparato digestivo, no se halló ningún resto de píldoras. Los técnicos del laboratorio no procedieron a analizar los órganos remitidos, únicamente llevaron a cabo una analítica, detectando 8,0% mg de hidrato de cloral en sangre y 13,0% mg de pentobarbital (Nembutal) en el hígado, ambas dosis mortales. Como no había restos en el estómago, es evidente que alguien tuvo que inyectarle estas sustancias. Confiesa Noguchi: «No seguí adelante como debería haberlo hecho. Era un miembro joven e inocente del personal. No quise arriesgarme a disgustar a nadie».

Afirma también que cuando quiso saber más, se le dijo que los órganos habían sido eliminados y el caso se había clasificado como cerrado.

Entonces, concluye: «Creo que fue todo surrealista, una vergüenza, y sospechoso. Estoy diciendo y lo repetiré siempre que el procedimiento fue anormal… una vergüenza, se mire por donde se mire».

La teoría del asesinato cobró peso. Se culpaba a Robert Kennedy de haberlo inducido debido a la información comprometedora que podía contener el famoso «diario» de la actriz. La otra teoría sobre el asesinato recaía en agentes de la CIA o en la Mafia que temían los datos del citado «diario».

Lionel Grandison, ayudante del forense con funciones administrativas, firmó el certificado de defunción de Marilyn. Años más tarde declaró que había llegado a ver el «diario» en la oficina forense, aunque al día siguiente había desaparecido.

Según un libro lleno de detalles un tanto morbosos, publicado en 2015, *Pardon My Hearse* («Perdón por mi coche fúnebre»), obra de Allan Abbott y Ron Hasthan, los dueños de la funeraria que se ocupó del cuerpo de Marilyn, la autopsia del cadáver, que se había mantenido en secreto profesional, reveló que el fallecimiento se produjo bocabajo en la cama por una sobredosis de Nembutal. Norma Jean fue hallada con su rubia melena sin teñir desde hacía ya semanas, las piernas sin depilar, sin dientes —usaba dentadura postiza— y con su cuello amoratado e hinchado, lo cual es indicio más que suficiente de que había sido agredida. También delató la autopsia que la *sex symbol* usaba prótesis mamarias para realzar su busto, que de natural no era muy lucido.

No obstante, las especulaciones se desataron porque los análisis de sangre habían dado positivo a la prueba de hidrato de cloral, mientras los hepáticos a la de pentobarbital, y un análisis del recto delató que se le había suministrado un supositorio que contenía veneno de rápida absorción, según una versión; según otra, se trataba de un calmante recetado por uno de sus médicos que, al interactuar con medicamentos prescritos por el otro doctor, provocó la sobredosis que causó el óbito. Serían, de acuerdo a este planteamiento, los propios doctores quienes habrían preparado la versión del suicidio para evitar responsabilidades por los medicamentos contraindicados que habían prescrito a aquella muñeca rota.

En definitiva, tras la versión oficial que hablaba de «probable suicidio», aunque matizando que no fue voluntario sino inducido por deficientes prescripciones médicas, las sospechas que involucraban a los Kennedy en el posible asesinato de Marilyn, reavivadas por diversas investigaciones periodísticas y la publicación de su «descafeinada» autopsia, la muerte de la estrella, como tantos sucesos sin aclarar totalmente, seguirá haciendo correr ríos de tinta. Sus restos se encuentran en el cementerio Westwood Village Memorial Park de Los Ángeles.

LA MUERTE DE LOS KENNEDY

El asesinato de John F. Kennedy

El viernes 22 de noviembre de 1963, a las 12:30 horas CST (6 horas inferior al horario UTC o GMT), John Fitzgerald Kennedy, 35º Presidente de los Estados Unidos de América, cae abatido en la Plaza Dealey de Dallas (Texas) por dos disparos que le alcanzan por detrás en el cuello y en el hueso occipital derecho de la cabeza —el tiro mortal— cuando saludaba desde su coche descubierto mientras realizaba una visita oficial a la ciudad acompañado de su esposa, Jacqueline, que contempló horrorizada el cuerpo de su marido cubierto de sangre cayendo en su regazo. La siguiente reacción de la Primera Dama fue gatear nerviosa por la parte posterior de la limusina, como si quisiera atrapar algo que había visto saltar hacia atrás, quizá algún fragmento de cráneo que desprendió la bala de la cabeza rota del Presidente.

En el coche oficial también viajaban el Gobernador de Texas, John Bodwen Conally Jr., que resultó gravemente herido, y su esposa. La precisión de un fusil de mira telescópica (Carcano M91/38 calibre 6,5 mm, de fabricación italiana) había sido matemáticamente exacta a una distancia de 76 m. Mortalmente herido, el Presidente fallecería poco después en el Parkland Hospital, siendo oficialmente anunciada su muerte a las 13:38 h.

No solo el país norteamericano, sino el mundo entero se conmocionaron, como podemos dar fe quienes aún mantenemos en nuestra

remembranza infantil las imágenes de aquella Televisión Española en blanco y negro.

Habían transcurrido casi cien años desde el asesinato de otro presidente, Abraham Lincoln (14 de abril de 1865) y tanto la sociedad capitalista a ambos lados del Atlántico, como el resto de países que forman la llamada Comunidad Internacional, no estaban preparados para un hecho de este calibre en el Estado más poderoso del mundo. Alguien pretendía desestabilizar el *status quo* en el que se estaba desarrollando la distensión de una época conocida como la Guerra Fría.

Las pesquisas policiales dieron resultado casi inmediatamente. No lejos de la escena del crimen, la Plaza Dealey, a las pocas horas del magnicidio, en el Texas Theatre, se sorprendió a un hombre que se había marchado hacía poco tiempo del Depósito de libros escolares —hoy, *The Sixth Floor Museum* (Museo del Sexto Piso), donde existe la más completa información sobre el suceso—, desde el que procedían los disparos y donde también trabajaba. Interrogado, declaró su inocencia, pero las pruebas le delataron: el arma con la que se efectuaron los disparos, allí descubierta, era de su propiedad.

No obstante, pronto calló para siempre. A la mañana siguiente, cuando salía de la Comisaría de Policía para ser trasladado a la cárcel, Lee Harvey Oswald, el presunto asesino, o mejor dicho, el principal sospechoso —dado que no hubo tiempo de acusarle formalmente ni juzgarle—, fue tiroteado a bocajarro por Jack Ruby, propietario de un club nocturno, gritando que lo hacía para vengar la muerte del Presidente.

Rápidamente se desató la idea de que se trataba de silenciar al culpable para que no «tirara de la manta» y salieran a la luz los verdaderos instigadores del magnicidio. Lyndon B. Johnson, que asumió la Presidencia de la Nación por ser quien ocupaba la Vicepresidencia, nombró inmediatamente una comisión investigadora para aclarar las circunstancias en torno a la muerte de Kennedy, el Presidente más joven que había tenido la Unión. Como estaba dirigida por el Presidente del Tribunal Supremo, el juez Warren, la citada comisión se conoció con este mismo nombre: Comisión Warren.

Al cabo de seis meses, en los que escuchó a centenares de testigos, se reconstruyó la escena del crimen y se visionaron las imágenes del atentado, filmadas por un testigo presencial de los hechos, la citada comisión dio a conocer sus conclusiones, que, básicamente, precisaban que el atentado fue obra del propio Oswald en solitario, sin que hubieran intervenido ningún otro tipo de actores: Oswald era un demente y obró movido por impulsos personales, no por motivos políticos.

Sin embargo, quedaron demasiados interrogantes sin despejar. Especialmente, el ruido de disparos que mucha gente dijo haber escuchado procedentes del otro lado de la calle, tras una valla sobre un montículo de hierba, delante de la que filmaba el sujeto citado. Y, así mismo, el porqué de la reacción de Jack Ruby, asesinando a quemarropa al presunto magnicida. ¿Había algún motivo por el cual era necesario silenciarle para siempre? ¿Trabajaba para la Mafia, a la que el joven Presidente pretendió eliminar de la esfera política? Esta hipótesis cobró fuerza a partir de 1991, año en el que la ex amante de JFK, Judith Campbell, declaró que había sido esa organización criminal la que había preparado el magnicidio porque el Presidente, después de haber solicitado su apoyo financiero durante las campañas electorales, decidió soltar lastre y apartarse de ella, algo que la *Cosa Nostra* nunca perdona.

Pero hay más preguntas: ¿Estaban los comunistas detrás de todo por haberse opuesto Kennedy a la instalación de los misiles soviéticos en Cuba bloqueando la isla? o, ¿era una guerra de clanes dentro del propio país?

Cuatro años más tarde, en 1967, Ruby también moriría en la cárcel, alimentando aún más las sospechas de un posible silenciamiento de quien estaba a punto de «cantar».

Lo cierto es que el presunto —porque, como dijimos antes, nunca confesó ni hubo tiempo de probarlo— autor material de los disparos, Oswald, había vivido en la URSS y tenía contactos con los nuevos líderes cubanos revolucionarios. ¿Pudo llegar desde allí la organización del asesinato del Presidente Kennedy a causa del respaldo que había prestado a la fallida invasión de la isla en Bahía Cochinos por parte de los anticastristas con la ayuda de la CIA? O bien, ¿le habían pagado con la

misma moneda por haber aprobado varios complots destinados a eliminar a Fidel Castro?

Se han realizado reconstrucciones de los hechos con figurantes en la escena del crimen aprovechando filmaciones de testigos tratadas con la tecnología actual, intentando desentrañar qué misterio se esconde detrás del asesinato del Presidente Kennedy.

¿Fue una conspiración?

¿Tuvo mucho que ver la Orden Ejecutiva 11 110, firmada por Kennedy el 4 de junio, pocos meses antes de su asesinato, con la que se oponía a que la Reserva Federal Norteamericana mantuviera el monopolio de la emisión de papel moneda y este pasara al Gobierno, quitándole así todo el poder a la oligarquía financiera? A pesar de no haberse derogado, lo cierto es que ningún Presidente ha vuelto a osar hace uso de la misma.

Demasiados interrogantes que ni siquiera medio siglo largo ha logrado despejar.

Pero a la maldición de los Kennedy aún le aguardaba otro acto.

El asesinato de Robert F. Kennedy

En 1968 su hermano Robert, senador por el Estado de Nueva York, a quien acabamos de ver implicado en la muerte de Marilyn Monroe, fue asesinado en la madrugada del miércoles 5 de junio, en el hotel *Ambassador* de Los Ángeles (California), a las pocas horas de haber vencido en las elecciones primarias celebradas en California para la nominación de candidato por el Partido Demócrata a la Presidencia de los Estados Unidos. El acusado del crimen fue un joven inmigrante palestino de veinticuatro años de edad y nacionalidad jordana, llamado Sirhan Bishara Sirhan, que aún continúa en la cárcel. A pesar de que el vicepresidente Hubert Humphrey iba por delante con 561 delegados, Kennedy estaba en segundo lugar con 393 y, tras la reciente victoria también en Dakota del Sur, parecía acercarse paulatinamente al primero para lograr su nominación como candidato a la Presidencia de la Nación por el Partido Demócrata en las elecciones a celebrar el primer martes después del primer lunes del mes de noviembre, como ocurre cada cuatro años en los Estados Unidos de América.

Después de haber pronunciado un discurso en el Salón de Embajadores del citado hotel *Ambassador*, Robert Kennedy se dirigía hacia una conferencia de prensa en otra dependencia, para lo cual tenía que atravesar las zonas de la cocina y la despensa, donde le iba guiando, entre una enorme multitud de seguidores, el *maître* Karl Uecker, que le llevaba del brazo derecho, aunque muchas veces se desligaban porque Kennedy no paraba de saludar a la gente. Cuando estaban atravesando un estrecho pasadizo entre dos electrodomésticos, el palestino adelantó rápidamente a Uecker y comenzó a disparar su revólver *Iver-Johnson Cadet* calibre 22 contra el cuerpo del senador. Este cayó al suelo e, inmediatamente, el citado *maître*, el encargado de seguridad, Bill Barry, y otras personas se abalanzaron contra el autor de los disparos, quien logró abrir fuego de nuevo hasta que agotó la munición. Entonces, Barry se quitó la americana, la dobló y se la colocó debajo de la cabeza a la víctima, que sangraba por la herida del cráneo. En ese momento, Juan Romero, el pinche de cocina, que había sido el último en saludarle, le puso un rosario entre las manos, y Bob preguntó: «¿Están todos bien, verdad?». Romero respondió: «Sí, sí, todo va a salir bien». Los reporteros Bill Eppridge, de la reviste *Life*, y Boris Yaro, de *Los Angeles Times*, inmortalizaron el instante. Lo último que se le oyó decir al senador, después de mirar a su esposa Ethel, que se había acabado de acercar al lugar de los hechos, fue: «no, no», cuando unos sanitarios le subieron a la camilla. A continuación, perdió la consciencia.

Trasladado al *Central Receiving Hospital*, los facultativos lograron recuperar los latidos del corazón, que su esposa pudo escuchar con un estetoscopio facilitado por los doctores a fin de tranquilizarla. A la media hora, fue derivado al *The Good Samaritan Hospital* para practicarle una operación a vida o muerte, que comenzó a las 3,12 h de la madrugada y se prolongó por espacio de tres horas y cuarenta minutos. A las 17,30 h del miércoles, el portavoz, Frank Mankiewicz, comunicó la preocupación creciente de los médicos por la falta de mejoría, así como que su estado era «extremadamente crítico». El 6 de junio, a la 1:44 de la madrugada, falleció Robert Kennedy, el hombre que había intentado que se cumpliera aquel deseo suyo de que por primera vez una mujer americana fuera madre de dos Presidentes.

La autopsia del cadáver reveló que había recibido tres disparos. Dos balas le habían alcanzado debajo de la axila derecha, una de ellas salió por el pecho y la otra se alojó en la parte trasera del cuello; la tercera, el tiro que le causó la muerte, disparado a quemarropa (a una pulgada, es decir, a 2,54 cm de distancia), entró en su cráneo unos centímetros por detrás de la oreja y varios fragmentos de hueso llegaron a penetrar en el cerebro. Otra bala había rozado el hombro derecho de su americana sin llegar a herirle.

Otras cinco personas resultaron alcanzadas: Paul Schrade, su amigo íntimo y miembro del sindicato *United Auto Workers*, William Weisel de *ABC News*, Ira Goldstein de *Continental News Service*, la activista del Partido Demócrata Elizabeth Evans y el voluntario de campaña Irwin Stroll.

Después de practicada la autopsia al cadáver, este fue trasladado a Nueva York —de cuyo Estado había sido senador— para ser expuesto en la Catedral de San Patricio, el templo donde el día 8 de ese mes tuvo lugar el funeral oficial. Fue enterrado cerca de su hermano John en el Cementerio Nacional de Arlington.

Sirhan Sirhan, el condenado por asesinato, era un feroz antisionista y, además, sentía odio visceral hacia Robert. En su «diario» podían leerse frases como estas: «RFK debe morir. RFK debe ser aniquilado. Robert F. Kennedy debe ser asesinado… Robert F. Kennedy tiene que ser asesinado antes del 5 de junio de 1968». Esa fecha, precisamente, coincide con el primer aniversario del inicio de la «Guerra de los Seis Días», en la que Israel derrotó a los países árabes.

Al registrarle, la policía encontró en el bolsillo de su chaqueta un artículo periodístico que hablaba del apoyo de Robert Kennedy a la causa israelita. El mismo acusado reconoció en el juicio que su odio al senador había nacido a partir del día que lo leyó. Item más: afirmó que había asesinado a Kennedy «con veinte años de premeditación», haciendo gala de un ostensible desequilibrio mental, porque, además, desde su detención no había dejado de decir que no recordaba los hechos.

El 17 de abril de 1969 fue declarado culpable y seis días después sentenciado a muerte. En 1972 se le conmutó la condena a morir en la cámara de gas por cadena perpetua, después de que la Corte Suprema de California anulara todas las penas de muerte pendientes impuestas antes de

ese año. Actualmente se halla confinado en la Prisión Estatal de California, en Corcoran.

Recientemente, en febrero de 2016, ha tenido lugar en San Diego una vista para decidir nuevamente sobre su petición de libertad condicional, cuya primera solicitud se remonta a 1985, después de que diez años antes, en 1975, el Gobernador de California, de acuerdo a la expresada decisión de la Corte Suprema del Estado, anunciara para todos los reos de muerte la posibilidad de solicitar la condicional después de haber transcurrido un determinado número de años en prisión.

Inesperadamente, el amigo íntimo del fallecido senador, Paul Schrade, que tiene ya 90 años y estuvo la noche del crimen junto a Robert Kennedy, e incluso recibió también un disparo en la cabeza, se puso de parte del condenado. Pidió perdón por no haber hecho esta declaración en el primer juicio de 1969 y añadió que está convencido de que el disparo que le hirió a él fue obra de Sirhan, pero no así el que mató a Kennedy; e insiste en que, si se dispararon trece balas, no pudieron ser todas obra del palestino porque en su revólver solo cabían ocho, por tanto, tuvo que existir otro pistolero que desapareció en la noche de autos y nunca fue identificado, alimentando así el enigma sobre el asesinato del segundo Kennedy.

Según Schrade, El LAPD (Departamento de Policía de Los Ángeles) y la LADA (Oficina del Fiscal del Condado de Los Ángeles), a las dos horas de efectuarse los disparos, tenían en su poder pruebas concluyentes de que la bala que se alojó en el cráneo de Kennedy no había podido ser disparada por Sirhan —al que, por otra parte, no hubo ni un solo testigo con el que la Fiscalía pudiera probar que lo había hecho—, sino por un segundo tirador, pero las escondieron y destruyeron.

También coincide esa versión con la que mantiene una de las personas que más ha investigado sobre el asesinato del senador por el Estado de Nueva York, el doctor Shane O’Shullivan, autor del libro *Who Killed Bobby? The Unsolved Murder of Robert F. Kennedy (¿Quién mató a Bobby? El asesinato sin resolver de Robert F. Kennedy»).* Como ha mantenido en más de una ocasión a través de la prensa, está convencido de que tuvo que existir otro pistolero en la escena del crimen; lo que ocurre es que la investigación posterior estuvo llena de irregularidades. Teniendo en

cuenta que Bob recibió el impacto de cuatro proyectiles y que otras cinco personas resultaron heridas, en principio, habría que explicar la procedencia de nueve tiros, mientras que el arma de Sirhan solo albergaba ocho balas. Alguien más tuvo forzosamente que disparar.

Sin embargo Deawayne Wolfer, el investigador principal del caso, solucionó el problema concluyendo que la bala que dio en la hombrera derecha de la americana del senador atravesó la misma y, en un ángulo de 80 grados, viajó hacia arriba para impactar en la frente de Schrade; con lo que con ocho disparos logró nueve impactos. Pero este último acaba de declarar —no lo hizo, como ahora se lamenta, en el juicio posterior al crimen— que para que aquello pudiera haber sido posible, o él tendría que tener una estatura de 2,70 metros o bien debería haber estado apoyando su cabeza sobre el hombro de Kennedy.

A mayor abundamiento, el agente del FBI William Bailey encontró otras dos balas más en la escena del crimen solo unas horas después de haberse producido los hechos, con lo que ya tenemos once proyectiles disparados.

Así mismo, las pruebas testificales tampoco corroboraban la versión oficial. El *maître* del hotel, Karl Uecker, que conducía a Kennedy a través de la despensa llevándole por el brazo derecho, afirma que agarró la mano de Sirhan inmediatamente después del segundo disparo y, aunque este continuó abriendo fuego, no pudo apuntar hacia el senador porque le había forzado a bajar el brazo poniéndole la mano que sujetaba el arma encima de una máquina de vapor y, por tanto, el palestino no pudo volver a disparar hacia arriba sobre la víctima.

Eddi Minasian, que también era empleado del hotel, confirmó lo dicho y sostuvo, además, que Schrade cayó al suelo antes que Kennedy, por lo que tenía que haber recibido el impacto de bala antes que él. Otro testimonio coincidente fue el de Frank Burns, un abogado que estaba también presente en el lugar de los hechos.

Para alimentar la ceremonia de la confusión, en una grabación sonora —la única que existe— realizada por el periodista Stanislaw Pruszynski, se escuchan hasta trece disparos, como explicó el forense Philip Van Praag en un programa de la CNN: después de los dos primeros, se abre una pausa de segundo y medio —que correspondería al tiempo en el que el *maître* agarró

la mano del pistolero—, tras la cual se escucha el sonido de los restantes tiros. Pero lo fundamental es que los disparos tres y cuatro y siete y ocho tuvieron que ser efectuados con otra arma, puesto que no media entre ellos el tiempo suficiente para que provengan de la misma; son disparos simultáneos, forzosamente realizados con armas diferentes e incluso desde puntos distintos, según el testimonio de este experto, añadiendo, además, que los tiros tercero, quinto, octavo, décimo y duodécimo tienen una «frecuencia anómala».

En 1974 se reabrió el caso por primera vez a petición de Sirhan Sirhan, aunque examinadas las pruebas balísticas, al cabo de dos años, no obtuvo ninguna conclusión favorable para él. Hasta 1988 no se desclasificaron los informes policiales en los que constaba que el LAP había destruido gran parte de las pruebas; pero tampoco logró el reo una revisión de la condena ni la libertad condicional solicitada. En 2015, en una nueva revisión del caso solicitada cuatro años antes, aportando la citada grabación sonora así como informes médicos de que el acusado no recordaba nada sobre el día del crimen, tampoco obtuvo resolución a su favor. Esa misma declaración ya la había hecho retractándose de una primera confesión de culpabilidad efectuada ante la policía cuatro días después del asesinato.

Su primer abogado, Lawrence Teeter, sostuvo siempre que el palestino había sido hipnotizado y drogado, víctima de una conspiración que planeaba el asesinato de Kennedy, para convencerle de que debía llevar a cabo el magnicidio, por lo que, seguramente, actuó en estado de enajenación mental y, si bien tuvo la intención de matar a Robert Kennedy, no fue él quien lo hizo, sino otro u otros pistoleros disparando sus armas desde puntos diferentes, como hemos visto.

Además, el palestino sufrió las iras de la prensa a partir de los atentados del 11-S, en los que se le demonizó como el primer terrorista árabe e incluso se le tuvo encadenado durante un año en la celda de aislamiento solo por haber recibido de regalo un monitor de televisión unos días antes de dichos ataques terroristas, afirmándose que los conocía con antelación por su relación con grupos de ese cariz.

Denegada de nuevo la libertad condicional, Sirhan, que acaba de cumplir los 72 años en marzo de 2016, cuarenta y ocho de los cuales los ha

pasado entre rejas por el asesinato de Robert Kennedy, deberá esperar otros cinco años para efectuar una nueva solicitud.

LA MUERTE DE JUAN PABLO I

El 28 de septiembre de 1978, solo 33 días después de haber sido elegido sucesor de Pablo VI, fallecía en el Vaticano, a los 65 años de edad, Albino Luciani, papa número 109 en la Silla de San Pedro, que había ascendido al pontificado con el nombre compuesto —nunca antes lo había hecho ningún pontífice— de Juan Pablo I, en honor a sus dos predecesores: Juan XXIII, que le había nombrado obispo, y Pablo VI, que le había elegido como Patriarca de Venecia y cardenal.

En su brevísimo pontificado —el más corto de la Historia— se hizo querer por su buen carácter (el «Papa de la sonrisa», le llamaron) y su humildad; esta, la *Humilitas*, fue el lema escogido por él mismo para su papado. También se significó al rechazar la tiara y la ceremonia de entronización, sustituyéndola por una simple investidura, algo que no estuvo bien visto en sectores vaticanos.

Mucho llamaron la atención —a «toro pasado», cuando es más fácil percibir las cosas— sus comentarios sobre la brevedad que iba a tener su pontificado, tales como: «Yo me marcharé y el que estaba sentado en la Capilla Sixtina en frente de mí, ocupará mi lugar». Se refería, de manera asombrosamente premonitoria, al polaco Karol Woytila, futuro Juan Pablo II, que se hallaba casi enfrente durante el cónclave de agosto de 1978.

La causa oficial de la muerte fue diagnosticada como infarto agudo de miocardio, tal cual informaba el comunicado del Vaticano:

> Esta mañana, 29 de septiembre de 1978, alrededor de las 05:30 a. m., el secretario particular de Su Santidad el papa, sin haberle encontrado en la capilla como es su costumbre, le buscó en su habitación y le ha encontrado muerto en la cama, con la luz prendida, como si todavía leyese. El médico Renato Buzzonetti, que acudió inmediatamente, ha constatado su muerte, acaecida probablemente hacia las 23:00 p. m. del día anterior a causa de un infarto agudo de miocardio.

Aparte de que se supo luego que la primera persona en encontrarle sin vida no fue el secretario particular del sumo pontífice (el irlandés John Magee), como decía la nota oficial, sino la hermana Vincenza, encargada de

las tareas domésticas —a quien se había impuesto un voto de silencio, que terminó rompiendo porque «el mundo debe conocer la verdad»—, cuando entró en la habitación ante la falta de respuesta del sucesor de Pedro; ella fue quien avisó a Magee.

Enseguida comenzaron las especulaciones, puesto que, en general, el papa gozaba de buena salud, aunque años antes había tenido un coágulo en un ojo, lo que hizo pensar que quizá ahora pudo habérsele depositado en una arteria, con lo que se reduciría el flujo de sangre al corazón, necrosando el músculo cardiaco y produciéndole el infarto.

El difunto fue embalsamado por orden del Secretario de la Santa Sede, cardenal Jean Villot, antes de las horas de rigor en cualquier Estado de Derecho, sin extraerle sangre ni las vísceras ni practicarle la autopsia, según se dijo, por deseo expreso de la familia y porque tampoco era habitual en los pontífices fallecidos. Pero, en tan extrañas circunstancias, este hecho no hizo más que alimentar las dudas sobre su muerte natural.

Las llamadas teorías de la conspiración, partidarias del asesinato, hablaban de la CIA norteamericana, el KGB soviético —se había entrevistado con Nikodim, representante de la Iglesia ortodoxa rusa y agente secreto—, la masonería infiltrada en el Vaticano, la Mafia…, aparte de motivaciones económicas sobre las finanzas vaticanas.

Más tarde, pero ya en 1991, la familia Luciani reveló que la muerte no había ocurrido en la cama, sino mientras el papa se hallaba en su escritorio —lo cual contradice la versión oficial y la de sor Vincenza—, añadiendo que se había practicado una autopsia al cadáver, algo que tampoco se sabía y cuyo resultado también ha permanecido ignoto.

Así mismo, su antiguo médico de cabecera, el Dr. Antonio Da Ros, manifestó en 1993, tras quince años de silencio, que el papa gozaba de buena salud, «salvo que tenía la tensión un poco baja», lo cual resulta contradictorio con el estrés del cargo, que se había esgrimido como una de las posibles causas del infarto que acabó con su vida.

Intentando zanjar el asunto, que representaba un oscuro borrón en la historia reciente del Vaticano, el sucesor de Juan Pablo I, que en recuerdo suyo tomó el mismo nombre, permitió que se iniciara una investigación periodística, que terminó plasmada en el libro del inglés John Cornwell,

«Como un ladrón en la noche. La muerte del papa Juan Pablo I» (1989), en el cual destruye la teoría de la conspiración y plantea el escaso apoyo recibido por parte de la Curia como causa de fatiga, lo que pudo desembocar en el episodio mortal, provocado por una embolia pulmonar en lugar de un infarto al corazón; es decir, una especie de «pasteleo» con el Vaticano que no aclaraba las dudas.

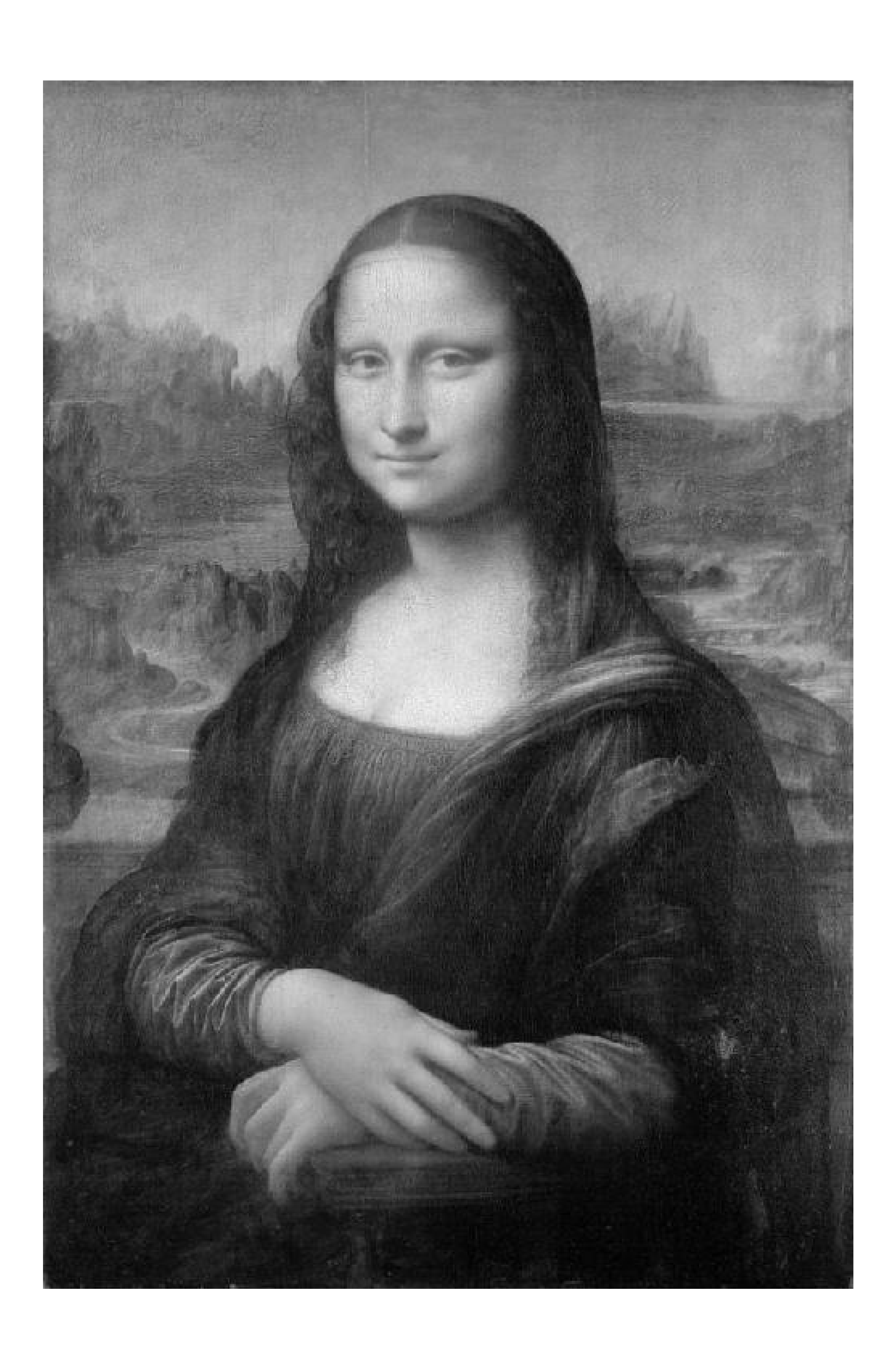
Entre los partidarios del crimen se halla el sacerdote y teólogo español Jesús López Sáez, animado por las palabras de Santa Catalina de Siena: «Los ministros de Dios que no denuncian los males de la Iglesia son malos pastores. No tienen perro, el perro de la conciencia, o no les ladra». A pesar de las presiones de todo tipo que hubo de sufrir, el religioso se mantuvo firme en sus denuncias de maniobras en la curia cardenalicia, «auténtica cueva de ladrones», como la ha llamado. En sus libros *Se pedirá cuenta. Muerte y figura de Juan Pablo I* (1990), *El día de la cuenta* (2005) y *Juan Pablo I: Caso abierto* (2009), concluye que el papa «de los 33 días» fue envenenado con una fuerte dosis de vasodilatador; por eso el cadáver no presentaba el rictus del sufrimiento anterior a la muerte, como correspondería a un infarto agudo de miocardio, sino incluso una leve sonrisa, «como quien cae en profundo sueño provocado por una sustancia depresora», afirma don Jesús, que fue expulsado de la Conferencia Episcopal, donde se encargaba de la comisión de catequesis. Pero también recibió alguna felicitación, como la del obispo brasileño Pedro Casaldáliga, así como una carta de Eduardo Luciani, hermano del papa, quien no cierra la puerta a la duda aun sin pronunciarse al respecto.

Lo que dice el sacerdote abulense, fundador de la Comunidad de Ayala, es que en la conversación que Juan Pablo I mantuvo la tarde antes de morir con el cardenal Villot, había adelantado a este los cambios que pensaba realizar en las estructuras vaticanas, incluyendo su sustitución, ante lo cual el prelado francés le espetó que iba a traicionar la herencia de su antecesor; pero Luciani replicó: «ningún papa gobierna a perpetuidad». Las notas con la conversación entre ambos —o quizá algún documento secreto— eran las que mantenía en la mano cuando, siguiendo el relato de sor Vincenza, fue encontrado por ella muerto en la cama; no leía, pues, *La imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis, como había expresado el Vaticano, aunque sí

tenía este libro en su mesilla de noche. Las prisas del Secretario de Estado de la Santa Sede para embalsamar el cadáver rápidamente hacen sospechar que pudo tener parte en la conspiración.

Según argumenta López Sáez, al papa le matan porque proyecta cambios de calado en la estructura de la curia romana, publicar algunas encíclicas atendiendo al papel de la mujer en la Iglesia y reformar la Banca Vaticana expulsando elementos infiltrados como la logia masónica P2 (*Propaganda Due*) o empresarios sicilianos especuladores con contactos mafiosos y, lo peor de todo, destituir al cardenal Paul Marcinckus, presidente del IOR (Instituto para las Obras de Religión o Banco Vaticano), lo que provocaría la quiebra inmediata de su participado el Banco Ambrosiano, en lugar de evitarla como deseaba la curia. El derrumbe de la institución financiera, no obstante, se produjo en 1982, ya con su sucesor, el polaco Wojtyla.

Estábamos, además, continúa don Jesús (que no ha escatimado su participación en programas de televisión amantes de lo esotérico, como *Cuarto Milenio*), ante «un papa que no quiere ser Jefe de Estado, que no quiere escoltas ni soldados —no permitía que la Guardia Suiza se postrase a su paso—, que quiere una renovación profunda de la Iglesia y, además, gobernar con los obispos. Un papa de los pobres, que quiere promover en el Vaticano un gran instituto de caridad, para hospedar a los sin techo de Roma», es decir —añadimos nosotros—, una revolución en el corazón de la Iglesia, por la que Francisco también parece optar —no sabemos hasta dónde— ya desde su elección, cuando exclamó a sus electores: «¡Que Dios os perdone por haberme elegido!».



ENIGMAS DEL ARTE

EL SIGNIFICADO DE LA PINTURA PREHISTÓRICA

Desde los inicios del Paleolítico Superior (hace unos 40 000 años), con la presencia del *Homo sapiens* —nuestra propia especie—, comenzaron a producirse las primeras manifestaciones humanas que podríamos considerar de índole artística, entre las cuales, además de diversos objetos realizados en piedra, hueso y asta de animales, descuellan las pinturas parietales o rupestres, es decir, ejecutadas sobre las rocas. Básicamente, corresponden al área franco-cantábrica, que se extiende, de este a oeste, desde el Sur de Francia hasta Asturias. Su cronología comienza en la fecha citada, coincidiendo con la denominada cultura Auriñaciense (de Aurignac, Alto Garona, Francia) y se desarrolla a lo largo de los períodos Perigordiense (30 000 años), Gravetiense (25 000) Solutrense (20 000) y Magdaleniense (15 000). Su temática puede agruparse, principalmente, en tres conjuntos: pinturas abstractas o ideomorfas, humanas o antropomorfas y animales o zoomorfas.

Las primeras, por su complejidad, también abarcan varios tipos: puntiformes, tectiformes, arboriformes, etc., según la forma que presentan. Se trata de series de puntos y líneas que pueden aparecer separados o juntos; en el primer caso, aquellos lo hacen dispuestos en una o varias hileras, ejecutados mediante una ligera presión sobre el muro de la cueva con la yema de los dedos embadurnada en pintura. En el segundo caso, suelen formar cruces y curvas al azar. Las líneas, cuando figuran de forma independiente, lo hacen componiendo rectángulos compartimentados interiormente o formando bastones o dibujos acampanados mezclados con rayas verticales en las que confluyen oblicuamente otras más breves, como

si fueran las ramas de un árbol. De todas esas maneras abundan en las cuevas cántabras de Puenteviesgo: Las Monedas, Las Chimeneas, La Pasiega y El Castillo. En cuanto a la policromía, se trata de obras monocromas (negro u ocre) y bicromas (ambos colores).

Respecto a su significado, aparte de interpretaciones pseudocientíficas, que recurren incluso a extraterrestres —lo más socorrido cuando no se tiene nada que aportar— por la falta de relación de estos signos con el entorno del hombre prehistórico, investigadores de prestigio como el francés André Leroi Gourhan (1911-1986), que clasificó en cuatro períodos la evolución del arte rupestre paleolítico, opina que serían signos de carácter sexual, identificando los que tienen forma de bastones alargados con los órganos masculinos mientras los puntos en serie aludirían a los femeninos. Se basa en los dibujos de tipo antropomorfo de la «Sala de las Vulvas» en la cueva asturiana de Tito Bustillo, por lo que no se puede negar la presencia de temática sexual en la pintura prehistórica, lo cual tendría que ver con el deseo de perduración de la especie. Se tratarían, pues, de amuletos mágicos destinados a mantener la fecundidad y la supervivencia del clan, cuyo poder dependía de que el número de sus miembros no disminuyera, sino todo lo contrario.

De todos modos, abundando en las interpretaciones, también se ha querido apuntar que dichos signos podían constituir simplemente señales de límite o frontera para todas o algunas partes de la cueva; o, incluso, marcas efectuadas para señalar el paso del tiempo, aunque la impresión que ofrecen es la de formar una composición continua, por lo que habrían sido ejecutadas de manera seguida.

Respecto a los restos pictóricos de aspecto antropomorfo, estos son muy escasos, salvo las extrañas manos, tanto diestras como siniestras, que se observan en las paredes de algunas cuevas del litoral franco cantábrico, como la citada de El Castillo o la de Pech-Merlé (Francia). En general, muestran sus cinco dedos, excepto ciertos casos en los que aparece alguno de ellos con una falange cortada, lo que no sabemos si obedecería a amputaciones de carácter ritual, a accidentes o a factores naturales como posibles congelaciones. Tampoco sabemos si corresponden a hombres y a mujeres o solo a uno de ambos sexos. Las pinturas están realizadas a través

de dos sistemas: positivo y/o negativo. El primero consiste en aplicar la mano manchada de pintura directamente sobre la pared y el segundo en colocarla sobre el muro y siluetearla, aerografiarla, a continuación.

En ocasiones, las manos están situadas sobre el cuerpo de animales, lo que indicaría el dominio del cazador sobre la presa. Pero, cuando aparecen solas, su significado supone una gran incógnita: ¿Son las manos del jefe o del hechicero-jefe de la tribu? ¿Quizá las de un anónimo artista que pretendía dejar allí su firma? ¿O bien las de personajes cualquiera que solo deseaban poner su huella en la pared?

Para algunos entendidos, muestran un patente carácter mágico religioso, tratándose de un símbolo de expresión de la voluntad humana. O, tal vez, tienen que ver con el culto a los antepasados; o bien con la iniciación ritual de adolescentes. Nunca lo sabremos y sería peregrino aventurarse por cualquier solución a estas incógnitas porque no puede haber más que hipótesis y asombro ante restos tan enigmáticos y desconcertantes.

En la pintura paleolítica nunca aparecieron seres humanos, salvo algunas figuras en la citada cueva de El Castillo realizadas a base de rasgos esquemáticos, similares a la pintura de época mesolítica (10 000 años), característica del Levante español, cuya simbología es más sencilla de interpretar, ya que representan personas reconocibles formando escenas conjuntas de caza o danzas rituales. Aquí, en la pintura paleolítica del área franco-cantábrica, tanto en esta cueva como en la vecina de Trois-Frères, en Ariege (Francia), las vemos encubiertas por atributos animales, como el llamado «dios cornudo», en esta última, o el bisonte erguido con patas humanoides de El Castillo, que podrían aludir, en ambos casos, al hechicero de la tribu, conocedor de los rituales que favorecen la caza. También pueden ponerse en relación con aspectos de la magia simpática, tendentes a evitar que se produzca la destrucción de la especie representada. Por tanto, las manos, que con su capacidad prensil nos confieren a los humanos la posibilidad de desarrollar la inteligencia superior que nos ha dado la Naturaleza, fueron la única parte clara de su cuerpo que aquellas gentes, sorprendentemente, dejaron grabada para la posteridad, tal vez creyendo, como dice un poema de Witman, que

la menor articulación de mi mano

puede humillar a todas las máquinas.

En la pintura zoomorfa o animalística el misterio no es menor. Representaron animales: monocromos en negro y ocre, bicromos combinando ambos colores, o policromos: ocres y rojos encerrados en gruesos trazos negros, prácticamente los únicos tintes a su alcance, elaborados con tierra, grasa y sangre de animales, hojas, tallos, savia y carbón vegetales. Las imágenes están emplazadas en el interior de las cuevas, tanto en el Norte de la Península Ibérica como en las del vecino país francés (Lascaux, Font-de-Gaume, Rouffignac, Les Trois-Frères), llegando a la perfección estética en las de Altamira, «la capilla Sixtina de la pintura Paleolítica», pero descifrar su significado supone otro ejercicio de especulación:

Siendo los animales, como eran, su sustento básico, pudiera ser que el hecho de representarlos supusiera la creencia en una mayor garantía de lograr su captura, es decir, podrían tratarse de pinturas totémicas destinadas a favorecer el sentimiento mágico de la caza, que permitía la supervivencia del clan. ¿Solo eso? Quizá también los animales fueran considerados por ellos divinidades, puesto que les proporcionaban la posibilidad de seguir manteniendo la subsistencia. Eran su salvación. Y el ser humano ha estado durante toda la historia representando aquello que adora. ¿O quizá no fueran más que un motivo decorativo en el interior de las cuevas? Tanto les tenían *in mente* que les representaban por todas partes.

No cabe duda, en este sentido, que su mayor preocupación no era la figura humana, sino los animales que les alimentaban.

Nunca forman escenas conjuntas, están representados de manera individual y, aunque a veces se superponen, no guardan ninguna relación entre sí. Se hallan en posturas distintas: en pie, tumbados, en veloz carrera, mordiendo el polvo, en posición vertical u horizontal, afrontados, de perfil. Son siempre animales independientes, agrupados pero no interrelacionados. Predominan las figuras de bisontes junto a caballos, renos, osos, mamuts… Entre todas destaca por su naturalismo la «Gran Cierva» de Altamira. Asombran por la perfección artística de su ejecución, especialmente los de esta última cueva, aprovechando el relieve de las paredes para dar volumen

a los cuerpos, tanto que durante un tiempo se las tuvo por una falsificación, hasta que la crítica terminó por reconocerlas, aunque Marcelino Sanz de Sautuola, el padre de su casual descubridora, la niña María, en 1879, no llegó a verlo; aunque luchó por el reconocimiento hasta el final de sus días (1888); pero la envidia de que nuestra patria contara con la mejor pintura prehistórica del mundo, retrasó hasta 1902 el reconocimiento de la Ciencia, faltando esta a sus dos principales deberes: el rigor y la imparcialidad.

En mayo de 2016 aparecieron numerosos grabados en las cuevas de Lumentxa y Atxurra —también leones en la de Armintxe, insólitamente en España, más propios del Pirineo francés—, próxima a la de Santimamiñe, hasta ahora el más importante santuario de Vizcaya.

Decidirse por el sentido mágico de favorecer la caza quizá sea lo más fácil para interpretar el significado de la pintura prehistórica. No obstante, existen también otras posibles interpretaciones. En concreto, en la cueva de Lascaux, aparecen dibujadas unas estrellas sobre la cabeza de un toro que han dado a pensar si podría tratarse de una alusión a la constelación que hoy llamamos Tauro y al conjunto de estrellas de las Híades, un cúmulo abierto a 152 años luz de distancia, que entonces se podía ver como una nube repleta de puntos luminosos, teniendo en cuenta que en aquellas fechas aproximadas el equinoccio de primavera tenía lugar en la constelación de Escorpio y el de otoño en la de Tauro. En cuanto al grupo de estrellas que se halla sobre el lomo del animal, podrían representar a las Pléyades, constelación que señalaba la posición de la Tierra en la citada época del año. Estaríamos así ante registros astronómicos pintados en las paredes de las cuevas, como opina la arqueóloga francesa Chantal Jègues Wolkiewiez, así como el Dr. Michael Rappenglueck de la Universidad de Munich, quien relaciona el tema con el conocido «triángulo de verano», formado por las estrellas Vega, Deneb y Altair. Para llegar a estos detalles los hombres prehistóricos utilizaron rudimentarios instrumentos astronómicos como el hueso de «Abri Blanchard», estudiado por el arqueólogo norteamericano Alexander Marshack; una serie de curvas realizadas a base de puntos, que representan con cierta precisión un calendario lunar hace unos 25 000 años.

Pero el misterio no acabará de desvelarse nunca. Nada escribieron porque aún se hallaban en la Prehistoria, etapa de la Humanidad que se

caracteriza por la ausencia de documentos escritos. Por tanto, no contamos más que con sus imágenes, cuyas mil palabras nosotros, ahora, tenemos que interpretar.

LAS COLOSALES CABEZAS OLMECAS

Olmecas quiere decir «gentes del país del hule» u *olli-mecatl* en la lengua náhuatl que hablaban los aztecas o mexicas, que fueron quienes les dieron ese nombre por la sustancia resinosa que obtenían del árbol conocido por los conquistadores como «Castilla elástica», una especie de látex que utilizaban para fabricar las bolas del juego de pelota, remoto antecedente del baloncesto, que consistía en introducirlas por una anilla sujeta lateralmente en la pared, sirviéndose no de las manos sino de codos, caderas, hombros y cabeza. Se trataba de un ritual a vida o muerte que se practicaba en recintos con forma de doble T; los competidores solían ser prisioneros que, como los gladiadores romanos, tenían que vencer o morir.

También se ha interpretado este rito como la representación de los movimientos de los astros en el firmamento por medio de los saltos de la pelota, creyendo que contribuían de ese modo a la victoria de la luz frente a la oscuridad en la pugna diaria entre el Sol y la Luna.

La civilización olmeca tuvo su área central, inicialmente, hacia los años 1200-400 a. C., en una extensa planicie junto a la costa sur del golfo de México, entre los actuales Estados de Veracruz y Tabasco, desde donde se fue extendiendo por Oaxaca y las costas occidentales de Chiapas y Guatemala, alcanzando el Norte de la península del Yucatán. Sus centros principales fueron Tres Zapotes, La Venta, Las Mesas y San Lorenzo Tenochtitlán.

Aunque se conocen todos estos datos, el origen de los olmecas constituye uno de los mayores enigmas de los pueblos precolombinos. Habiendo sido descubiertos sus impresionantes restos en 1940, enseguida los investigadores comenzaron a especular. En general, se dividieron en dos grupos: aislacionistas y difusionistas. Los primeros opinan que los olmecas son aborígenes del linaje siberiano que entraron en América por el estrecho de Bering en épocas del año en las que el mar permanecía helado, y en

cuanto a las facciones negroides que se aprecian en sus rostros, no dejan de constituir el resultado de una mutación genética de índole natural. Los difusionistas afirman que los olmecas arribaron a sus centros de acción a través del océano, se trataría de navegantes africanos (egipcios, nubios) o asiáticos (China, India, Japón) que pudieron aprovechar como plataforma míticos continentes hoy sumergidos, como por ejemplo, la Atlántida (que se extendía a lo largo del océano del mismo nombre entre América y Europa) o el llamado Mu (Moo), un continente sumergido en el Pacífico que pudo servir de lanzadera hacia América.

No obstante, mayor enigma que su procedencia, si cabe, lo constituyen las diecisiete colosales cabezas sin cuerpo que dejaron para la posteridad. Realizadas en basalto o andesita (rocas volcánicas de extremada dureza), con una altura que oscila entre 1,50 y 3,40 metros, alcanzan un peso entre 6 y 25 t, excepto una que llega hasta las ¡65! Se trata de rostros masculinos con facciones negroides en sus gruesos labios de comisuras caídas, su nariz ancha y sus ojos hinchados (tallados sin iris), mostrando un característico ceño fruncido. Todos estos rasgos, que parecen emparentarlas con pueblos africanos o polinesios, son los que han llevado a especular sobre la posible procedencia de los olmecas de aquellas regiones del Globo, pero volvemos a insistir que nada se sabe a ciencia cierta sobre la cuestión. De visión frontal, todas ellas se presentan tocadas con un casco decorado con distintos adornos, redondeado, adaptado al cráneo, que les cubre la frente hasta los ojos por delante y por los lados hasta las orejas. En origen policromadas, se cree que estarían dispuestas sobre algún pedestal, puesto que nunca tuvieron cuerpo, sino que se esculpieron a modo de retratos, no sabemos si de soberanos o de jugadores de pelota, según se interprete el casco que llevan puesto como un atributo de poder o como un elemento protector para el juego que, como decíamos antes, se practicaba también con la cabeza. En el primer caso, estaríamos ante monumentos conmemorativos o funerarios, según representaran a personajes aún vivos o ya fallecidos; en el segundo, podríamos estar ante jugadores derrotados a quienes se habría decapitado, a tenor de algunos relieves que muestran guerreros con la espada en una mano y una cabeza cortada en la otra. Lo que no ofrece duda es su alusión a

personas distintas, puesto que se trata de representaciones con rostros individualizados, o sea, con las facciones diferentes.

Las extrañas cabezas fueron golpeadas, arrojadas por barrancos y enterradas, quizá dando a entender que los personajes representados habían muerto ya.

Pero el misterio de las cabezas olmecas, en su pétreo mutismo, sigue esperando una explicación.

LAS DIOSAS DE LAS SERPIENTES

Entre los enigmas más característicos de la cultura cretense o minoica, una sociedad refinada, palaciega, urbana y talasocrática —basada en el poderío marítimo—, han llegado hasta nosotros unas estatuillas de pequeño tamaño, realizadas en cerámica vidriada, cuyo significado cierto se desconoce.

Fueron encontradas por el equipo del arqueólogo británico *sir* Arthur John Evans a principios del siglo pasado (1903) en una sala del ala oeste del palacio de Cnossos durante las excavaciones llevadas a cabo en la isla. Actualmente se exponen en el Museo Arqueológico de Heraclion (Creta). Cronológicamente, corresponden al Minoico Medio III, en concreto, a la fase de mayor esplendor de la cultura cretense, conocida como Época de los Segundos Palacios o Palacios Recientes (h. 1700-1580 a. C.), llamada así por haberse llevado a cabo la reconstrucción de los mismos tras la destrucción de los primitivos al término del Minoico Medio I (h. 2100-1900 a. C.).

Se han bautizado como diosas de las Serpientes porque van acompañadas de estos reptiles. La más famosa es una figurilla de 29,5 cm de alto que, con los brazos alzados, sujeta en cada una de sus manos dicho ofidio. Viste de cintura para arriba un corpiño ajustado que deja el busto al descubierto, siguiendo la moda femenina habitual en la isla —según el historiador del Arte Joan Pijoan— y falda hasta los pies de volantes —cuyo mayor número era símbolo de más categoría—, sobre la que se observa un breve delantal. No obstante, como indica el Dr. Juan Eslava Galán, la desnudez de los senos también podía ser una señal de duelo, a tenor del canto XXII de la *Ilíada*: «deshecha en lágrimas [Tetis, la madre de Aquiles,

cuando este iba luchar con Héctor], descubrió su busto y con una mano se sacó un pecho».

El rostro muestra los ojos desorbitados con una expresión amenazante, como si anunciaran algún castigo, a lo que contribuyen sus brazos elevados sosteniendo una serpiente en cada mano. En la cabeza luce un pequeño casco y encima, posado, un felino, cuya simbología se desconoce.

Cuando fue encontrada, esta estatuilla no tenía cabeza y le faltaba el brazo izquierdo, por lo que, en principio, se le dio el nombre de «Adoradora sin cabeza», siendo reconstruida posteriormente por el citado arqueólogo inglés.

Otra de estas figuras, de mayor tamaño, lleva tres serpientes enroscadas en la cintura y en las manos. Por recurrir a lo más fácil, se han venido tomando por representaciones tanto de alguna deidad como de sacerdotisas de la misma, relacionadas con el culto a la diosa Tierra, diosa de la fertilidad.

Lo que sí se puede deducir de su representación es la enorme importancia que tendría la mujer en la sociedad cretense, de lo que también se concluye que estamos ante una civilización matriarcal.

LAS FIGURAS OBSCENAS DE LOS TEMPLOS CRISTIANOS

Una de las mayores contradicciones y enigmas de la plástica cristiana es la omnipresencia de temas no solo monstruosos sino impúdicos adornando los templos sagrados, como fue frecuente, incluso habitual, en el arte Románico (siglos XI y XII). Por ello, con el fin de aclarar lo que no deja de constituir un raro misterio para una religión que predica exactamente lo contrario, es decir, el respeto a la moral y a la honestidad, se han elaborado diversas interpretaciones. Según algunos autores, las representaciones de esta naturaleza, que surgieron de forma sorprendente en los templos románicos y no se observan en ninguna etapa anterior del arte cristiano, tienen su origen en las palabras de san Pablo a los Gálatas: «… Que los que tales cosas hacen no heredarán el reino de Dios» (5, 21), refiriéndose a los pecados de la carne. De ahí que los temas impúdicos aparezcan en los relieves que adornan los tímpanos de las portadas —la entrada a los recintos sagrados, el

limes, la frontera con lo profano—, así como en los canecillos (siempre al exterior del templo), advirtiendo en sentido moralizante que esas acciones, al quedar fuera del recinto sagrado —el templo, la Casa de Dios—, quedan también al margen del acceso al Reino de los Cielos.

Entre los temas más tratados abundan las representaciones de la lujuria: personajes atormentados en el infierno o mujeres mordidas en los pechos y el sexo por serpientes que simbolizan el mal. Por citar algún ejemplo, en la portada de la Catedral de Tudela (Navarra) se observan varias escenas de este tipo: el diablo llevando a dos personajes boca abajo, atados con cuerdas a un palo por los genitales; o portando a cuestas un hombre y una mujer atados, quizá en castigo por adulterio. Lo mismo ocurre en la iglesia de Santa Fe de Conques (Francia), donde la corte infernal se ceba con los condenados, especialmente con los que lo han sido por los pecados de la carne.

En los canecillos el desenfado se despliega desvergonzadamente: mujeres —si llevan toca, representan a las casadas— exhibiendo sus partes íntimas al doblarse hacia atrás o abriendo grosera y provocativamente su vulva con las manos. Hombres itifálicos, personajes copulando, otros disponiendo la cabeza entre las piernas con connotaciones lascivas…

Las iglesias rurales presentan mayor cantidad de alusiones a los castigos infernales y a la muerte que las urbanas, lo que se ha interpretado dentro de un propósito moralizante referido a la mayoritaria sociedad rural, como si se tratara de una advertencia del castigo que espera a los pecadores en el otro mundo.

No obstante, existen también otro tipo de interpretaciones que intentan explicar esta presencia abrumadora de escenas lascivas, entre ellas, alguna peregrina como la de llamar al humor grosero entre los canteros, cansados de imágenes religiosas. O la de estimular la reproducción en una sociedad sacudida por una alta mortandad como consecuencia de guerras y epidemias, teniendo en cuenta que era más permisiva de lo que creemos. Lo que sí resulta evidente es que en los comportamientos sociales permanecía el sustrato de una cultura pagana que no podía dejar de resurgir.

Después del período Románico, las escenas impúdicas, aunque con menor intensidad, también continuaron desplegándose por los templos

cristianos. En un estilo como el Gótico, desarrollado en la época de la galantería y el amor cortés, buscaron asiento (nunca mejor dicho) en las «paciencias» o «misericordias» de las sillerías de coro, donde, al alzar los asientos o astalos, reposaban los canónigos durante las largas horas de permanencia en pie mientras tenían lugar los oficios litúrgicos.

Percibidas como algo que formaba parte del carácter social, no deja de sorprender que la Iglesia, tan coercitiva y celosa incluso del espíritu de la letra sagrada, permitiera esa manera de atentar contra la moral y las buenas costumbres, precisamente en sus propios templos, si no era para advertir a los pecadores con quién se la estaban jugando.

LAS ESCENAS ERÓTICAS (*MITHUNAS*) DE LOS TEMPLOS HINDÚES

No fue el Románico el único arte que recurrió a las escenas de tipo sexual para ilustrar sus monumentos. Muy lejos, en la otra parte del planeta, las *mithunas* hindúes —término sánscrito utilizado en el *tantra* esotérico para denominar la unión sexual con carácter ritual—, en un canto al erotismo y a la pornografía más absoluta, asombraron a los occidentales cuando las descubrieron desplegadas desenfadadamente, sobre todo, en las paredes de los templos de Khajuraho, construidos entre el 900 y el 1150 d. C., fechas, casualmente, casi paralelas a aquellas en las que se desarrolló en Occidente el arte Románico (siglos XI y XII).

Otra coincidencia con este arte cristiano de la Edad Media se halla en la ubicación de las escenas. En ambos casos, estas se reproducen en el exterior de los templos, como si gritaran el mensaje de que el interior del recinto sagrado no puede albergar las pasiones humanas, naturales ni desenfrenadas.

Si allí se puede hablar de desvergüenza desinhibida en una sociedad tremendamente mediatizada por la religión cristiana, que predica la castidad y la abstinencia sexual, en este caso, donde la religión no suponía ninguna traba, se desencadenan todas las variantes imaginables del sexo entre personas (parejas, tríos, sexo en grupo, sexo oral, anal), así como la práctica con animales o zoofilia, es decir, lo que desde un punto de vista moralizante

se consideran perversiones campando sin respeto, al tiempo que constituyen todo un misterio para los historiadores del Arte.

Hubo en Khajuraho un conjunto de 85 templos, edificados durante la dinastía Chandella; de ellos hoy solo se pueden admirar 22, siendo los del lado occidental los más representativos. En ellos destacan los citados motivos erótico-pornográficos, como si se tratara de una ilustración del famoso *Kamasutra.* Abundan, además, en un canto al *horror vacui* o ausencia de superficies vacías de decoración, las estatuas de dioses, guerreros, *apsaras* o ninfas bailarinas celestes y animales mitológicos, en barrocas y sugerentes posturas sinuosas, tal como se observa en los de Lakshmana, Parshvanatha o Duladeo.

Filósofos y estetas han buscado explicaciones a tan abundante iconografía de tipo sexual; una de ellas estaría relacionada con el sexo tántrico, es decir, utilizar el deseo material con un sentido espiritual, en la idea de que el erotismo, a través de la sensualidad, es el camino para la perfección del espíritu: el amor físico es una vía natural para adquirir conocimiento de lo divino.

Así mismo, podríamos estar ante un canto a la fertilidad para transmitir a los jóvenes la práctica de ritos orgiásticos destinados a asegurar la procreación. O en la práctica del sexo con el fin de liberar las energías positivas, cuyo centro se creía que radica en la base de la columna vertebral… O podría tratarse de una loa al dios Shiva y a su sensual esposa, la diosa Parvati…

En otro tipo de hipótesis, estas imágenes, llenas de vida, podrían tener un carácter apotropaico, es decir, protector del recinto sagrado frente a las desgracias supersticiosas.

Igualmente, relieves y estatuas pudieron tener un carácter iniciático, por lo que, quizá, su significado no esté al alcance de cualquiera y solo los iniciados en los ritos sabrían captarlo.

Desde luego, un despliegue sensual de esta naturaleza, exhibiendo todo tipo de prácticas sexuales —entre las que se halla ausente la homosexualidad—, no puede dejar de constituir uno de los asuntos más enigmáticos en el campo del arte y el pensamiento.

LA TEMPESTAD, DE IL GIORGONE

Pocos cuadros encierran un significado tan enigmático como este, obra de un joven pintor que falleció víctima de la peste que asolaba el sur de Europa, concretamente Venecia, aquel verano de 1510, apenas sin conocer la vida ni desarrollar una gran carrera artística que tenía por delante, a juzgar por las pocas —solamente cinco atribuibles con seguridad— pero excepcionales obras que salieron de su pincel.

Giorgio Barbarelli (llamado *Il Giorgone*) fue un pintor italiano del Renacimiento, que nació en Castelfranco hacia 1477. Su formación tuvo lugar en el taller de Giovanni Bellini, en el que coincidió unos años con el futuro gran Tiziano, aprendiendo el uso de la luz y el color, así como el tratamiento del paisaje, características propias de la pintura veneciana del Cinquecento, que influirán posteriormente en grandes artistas del Barroco como Rubens o Velázquez.

La tempestad, pintada al óleo sobre un lienzo de 82 × 73 cm por encargo del noble Gabriel Vendramin, hacia 1505, cinco años por tanto antes de la muerte de su autor, se halla en la Galería de la Academia de Venecia. Para el célebre historiador Ernst H. Grombrich, es «una de las obras de Arte más maravillosas. Por primera vez el paisaje ante el que se mueven los protagonistas no constituye un fondo, sino que puede ser solo un estado de ánimo; está allí, como verdadero asunto del cuadro».

Estas apreciaciones son importantes porque dan fe del cambio revolucionario que comienza a protagonizar el paisaje en la pintura a partir de los últimos tiempos del Renacimiento, novedad propiciada por la Escuela veneciana, de la cual formó parte nuestro artista. Hasta la fecha, el paisaje no constituía más que un marco de la escena, no aportaba ningún significado, al menos psicológico ni expresivo a la acción, y ni siquiera era una copia del natural, sino algo idealizado que, para mayor asombro, no se realizaba *in situ*, sino de memoria dentro del taller del pintor; es decir, no se trataba de una copia del natural. No obstante, para que termine produciéndose esto tendremos que esperar al siglo XIX, con la escuela realista que surge tras el *post* romanticismo, siendo con el estilo impresionista cuando se propagará la pintura a *plein air* («al aire libre»).

Sin embargo, este cuadro de Giorgone tuvo la virtud en su momento de incluir el paisaje como un protagonista más, si no el principal de la obra, aportando vida a la escena, influyendo en el estado de ánimo del espectador y acompañando al de los personajes: más que unas figuras en un paisaje es un paisaje con figuras, típicamente prerromántico.

El primer misterio lo constituye la propia escena, que no sabemos qué puede significar. Se trata de una mujer semidesnuda amamantando a un niño en la orilla de un río mientras un hombre vestido, que sostiene una lanza apoyada en su hombro, la está mirando, en medio de un entorno natural idílico con ruinas de estilo clasicista, características del Renacimiento. En el cielo se dibuja un relámpago, de ahí su título, «La tempestad», aunque quizá podría haber sido más correcto «La tormenta».

Las interpretaciones han sido numerosas. En principio, los personajes son ya de lo más enigmático. La mujer que está dando el pecho al bebé, sentada en el suelo sobre una sábana, mira con cierta natural vergüenza hacia el espectador; un paño blanco le tapa la parte posterior de la cabeza, descendiendo sobre los hombros y cubriéndolos también; el resto de su cuerpo está al aire. ¿Sugiere que acaba de bañarse en el río? Por el color de la breve tela, podríamos decir que simboliza la pureza, de ahí que, entre sus varias interpretaciones, una haya sido la Virgen María amamantando al Niño en un alto en el camino durante la Huida a Egipto, para lo cual, además de que no está en escena el típico borriquillo, la figura masculina tendría que representar a san José, resultando entonces esta particular visión del santo varón más extraña aún que la que vemos aquí de la que, a esa cuenta, sería la Madre de Dios, sobre todo, si la comparamos con las típicas y delicadas *Madonnas* renacentistas.

Otra interpretación radicalmente distinta, pero bien fundada en una antigua descripción de la obra, que la cita como «Paisaje con la tempestad, la zíngara y el soldado», sostiene que no se trata de un cuadro religioso sino profano y sus protagonistas son los dos personajes que dieron ese título al cuadro. El vientre prominente de la mujer y la leche de sus pechos simbolizan la maternidad o la fertilidad y la abundancia, o bien, la caridad.

En este sentido, podríamos estar ante un cuadro mitológico, de acuerdo al título con el que figuraba en el inventario de los Vendramin: «Mercurio e

Isis». O ante una representación del mito de Deméter y el príncipe Yasión, sosteniendo la diosa en brazos al hijo de ambos, Pluto, la divinidad de la riqueza. El rayo recordaría a Zeus, mientras al fondo, la grulla posada sobre el tejado sería un símbolo de la diosa de la Agricultura. Igualmente, podríamos estar ante el mito de Paris y Enone, recordando al primero que, cuando fue pastor en el monte Ida, se enamoró tanto de la citada ninfa que grababa su nombre en las cortezas de los árboles.

Sin embargo, una serpiente que cerca de los pies de la mujer intenta meterse en un hoyo del terreno ha hecho pensar que la enigmática fémina puede tratarse de Eva dando de mamar a Caín, el primer hijo que tuvo. El varón de pie sería entonces Adán, ataviado a la moda veneciana, mientras la ciudad del fondo evocaría el Paraíso perdido y el rayo en el cielo representaría a Dios expulsándolos del Edén. Las columnas rotas se referirían a la mortalidad del género humano en condena por haber cometido el Pecado Original.

En cuanto al personaje masculino, pintado en clásico *contrapposto* —posición armónica de las diversas partes del cuerpo—, se ha interpretado también como un centinela que guarda a la madre y al niño, a juzgar por la lanza o asta que porta consigo, simbolizando, pues, la firmeza; aunque como tal objeto lo apoya en su cuerpo, pudiera tratarse igualmente de un cayado de pastor, a pesar de que no se observan rebaños, o de un báculo de peregrino de alguien que camina con su familia.

No obstante, abundando en lo enigmático de la obra, análisis realizados con rayos X revelan que bajo la figura del hombre hay una mujer desnuda. Eso sugiere que la primera intención del Giorgone no fue pintar la escena que vemos, sino otra relacionada con el baño, así que la interpretación del desnudo femenino como el de una mujer después de salir del agua parece imponerse.

En cuanto a los demás elementos que acompañan a los personajes del primer plano, una enésima representación sugiere que los restos de la columna que se eleva sobre un pedestal entre ambos podrían representar la fortaleza, aludiendo a Sansón cuando derribó el templo de los filisteos, si bien el hecho de estar rota, como la que sepultó al Juez de Israel, simbolizaría la muerte.

En la misteriosa ciudad abandonada que se dibuja al fondo de la escena —tal vez la mítica Arcadia, recuperada del mundo griego en época renacentista— solo habita, difusa, la citada grulla, que también puede tratarse de una cigüeña blanca, posada sobre un tejado, símbolo cristiano en este caso de la pureza —no cambian de pareja en toda su vida— y la vigilancia, puesto que protegen a sus polluelos quedándose siempre uno de los padres con ellos en el nido.

En cuanto al cielo tormentoso y al centelleante relámpago, entre nubes convectivas de desarrollo vertical, no hacen más que aumentar la sensación de misterio ante unas personas a las que parece avecinárseles las inclemencias, pero hacen caso omiso de ellas.

El cuadro en conjunto podría entenderse, desde el punto de vista literario, como una alegoría de la vida pastoril y bucólica, o una imagen de la vida nómada al albur de los vaivenes de la diosa Fortuna, cuya alegoría, en tal caso, podría ser la tormenta, que en su vorágine reparte, caprichosamente, lo bueno y lo malo. El hombre de pie al lado de las columnas rotas, armado con su lanza, representaría ciertamente la fortaleza.

Parecidos enigmas encierran otras obras de temática similar, como el *Concierto Campestre*, de Tiziano, que en principio llegó a atribuirse al propio Giorgone e, inspirado en él, *Desayuno en la hierba*, de Manet, en los cuales también aparecen mujeres desnudas junto a personajes vestidos en medio de la Naturaleza. Se cree que en el primero de los dos cuadros citados, las féminas representan la fidelidad amorosa de los pastores ante la infidelidad aristocrática, o bien, estaríamos ante una alegoría de la poesía y la música mediante personajes irreales al gusto renacentista. El pintor impresionista, por su parte, debió pretender reivindicar el clasicismo en la pintura de fines del siglo XIX al incluir un cuerpo desnudo de mujer junto a dos caballeros rigurosamente vestidos de negro.

De todos modos, el tema no tiene por qué contar con un significado literal concreto. Como obra de arte, está concebida para comunicar sentimientos y emociones, por lo que la explicación a lo que vemos, junto a las indicaciones de los especialistas, se halla en el interior de cada uno de nosotros.

¿QUÉ ESTABA PINTANDO VELÁZQUEZ EN *LAS MENINAS*?

Diego Rodríguez de Silva Velázquez ha sido uno de los mayores, si no el mayor, genio de la pintura universal. Nacido en Sevilla, en 1599, comenzó en esa ciudad su aprendizaje en el taller de Francisco Pacheco, desarrollando una pintura realista de corte caravaggiesco, acorde con los gustos del momento: *El aguador, Vieja friendo huevos, La Adoración de los Magos* y otras son sus principales obras de esta fase inicial, en la que ya comienzan a manifestarse las dotes del joven genio sevillano.

En 1623 se traslada a Madrid, donde por recomendación de su maestro y también suegro —se había casado con su hija Juana— logra introducirse en la Corte y retratar a Felipe IV, a quien causa tan buena impresión que le nombra «pintor de cámara». Se inicia así su segunda etapa pictórica, en la cual destaca el cuadro conocido como *Triunfo de Baco* o *Los borrachos*, en el que sin olvidar su faceta naturalista y los matices de iluminación contrastada, se aprecian ya los síntomas del gran Velázquez: su particular dominio y ambientación de la escena y el tratamiento individual de los personajes, todos ellos, de gran realismo.

En 1629 inicia su primer viaje a Italia por mandato del monarca —quien le encarga la adquisición de diversas obras de arte— y también siguiendo el consejo del pintor flamenco Rubens, que estaba de visita en Madrid y había quedado impresionado de las grandes dotes del joven sevillano. Traba así contacto con la obra de los grandes pintores del Renacimiento, especialmente, los venecianos, de quienes capta el dominio de paisaje y la ambientación lumínica. Su obra principal de esta fase italiana es *La fragua de Vulcano*, en la que se nota la influencia clásica en el tratamiento del desnudo en la figura del dios del Fuego.

Regresa a Madrid en 1631 y continúa su obra, en la que destacan los conocidos retratos en pie, en traje de caza y ecuestres de Felipe IV, el príncipe Baltasar Carlos y el conde duque de Olivares, así como los cuadros de bufones: *El Primo, El niño de Vallecas, Calabacillas,* erróneamente *El bobo de Coria.* Y *La rendición de Breda* o *Las lanzas*, que conmemora la entrega de esta plaza holandesa a los tercios de Ambrosio de Spínola, apreciándose la magistral captación del espacio y la profundidad a través de la perspectiva aérea y los grises y celajes característicos del pintor.

Después de un segundo viaje a Italia, en 1649, en el que pinta los *Jardines de la Villa Médicis*, una anticipación en más de dos siglos al Impresionismo, regresa a España al cabo de dos años para iniciar su última fase artística, en la que, además de *La Venus del Espejo* —el único desnudo de la casta pintura española del Barroco—, deja dos obras magistrales para la Historia del Arte: *Las Hilanderas* y *Las Meninas*, en las que demuestra sus dotes para captar el ambiente, la atmósfera, a través de la perspectiva aérea. La primera plasma un tema mitológico inspirado en «Las metamorfosis» de Ovidio, que recoge la competición en el arte del tejido e hilado entre la orgullosa Aracné y la diosa Atenea, que terminará con el vencimiento y castigo de la mortal, convertida en araña. En una puesta en escena propia de las comedias del Siglo de Oro, Velázquez emplea recursos ópticos para ambientar la escena: no pinta los radios de la rueca a fin de dar la impresión de que esta se mueve a gran velocidad; dibuja dos dedos meñiques en la mano de la hilandera para indicar que lo está moviendo —recurso que utilizarían los pintores futuristas de principios del siglo XX y el cómic moderno—; desenfoca las figuras en las que no se centra el ojo del espectador (tal como sucede con la vista humana) y, para que baile la imaginación, parece mezclar en el tapiz del fondo los personajes reales con los que están representados en la escena.

Pero el cuadro cumbre de la pintura universal es *Las Meninas* —que figuró siempre en los inventarios de palacio como *La familia de Felipe IV* hasta que Pedro de Madrazo le dio, en 1843, su nombre universal—, la «Teología de la pintura» como le llamó Lucas Jordán. El término *menina* es de origen portugués y se daba en la Corte a las doncellas de honor, como las dos damitas que acompañan a la infanta Margarita. La obra consiste también en una gran puesta en escena que recoge un momento cotidiano de la vida palaciega. La magia está en la ambientación espacial a través de la perspectiva aérea y en la puerta que se abre al fondo, donde un personaje (don José Nieto Velázquez, tal vez pariente del pintor) ha detenido el tiempo en el umbral, donde la luz que reverbera parece introducirnos en otra dimensión.

Pero, el gran enigma y misterio es ¿qué estaba pintando Velázquez en el lienzo cuyo armazón vemos parcialmente en primer plano a la izquierda del

cuadro? Hay varias respuestas, ninguna definitiva porque el maestro supo jugar con varias barajas. En principio, parece que se hallaría retratando a la pareja real reflejada en el espejo del fondo, o sea, estaríamos asistiendo a una sesión de posado para un retrato de Corte. Pero la ligera sorpresa que parecen mostrar algunos miembros de la escena, en particular la *menina* que inicia una breve reverencia, o don José Nieto, que vuelve la cabeza desde la puerta, o la infantita, que mira con cariño hacia sus padres, sugieren una llegada repentina de estos al taller donde Velázquez pintaba acompañado de quienes estaban pasando el rato en el aburrido palacio, perro del primer plano y bufones incluidos, uno de ellos tan travieso que no puede menos de «acariciar» al adormilado animal.

Entonces, ¿qué pintaba Velázquez en el lienzo? Probablemente, lo mismo que estamos contemplando: una escena cotidiana de un día cualquiera en el mismo lugar de siempre donde tenía su taller, sirviéndose de un espejo dispuesto enfrente para que le devolviera la imagen de lo que allí estaba sucediendo. La prueba física evidente —que nadie menciona— es la mancha facial que se observa junto a la sien derecha de la infantita; si nos fijamos en su retrato de 1660, que Velázquez dejó inacabado porque le llegó la última hora y tuvo que concluir su discípulo Juan Bautista Martínez del Mazo, esa mancha sobre la piel se observa en la sien contraria, la izquierda, lo que demuestra que cuando pintaba *Las Meninas* Velázquez estaba viendo la escena en un espejo que tenía enfrente, el cual siempre devuelve las imágenes invertidas ¿Y los reyes reflejados al fondo, en el espejo de la pared? Un truco para jugar con los recursos ópticos, muy de moda en su tiempo.

O, tal vez, Velázquez no pintaba nada; la escena nunca ocurrió tal como la vemos; solo quiso dejárnosla así para que discurriéramos por los siglos de los siglos.

No hay ningún cuadro como este que, tratándose de pintura realista, pueda sugerir tanta imaginación.

LA SONRISA DE *LA GIOCONDA*

Cuando hablamos de asuntos que han hecho verter ríos de tinta, no podemos menos que acordarnos de este inmortal cuadro de Leonardo da Vinci, su obra emblemática, pintada hacia 1505: el retrato de *La Gioconda* o *Mona Lisa* («Mi señora Lisa», *mona* es la abreviatura en italiano de *madonna*), una pintura al óleo sobre tabla de pequeñas dimensiones (77 × 53 cm), actualmente en el parisino Museo del Louvre, dotada de grandes medidas de seguridad, cristal antibalas incluido.

Han sido varios los aspectos que han mantenido esta obra en el candelero; el primero de ellos, la identidad de la modelo, que desató una cascada de especulaciones. Una breve nota manuscrita de Agostino Vespucci en el margen de un libro, descubierta en 2005 por Veit Probst, director de la biblioteca de la Universidad alemana de Heidelberg, cuyo contenido era: «Leonardo se encuentra trabajando en tres obras pictóricas, incluyendo el retrato de Lisa Gherardini», ha proporcionado la información de que la mujer retratada en el cuadro más mediático de todos los tiempos era Lisa di Antonio Maria Gherardini, hija de un fabricante de tejidos florentino, Antonio Gherardini, y esposa del próspero comerciante Francesco del Giocondo, de ahí el apelativo de *La Gioconda*, con el que ha pasado a la Historia.

El cuadro fue pintado para conmemorar la segunda maternidad de la protagonista. Después de haber perdido a su primera esposa e hijo durante el parto, para aquel burgués de Florencia constituía una alegría extraordinaria asegurarse un heredero, máxime porque al tratarse del segundo vástago que Lisa le traía al mundo, cuyo alumbramiento había tenido un resultado feliz, el negociante veía ya asegurada la continuidad de su linaje. Por eso, encargó para su esposa el mejor regalo que existía en su tiempo para una mujer: un retrato realizado por el pintor más famoso.

Se trata de un retrato de medio cuerpo, ligeramente ladeado, cercano al borde del cuadro; la escasa distancia con el espectador aumenta la expresividad de la obra. Representa el modelo de mujer recatada, similar a las *Madonnas* (la Virgen María), levemente sonriente, porque se consideraba en la pintura de fines del siglo XV y principios del XVI que la belleza de una sonrisa es un atractivo físico que adorna la moral.

He ahí la explicación del principal detalle por el que esta obra de Leonardo ha despertado la admiración. Da Vinci puede que solamente buscase plasmar las características del protocolo, pero empleando magistralmente, como solo él sabía hacerlo, la técnica del *sfumato* —ligero difumino de los contornos—, aplicada a las comisuras de los labios, el realismo y la expresividad logrados dieron vida al personaje en una inmortalidad que solo proporciona el Arte.

Giorgio Vasari dijo al respecto: «La boca, unida a los tonos carnosos del rostro por el rojo de los labios, parecía carne viva antes que pintura… Fijando la mirada en la garganta podría jurarse que le latía el pulso…».

Freud, fiel a su espíritu, opinaba que «la sonrisa de La Gioconda despertó en el artista el recuerdo de la madre de sus primeros años infantiles».

La ausencia de cejas, que también ha levantado especulaciones, probablemente se debe a que fueron pintadas por el genio en un toque final sobre la pintura del rostro, ya seca, y quizá en la primera limpieza efectuada sobre el cuadro en el siglo XVII, un disolvente inapropiado que usó el restaurador las borró.

Las manos cruzadas sobre el regazo representan la decencia y el «saber estar» en la mujer. En sus dedos retocados pueden apreciarse algunos «pentimentos» o repintados posteriores que realizaban los artistas para corregir las posturas de algunos miembros, como hizo también Velázquez con las patas de los caballos.

A pesar de los colores un tanto oscuros, quizá para aportar mayor solemnidad a la retratada, la fuerza expresiva se encuentra en los detalles: un leve velo cubre los cabellos sueltos, señal también de recato en la mujer casada; el oscuro vestido se adorna bajo el escote con bordados y plisados compuestos de lazos y nudos, tema este al que Leonardo mostraba gran afición; el rostro —que responde a la áurea proporción, utilizada por el artista en varias de sus obras, como *La Última Cena*— se encuentra clareado por una luz del borde superior izquierdo, que le destaca sobre el paisaje del fondo e influye en la sugestión del personaje, siguiendo las propias indicaciones del maestro en sus tratados de pintura: «La garganta y toda superficie vertical sobre la que se abra un objeto, será más oscura que

la cara vertical de dicho objeto». Es lo que se aprecia en la iluminación de la frente, nariz y barbilla de *la Mona Lisa*, así como en la distribución de los sombreados.

En el paisaje del fondo, que invita a la profundidad de la escena, se observa a la derecha del rostro, desdibujado en la lejanía, un acueducto sugiriendo algún atisbo de vida humana; se ven asimismo rocas y minerales que Leonardo, hombre de ciencia en el más completo sentido de la palabra, incluye para manifestar su afición al estudio de la Geología, tal como hizo en otra de sus obras célebres: *La Virgen de las Rocas* (1485).

Atisbos de columnas a ambos lados de la escena indican que el retrato pudo estar enmarcado entre las mismas para dar mayor solemnidad al caro personaje. Sin embargo, al haber sido cortada la tabla por los lados en algún momento, se perdió dicho enmarque arquitectónico.

El esquema compositivo del cuadro de *Mona Lisa*, medio cuerpo ligeramente ladeado, a lo que contribuye el brazo de la silla donde apoya su antebrazo izquierdo, junto a la pose distendida que adopta la mujer, se convirtió en el modelo ideal para el retrato moderno. El joven Rafael, que acudía en bastantes ocasiones al taller de Leonardo, lo adoptó en varias de sus obras, como *La dama del unicornio* o los retratos de *Magdalena Doni* y de *Baltasar Castiglione.*

De otra parte, los buscadores de misterios sea como sea, han especulado con que el modelo podía haber sido el propio Leonardo, cuyo célebre autorretrato a sanguina, superpuesto informáticamente al de *La Gioconda*, ofrece una fusión perfecta.

Así mismo, también se ha dicho que podría tratarse de una mujer que hacía de modelo tanto para esta como para otras obras, en las que se repite —si bien con distinta maestría— un rostro parecido: véase, por ejemplo, la *Virgen de las Rocas*, o la cara de *Santa Catalina* del Museo del Prado, pintada por sus discípulos españoles de Escuela Levantina, Hernando Yáñez de la Almedina y Hernando Llanos («Los Hernandos»). De ser eso cierto, aunque en ninguno se observa tanto esmero como en el encargo para la esposa del acaudalado negociante florentino, donde la mano del maestro pintó con un arte sublime, no estaríamos ante ese rostro, sino el de una modelo que posó para este cuadro, en el que el artista se empleó a fondo por

lo caro del encargo. Tal vez, Leonardo adaptó el rostro de Lisa al prototipo de mujer que utilizaba, dándole su toque maestro.

Entre las distintas versiones de este célebre cuadro, realizadas por los discípulos del genio, se halla la del Museo del Prado, restaurada entre 2011 y 2012, catalogada como obra anónima del taller de Leonardo.

La Mona Lisa no solo ha hecho verter torrentes de tinta. También ha dado juego a los representantes de lo absurdo, como a Marcel Duchamp en su ridículo lienzo en el que pinta a *La Gioconda* con bigotes, claro está que esta obra se encuadra dentro del movimiento que representaba su autor: el Dadaísmo, calificado por sus propios miembros como «la idiotez pura».

EL CADÁVER ACÉFALO DE GOYA

Francisco de Goya y Lucientes nació en Fuendetodos, Zaragoza, en 1746 y murió en Burdeos, Francia, en 1828.

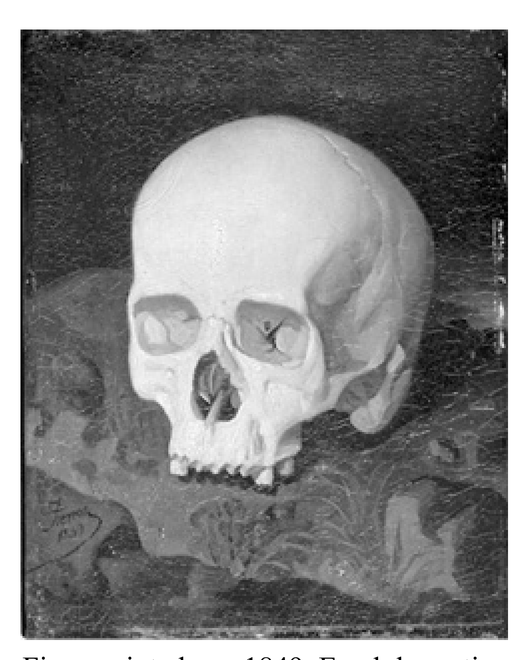
Después de una etapa de aprendizaje en el taller del pintor José Luzán, según manifestaciones del propio artista, y de unos comienzos poco brillantes en los que no logra ningún cuadro de mérito, le encargan en Zaragoza, ente 1771 y 1773, la decoración al fresco de la bóveda del coreto de la Basílica del Pilar y el gran ciclo mural de la *Vida de la Virgen* para la Cartuja del *Aula Dei*, obras en las que si aún no se observa la mano de un genio, al menos, permiten intuirlo.

En 1775 se casa con Josefa Bayeu, hermana del famoso pintor Francisco Bayeu, lo que le abre las puertas de la Corte. Allí recibe el encargo de pintar cartones para tapices de la Real Fábrica de Santa Bárbara. Es su época de «muñequismo» en las figuras, con predominio de los temas costumbristas y alegres a base de colores claros, tal como puede apreciarse en *La Vendimia* o en *La Pradera de San Isidro, El pelele*, los cuadros de majos y majas, etc.

En el invierno de 1792-93 sufre una grave enfermedad, cuya consecuencia fatal será la sordera para toda la vida, lo cual le ocasiona un profundo cambio de personalidad, ya que opta por encerrarse en sí mismo al faltarle el contacto con el mundo exterior que proporcionaba el oído. Trabajos de esta época son *Los caprichos*, grabados de crítica social con

una temática fantasiosa que ha dado lugar a que se hable de presurrealismo, anticipándose más de un siglo a este movimiento artístico dedicado al mundo del subconsciente y la fantasía onírica.

En 1799 es nombrado «Primer Pintor de Cámara», llegando, pues, a la cúspide de su carrera. Es cuando realiza los famosos retratos de Corte: *Familia de Carlos IV, Godoy, La condesa de Chinchón, La maja vestida* y *La maja desnuda*, estos últimos identificados con la duquesa de Alba.



Vanitas de Dionisio Fierro, pintado en 1849. En el dorso tiene una inscripción en la que se puede leer «Cráneo de Goya pintado por Fierros».

Entre 1808 y 1814, coincidiendo con la guerra de la Independencia contra los franceses, realiza los ochenta aguafuertes de la serie *Los desastres de la guerra,* que critican amargamente la contienda. Su cuadro más tristemente célebre de esos años es *Los fusilamientos de La Moncloa*, que recoge esta dramática escena del 3 de mayo de 1808, inmortalizando el instante en el que los invasores pasan por las armas a los patriotas madrileños sublevados la jornada anterior, a quienes también recoge en *La carga de los mamelucos en la Puerta del Sol.*

Finalizada la contienda, realiza en 1815 los grabados sobre la *Tauromaquia*, con toda su carga trágica, la misma de *Saturno devorando a sus hijos* y de *El Coloso* o *El pánico*. De 1819 son las pinturas negras de la «Quinta del Sordo» —su casa, al otro lado del Manzanares, así bautizada

por el populacho sarcásticamente—, que reciben este nombre por el predominio de colores oscuros: negros, ocres, terrosos: *Viejas comiendo sopas, Hombres riñendo a garrotazos, Aquelarres*. Se trata de temas visionarios, fantásticos —aunque para plasmar los personajes no deja de inspirarse en rostros deformes a consecuencia de enfermedades de la época —, de brujería y alucinación, que entran ya en lo surrealista: «El sueño de la Razón produce monstruos», escribió al pie de un aguafuerte en el que a un hombre dormido le sobrevuelan las criaturas fantásticas.

Se exilia voluntariamente en Francia cuando no puede soportar la instauración del absolutismo por parte de Fernando VII. Su último cuadro, de aire impresionista, fue *La lechera de Burdeos*, aunque últimamente su autoría se ha puesto en entredicho.

Al cuerpo de Goya le faltaba la cabeza cuando exhumaron el cadáver para trasladarlo a su patria, a España, a la ermita de San Antonio de la Florida, en Madrid.

¿Por qué? Todo son especulaciones: ¿quizá un aquelarre practicado por aquellos brujos que tanto representó en su época negra, cumpliendo así una especie de venganza fría contra el pintor que los había satirizado? O, tal vez, ¿a causa de la realización de estudios frenológicos, muy en boga en la época, para adivinar la personalidad de un individuo a partir del cráneo…? No se sabe.

***LA PESADILLA*, DE FÜSSLI**

Johann Heinrich Füssli fue un pintor y escritor suizo que nació en Zurich, en 1741, y murió en Londres, en 1825. Sus textos políticos le obligaron a marchar primero a Berlín y luego a Londres, donde llegó en 1763. En Inglaterra fue llamado Fuseli y gozó de una gran aceptación, siendo en este país donde llevó a cabo su gran obra. Frecuentó el taller de Reynolds y marchó después a Roma, donde tuvo ocasión de admirar la pintura de Miguel Ángel, que le dejó ensimismado.

En 1779 se instala definitivamente en Londres y expone en la Royal Academy, siendo elegido miembro de la misma en 1788, con lo que su aceptación oficial por parte inglesa fue ya un hecho total.

Füssli era un hombre extraño y obsesivo, a medio camino muchas veces de la locura. Le interesaban todos los temas más o menos ocultos, el mundo demoníaco, satánico, la depravación, el vicio, los ambientes oscuros y bajos de la sociedad, donde estudiaba hasta el límite las reacciones humanas, especialmente las del sexo femenino.

Fue un gran ilustrador y dibujante al mismo tiempo que magistral pintor. Buscaba la inspiración en temas literarios de Shakespeare, de los Nibelungos, de Homero, también de la Biblia. A todo ello le imprimió su sello particular, su ambiente fantasmal, de pesadilla, que le caracteriza.

Es realmente de extrañar que, con esta temática, fuera admirado y respetado por la crítica inglesa de la época. Sin embargo, su fama llegó a tal punto que se le dio sepultura en la Catedral de San Pablo de Londres, junto a *sir* Joshua Reynolds, pintor orgullo nacional. Lo cierto es que sus temas obsesivos y de misterio hicieron presa del gusto inglés, a la manera del ilustrador y dibujante William Blake, contemporáneo y amigo de Füssli.

Sus temas, y su obra en conjunto, no pueden menos que ser consideradas como un clarísimo precedente del surrealismo, con toda su carga onírica y su mundo psicoanalítico, que permiten visualizar las fantasías y sueños del subconsciente para plasmarlos en la obra de arte.

Entre sus cuadros, nadan en el misterio las numerosas versiones que realizó del tema *La pesadilla*, en la que se representa a una mujer dormida, retorcida en el lecho, vigilada por réprobos en forma de caballos malvados que aparecen entre cortinas, mientras faunos y simios se posan encima de su pecho, despertando el enigma sobre lo que estaría pasando por la mente de aquella persona mientras dormía.

Füssli fue uno de los grandes pintores fantásticos, a la manera de Goya, que recogiendo una tradición tan vieja como la Humanidad misma, fraguan el entorno misterioso y subconsciente en el que nacerá el movimiento surrealista del siglo siguiente.



The Lost Battalion in the Suvla Bay Operations: Officers of the 1/5 (Territorial) Norfolk Regiment, sixteen of whom, with Colonel Sir Horace G. Beauchamp, charged with their men and were lost in the forest. (From a photograph by Bassano)

Back Row (left to right): Lieut. T. Oliphant, Lieut. V. M. Cubitt, Lieut. G. W. Birkbeck, Second Lieut. Granville Beauchamp, Second Lieut. A. G. Culme-Seymour, Capt. A. H. Mason, Lieut. Alec Beck, Lieut. E. Gay, Capt. A. C. M. Coxon, Capt. E. R. Woodwark, Second Lieut. M. F. Oliphant. *Middle Row*: Lieut. Evelyn Beck, Capt. E. R. Cubitt, Capt. A. D. Pattrick, Major W. J. Barton, Col. Sir Horace G. P. Beauchamp, Bart., C.B., Capt. and Adjt. A. E. M. Ward (the Norfolk Regiment). *Front Row*: Capt. A. Knight, M.V.O., Second Lieut. W. G. S. Fawkes, Second Lieut. W. James, Second Lieut. S. C. Larn, Second Lieut. M. B. Buxton, Second. Lieut. A. R. Pelly.

Oficiales del quinto Regimiento Real de Norfolk.

SUCESOS BÉLICOS ENIGMÁTICOS

EL BATALLÓN NORFOLK DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Península de Gallípoli, Turquía, 21 de agosto de 1915. El 5º Regimiento Real de Norfolk del Ejército Británico, formado por 267 hombres, se dirige a socorrer al Cuerpo de Ejército del Comando Unido de Australia y Nueva Zelanda (CUANZ; en inglés, ANZACS: Australians and New Zealand Army Corps) durante el asalto a la cota 60 del monte Sari Bair, al sur de la bahía de Suvla, en los Dardanelos, en el transcurso de la Primera Guerra Mundial. Una extraña nube compacta —de unos 200 metros de largo y 60 de ancho— en forma de huso o cigarro puro desciende suavemente y cubre a los hombres mientras se hallan en el cauce seco de un río; al poco, se eleva y se reúne con otras pequeñas nubecillas de forma esférica que parecían estar esperándola; a continuación, comienzan a alejarse por el cielo en sentido contrario al viento hasta que se pierden por completo. Ya no se ve a ningún soldado en su anterior emplazamiento. Una de las desapariciones masivas más enigmáticas de la Historia acaba de producirse.

Así lo relataron, cincuenta años más tarde, en 1965, en un artículo publicado en la revista *Spaceview*, los zapadores F. Reichard y R. Newman y el soldado J.L. Newman, tres antiguos camaradas neozelandeses, testigos del suceso junto con otros diecinueve militares que habían pertenecido a la 3ª Sección de la 1ª Compañía de Ingenieros; intentanban hacer una llamada a todos aquellos que también hubieran presenciado los hechos y, estando aún con vida, pudieran aportar alguna información sobre el extraño suceso, cuyo misterio fue en aumento cuando, con la guerra ya finalizada, los turcos afirmaron no saber nada de aquellos hombres, por lo que fueron dados por desaparecidos en combate.

No obstante, al volver a examinar lo ocurrido, se observaron algunos errores en la citada declaración, quizá fallos de memoria fruto del tiempo, aparte de la extrañeza por la dilatada tardanza en hablar de lo ocurrido —nada menos que medio siglo—. En primer lugar, el destacamento de soldados no se trataba de un regimiento sino de un batallón y tampoco era el 4º sino el 5º, amén que los hechos tuvieron lugar el 12 de agosto y no el 21, y, además, en una posición geográfica separada alrededor de 5 kilómetros del lugar referido, todo ello de acuerdo a los archivos militares británicos.

Así mismo, existe constancia cierta de una espesa bruma sobre la bahía de Suvla el 21 de agosto de aquel año, lo cual no dejaba de ser un fenómeno meteorológico bastante frecuente en esa región, precisamente durante el ataque a la cota 60 por los hombres del CUANZ. Esto resultó favorable para el enemigo porque quedó a cubierto entre la espesa cortina de niebla, que les permitía disparar a placer desde sus trincheras.

Hasta aquí, todo parece una mezcla de circunstancias pasadas, atribuible a posibles deficiencias de memoria en el relato tras los años transcurridos, como antes decíamos. Así mismo, hay que hacer constar que tras la firma de la paz, en 1919, se hallaron 122 cadáveres correspondientes al 5º de Norfolk, por lo que el resto de sus 145 compañeros, que constan como desaparecidos, bien podrían hallarse entre los más de 7000 cuerpos de soldados británicos, australianos y neozelandeses que quedaron sin sepultar por estos pagos, descompuestos aceleradamente por el calor insufrible del tórrido verano, que les terminaría convirtiendo en abono de los campos.

Sea como fuere, el batallón Norfolk entró en la leyenda. Pero, como la realidad siempre se impone, o casi siempre, no ha tardado en descubrirse dónde estaba el *quid* de la cuestión. Simplemente, se trató de un asunto de estúpido orgullo nacional tras la desastrosa actuación del ejército aliado: no es que no consiguieran tomar Constantinopla, como estaba previsto, sino que apenas pudieron avanzar escasos kilómetros desde las cabezas de puente establecidas en la playa tras el desembarco masivo de unos 400 000 hombres británicos, australianos, neozelandeses y de otros países miembros de la Commonwealth; de ellos, aproximadamente la mitad perecieron en los combates. Por tanto, parece ser que toda la nube misteriosa no fue más que

un bulo para «disimular» en lo posible el fracaso militar ante las quejas de los valerosos ANZACS, que clamaban por la incompetencia de los británicos, quienes se hallaban al frente de las operaciones.

No sería de extrañar que, tanto la incompetencia citada como la temeridad de los mandos, la cual fue común a todos los contendientes durante la que se llamó Gran Guerra porque nunca había habido hasta la fecha otra tan mortífera —y porque no se conocía aún la siguiente, que ha sido la «madre de todas las guerras»—, y además el desprecio hacia la vida incluso de sus compatriotas, condujera a una muerte cierta, al suicidio, a oleadas de atacantes que se estrellaban contra las ráfagas de las ametralladoras y los gases de las armas químicas.

En este caso, se puso una nube para esconder, tras la bruma, la abrumadora matanza.

DUNKERQUE, LA INCOMPRENSIBLE ORDEN DE HITLER DE DETENER EL ATAQUE

En mayo de 1940 las tropas del III Reich, en su avance arrollador, desalojan a los soldados franceses e ingleses del continente empujándoles hacia las aguas del Atlántico. Cercados en la ciudad de Dunkerque, el ejército nazi habría aniquilado más de 500 000 hombres si no hubiera sido porque Hitler mandó a sus tanques Panzer que detuvieran la ofensiva. La incomprensible orden del *Führer* —como otras que dio en diversos episodios de la contienda— no halló explicación entre los mariscales de la Wermacht, que veían un juego de niños eliminar buena parte de las tropas aliadas.

Todo había empezado aquel 10 de mayo de 1940 cuando el Grupo B del ejército alemán entra en Bélgica y Holanda. Los franceses adelantan sus posiciones hasta el río Dyle y el Grupo A con sus columnas de Panzer aprovecha para atravesar el día 13 la ciudad de Sedán, totalmente desprotegida por el movimiento anterior de las tropas galas.

En un avance ya imparable, los alemanes toman San Quintín el día 18 y dos jornadas después, el 20, la 2ª división Panzer entra en Abbeville. Cerrando el cerco, el 24, la 10ª Panzer rodea Calais; el acceso al Canal de La Mancha ya es suyo. La pinza se cierra en Dunkerque, esa misma

jornada, cuando los aliados quedan acorralados a merced de la Lutwaffe, la aviación alemana.

Entonces, es cuando Hitler, incomprensiblemente desde el punto de vista militar, ordena la suspensión del ataque, es decir, permite a los británicos y sus aliados organizar el reembarque hacia Inglaterra. ¿Por qué? ¿Quizá le pareció que «eso ya estaba hecho», sin rematarlo? O ¿no quiso ensañarse con los ingleses? Tal vez los quería como colaboradores en el Nuevo Orden que se estaba estableciendo en Europa debido a que provenían de la raza sajona, menos despreciable para los nazis que otras tenidas por inferiores. O ¿contaba con ellos para, en último término, dirigirse contra los soviéticos, a quienes consideraba el enemigo común por su ideología comunista, además de la aversión que le producían porque eran descendientes de las hordas asiáticas (eslavos) invasoras de Europa?

Lo cierto es que su decisión proporcionó un tiempo precioso para que entre el 27 de mayo y el 4 de junio los británicos organizaran la Operación Dinamo, que permitió la evacuación de 338 226 soldados desde Dunkerque y alrededor de otros 200 000 desde los puertos franceses de Cherburgo, Brest y Saint-Malo, mientras solamente unos 5000 efectivos perdieron la vida durante el repliegue en los escasos ataques llevados a cabo por la Lutwaffe, dirigida por el mariscal Göring —gran consumidor de estupefacientes—, que no logró apuntarse el tanto de la victoria ante los ojos del Führer.

En la retirada las fuerzas aliadas abandonaron abundante material de guerra: cerca de 2500 cañones, 90 000 fusiles y más de 6000 toneladas de munición, pero como decía un historiador británico, Nick Hewitt, con ocasión de la conmemoración del 70º aniversario del repliegue, en palabras rebosantes de patriotismo: «En Dunkerque, Churchill ganó tiempo para el resto del mundo». Aunque el tiempo, que dicen que «lo da Dios de balde», en aquella ocasión más bien fue un regalo del imprevisible y enigmático Adolf Hitler, quizá mediatizado por las predicciones de sus astrólogos, en los que él como otros jerarcas nazis creían «a pies juntillas». O, tal vez, por el estado de enajenación mental en el que vivían casi permanentemente el *Führer* y muchos de sus colaboradores, entregados al consumo de drogas como la metanfetamina y el eukodal —similar a la heroína—, según dice

Norman Ohler en su libro «El gran delirio (Hitler, drogas y el III Reich)», publicado en 2016, donde explica también como el médico personal del dictador, Theo Morell, le suministraba importantes cócteles de hormonas, esteroides y vitaminas para mantenerse en un estado eufórico casi hasta el final. Y lo mismo podría decirse de la mayor parte de sus tropas, drogadas habitualmente para vivir en un estado de falsa euforia y resistir las fatigas de las largas expediciones militares a las que fueron sometidas en breve tiempo.

EL ÚLTIMO VUELO DE RUDOLF HESS

El 10 de mayo de 1941, con Alemania dueña de Europa, Rudolf Hess, lugarteniente de Hitler, tras visitar a su esposa Lise y a su hijo, se dirigió hacia las 17:00 h a la pista de la Luftwaffe en Augsburgo, donde tomó un Messerschmitt Bf 110 matrícula BJ-OQ tipo D (un caza pesado biplaza y bimotor, desarmado), que partió a las 17:45 h rumbo a Escocia.

Después de salvar las defensas de la RAF, con las luces apagadas, y sin haber dado con la pista privada de aterrizaje que poseía la casa Dungavel, propiedad del duque de Hamilton, cerca de las 22:50, al acabarse el combustible, Hess, que pilotaba el avión, se vio obligado a saltar en paracaídas en la localidad de Eaglesham, cerca de Glasgow, invirtiendo el avión para lanzarse desde la cabina.

Auxiliado por un campesino que no le reconoció (se había roto un tobillo), llegó a un puesto militar solicitando hablar con el duque de Hamilton, quien se personó a la mañana siguiente y, además de que Hess se presentó ya con su propio nombre y apellidos, el aristócrata le reconoció perfectamente porque habían coincidido en los Juegos Olímpicos de Berlín, en 1936. El nazi manifestó que traía un mensaje secreto del *Führer* para iniciar conversaciones de paz. Llegado el asunto a oídos del Premier Winston Churchill, este no quiso ni oír hablar del tema y ordenó que le detuvieran. Inmediatamente fue recluido en la Torre de Londres hasta el final de la guerra.

Pero ¿cuáles fueron las causas de que Hess emprendiera aquel arriesgado vuelo? ¿Traía realmente algún mensaje del *Führer*? ¿O solo

pretendía especular, como debió parecerle a Churchill, que ni siquiera le escuchó?

Por otra parte, ¿venía a Gran Bretaña como traidor a su país para revelar los secretos de la proyectada invasión de la URSS, que se avecinaba para el verano inmediato? O ¿buscaba la colaboración británica con vistas a una alianza contra el enemigo común, la Unión Soviética, y en el fondo lo que pretendía era librar a Alemania de la lucha en dos frentes?

Muchos interrogantes, no fáciles de resolver, porque más de 75 años después de los hechos, no existe todavía ninguna versión oficial ni siquiera por parte británica de lo sucedido en su territorio ni de las conversaciones mantenidas con el jerarca nazi.

En principio, una vez hecha pública la noticia, la versión alemana fue que Hess había enloquecido y actuaba por cuenta propia. Pero esa afirmación se presta a la desconfianza porque el piloto contó con muchas facilidades para efectuar el vuelo. Por tanto, existía una clara intencionalidad alemana en llegar a un acuerdo con los británicos, aunque, paradójicamente, actuaron engañados por los servicios secretos ingleses, el SO1, que lograron convencer a los nazis para simular conversaciones de paz, con el propósito de acceder al entorno de Hitler para envenenarle; además, hicieron creer a Hess que existían en Gran Bretaña partidarios de la paz con Alemania, dirigidos por el duque de Hamilton, quien relevaría a Churchill al frente del Gobierno.

Sorprendido por la propuesta, pero fiado por el parecer positivo de los astrólogos del Régimen —como Frau Nagenast—, que tuvieron muchísima influencia también sobre Hitler, aunque, en realidad ese personaje estaba a sueldo de los británicos, y con el concurso de la Cruz Roja suiza, Hess se decidió a emprender el vuelo que terminó como ya sabemos.

Después de la guerra, Rudolf Hess fue juzgado en Núremberg por sus actos mientras fue ministro durante el régimen nazi, siendo condenado a cadena perpetua el 1 de octubre de 1946 y recluido en la prisión de Spandau, sita en la zona aliada de Berlín. Durante el proceso había mostrado numerosas lagunas mentales que hicieron dudar a los psiquiatras sobre la sinceridad o fingimiento del reo.

Después de la liberación de Albert Speer —el arquitecto del Régimen— en 1966, se convirtió en el único cautivo del penal y, a pesar de muchas voces que solicitaban clemencia para quien, a fin de cuentas, no había cometido delitos de sangre porque permaneció prisionero durante la contienda; y a pesar de los gastos que ocasionaba su mantenimiento en prisión y el sostenimiento de la infraestructura carcelaria, no se le otorgó la carta de libertad. Repentinamente, el 17 de agosto de 1987, a los 93 años de edad, falleció.

Después de dos autopsias, la causa oficial de la muerte fue por asfixia. Para el misterio ha quedado la primera de las dos, que establecía el suicidio por suspensión, es decir, ahorcado.

En 2011 sus restos fueron incinerados y sus cenizas esparcidas en alta mar con el fin de evitar que su tumba se convirtiera en lugar de peregrinación.

CLARK FIELD: EL 2º PEARL HARBOUR

El 7 de diciembre de 1941 la aviación japonesa atacó la base estadounidense de Pearl Harbour, situada en las islas Hawai, océano Pacífico, y destruyó por sorpresa una veintena de barcos fondeados en el puerto, así como gran número de aviones estacionados en las pistas de aterrizaje, además de causar 3647 muertos y heridos.

Pero este ataque no fue el único llevado a cabo inesperadamente por la Armada Imperial japonesa. También se produjo al día siguiente una intervención similar contra Clark Field, la principal base norteamericana en Filipinas, situada a unos 77 kilómetros al noroeste de Manila, capital del archipiélago.

El día 8 de diciembre, prácticamente de amanecida, después de conocer la incursión sobre Pearl Harbor, treinta y cinco bombarderos B-17 norteamericanos despegaron de la base de Clark Field con el objetivo de hacer frente a otro posible ataque japonés. Estuvieron volando varias horas por los alrededores oteando los cielos y, al no detectar nada extraño, regresaron a su base. Después de repostar combustible fueron aparcados siguiendo exactamente el mismo protocolo que en tiempos de paz.

¿Cómo se pudo obrar de esta manera con los antecedentes del día anterior?

Poco más tarde, a las 12:35 h, comenzaron a aparecer en el cielo los aviones japoneses y, con toda facilidad, arrasaron la base de Clark Field. Decenas de bombarderos, cazas y aviones de transporte norteamericanos fueron destruidos, como en un juego de niños, sin que tuvieran tiempo de despegar de sus pistas.

Hubo ochenta muertos y ciento cincuenta heridos durante este episodio inexplicable que se ha considerado el segundo Pearl Harbor, acontecido ante la falta de previsión y la negligencia de los responsables militares. ¿Solo eso?

Lo cierto fue un error atribuible a MacArthur, que ordenó la protección de Manila sobre todas las cosas, creyendo que ese era el objetivo final del ejército nipón, y dejando así desprotegida la principal base norteamericana en el Pacífico. El resultado fue el radar destruido y que únicamente quedaron disponibles 18 aviones B 17, mientras los japoneses contaban con más de 400. Las Filipinas estaban perdidas. Y de ellas se tuvo que ir el soberbio general, aunque, en honor a la verdad, cumplió su promesa: «Me voy, pero volveré».



General Douglas MacArthur en el desembarco en las playas de Leyte, Filipinas,
ocubre de 1944.

ENIGMAS DESCONCERTANTES

LA MATERIA Y LA ENERGÍA OSCURAS DEL UNIVERSO

Estas dos misteriosas sustancias se denominan de esa manera por lo difícil que resulta detectarlas. Ambas constituyen el 95% del contenido total del Universo. El 5% restante corresponde a la materia ordinaria, de la que proceden el gas y el polvo cósmico, las estrellas, los planetas y todos los cuerpos celestes, incluso los seres que en algunos lugares los habitamos.

Si las hemos percibido ha sido gracias a los efectos gravitatorios que producen en su entorno, aunque aún se desconoce lo más importante: su origen y composición, así como sus características concretas, ya que en el caso de la segunda no sabemos tan siquiera si es constante ni el porqué de su existencia.

Ambas, la materia y la energía oscura, además de ser muy abundantes, son invisibles, al contrario que la materia ordinaria. La primera se halla distribuida desigualmente formando enormes nubes de densidad variable, tanto dentro como alrededor de las galaxias, donde fue detectada en los años 70 del siglo XX, si bien se había dudado en principio de su existencia, atribuyendo los efectos gravitatorios a la posibilidad de que la Ley de Gravitación Universal de Newton no opere a distancias tan enormes, de acuerdo a la Teoría de la Relatividad de Einstein. Dentro del 95% del total del Universo que representa junto a la energía oscura, le corresponde un 27%, es decir, unas cinco veces más que a la materia ordinaria, la cual supone todo cuanto conocemos.

Se cree que la materia oscura puede estar formada por partículas elementales que aún se desconocen. Se está intentando detectarla en lugares remotos, como minas muy profundas o el hielo del Polo Sur, así como por

medio de sondas espaciales, incluso a través de los aceleradores de partículas como el LHC (*Large Hadron Collider*) o Gran Colisionador de Hadrones.

En cuanto a la energía oscura, esta se encuentra de manera uniforme por todo el Universo, ocupando la mayor parte del mismo: un 68 %. Hasta 1998 no se obtuvieron indicios de su existencia al observar que el Universo está acelerando su ritmo de expansión, quizá eternamente hasta separar las galaxias unas de otras de manera que solo las más cercanas permanezcan visibles.

Hoy por hoy, resulta aún imposible ofrecer una explicación sobre su origen y abundancia, pero lo que sí se sabe es que marcará el destino final del Universo. ¿Cómo? Vamos a verlo:

La Teoría de la Relatividad General de Einstein predice que el Universo pasará por una fase de expansión, tal como está sucediendo en la actualidad, en la que el alargamiento del espacio está provocando que las galaxias se alejen entre sí, a mayor velocidad cuanto más distantes de acuerdo a la Ley de Hubble, que establece que la velocidad de alejamiento de un objeto es proporcional a su distancia respecto a un punto determinado; lo que se conoce como expansión homogénea e isótropa, en la cual, según estimaciones, la velocidad de una galaxia aumenta unos 20 km/s por cada millón de años luz de distancia.

Ahora bien: según la ecuación principal de la Teoría de la Relatividad General, la geometría del espacio-tiempo se halla determinada por la materia y la energía que contiene. Por tanto, en un Universo lleno de radiación y materia, la expansión se ralentizaría con el tiempo. Esto es bastante elemental: la explosión inicial, el *Big Bang*, ha producido el alejamiento intergaláctico, pero la atracción gravitatoria tiende a frenar el ritmo de expansión, el cual, si no se ha reinvertido es porque la cantidad de materia no es la suficiente para producir un efecto gravitatorio de ese calado, que desembocaría en la implosión o *Big Crunch*. No obstante, todo depende de si la densidad del Universo es mayor o menor que la densidad crítica o densidad de la materia necesaria para detener la expansión del mismo en un tiempo infinito. En el primer caso, la expansión no se frenará

nunca, aunque sí el ritmo o la velocidad de la misma. En el segundo, nos hallaríamos abocados a la citada implosión.

Pero ¿y la energía oscura?, ¿qué papel juega en todo esto?

En principio, para calcular la velocidad de alejamiento de un objeto debe conocerse su luminosidad aparente y su luminosidad real por medio de su desplazamiento al rojo y, según los experimentos que culminaron en el Premio Nobel de Física 2011, la expansión del Universo no se ralentiza, sino que desde hace unos 4000 millones de años está acelerándose. ¿Cuál es la explicación a este resultado inverso? La «constante cosmológica», que ya Einstein había añadido, aunque rectificada luego por él mismo porque estaba establecida, equivocadamente, para un Universo estático, que luego se comprobó que estaba en expansión. Esa constante cosmológica representa la energía que se extiende uniformemente por todo el Universo, incluso en los espacios vacíos.

Esa energía uniforme, denominada oscura por lo poco que se sabe de ella, es la responsable de una repulsión gravitatoria, es decir, de una inversión de la fuerza de atracción, que provoca, en lugar del acercamiento —o cuanto menos de la ralentización—, el efecto contrario: la aceleración del movimiento de expansión. Se explica porque las fuerzas gravitatorias no solo están originadas por la materia y la energía, sino también por la presión ejercida por ambas, la cual, siendo negativa, en el caso de que la energía disminuya, provocaría una repulsión. Todo ello dando por hecho que las ecuaciones de Einstein sean correctas.

La energía oscura se cree que marcará el ritmo de expansión del Universo debido a que su densidad permanece constante, por lo que la velocidad será cada vez mayor. De ahí que también pueda establecerse que la edad del Universo, contando con la presencia de la energía oscura, rondaría los 13 800 millones de años, mientras que en ausencia de esta, no pasaría de los 12 000, lo cual resultaría contradictorio con la antigüedad de determinadas estrellas de la Vía Láctea que superan ese tiempo, algo imposible porque nada puede ser anterior al Universo primigenio.

Pero, dado que se desconoce su origen, ¿qué pasará si la densidad de energía oscura no es constante e incluso termina extinguiéndose? Ese es el misterio aún sin descifrar. La energía oscura es uno de los enigmas del siglo

XXI, apasionante para los físicos actuales, que deberá reportarnos explicaciones trascendentales para el estudio del Universo.

Algunas teorías apuntan al «principio antrópico», según el cual las constantes están diseñadas específicamente para que algunos puntos del Universo sean habitables. Si la densidad de energía oscura fuera demasiado grande, la expansión se hubiera iniciado mucho antes y las partículas de la materia se habrían dispersado demasiado pronto sin llegar a formar galaxias, estrellas y planetas. En sentido contrario, si fuese negativa, se habría producido el colapso antes también de la formación de los cuerpos celestes.

De acuerdo a los cálculos de Weinberg, que fue premio Nobel de Física en 1979, la densidad de la energía oscura guarda un estrecho rango, distinto de cero y no muy diferente a la de la materia.

Ahora bien: ello requiere aceptar que nuestro universo no sería el único existente, puesto que debería acomodarse al citado rango oscilando arriba o abajo en relación a universos distintos con densidades diferentes de materia oscura. Nuestro universo se hallaría dentro de una especie de conjunto de universos al que se ha denominado «Multiverso», el cual se habría formado en los inestables instantes iniciales del *Big Bang*, dentro de lo que se conoce como «universo inflacionario», propuesto por Alan Guth ya en 1981, mucho antes del descubrimiento de la energía oscura. Habría sido originado por una energía del vacío en un campo (*inflatón*) de «falso vacío» temporal, en el que se forman «burbujas» de vacío real que constituyen múltiples universos, de los que el nuestro sería uno más y terminaría apagándose por la muerte de las estrellas que contiene, mientras la serie de universos continuaría su camino eternamente.

EL ORIGEN DE LA VIDA

En época precientífica el origen de la vida se atribuía, mayoritariamente, tanto en las religiones politeístas como en las dualistas y monoteístas, a la intervención de seres sobrenaturales que actuaban como creadores, formando a su alrededor una corte mitológica a cuyo cargo se hallaba la explicación de los fenómenos de la Naturaleza.

No obstante, pueden distinguirse, fundamentalmente, cuatro corrientes:

La primera es la *creacionista*, la más extendida desde los tiempos primitivos, que es la que deja a cargo de los seres divinos el origen del mundo y de quienes lo habitan: animales, vegetales, minerales y el propio ser humano, que queda al margen de la evolución biológica de las especies.

La segunda es la que se conoce como teoría de la *generación espontánea* o *autogénesis*, de la cual habló ya Aristóteles en el siglo IV a. C. Basándose en la observación directa, defiende que la vida surgió de la descomposición de la materia alimentada por la humedad, tal como ocurre con los seres nacidos de restos orgánicos en estado de putrefacción.

La tercera teoría es la de la *pansermia*, publicada en 1908 —aún época precientífica— por el químico sueco Svanne Arrhenius, quien recurría a la intervención extraterrestre. En su opinión, habían llegado a nuestro planeta, provenientes del espacio exterior, formas de vida elementales —esporas y bacterias—, que posteriormente evolucionaron y se desarrollaron. Una teoría fácilmente criticable puesto que en el espacio exterior no existen las condiciones necesarias para la conservación de dichas formas de vida, aparte de que la entrada en nuestra atmósfera las hubiera destruido. Tampoco resuelve nada porque, en último término, habría que saber cómo surgió la vida en el planeta del cual procedían, al que llamaríamos «planeta donante».

La cuarta teoría sobre el origen de la vida ha sido elaborada ya con métodos científicos. Se llama Teoría de Oparin-Haldane porque ambos son los científicos que la han demostrado. El primero en 1924 y el segundo, confirmándola, en 1928. Explica el origen de la vida por la coincidencia de las condiciones físico-químicas necesarias que se dan en un determinado lugar en un momento concreto, como sucedió en la Tierra hace… 4500 millones de años.

Entonces, el planeta, aún planetésimo, se hallaba en formación, sufriendo el impacto continuo de meteoritos sobre su superficie, sacudida por las violentas erupciones de los volcanes, que lanzaban toneladas de lava ardiente entre espesas nubes de gases en medio de una atmósfera saturada de hidrógeno, dióxido y monóxido de carbono y vapor de agua.

Cuando descendió la temperatura, las densas nubes se condensaron y el vapor se convirtió en líquido, produciéndose continuas lluvias que fueron acumulando el agua en los bordes del planeta para dar lugar a la formación de los océanos. En el agua acumulada, sobre la que tenían lugar tan frecuentes como violentas descargas eléctricas, comenzaron a desarrollarse las primeras moléculas que, con el tiempo, darían lugar a los *protobiontes*, estructuras moleculares con capacidad para reproducirse, originándose de esta manera los primeros organismos unicelulares, cuya evolución biológica ha dado lugar a la vida en la Tierra, que, por su maravilla, parece un misterio.

EL ORIGEN DEL HOMBRE

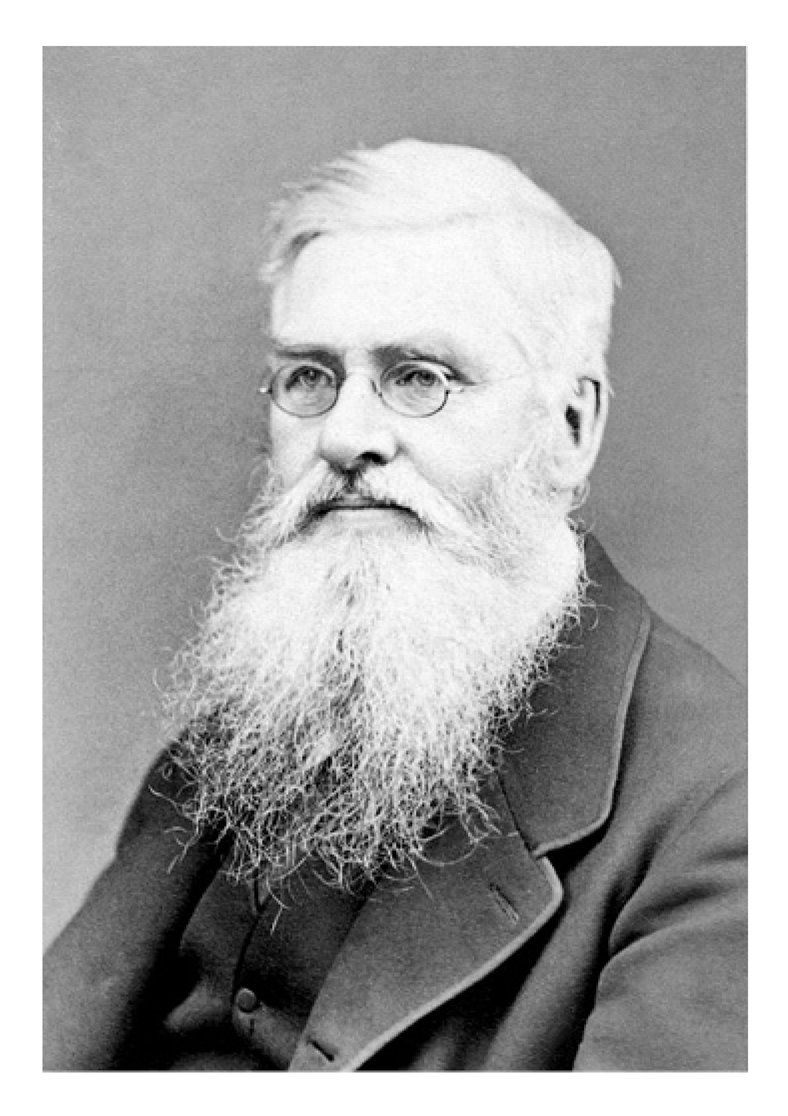
El origen de la especie humana sigue siendo, a día de hoy, todavía un misterio. Desde que Charles Darwin (1809-1882) lanzara la Teoría de la Evolución en *El origen de las especies* (1859) —o mejor, Alfred Russel Wallace la Teoría Evolutiva, propuesta en febrero de 1858— afirmando la pertenencia del ser humano al reino animal, no ha dejado de buscarse el «eslabón perdido», es decir, el punto de unión entre el hombre y los simios antropomorfos, con los cuales compartimos el 99 % de nuestra composición bioquímica: 2970 millones de pares de bases de los 3000 millones que conforman nuestros genes. El resto, solo 30 millones, sufrieron modificaciones desde que ambos linajes se separaron hace unos 6 millones de años. Lo que todavía no sabemos es por qué tuvo lugar esta separación genética.

Desde que el 15 de febrero de 2001 la revista *Nature* publicó el borrador del final de la secuenciación del Proyecto Genoma Humano, se abrió el camino al conocimiento del origen y la evolución humana. En agosto de 2006, según un estudio publicado en la misma prestigiosa revista, un equipo de investigadores de la Universidad de California dirigidos por Katherine S. Pollard, hallaron 118 pares de bases de genes implicados directamente en el desarrollo del cerebro, a los que llamaron HAR1 o Región Acelerada Humana 1 (parte de dos genes solapados denominados HAR1F y HAR1R), que explican las «enormes diferencias cognoscitivas» entre el hombre y el

resto de los animales: nuestro cerebro está más desarrollado y tiene más funciones. Dichos genes se hallan activos desde una fase muy temprana en el desarrollo embrionario, jugando un papel primordial en la formación de células nerviosas fundamentales en la corteza cerebral, las neuronas Cajal-Retzius.

En 2010, David Haussler, director del Centro de Ciencia Biomolecular e Ingeniería de la Universidad de California, afirmó que «aunque todavía no podamos explicar la influencia de este descubrimiento, saber que hay un nuevo gen que influye en el desarrollo del cerebro, nuestro órgano más específico, es apasionante». ¿Quizá se halla en estos genes «el eslabón perdido»?

La ciencia evoluciona muy rápidamente en este campo a tenor de los hallazgos que se vienen sucediendo.



Hoy sabemos que el ser humano se separó de los primates y comenzó su proceso de hominización en el continente africano, hacia el valle del Rift, hace unos cuatro millones y medio de años, con el surgimiento de nuestro antepasado más antiguo, el *Ardipiteco*, que ya adoptaba la posición bípeda. Medía poco más de un metro y su cerebro no pasaba de los 350 cm^3.

El siguiente ejemplar en la evolución fueron los *Australopitecos*, que comenzaron su andadura hace unos 4 millones de años y su evolución perdura en sus diversos tipos (*Sediba, Afariensis*) hasta los 2,2. Con una estatura alrededor de 1,5 metros, poseían aún un cerebro muy pequeño (450 cm^3). El ejemplar más famoso de esta especie fue un esqueleto descubierto en 1972, en África Oriental, de una hembra de unos 20 años, a la que se dio por nombre Lucy; entonces se creyó que se trataba del primer ejemplar que había adoptado la posición bípeda, es decir, capaz de caminar sobre dos pies, en lugar de a cuatro patas como los simios, aunque no hace mucho se ha descubierto que el Ardipiteco lo hizo primero, como dijimos antes. El motivo debió de estar en un cambio climático que aumentó la aridez, por lo que los primates hubieron de trasladarse hacia la zona de lluvias, restringida al área ecuatorial. En su desplazamiento, atravesando praderas de alta vegetación, seguramente sentirían la necesidad de erguirse sobre los pies para otear el horizonte, lo cual fue produciendo cambios morfológicos en sus extremidades inferiores, que asumirían el soporte del peso del cuerpo a través de la formación de la arcada plantar, mientras las manos fueron perdiendo su función locomotriz. Uniendo a todo ello un aumento del volumen del cerebro, la separación de los simios fue un hecho.

A primeros de marzo de 2015 se publicó en la revista *Science* la investigación sobre una mandíbula encontrada dos años antes en el yacimiento Ledi-Geraru de Afar (Etiopía), que cuenta con cinco dientes intactos; según la cual, bautizada como *Homo naledi*, el género *Homo* —que agrupa a las especies que evolucionaron en el *Homo sapiens*— retrasaría su aparición hasta los 2,8 millones de años frente a los 2,5 que se creía hasta entonces.

A esta última cronología corresponde aproximadamente el *Homo habilis*, que recibe este nombre por haber sido el primero capaz de fabricar útiles o herramientas sirviéndose de la mayor capacidad craneal de su cerebro: 600 cm^3.

La primera especie que abandonó el Continente Negro fue el *Homo erectus*, descubridor del fuego, es decir, de la capacidad de producirlo, pues las especies anteriores solo sabían alimentarlo para que no se apagara cuando se encendía de forma natural o casual. Con su cerebro de 900 cm^3, se cree que empleaba ya algún lenguaje.

Hace un millón de años, las especies modernas se desarrollan en cascada. Primero fue el *Homo antecessor*, aparecido en la sierra de Atapuerca (Burgos) hace unos 800 000 años, el cual poseía un cerebro con una capacidad alrededor del millar de cm^3 y se considera el antepasado directo del *Homo sapiens*.

Hace unos 230 000 años surgió el primer *Homo sapiens*, el Hombre de *Neanderthal*, llamado así porque sus restos se hallaron en el valle del mismo nombre cerca de Dusseldorf, Alemania. Estaba dotado de un cerebro con 1500 cm^3 y fue el primero en practicar los ritos funerarios y enterrar a los muertos.

Hace 50 000 años surgimos nosotros, el *Homo sapiens sapiens* —cuyos primeros restos proceden de la cueva de Cro-Magnon en el Alto Garona, Francia—, creador, a pesar de una capacidad craneal algo inferior a la de su antepasado (1450 cm^3), de las primeras manifestaciones artísticas y del desarrollo del lenguaje.

No obstante, el «eslabón perdido», el ser que conecte nuestra especie con los simios antropomorfos, continúa siendo el enigma que no se acaba de resolver.

LA EXTINCIÓN DE LOS DINOSAURIOS

Reyes del planeta durante la era Secundaria o Mesozoico, que se inició hace 250 millones de años, los dinosaurios se extinguieron al final de dicha fase geológica, durante el último de sus tres períodos: Triásico, Jurásico y Cretácico, cronológicamente, hace unos 65 millones de años, tanto

ornitiquios (cadera de ave) como saurisquios (cadera de lagarto), pterosaurios del aire, plesiosaurios e ictiosaurios de los mares y océanos.

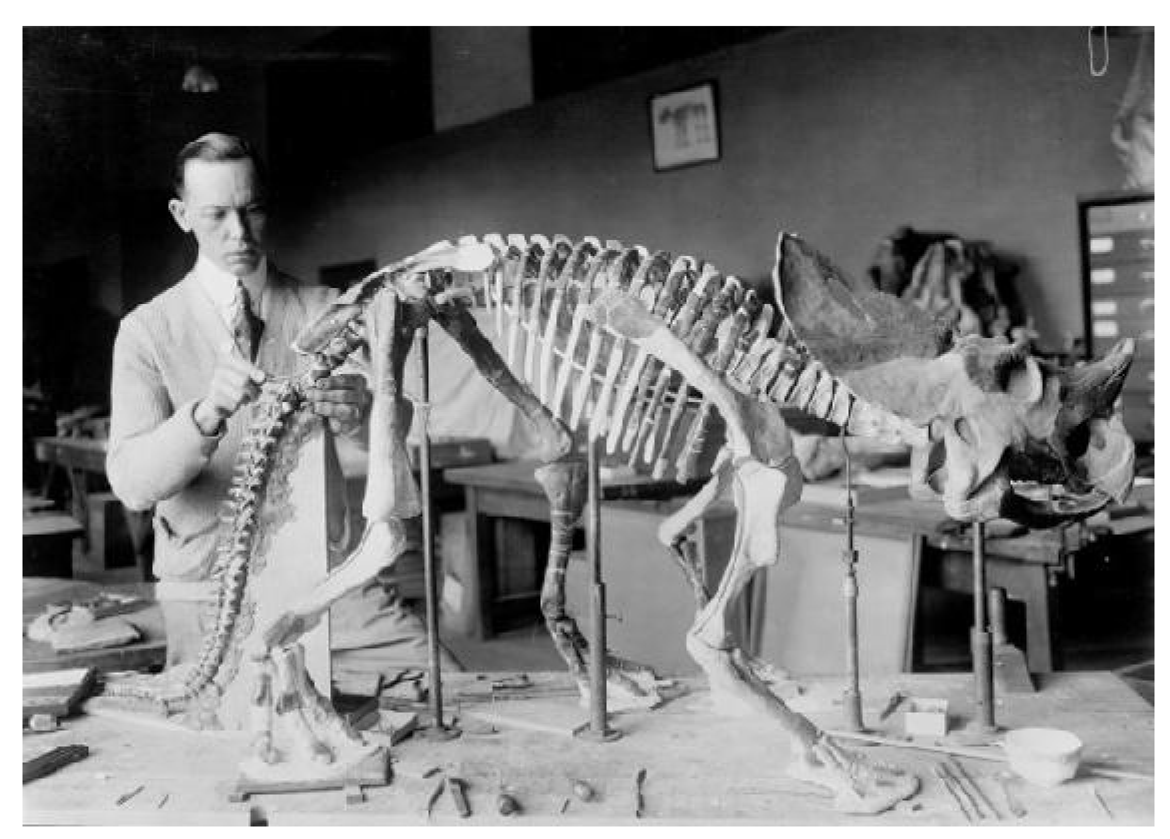
¿Cuál pudo ser la causa del barrido de este grupo de gigantescos reptiles que poblaron y se enseñorearon del planeta durante nada menos que casi 200 millones de años?

En principio, hay que tener en cuenta que esta extinción no solo afectó a los dinosaurios, sino que se trató de un fenómeno masivo que causó la desaparición del 50 % de los géneros biológicos, la mayor parte de la vegetación y el plancton marino.

Los científicos plantean diversas teorías. Una de ellas, la más aceptada, propuesta ya en 1981 por el físico californiano Luis Walter Álvarez, apunta a la caída de un gran meteorito sobre la Tierra, cuyo impacto provocaría una gigantesca nube de polvo y vapor, que cubriría todo el planeta durante años, ocasionando un elevado aumento de dióxido de carbono, que daría lugar a un efecto invernadero muy potente al impedir las partículas en suspensión el paso de los rayos solares, con lo que la temperatura sufriría un acusado descenso. Todo ello afectaría a las formas de vida en «efecto dominó», entre ellas, a la vegetación, la cual, al desaparecer, provocó la muerte de los animales herbívoros por falta de alimento, lo que a su vez dejó a los carnívoros también sin comida.

En principio, Álvarez y su equipo apuntalaron su hipótesis con numerosas muestras de iridio encontradas por todo el mundo, mineral escaso en la Tierra pero presente en los meteoritos.

No obstante, hoy se cree que el iridio proviene del núcleo de la Tierra (Ni-Fe) debido al período de intensa actividad volcánica que tuvo lugar hace 65 millones de años, el tiempo en el que se calcula se produjo la extinción de los gigantescos saurios. A causa de la misma, las inmensas cantidades de magma vomitadas a la superficie cambiarían profundamente las condiciones de hábitat en el planeta Tierra.



El paleontólogo Norman Ross en 1921 preparando el esqueleto fosilizado de una cría de dinosaurio.

No obstante, el hallazgo del cráter de Chicxulub, al noroeste de la península del Yucatán, en México, aportó la prueba física evidente del impacto de un cuerpo celeste sobre la superficie terrestre. En concreto, se trata de un gran hoyo de 180 kilómetros de diámetro que el geólogo canadiense Alan H. Hildebrand confirmó, en 1990, como efectivamente originado por la colisión de un gran meteorito, cuyo tamaño rondaría los 10 km de diámetro.

No obstante, otros investigadores como la paleontóloga Gerta Keller de la Universidad de Princenton (EE UU) sostienen que a tenor de nuevas muestras de rocas extraídas del cráter de Chicxulub, el impacto del meteorito se produjo hace 300 millones de años, es decir, un cuarto de millón de años, aproximadamente, antes de que tuviese lugar la extinción de los dinosaurios, por lo que esa no pudo ser la causa originaria de su desaparición.

Hay otra teoría que, basándose en el descubrimiento de varios cráteres similares al de Chicxulub en distintas zonas del planeta —el cráter Silverpit

en el Mar del Norte, el cráter Boltysh en Ucrania o el cráter Shiva bajo el océano Índico—, apunta a una especie de torrente de cometas que acabaron colisionando sobre la Tierra y provocaron efectos parecidos a los descritos.

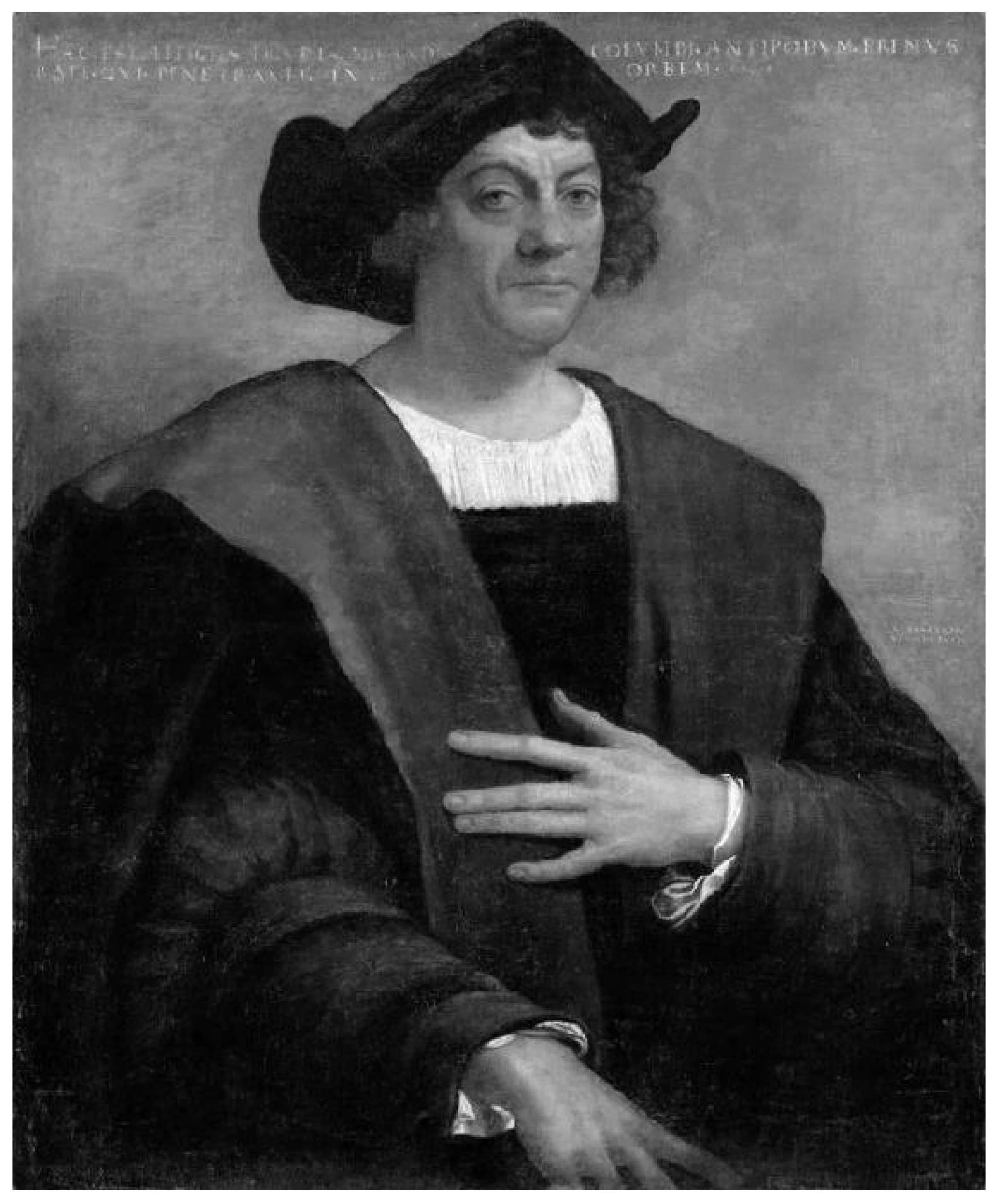
Pero, sea una causa u otra en mayor o menor medida, o la conjunción de todas o de varias de ellas, no debemos olvidar que estamos hablando de un planeta muy distinto al que ahora habitamos nosotros, precisamente porque si fuera el mismo las especies actuales no podríamos vivir en él.

En el período Cretácico no existían los casquetes polares y el nivel del mar era superior entre 100 y 250 metros al de nuestro tiempo. Además, las condiciones climáticas eran muy diferentes, como huelga decir; el clima actual aún no se había formado, pues tuvo lugar durante la era Cuaternaria —de ello hace poco más de un millón de años.

La meteorología, en aquellos remotos tiempos, sufrió grandes cambios que trajeron consigo la llegada de un período de enfriamiento que ocasionó el descenso en gran medida del nivel de dióxido de carbono así como la concentración de oxígeno, fenómenos que tuvieron que tener, lógicamente, una gran influencia en la extinción de aquellos gigantescos saurios que, un día, habitaron un planeta que era, por supuesto, este en el que estamos, pero que entonces no lo parecía porque sus condiciones de vida eran otras muy distintas, adaptadas a especies diferentes, no a las que conviven con nosotros, como ocurrirá, también algún día, si le seguimos maltratando.

EL ORIGEN Y LOS RESTOS DE CRISTÓBAL COLÓN

Cristóbal Colón, que ha pasado a la posteridad como el descubridor de América, a pesar de que su orgullo no le permitió reconocer a lo largo de los cuatro viajes que realizó a aquellas tierras que estaba pisando un nuevo mundo en lugar de las Indias Orientales, como él sostenía, no cuenta con un lugar de nacimiento ni de descanso eterno claro.



Retrato de hombre, antes llamado Cristóbal Colón, de Sebastiano del Piombo, 1519.

Parece ser que algunos documentos en los que consta su nombre original (*Christoforo Colombo*), sus supuestos progenitores (Domenico Colombo y Susana Fontanarossa), la fecha de su nacimiento y su patria chica (Savona, Génova, 1451) le conceden un origen italiano. Lo mismo

ocurre en el conocido como Fundación de Mayorazgo (hallado en 1925), otro documento donde el propio interesado se declara genovés —«della salí y en ella nací»— pero este dato carece de crédito porque estas afirmaciones solían falsearse con frecuencia, especialmente en caso de pleitos, como los que mantuvieron sus descendientes con la Corona de Castilla en defensa de los privilegios otorgados al almirante cuando la conquista de América, los llamados Pleitos Colombinos, que tuvieron lugar principalmente entre 1508 y 1536.

En el mismo sentido, es decir, en defensa de su origen genovés, consta un documento de Pedro de Ayala, embajador de los Reyes Católicos en Inglaterra, donde textualmente dice «otro genovés como Colón». También lo afirma así Hernando de Colón en su testamento: «hijo de Cristóbal Colón, genovés, primero Almirante que descubrió las Indias».

Así mismo, las actas municipales exhibidas por las autoridades genovesas en 1931 y 1932, en plena exaltación patriótica durante la era Mussolini, prueban su origen genovés «sin lugar a dudas», según Juan Eslava Galán, quien explica que «Fue (…) la obsesión de Colón por integrarse en la aristocracia lo que lo condujo a ocultar sus humildes orígenes. En la sociedad clasista en la que se movía Colón la posición de las personas venía predeterminada por la cuna». No obstante, hay quien no toma por determinante esta tesis, puesto que otros documentos relativos a su ascendencia se perdieron.

Aprovechando esta ausencia de claridad absoluta, han surgido otras candidaturas —como más abajo detallamos— para alzarse con la cuna del Gran Almirante de la Mar Océana, título concedido por los Reyes Católicos, quienes fueron los mecenas de su viaje, especialmente, la reina Isabel, si bien su apoyo no fue tanto económico —sus famosas joyas ya habían sido empeñadas— como político. Fueron los caudales del Escribano de Aragón, el converso valenciano D. Luis Santángel, una de las amistades que había hecho Colón durante los últimos tres años de espera mientras los Reyes Católicos finalizaban la conquista de Granada, a pesar de que, desanimado, había vuelto a dirigirse al rey de Portugal así como a los de Inglaterra y Francia, fue ese apoyo económico definitivo el que hizo posible la empresa. De los 2 millones de maravedís presupuestados, Santángel aportó 1 400 000

en calidad de préstamo a la Corona, que contribuyó con casi otros 400 000 y el almirante añadió el resto, fiado por los hermanos Alonso Pinzón, que fueron quienes organizaron el viaje en todos los aspectos técnicos, así como los armadores Pinto y Niño, que contribuyeron con lo principal: dos carabelas, la Pinta, que capitaneó Martín Pinzón, pues también tenía parte en ella, y la Niña, gobernada por su hermano Vicente; el cartógrafo montañés Juan de la Cosa aportó la Marigalante, una nao cantábrica anclada en el puerto de Palos de la Frontera (Huelva), rebautizada como la Santa María en honor a la Virgen Santísima, de la que era muy devota la reina Isabel, la nave capitana que pilotaba Juan de la Cosa y en la que iba al mando de la flotilla el Almirante Colón.

Sin embargo, para los amigos de lo oculto, la denominación de las tres carabelas respondía a otras premisas: Santa María, en realidad, se refería a María Magdalena, santa muy venerada por los templarios, quienes habrían puesto la mayor parte del dinero necesario para la empresa, motivo por el cual sus cruces patadas iban estampadas en las velas. La Niña no obedecía a la identidad de su propietario ni se debía a que era la más pequeña de los tres navíos, sino que, bautizada en principio como la Santa Clara —en alusión al navegante templario Henry Sinclair o Saint Clair—, por indicación probable del Almirante, permutó su nombre por el que ha pasado a la Historia, puesto que denominándose la primera como María Magdalena, esta, la carabela pequeña, aludiría a la niña Sarah, la legendaria hija de la pecadora arrepentida y el propio Jesucristo, que su madre alegóricamente llevaría consigo al Nuevo Mundo para que en él se esparciera la Sangre Real, es decir, aquella que realmente provenía del Mesías.

Con ellas partió el Descubridor un 3 de agosto, dos días después de que venciese el plazo para que todos los judíos abandonaran España, por lo que se cree que es probable que la mayor parte de la tripulación estuviese formada por estos hombres que no tenían adónde ir. De lo contrario, ¿por qué se enrolaban en una expedición rumbo a lo desconocido, estando por delante el «Mar Tenebroso», como le llamaban entonces?

Siguieron trayecto siempre hacia donde se acuesta el sol, guiados por los vientos alisios, que en esa época del año soplan en dirección al

continente americano, después de una no demasiado breve estancia en la isla de La Gomera, en cuyo torreón del Conde, sito en San Sebastián, capital de la isla, fue recibido por doña Beatriz de Bobadilla, viuda del tirano Hernán Peraza «el Joven», Señor de La Gomera, quien con mano de hierro y el concurso de don Pedro de Vera, llegado con dos naves desde Gran Canaria, había aplastado las revueltas de los guanches, exterminando a los que hicieron falta, hasta el punto de que hubo de intervenir el obispo Frías para evitar la aniquilación total. No obstante, en 1488, la venganza, servida fría, esperó al tirano en la cueva de Aguagedun, conocida también como «Cueva del Conde», donde un dardo terminó con su vida. Tomó el almirante las últimas reservas de agua potable en el Pozo de la Aguada, en cuyo brocal se lee «con este agua se bautizó América», y, con los alisios de popa, partió un 6 de septiembre rumbo al Nuevo Continente desde la isla que por este motivo ostenta con orgullo el apelativo de «Colombina».

Una de las citadas candidaturas que pretenden alzarse con el honor de ostentar el título de patria chica del descubridor es la catalana, basándose en la particularidad de que Colón usa, en ocasiones, su título y su apellido en la lengua de este país (*Almirant, Colom*), no apareciendo prácticamente nunca escrito en italiano y sí, mayoritariamente, en castellano, además de que emplea bastantes giros dialécticos del catalán.

Por esta misma postura se decanta el historiador peruano Luis Ulloa Cisneros, quien sostiene que Colón era originario de Cataluña y, por su enemistad con Juan II de Aragón (padre del futuro Fernando II, el Rey Católico), luchó al lado de los Anjou cuando estos pretendían anexionarse las tierras *post* pirenaicas. Quizá por eso, el almirante Colón no quiso comunicar su propio lugar de nacimiento ni tampoco sus orígenes familiares.

Partidario de una opinión similar fue Salvador de Madariaga («Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón»), quien sí veía a Colón como genovés, pero de ascendencia judeo conversa —los Colom, judíos catalanes afincados en Génova—, razón por la cual el almirante no terminó de aclarar su lugar de nacimiento y prefirió ocultar también sus orígenes familiares, como hicieron muchos en aquel tiempo, por ejemplo, Miguel de Cervantes, como luego veremos. El hecho de que la familia continuara hablando su

lengua vernácula, unido al dialecto genovés (nada parecido al italiano de Roma) y la jerga portuaria, explicarían el lenguaje enrevesado tanto oral como escrito del futuro descubridor del Nuevo Mundo.

Para Eslava Galán, esta cuestión, sin embargo, está clara: «Puede que la madre descendiera de judíos (…), pero él era hijo y nieto de cristianos». Y «católico practicante». En este caso habría que aclarar por qué Colón no llevó religiosos en su primer viaje, como era obligado en las expediciones cuya misión, además de descubrir y comerciar, era también evangelizar las nuevas tierras que se pisaran.

Igualmente, sorprende que hubiera tomado posesión de las mismas para la Corona española si realmente creía que había llegado a las Indias Orientales, quizá los dominios de poderosos gobernantes como el Gran Khan.

Parece ser que hay indicios de que su origen también podría haber sido mallorquín, concretamente de la localidad de Felanitx, sirviendo en este caso, como argumento a favor, la endeble circunstancia de que el descubridor del Nuevo Mundo bautizó con el nombre de San Salvador a la primera isla americana en la que puso pie a tierra, denominación que coincide con la de la iglesia de la referida localidad mallorquina. Poca consistencia para resistir la más mínima controversia, puesto que era muy frecuente poner bajo la advocación del Rey de los Cielos las tierras descubiertas, máxime tratándose de la primera de la que se tomaba posesión en nombre de la Corona española.

Similar pobre consistencia tiene otro argumento del que también se han servido quienes apoyan esta teoría. Se dice que una tal Margarita Colom —apellido muy usual en tierras mallorquinas— tuvo relaciones con el Príncipe de Viana —Carlos de Trastamara, infante de Aragón y Navarra— y de ellas nació un niño que podría haberse tratado del futuro Almirante, a quien se asignó exclusivamente el apellido materno para no comprometer a su real padre.

Saltando hacia el Oeste, para ir a parar a la otra parte de España, un investigador gallego, Celso García de la Riega, localizó en los archivos municipales de su Pontevedra natal un documento en el que constan los dos apellidos del interesado: Colón y Fontanarossa, lo cual, aunque pudiera

tratarse de una casual coincidencia, no deja de ser elocuente en el camino de dar con la patria chica del descubridor.

Otra hipótesis avala la posible procedencia portuguesa de Cristóbal Colón basándose en el anagrama de su firma y rúbrica, así como en la utilización por su parte de algunos términos propios de la lengua lusa.

Pero la veta no termina aquí: por la patria chica de Colón contienden pueblos, ciudades y países de casi todo el orbe: Sevilla, Guadalajara, Plasencia, Vascongadas… Grecia, Inglaterra, Córcega, Noruega, Croacia…

De sus primeros años no se sabe casi nada, quizá por ello se han propagado tantas especulaciones sobre su origen. De su estancia en Portugal, muy poco; allí se casó, hacia 1480, con Felipa Monis Perestrello, con quien tuvo a su hijo Diego. El padre de ella era un personaje con cierto mando en la pequeña isla atlántica de Porto Santo, lo que indica que, en aquel entonces, el futuro Almirante disponía de alguna posición económica, fruto quizá de su dedicación al comercio marítimo.

Y si incierto y alternativo se ha presentado el camino para encontrar el lugar de nacimiento de quien un día arribó, primero a Portugal luego a Castilla, con sus teorías sobre la redondez de la tierra —quizá sustentadas en relatos de un marino moribundo que había conocido en Porto Santo, donde era familiar la creencia en islas desconocidas en el Atlántico— y, en consecuencia, el hallazgo de una ruta hacia las Indias (las tierras de las codiciadas especias, cuyo comercio terrestre hacia Occidente impedían los árabes) navegando siempre con rumbo Oeste, tampoco se ve con claridad cuál es el lugar definitivo donde reposan la totalidad de sus restos mortales.

En 2006, después de haberse realizado diversas pruebas antropológicas, se confirmó que algo menos de 250 gramos de sus huesos se hallan en la Catedral de Sevilla, a donde habían sido trasladados en 1898 después de la pérdida de Cuba.

¿Y el resto? Tras el fallecimiento del Almirante el 20 de mayo de 1506, en Valladolid, fue sepultado en el convento de San Francisco de esa ciudad, siendo trasladado su cuerpo en 1509 a la Cartuja de las Cuevas, en Sevilla. Años después, en 1536, su nuera, María de Toledo, esposa del primogénito Diego Colón, obtuvo del emperador Carlos I de España y V de Alemania la autorización para que los restos mortales fueran trasladados a la isla de

Santo Domingo, de acuerdo a la voluntad del finado expresada en su testamento, en el cual pedía ser enterrado «en la vega que se dice de la Concepción, donde yo invoqué a Dios». Allí son llevados —quizá antes de 1539— para permanecer en la Capilla Mayor de la Catedral por espacio de dos siglos y medio, junto con los de su hijo Diego y los tres vástagos de este, hasta que, en 1795, cuando el débil Carlos IV cede a Francia por el Tratado de Basilea una parte de la isla (Haití), se trasladan a la vecina Cuba, a donde llegan el 15 de enero del año siguiente, siendo instalados en la Catedral de La Habana.

No obstante, en 1877, con ocasión de una serie de reformas que se estaban llevando a cabo en la Catedral dominicana, apareció un cofre que, supuestamente, guardaba los despojos del navegante, puesto que mostraba la siguiente inscripción: «Ilustre y esclarecido varón don Cristóbal Colón, descubridor de América, primer Almirante». Por eso, se cree que su cuerpo se halla repartido entre la citada osamenta que alberga la Catedral de Sevilla y, tal vez, el sepulcro descubierto en la de Santo Domingo. Pero todo ello no se ha podido comprobar fehacientemente porque, hasta ahora, no se ha obtenido autorización para exhumar los restos dominicanos.

Por tanto, el enigma sobre el paradero definitivo de los restos mortales de quien no pudo dar nombre al Nuevo Continente porque nunca quiso admitir que lo había descubierto, y tuvo que conformarse con dárselo a un nuevo país (Colombia) y a dos regiones de Norteamérica (la Columbia Británica en Canadá y el Distrito de Columbia en Estados Unidos), sigue pendiente de resolver.

EL ORIGEN DE CERVANTES, «UN LUGAR DE CUYO NOMBRE…» NO QUISO ACORDARSE

Aunque no existe certeza, se ha venido afirmando que Miguel de Cervantes Saavedra nació en Alcalá de Henares (Madrid), donde, en la parroquia de Santa María la Mayor, fue bautizado el 9 de octubre de 1547, tal como reza su Partida de Bautismo:

> Domingo, nueve días del mes de octubre, año del Señor de mil e quinientos e quarenta e siete años, fue baptizado Miguel, hijo de Rodrigo Cervantes e su muger doña Leonor. Baptizóle el

Reverendo señor Bartolomé Serrano, cura de Nuestra Señora. Testigos Baltasar Vasques, Sacristán, e yo, que le bapticé e firmé de mi nombre. Bachiller Serrano.

Se desconoce el día exacto de su nacimiento, aunque es probable que fuera el 29 de septiembre, festividad de San Miguel Arcángel, dada la tendencia que existía en aquel entonces a recibir el nombre del santoral. Fue el cuarto hijo de los siete que tuvieron sus padres, el cirujano barbero Rodrigo de Cervantes Saavedra y su mujer, Leonor de Cortinas.

A Alcalá de Henares también le une una relación de cautivos impresa en Granada en 1581 y hallada en 1748 por Juan de Inciarte en la Biblioteca Real; en ella constan 185 prisioneros rescatados de Argel el año anterior, figurando entre ellos un tal «Miguel de Cervantes, de 30 años, natural de Alcalá de Henares». Según la «Historia de Argel», del P. Haedo, se trataba de un «hidalgo principal» procedente de dicha ciudad universitaria. Este dato fue confirmado por Mayans, Martínez Pellicer y Pingarrón, quien, a mediados de 1752, halló la susodicha Acta Bautismal de 1547. No obstante, en ella no aparece el apellido Saavedra y además el nombre de pila fue añadido al margen con posterioridad, lo que resta credibilidad al documento.

Hasta otras siete, e incluso ocho villas —como las que en la antigua Grecia compitieron por Homero—, se disputan el honor de ser la cuna de Cervantes: Madrid (donde le situaba su adversario, Lope de Vega, en *Laurel de Apolo*), Toledo (según Andrés de Claramonte y Corroy, cuando aún vivía D. Miguel, en 1613), Esquivias (de donde era natural su esposa doña Catalina Palacios Salazar), Sevilla (por afirmar Cervantes en el Prólogo para sus *Comedias* que siendo muchacho vio representar a Lope de Rueda, que era sevillano), Lucena (por existir aquí dos Actas Bautismales con el apellido Saavedra, aunque datan de 1556 y 1563 y en ninguna consta Cervantes), Consuegra (donde apareció una Partida Bautismal de un tal Miguel, nacido el 1º de septiembre de 1556, hijo de Miguel López de Cervantes y María Figueroa, en cuyo margen se anotó «El autor de los Quijotes») y Alcázar de San Juan (donde también apareció otro documento sobre un niño de nombre Miguel, hijo de Blas Cervantes Saavedra y Catalina López, con la inscripción «ese fue autor de la Historia de Don Quijote»).

A estas ocho candidatas —contando Alcalá— hay que añadir, desde hace ya varios años, la localidad de Sanabria, puesto que en un documento encontrado por César Brandariz en la Academia de la Historia, Cervantes se autodenomina «sanabrio». En favor de esta hipótesis juega también el hecho de que en esa comarca de Zamora abundan los topónimos y apellidos cervantinos, así como los paisajes que aparecen en El Quijote, como ya había señalado otro investigador, el profesor vallisoletano Lorenzo de Prada.

Esta polémica, como indicaba Brandariz en declaraciones al diario *ABC* el 8 de febrero de 2011, quizá no se resuelva nunca, ya que «hasta el Concilio de Trento no se comienzan a hacer las inscripciones de bautismo, matrimonio y defunción», e incluso «Felipe II se ve obligado a dictar un decreto en 1562 o 1563 para que sea obligatorio. Algo que en ciertas zonas como Galicia o León se sigue sin cumplir cuando nace Cervantes».

Por otra parte, tampoco el propio interesado aclaró nunca su lugar de origen, quizá por contar con antecedentes judeoconversos que no quería desvelar. En favor de esta tesis se ha pronunciado recientemente el libro del leonés Santiago Trancón, *Huellas judías y leonesas en El Quijote*, publicado en 2014. A través del análisis pormenorizado de numerosas citas de la inmortal obra, demuestra palpablemente tanto el origen leonés de Cervantes como su ascendencia judía, animado, según el propio autor señala, por aquellas palabras del Ingenioso hidalgo: «El tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no saque a la luz del sol aunque esté escondida en los senos de la tierra» (*Quijote* II, 25).

Por los frecuentes viajes y traslados de su padre, Miguel estudió en Madrid, Valladolid, Sevilla y Córdoba. En sus años de juventud fue muy aficionado al teatro, como afirma por boca del hidalgo manchego en el capítulo XI de la II parte de la obra cumbre de la Literatura universal, dedicado a la Carreta de las Cortes de la Muerte: «… desde mochacho fui aficionado a la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula».

En 1571 combatió contra los turcos en la batalla naval de Lepanto, como soldado de la armada cristiana que mandaba don Juan de Austria. Fue herido en el pecho y en una mano, que le quedó inutilizada, de donde

procede su apodo «el Manco de Lepanto», ganado «… en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes ni esperan ver los venideros». (Del Prólogo a la II Parte de *El Quijote*).

Cuando regresaba a España desde Nápoles, fue apresado por los turcos junto con su hermano Rodrigo, a la altura de la actual Costa Brava, y llevado a Argel, donde permaneció cautivo durante cinco años e intentó escapar al menos en cuatro ocasiones. Al cabo de ese tiempo, pudo regresar a España merced al rescate que por él pagaron los frailes trinitarios, quienes en ocasiones también se intercambiaban ellos mismos por prisioneros.

En 1584 se desposó con Catalina de Salazar y Palacios, mujer muy joven que contaba apenas 20 años de edad. Fue internado en 1597, en la Cárcel Real de Sevilla, acusado de haberse apropiado de dinero cuando ejercía el oficio de recaudador de impuestos, siendo lo cierto que la quiebra del Banco donde había depositado la recaudación le impidió devolver los fondos. Pero el destino le guardaba la gran ironía. Como afirma en el Prólogo de la inmortal obra, ésta «se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación».

En 1605 se publica la primera parte de «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha», que marcó el comienzo del género literario denominado novela, en concreto, novela polifónica, que incluye épica, lírica, narrativa.

La segunda parte aparece en 1615, obligado a desmentir El Quijote apócrifo que había publicado un tal Avellaneda, quien no supo ni de lejos manejar los personajes ni tampoco la trama de la obra. Antes, en 1613, habían aparecido las *Novelas Ejemplares*, un conjunto de doce narraciones breves, algunas de ellas escritas bastante tiempo atrás.

Al año de su muerte, que había ocurrido el 22 de abril de 1616, «no el 23» (como corrige Martín de Riquer, pero las fechas se forzaron para que coincidiera con la de Shakespeare), se publica su obra póstuma: *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, en cuya dedicatoria al VII Conde de Lemos, mecenas a quien así mismo había dedicado la segunda parte de El Quijote, parecía aventar la muerte:

Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,

gran señor, ésta te escribo.

El propósito inicial de Cervantes al escribir *El Quijote* fue ridiculizar y denostar los libros de Caballerías a partir de la historia de un hidalgo que pierde el juicio con la lectura persistente de estas aventuras, porque termina impregnándose de todo lo que había aprendido «en sus libros mentirosos». Pero, a medida que la novela fue desarrollándose, el «Príncipe de los Ingenios», terminó creando todo un reflejo de la sociedad de su tiempo y el alma humana en esa gran Biblia de lo profano.

LA ENTREVISTA ENTRE ATILA Y EL PAPA LEÓN I

Corriendo el año 452 d. C., Atila, rey de los hunos, aquella horda bárbara encarnación de la fiereza, después de arrasar toda Italia ganándose el sobrenombre de «el azote de Dios», según la leyenda, llega a las puertas de Roma y establece su campamento a orillas del Tíber, si bien el hecho histórico que vamos a narrar tuvo lugar en el norte de Italia, cerca de Mantua.

Al día siguiente, *prima luce*, o sea, al alba, sus tropas se entregarán al pillaje y al saqueo de la Ciudad Eterna. El miedo, apoderado de los corazones, se propaga como un trueno en la noche.

Aguas abajo, por el río, se aproxima una humilde embarcación que delata una exigua lucecita en su mástil. No pretende navegar de incógnito, sino anunciar que vienen seres humanos. El cuerpo de guardia deja que se acerque a la orilla y, en cuanto lo hace, ponen sus armas en el pecho y la cabeza de los dos hombres que viajan a bordo. Uno, es el Obispo de Roma, san León I el Magno; el otro, un religioso asustado. El pontífice se identifica y ruega parlamentar con Atila.

Informado, el terrible bárbaro da su consentimiento por el respeto supersticioso que siente ante los representantes de las divinidades y ambos, a solas, conversan durante unas tres horas. Al clarear el cielo, Atila da orden de levantar el campamento y partir. Roma se ha salvado.

¿Qué pudo decirle aquel hombre desarmado al más fiero de los salvajes guerreros para convencerle de que no arrasara la Urbe?

No lo sabemos, porque estamos ante uno de los mayores enigmas de la Historia. Solo podemos hacer conjeturas fundadas en la superstición del personaje, pero teniendo en cuenta que estamos ante quien gritaba: «¡Donde pisa mi caballo no vuelve a nacer la hierba!», alguien despiadado que no atiende a razones, acostumbrado al ejercicio de la fuerza bruta. Es más, según se cuenta, llegó a matar con la espada a su propia hija porque se había convertido al cristianismo, aunque también dicen que, luego, se arrepintió. ¿Fue este arrepentimiento el que había dejado su voluntad a merced de los hombres de Dios?

Otros comentan que quizá el Santo Padre pudo haberle ofrecido indulgencias sin par —incluso la salvación eterna— si no arrasaba Roma. También se habla de un fuerte tributo, pero es una suposición ridícula porque Atila podía haber tomado entre los despojos de Roma cuanto hubiera querido.

No obstante, existe un rumor sobre un posible documento, encontrado hace unos 40 años en el Vaticano, que trata sobre el pacto suscrito por León I y Atila en aquel entonces; pero, solo es eso, una conjetura de las muchas que rodean los famosos secretos de la Iglesia.



Fresco *El encuentro entre León Magno y Atila*, de Rafael, 1513-1514.

Hablando de leyendas, existe otra que inspiró el cuadro de Rafael Sanzio *El encuentro entre León Magno y Atila*, basado en la aparición de san Pedro y san Pablo en el cielo armados de espada durante la entrevista, lo que pudo provocar el miedo en aquel corazón de piedra, fiero pero supersticioso.

El temor a lo sobrenatural es probable que sea la explicación al enigma de porqué el papa paró los pies al rey de los hunos.

LAS PALABRAS DESDE LA LUNA QUE NO SE OYERON EN LA TIERRA

Neil Armstrong, nacido el 5 de octubre de 1930, fue el primer humano que pisó la Luna, el 20 de julio de 1969, al descender a la superficie de nuestro satélite de plata desde el módulo lunar *Eagle*, que transportado por el cohete Saturno V en la misión Apolo XI había alunizado en el lugar denominado «Mar de la Tranquilidad». Tras dejar la huella eterna —no se borrará nunca porque en la Luna no existe el viento— en la superficie lunar, su primera frase, que desató una polémica después de todo insustancial, se halla recogida en los archivos oficiales de la NASA: *That's one small step for man; one giant leap for mankind* («Este es un pequeño paso para el hombre, pero un gran salto para la humanidad»). Pero, hasta su muerte en 2012, a los 82 años, Armstrong siempre sostuvo que él había dicho *for a man* («para un hombre»), con lo que se hizo cuestión de gabinete de algo que, aunque cambiase el sentido de la frase, tampoco suponía nada de mayor trascendencia: se refiriese a sí mismo o al ser humano en general, solo se trataba de matices procedentes de una apreciación personal.

No obstante, expertos en fonética, después de escuchar cientos —o miles— de veces los archivos sonoros y de realizar análisis *in situ* —en el lugar del que era natural Armstrong—, concluyeron que la particular manera de pronunciar que tienen los habitantes de esa zona de Ohio suele fundir los lexemas *for* y *a* en *fora* (dijo *for a man*, pero se percibió *for man*, sin la *a*), por lo que terminaron dándole la razón. Y nada más.

Hubo otra frase, en el terreno de lo anecdótico, cuyo significado no comprendió nadie hasta que la explicó posteriormente. Se trataba de un

comentario dirigido a su antiguo vecino, el Sr. Gorsky, a quien de niño había oído que su mujer le decía que solo accedería a lo que le estaba pidiendo «cuando el hijo del vecino llegue a la Luna». Como acababa de cumplirse la condición, le deseaba buena suerte: *Good luck, Mr. Grosky*.

Anécdotas aparte, el misterio se hizo durante su paseo lunar con el otro astronauta que descendió del módulo, Edwin (llamado Buzz) Aldrin, después de clavar la bandera de su país, cuyo trapo sostenía un travesaño simulando ondear al viento —de ahí la crítica de los escépticos ante la llegada del hombre a la Luna porque en nuestro satélite no existe ese fenómeno atmosférico—. Mientras conversaban con el centro de seguimiento en Houston, y los que ya peinamos canas lo seguíamos en directo, se cortó repentinamente la comunicación durante unos minutos. No se dio ninguna explicación. Solo tiempo después se oyeron razones ridículas: como los chinos estaban escuchándolo todo en plan espionaje, fue necesario cambiar de frecuencia y la comunicación se cortó.

Circula en YouTube junto a la grabación del paseo espacial la supuesta conversación censurada que mantuvieron ambos compañeros mientras caminaban por la superficie lunar. Pero es un montaje fácilmente reconocible si se compara con el fragmento que existe antes de que Houston cortara la señal, ya que se trata de voces muy diferentes que, además, utilizan vocabulario militar, algo que la NASA nunca empleó en ninguno de sus vuelos tripulados, y se escuchan disparos y una explosión al final, por lo que parece sacada de algún videojuego. He aquí el diálogo, supuestamente censurado:

ARMSTRONG: ¡Pero! ¿Qué es eso?

ALDRIN: ¿Tienen alguna explicación?

HOUSTON: No la tenemos, ¡no se preocupen, sigan con el programa!

ARMSTRONG: ¡Oh chico! Hay algo realmente fantástico aquí. ¡Usted, usted… nunca podrá imaginar algo así!

HOUSTON: Entendido, ya sabemos de eso, ¿puede ir hacia el otro lado? ¡Vaya hacia el otro lado!

ARMSTRONG: ¿Pero qué tipo de maravilla es esto? ¡Es increíble! …Dios… ¿qué es eso? Dime, ¿qué demonios es eso? ¿Me dices qué demonios es eso?

HOUSTON: ¡Cámbiese a frecuencia Tango, Tango!

ARMSTRONG: ¡Ah, ahora hay algo como una luz allí!

HOUSTON: Entendido, lo sabemos, estamos perdiendo la comunicación. Bravo Tango, Bravo Tango, seleccione Jezebel, Jezebel!

ARMSTRONG: … ¡Sí! ¡Ah!… ¡Pero todo esto es increíble!

Esta es la versión oficial, es decir, la conversación que se escuchó desde la Tierra:

ARMSTRONG: Todo está bien.

ALDRIN: Un paso fuera del módulo.

ARMSTRONG: Este es un pequeño paso para (un) el hombre pero un gran salto para la Humanidad.

ALDRIN: Aquí es realmente bello, parece un desierto de los Estados Unidos. Es un poco diferente pero es muy bello.

Ahí se cortó la señal. El enigma, por tanto, es ¿qué dijeron mientras no se oía la conversación? ¿Por qué cortó Houston el sonido?

También existe en internet una supuesta conversación del centro de control con los tres astronautas que componían la misión: Neil Armstrong, Edwin «Buzz» Aldrin y Michael Collins, cuyas iniciales responden a las tres primeras letras del alfabeto si del segundo tomamos el apodo en lugar del apellido; si optamos solo por este, tendremos: A A C; un detalle para la especulación si nos preguntamos por qué se dio esa coincidencia: ¿Predestinación o azar?

El diálogo fue registrado por Otto Binder, técnico de la NASA, y en él hablan de ovnis y extraterrestres que les observan desde la Luna, en la que ya debía hacer tiempo que estaban. La transcribimos a continuación para los amigos de lo incierto:

NASA: ¿Qué pasa ahí? Control de la misión llamando a Apolo XI.

APOLO XI: Están aquí, bajo la superficie.

NASA: ¿Qué está diciendo?

APOLO XI: Estos «chicos» son gigantescos señor. ¡Enormes! ¡Dios mío, usted no lo creería! ¡Les digo que hay otra nave espacial aquí, situada al otro lado del cráter! ¡Están en la Luna, mirándonos…!

NASA: ¿Qué…? ¿Qué diablos pasa?

> APOLO XI: Estamos los tres aquí. Pero hemos encontrado visitantes… Por las instalaciones, parece que han estado aquí desde hace mucho tiempo… Digo que ahí fuera hay aparatos espaciales. Están alineados al otro lado del cráter…

«Buzz» Aldrin, el segundo hombre que pisó la superficie lunar, confesó —según un periodista boliviano, Eduardo Ascarrunz, que publicó un libro en 2010, más de cuarenta años después de los hechos— que vio un objeto volador no identificado junto a la nave Apolo XI. La información se la había proporcionado el propio astronauta al periodista hacía ya diez años, pero según dice este, ha estado esperando hasta que ha visto al mundo preparado para digerir la noticia. Por lo que suena «un poco» a fábula. Este es el supuesto dialogo con la base:

> ALDRIN: «Te estoy diciendo que aquí afuera hay otra nave espacial. Ellos están al otro lado del cráter».
>
> HOUSTON: «¿Ustedes han conseguido filmar?».
>
> ALDRIN: «Ningún filme por el momento, las cámaras están fotografiando otros objetivos. Ellos están ahí abajo, están acercándose a la Luna junto a nosotros, viéndonos».
>
> HOUSTON: «¿Que los están viendo?».
>
> ALDRIN: «Sí, no estamos solos».

En sentido contrario, existe otra información manteniendo que Aldrin no solo observó el fenómeno mediante el telescopio de a bordo, sino que llegó a filmarlo. El propio astronauta presentó en el canal de televisión *Science* el video captado durante su aproximación a la Luna, en el cual aparece un objeto muy extraño que acompaña a la nave Apolo, lo que volvió a traer el tema a la actualidad después de 43 años.

Según el Dr. Vladimir Azhazha, presidente del Centro de Ovnis de Moscú «Neil Armstrong transmitió al Centro de Control en Houston un mensaje donde informaba que dos objetos grandes y misteriosos les observaban cuando alunizaron», y que incluso Aldrin realizó una grabación de los ovnis desde el interior del módulo.

Como confirmó en febrero de 2016 Donna Hare, que trabajó en los años 70 para la NASA en el Houston Johnson Space Center y tuvo acceso a informaciones confidenciales, conoció a uno de los astronautas del Apolo —no confirma a quién— durante la cuarentena —el tiempo que pasan

aislados tras su regreso a la Tierra— y le oyó decir que había visto ovnis sobre la Luna cuando descendieron a su superficie. Ella misma había observado fotografías en las que aparecían ovnis, pero eran trucadas antes de publicarlas para eliminar su presencia. Y añadió que tenía miedo «porque se pidió a los astronautas que estuvieran callados. Mi jefe sabía de esto. Yo, antes, no. Unas personas saben de esto y otras no».

La única prueba que aporta para demostrar lo que dice es su palabra, sin ningún tipo de documento gráfico o sonoro, por lo que su revelación no tiene por qué ser creíble.

Testimonios de astronautas de esta y otras misiones —la última fue el Apolo XVII— relacionados con la presencia de ovnis en la Luna, abundan en las páginas de internet alimentando el misterio. Creer que no son auténticos o que sus autores están confesando la verdad es cuestión de cada cual. Si esos seres están ahí fuera o aquí dentro, ya hace tiempo que podían haberse manifestado claramente, pretendan o no colonizarnos de una manera más o menos amistosa.

De momento, el fenómeno ovni sigue siendo ese apasionante misterio sin resolver.

LOS GRAMOS QUE PESA EL ALMA

Está comprobado científicamente que el cuerpo antes de morir pesa una determinada cantidad y después de la muerte ha perdido alrededor de 21 gramos. Así lo sostenía el doctor Duncan Mac Dougall en su «Teoría del peso del alma», formulada en 1907.

Los primeros antecedentes datan de 1854 cuando el fisiólogo alemán Rudolf Wagner planteó en un congreso celebrado en Gotinga (Alemania) su ponencia «Sobre la creación del hombre y la sustancia del alma», proponiendo ponderar la sustancia inmaterial que compone el alma de acuerdo a la doctrina cristiana.

Basándose en esta suposición, el citado doctor Mac Dougall, que ejercía en Haverhill (Massachusetss), publicó en 1907 un artículo en la revista *American Medicine* titulado «El alma: hipótesis sobre la sustancia del alma junto con una evidencia experimental de la existencia de dicha sustancia»,

de lo cual se infería que el alma era algo material y poseía una determinada masa.

Su experimento era bien sencillo. Colocaba enfermos terminales en una cama especial construida por él mismo, muy sensible a las variaciones de peso, y medía la masa antes, durante y después de la muerte. El procedimiento lo llevó a cabo en un asilo de ancianos, donde los fallecimientos eran más frecuentes. Y, sorprendentemente, siempre se obtenía idéntico resultado: en todos los casos, tras producirse el óbito, los cuerpos pesaban tres cuartos de onza menos que antes de morir, es decir, 21,262124234 gramos, dado que 1 onza *avoirdepuis* (la de uso común) equivale a 28,349523125 gramos.

Si bien dicha pérdida de peso podía obedecer a factores fisiológicos como la expiración del aire residual de los pulmones, y aunque de los seis casos observados solo pudo obtener datos de cuatro de ellos, en virtud de que practicó la misma prueba en perros y no se apreció ninguna pérdida de peso, Mac Dougall concluyó que solo se da el caso en los humanos porque los animales no tienen alma.

Por supuesto que su fantástica teoría alcanzó un enorme eco, siendo publicada nada menos que en *The New York Times*. Envalentonado, el científico intentó captar el alma a través de rayos X, afirmando que había logrado visualizarla en varios individuos moribundos.

No obstante, otros científicos han propuesto explicaciones más racionales a dicha pérdida de masa, que efectivamente se produce. En concreto, puede deberse, según argumentaba Augustus P. Clarke, a un repentino aumento de la temperatura corporal en el instante de la muerte debido a que los pulmones cesan en el enfriamiento del aire, con lo que se produce una sudoración que evacúa agua del cuerpo en esa cantidad, lo cual no sucede en los perros porque estos carecen de glándulas sudoríparas.

Otros científicos, como los doctores Francis Crick y Jame Watson, descubrieron, ya en 1952, que al tener lugar el fallecimiento desaparecen determinadas estructuras neuronales, lo que puede contribuir a dicha pérdida de peso, aunque la masa de las mismas no es medible.

Sea como fuere, no puede dejar de sorprender la coincidencia en los aproximadamente 21 gramos de pérdida de masa corporal que se produjo en

varios de los pacientes con los que se llevó a cabo el experimento.

Sea alma para los creyentes o sea cuerpo para los escépticos, con alma o sin ella, no dejamos de ser materia que ni se crea ni se destruye sino que se transforma en energía. Así que ¿a dónde vamos y de dónde venimos? sigue siendo, ayuno de respuesta absoluta y definitiva, la gran incógnita y el gran enigma de este mundo.

LA LUZ AL FINAL DEL TÚNEL

Un túnel en el que se observa una luz brillante al fondo, sensación de paz y tranquilidad, recordar toda la vida en un instante, encontrarse con parientes ya muertos… constituyen los elementos más característicos de las llamadas Experiencias Cercanas a la Muerte (ECM), relatadas por personas que han estado próximas a abandonar la vida y se han recuperado, han «regresado», como usualmente se dice.

Hasta no hace mucho, era frecuente la creencia de que, a punto de morir, el alma o la mente (el espíritu) abandonaba el cuerpo y, progresando por sí misma, vivía una serie de episodios paranormales.

Fenómenos similares aparecen descritos a lo largo de la Historia, por ejemplo en el *Libro de los Muertos* del Antiguo Egipto o en los *Diálogos* de Platón, que hablan de un hoplita —soldado de infantería— llamado Er, que cuando su cadáver iba a ser quemado, despertó, revivió, narrando las experiencias que había tenido mientras le «duró la muerte»: visitar el sitio donde tiene lugar el juicio de las almas de los que ya han fallecido y regresar para contarlo.

Más recientemente, en el siglo XVI, el pintor flamenco Hieroymus Bosch, conocido en España como El Bosco, y considerado uno de los precedentes del surrealismo o movimiento artístico que pretende captar el mundo de los sueños, representó en uno de sus cuadros el viaje de los muertos conducidos por ángeles hacia un túnel en cuyo final se observa una luz cegadora. Siempre es la luz lo que está al final.



La Ascensión al Empíreo, uno de los cuatro postigos de El Bosco cuyo tema era la visión del más allá circa 1490.

Fue en 1975, a partir de la publicación del libro «Vida después de la vida», obra del psiquiatra estadounidense Raymond Moody, cuando en

nuestro tiempo se despertó el interés por esta serie de fenómenos enigmáticos. En general, el libro incidía en los acontecimientos relatados, experiencias comunes de las ECM: sensación de ingravidez y bienestar, sosiego, abandono del cuerpo, encuentros con muertos queridos, visión de la vida en un instante y, por supuesto, la luz cegadora al final de túnel.

Poco después, en 1983, otro psiquiatra, el Dr. Bruce Greyson, de la Universidad de Virginia (USA) elaboró una escala para valorar esta experiencias (las ECM) según cuatro planos: cognitivos, como la revisión total y rápida de la propia vida; afectivos, entre los que se halla la sensación de paz y felicidad; paranormales, como las experiencias vividas al abandonar el cuerpo físico, «la cárcel del alma»; y, por último, los trascendentales encuentros con seres que han abandonado ya nuestro mundo, residen en el otro y salen o vienen a buscarnos.

El fenómeno captó una gran cantidad de adeptos en todo el mundo. ¿Quién no quiere saber de su propia muerte? En 1996, a través de internet, se crearon varias webs que trataban de este misterioso asunto, llegando a contar con millones de seguidores en todo el orbe.

Pero, en 2011, la ciencia dio al traste, es decir, se impuso sobre la especulación pseudocientífica, tan común en nuestro tiempo para intentar explotar esas ansias de saber de lo enigmático con las que nacemos los seres humanos. Muchas veces, solo se necesita una historia bien construida, con visos de realidad, para que enseguida surjan tanto los más acérrimos defensores como encendidos detractores.

Un estudio publicado ese año en la revista *Trends in Cognitive Sciences,* afirma que no existe nada paranormal en las ECM, sino que son experiencias dentro de la normalidad que se producen al sufrir el individuo una situación fuertemente traumática, un tanto similar al síndrome que ya había sido descrito en el siglo XIX por el neurólogo francés Jules Cotard, y que lleva su nombre, según el cual, los pacientes llegan a creer que están muertos e incluso que su cuerpo se encuentra en proceso de descomposición.

Respecto a las llamadas experiencias extra corporales, en las que el difunto parece salir de su cuerpo y viajar por el exterior, existe un paralelismo con la fase REM del sueño, en la cual hay personas a las que,

poco antes de despertarse, les parece que están flotando en el aire e incluso llegan a caerse de la cama. Estas situaciones también pueden tener lugar cuando se produce una parálisis del sueño y el sujeto, aun siendo consciente del entorno que le rodea, no consigue despertarse.

En cuanto al típico fenómeno de la luz al final del túnel, también se explica con argumentos científicos, que tienen que ver con la llegada de menor cantidad de flujo sanguíneo y, en consecuencia, de oxígeno al ojo en una situación corporal cercana a la muerte. También se ha comprobado un síndrome parecido en los pilotos de aviones sometidos a altas fuerzas G, que llegan a perder la visión central en la mácula de la retina y creen ver algo parecido a un túnel durante escasos segundos: seis, siete u ocho.

El paso de toda la vida en un instante, como señala Caroline Watt, una de las firmantes de dicho estudio científico, puede estar relacionado con la segregación de noradrelina, una hormona del sistema nervioso central y periférico que se libera descontroladamente cuando se produce una situación fuertemente traumática, aumentando la presión arterial y el ritmo cardíaco, es decir, el estrés.

En cuanto al encuentro con criaturas angélicas, espíritus de familiares ya fallecidos y demás, el citado estudio científico, que ha venido a arrojar la luz —nunca mejor dicho— sobre este túnel de supersticiones, sostiene que puede guardar relación con patologías cerebrales similares a las que sufren los pacientes de Parkinson o Alzheimer, así como con la degeneración macular antes comentada, que podría contribuir igualmente a que se produjeran las visiones fantasmagóricas.

En definitiva, la ciencia ha querido dejar claro la imposibilidad para el ser humano, ni para ninguna criatura, de regresar de la muerte, el viejo sueño de todos los tiempos, cuya ejecución continúa siendo, pues, un misterio imposible de resolver.

LA REENCARNACIÓN

Lo que para unos es trapo para otros es bandera. Lo que suena a cuento fabuloso puede dar más de una sorpresa:

Presente la reencarnación en las religiones más antiguas, como la hinduista, budista y taoísta, al igual que en otras tribales de África y Oceanía, ha sido rechazada tanto por el monoteísmo como no digamos por la ciencia, habiendo quedado reducida, pues, a las culturas orientales, en las que se considera un proceso a través del cual el alma termina alcanzando la perfección después del paso por distintos estratos con el fin de ir superando, cada vez, un estado de conciencia más elevado.

Así, cada nueva vida que vivimos se halla mediatizada por los actos y experiencias de la pasada, que es la que determina la forma de existencia en la siguiente reencarnación. Es lo que se conoce como «Teoría del karma», según la cual la vida forma parte de un ciclo continuo que termina en la perfección absoluta. Lo que los budistas llaman el *Nirvana*, un estado en el que no existe sufrimiento después de la muerte (momento en el que se alcanza el *Paranirvana*), al cual se llega a través de una rueda de nacimientos y reencarnaciones, el *Mandala*, que transforma al sujeto en un *bodhisattva*, aquel que sigue especialmente el camino de Buda («El Iluminado», «El Despierto») porque posee ya el conocimiento y el estado de perfección absoluto. Un ejemplo viviente se considera en El Tíbet la figura del Dalai Lama, cuya 14ª reencarnación representa Tenzin Gyatso desde niño, a partir de los 49 días posteriores a la muerte de su predecesor, período en el que, según la doctrina budista, existimos en el *bardo*, estado intermedio entre la muerte y el renacer.

Científicos como el canadiense Ian Stevenson, Dr. en Psiquiatría de la Universidad de Virginia (EEUU), han estudiado numerosos casos de niños de corta edad que parecían recordar experiencias de otras vidas, es decir, de personas ya fallecidas. Por eso, a pesar de que no se crea en la reencarnación, es difícil explicar algunos casos que se han dado en nuestro tiempo, como estos:

La niña hindú Swarnlata Mishra, nacida en 1948, sorprendía desde pequeña con sus extraños recuerdos. En 1959, con 11 años, aportó datos que permitieron dar con la casa donde habitó una mujer llamada Biya Pathak, la cual decía haber sido ella en su anterior vida. Lo sorprendente era que había fallecido en 1938, o sea, 10 años antes de que naciera la

muchacha. Nadie ha podido explicar por qué reconoció a su antiguo esposo y, además, ¡que tenía escondidas 1200 rupias en una caja!

Otro caso inexplicable es el documentado por el psicólogo Peter Ramster de Sidney, autor del libro «En busca de vidas pasadas», publicado en 1990. Ya en 1983, a través de un documental para televisión, cuatro mujeres de Sidney, hipnotizadas, que nunca habían salido de Australia, dieron detalles sobre sus vidas pasadas, que se comprobaron trasladándose con las cámaras y testigos fiables a sus antiguos países europeos, en la otra parte del Globo; entre ellas, Gwen Mc Donald, que dijo haber sido Cinthya Henderson, recordó su vida durante la Revolución Francesa a través de varios detalles: habló en francés utilizando el dialecto de la época, conocía los nombres de calles que habían sido cambiados…

En la India, Santi Devi, de Nueva Delhi, a la edad de 4 años, recordaba en 1930 detalles sobre ropa, comidas, personas, lugares, que sorprendieron a sus padres. Recordó haber sido Lugdi, que vivía en Muttra, y haber tenido un hijo llamado Kedar Nath que murió a los diez años, hecho que pudo comprobarse, y hablaba de cosas que hicieron juntos, recordaba la disposición de los muebles en la casa donde vivió, que había guardado 150 rupias en un rincón, algo que su esposo confirmó porque lo había encontrado él, e identificó a los padres de Lugdi entre muchas personas.

Solo indicar que los citados doctores han sido reconocidos por sus colegas como profesionales serios, que han dedicado muchos años al estudio de estos casos.

LA CRIOPRESERVACIÓN Y LA RESURRECCIÓN

Volver de la muerte constituye la eterna obsesión del ser humano. ¿Podrá algún día la ciencia regresarnos a la vida? En ello se confía por medio de los avances de la medicina, la nanomedicina y la bioingeniería avanzada en la regeneración molecular de órganos y tejidos necrosados.

De ahí que, para que pueda existir una mínima posibilidad de recuperar la vida, hayan surgido técnicas como la criónica o conservación de los cadáveres por medio del frío en espera de que sea posible algún día, año o

siglo, el «milagro» científico de devolver a la vida a quienes esta ya les ha abandonado.

La criónica que a menudo se denomina erróneamente criogenia, es una práctica funeraria que consiste en criopreservar o conservar mediante el frío (del griego *kryós*), cadáveres de animales o de seres humanos.

No obstante, existen muchas objeciones a este método, la principal es que se duda que las estructuras cerebrales permanezcan ilesas, ya que pueden existir daños neuronales producidos por la formación de cristales de hielo. El factor clave es, además, que la memoria debe permanecer intacta para que el individuo resucitado se reconozca a sí mismo.

Para evitar las lesiones cerebrales causadas por la falta de riego sanguíneo una vez que se produce la parada cardiorrespiratoria final, debe practicarse la criopreservación en los primeros minutos posteriores al óbito, como recomiendan los expertos, por lo que no en todos los casos es posible recurrir a este sistema de espera para la conservación del cuerpo.

El primer paso consiste en efectuar maniobras o masajes cardiacos sobre el fallecido para que la sangre siga circulando, al tiempo que se induce la hipotermia, es decir, se baja la temperatura para que desciendan así las reacciones químicas. A 10 ºC se introducen en las venas y arterias sustancias crioprotectoras a fin de que no se formen cristales de hielo dentro de las células. A continuación, se baja la temperatura por debajo de 0 ºC. A -130 ºC se paran todas las reacciones bioquímicas. Por fin, se hace descender hasta -196 ºC, que es la temperatura del nitrógeno líquido, y la persona sin vida es introducida dentro del tubo o termo Dewar, donde esperará que la ciencia le «resucite».

Un problema consiste en que los crioprotectores poseen sustancias tóxicas, además de que la velocidad de enfriamiento no es muy rápida al tratarse de un cuerpo humano —tamaño grande—. Hasta la fecha, los embriones humanos sí se han logrado reactivar, incluso los gusanos, pero las células humanas, a pesar de que en el microscopio electrónico se observan bien conservadas, no se pueden reactivar.

Una variante de este método *post mortem* es la neuropreservación, que consiste en congelar únicamente la cabeza, quizá una posibilidad no exenta de ciertos tintes macabros, puesto que de lograr la victoria frente a la

muerte habría que acoplarla algún día a un cuerpo extraño, ¿quizá de distinto sexo?

Entraríamos así en el terreno de los experimentos humanos que, desgraciadamente, no sería la primera vez que han tenido lugar a lo largo de la Historia.

También se habla de la transferencia mental, que consistiría en el escaneo de los contenidos de la memoria de un cerebro criopreservado.

Animados porque no hay nada que perder una vez que ya ha ocurrido lo peor, existen varias empresas que se dedican a estos servicios, como las norteamericanas Alcor Fundation Arizona, Trans-Time o Cryonics Institute; y, desde 2014, la española IE CRION (Instituto Europeo de Criopreservación), que fue la primera de Europa y la cuarta del mundo, por el módico precio, en nuestro país, de 36 000 euros (14 000 para mascotas, ellas también tienen derecho), barato, significando, como significa, el precio de la vida. No obstante, en España este proceso se halla en un vacío legal (es algo alegal, no todo está previsto) y no existe un centro de almacenamiento al igual que sucede en Gran Bretaña, donde en noviembre de 2016 saltó a la prensa el caso de una chica de catorce años, que logró ganar antes de morir una batalla judicial por su propia criopreservación, y su cuerpo ha sido trasladado a Estados Unidos, donde el número de «pacientes en espera» superaba ya, en esas fechas, los dos centenares.

LUGARES MISTERIOSOS

LOS MEGALITOS DE CARNAC, LOS ÚLTIMOS GIGANTES EN PIE

En la Bretaña francesa, en la localidad de Carnac, cuyo significado etimológico es «el lugar de los *carn*» (término celta que se empleaba para designar agrupaciones de piedras con sentido ritual), se encuentra el más impresionante conjunto megalítico (del griego *mega*: gigantes; *litos*: piedra) del mundo, sobre todo, por el número de sus alineamientos o disposiciones en hilera de menhires (en bretón, *men*: piedra; *hir*: larga), sus dólmenes (*dol*: tabla o mesa) y sus cromlechs (*crom*: círculo; *llech*: piedra, en galés).

Se conservan unos 3000 megalitos de los aproximadamente 10 000 que llegó a haber. Pero los más de 6000 años transcurridos desde que comenzó a levantarse el conjunto, han ido destruyendo, más por la mano del hombre que por la incidencia del tiempo, este impresionante conjunto prehistórico de aquella Europa que frisaba el Neolítico y la Edad de Bronce cuando en el Próximo Oriente y Egipto (el Creciente Fértil) ya se había entrado en la Historia.

Para los celtas, Carnac fue un lugar de culto que mereció todo su respeto. Pero otros pueblos más prácticos e indolentes, como los romanos, solo pensaron en servirse de sus piedras para pavimentar sus calzadas y construir sus *domus*. Otros, fanáticos, como los cristianos medievales y modernos, lo tomaron por restos de culturas heréticas a las que había que castigar con la desaparición y se ensañaron en lograrla. También la ignorancia de algunos amigos de lo esotérico se empeñó en encontrar signos ocultos entre las piedras y no dudaron en demoler y derribar lo que se les

puso por delante buscando lo que fuese para descubrir tesoros impensados o mensajes crípticos con los que hilvanar teorías descabelladas.

Fantásticas o no, las explicaciones a tan impresionante conjunto megalítico no han dejado de sucederse en esta área que, en origen, llegaría a abarcar unos ocho kilómetros en línea, de los cuales, hoy, solo pueden observarse menos de la mitad, unos tres.

Sobre el espacio, pueden distinguirse tres conjuntos de alineaciones:

- La de Le Ménec, situada al oeste de Carnac, que cuenta con una longitud de 1170 metros. Precedida por un crómlech semicircular, comprende un total de 119 menhires cuyas alturas oscilan entre los 80 centímetros y los 3,70 metros, correspondientes al Gigante de Le Ménec. Separado por la carretera, se encuentra Toul-Chignan, que es la prolongación de Le Ménec. Entre ambos, llegarán hasta 1,2 km de longitud.
- La de Kermario, a unos 250 metros de la anterior, donde se hallan los megalitos más grandes de todo el conjunto. Consta de 1029 menhires de entre 50 cm y más de 7 m de altura, repartidos en diez filas que ocupan una longitud total de 1120 m. Al igual que en Le Ménec, a medida que el alineamiento se acerca al Este, los megalitos son cada vez más pequeños. Al lado del *Gigante de Kermario*, cercano a los 7 m, se encuentra formando un cuadrado un recinto funerario delimitado por piedras de 1 m de altura, que se conoce como Le Manio.
- La de Kerlescán, la mejor conservada de todo el complejo, que, precedida por un cromlech semicircular, al igual que la primera, consta de trece filas en las que se disponen agrupados 594 megalitos en una longitud de 880 m.

Además de estas alineaciones, se hallan otras construcciones diseminadas sin orden aparente, destacando, entre todas, el gran túmulo de Saint-Michel, que cuenta con 120 m de longitud y 12 de altura, en cuyo interior dispone de varias cámaras funerarias. También destaca otra construcción de las mismas características, el túmulo de Kerkado, de dimensiones inferiores pero no modestas: 30 metros de diámetro y 3,5 de altura.

En cuanto al significado que podría tener este impresionante conjunto megalítico, parece claro que la función solar es la más evidente, estando relacionada con las posiciones del astro rey en determinadas épocas del año. Así lo propuso ya en el siglo XIX, Jacques Cambry, a quien siguió, en la centuria siguiente, Alfred Devoir sosteniendo que la alineación de Kermario tiene que ver con la salida del Sol en el solsticio de verano, mientras la de Kerlescán tiene relación con el mismo fenómeno en los equinoccios y la de Le Ménec con las fases intermedias. Lo más interesante es observar cómo los menhires, en cada una de las alineaciones citadas, se hallan dispuestos en orden decreciente, es decir, de mayor a menor altura.

Estas explicaciones dieron lugar a que el conjunto se tomase por una especie de calendario solar, que podría estar relacionado con las incipientes faenas agrícolas que comenzaban a desarrollarse por parte de estos pueblos. No obstante, parece una explicación demasiado simple para un conjunto tan impresionante. ¿Tanto esfuerzo a lo largo de miles de años era necesario para predecir la bondad de las cosechas? El menhir de Locmariaquer tiene unas 350 toneladas de peso. ¿Cuántos hombres a lo largo de cuántos días hicieron falta para disponerlo sobre el suelo? Demasiada desproporción entre objetivo y finalidad.

Abundando en ello, al inicio de los años 70 del pasado siglo, el británico Alexander Thom se inclinó porque Carnac se trataba de un observatorio lunar para predecir los eclipses, como lo demostraban algunos menhires alejados del conjunto, por ejemplo el de Quiberón, distante unos 15 kilómetros, que habría servido de lugar de observación para el punto extremo de declinación de nuestro satélite.

Otro tipo de explicaciones de carácter más trascendental se han propuesto para adivinar el significado de tan impresionante conjunto megalítico. Ya los antiguos druidas, la casta sacerdotal celta, tomó este lugar, milenios después de haberse edificado, por un santuario. ¿Fue esa la primitiva finalidad que aquellos magos adivinaron? No sería extraño, aunque, así y todo, los rituales no dejarían de estar relacionados con los astros del firmamento. Sin una finalidad mágico religiosa no se comprende semejante derroche de energía, teniendo en cuenta, además, que estamos hablando de pueblos prehistóricos.

Se ha dado igualmente una explicación funeraria a Carnac, partiendo de la palabra bretona Kermario, que significa «ciudad de los muertos», aunque hay que señalar que la presencia de los bretones en este lugar es muy posterior a la edificación del conjunto.

Un misterio, hoy por hoy imposible de averiguar, continúa abierto en Carnac.

EL CRÓMLECH DE STONEHENGE, UN GUIÑO AL SOL

El crómlech de Stonehenge («horca de piedra», según los sajones), enclavado en la llanura inglesa de Salisbury, condado de Wiltshire, al sur de Inglaterra, es un monumento megalítico formado por más de ochenta piedras gigantescas dispuestas en forma anular, en lo cual se halla la magia, el enigma y el misterio de su construcción.

En principio, hay que señalar que un crómlech se forma por la disposición en círculo de tres clases de megalitos: menhires, dólmenes de mesa y trilitos. El primero consiste, como vimos en el anterior epígrafe, en una gran piedra colocada de forma vertical sobre el terreno; el segundo está formado por dos piedras verticales sobre las que se halla dispuesta otra horizontal; y el tercero es una variante del anterior, compuesta por tres piedras verticales en lugar de dos para soportar la que se encuentra sobre ellas.



Todo el conjunto de Stonehenge se halla inscrito en una gran circunferencia de unos 100 metros de diámetro con un foso de entre 1,5 y 2 metros de profundidad. En su interior consta de tres anillos concéntricos: el primero delimitado por 56 hoyos en los que se han encontrado restos óseos calcinados, que han dado lugar a las observaciones que luego veremos sobre la posible función funeraria de este resto del final de la etapa prehistórica del ser humano. El segundo y el tercer círculo concéntrico se hallan delimitados, asimismo, por idénticos hoyos, en número de 30 y 29 respectivamente, conteniendo también restos óseos humanos calcinados. A continuación, en la parte central, se halla el corazón del monumento: dos anillos formados por dólmenes y trilitos dispuestos de manera continua y otras dos filas situadas en forma de herradura. Aparte, existen otros cinco menhires aislados del conjunto: dos en la zona de los llamados «hoyos de Aubrey», en honor a su descubridor, que los primitivos dueños del recinto cambiaban de posición según la época del año y por eso se conocen como «piedras de estación»; otro que se halla en la galería que lleva al crómlech, llamada «piedra de talón» por su curiosa forma; y dos aras destinadas a

ejecutar los sacrificios: una a la entrada y otra haciendo de altar mayor en el centro del conjunto.

Levantado a lo largo de varias fases, la obra principal procede de finales del Neolítico y principios de la Edad del Bronce, unos 1900 años antes de Cristo, si bien el lugar estuvo habitado durante el milenio anterior.

Se habla de tres etapas principales en la construcción del megalito de Stonehenge. La primera, hacia 3200, comprendería el foso y los terraplenes. Después de haber sido habitado el lugar a lo largo de medio milenio, fue abandonado durante más de otro tanto tiempo y, entre el 2100 y otros doscientos años después, se completó la construcción del conjunto con las piedras de arenisca azulada y las rocas silíceas traídas desde la colina Marlbourgh, distante unos 30 kilómetros en dirección norte, realizándose, así mismo, algunas estructuras en forma de herradura.

El primer escritor británico que se ocupó de Stonehenge fue Geoffrey de Monmouth en su *Historia Regum Britanniae* («Historia de los reyes de Bretaña», 1136), en la que llama al conjunto, con acierto, la «Danza de los gigantes», seguramente por el tamaño de sus piedras o bien porque pensaba que aquella construcción debía haber sido utilizada por personajes de descomunal estatura.

Lo que sí afirma, en su supersticiosa hilaridad, es que fue el mago Merlín quien trasladó por arte de magia las colosales piedras hasta su emplazamiento en la llanura con el fin de conmemorar el entierro de gran cantidad de bretones muertos en combate defendiendo su tierra. De ahí que quedara en el inconsciente bretón que todo había sido obra del brujo, tal como aparece en una miniatura del siglo XIV, donde unos hombres admiran la magia de Merlín, que le permite coronar los dinteles del círculo sin ningún esfuerzo. En este lugar, mágico ya para siempre en la leyenda, es donde todos los nobles de Inglaterra prestaron juramento al rey Arturo.

Es cierto que aunque algunas piedras proceden de Avebury (a unos 20 kilómetros al noroeste del lugar), otras —de más de 50 toneladas— fueron traídas desde el sur del País de Gales, a casi 300 kilómetros de distancia, concretamente de las canteras de Prescelly y de Milford Haven, características por su tono azulado, como los riolitos de la segunda etapa constructiva, que procederían incluso de la vecina Irlanda, según algunas

versiones. Llevadas primeramente sobre trineos provistos de ruedas hasta la costa, fueron embarcadas luego en enormes balsas y transportadas por vía fluvial hasta su emplazamiento actual, donde se izarían por medio de grandes cuerdas después de haber cavado los hoyos para fijarlas sobre el suelo. En el proceso participarían tanto seres humanos como animales de tiro, formando espectaculares cadenas en las que no faltarían los accidentes y las muertes por aplastamiento.

Ríos de tinta se han vertido, a pesar de los más de dos mil años de desfase cronológico, sobre la supuesta relación de la construcción del crómlech de Stonehenge con los cultos celtas de los druidas, que realizaban sacrificios animales y humanos en este lugar, lo cual solo se ha podido especular a partir de los escritos de John Aubrey (1626-1697) y William Stukeley (1687-1765), que hablaron de Stonehenge como de un antiguo templo celta; y, aunque seguramente así ocurrió, no significa que lo construyeran los sacerdotes druidas, como erróneamente llegó a apuntarse. El sensacionalismo de aquellos escritores —el primero de no muy buena fama, por cierto, «poco menos que demente», según alguno de sus contemporáneos— halló caldo de cultivo no solo en su tiempo, en el que las piedras de Stonehenge aparecen dibujadas en *Britannia*, la obra de William Candem, con aspecto humanoide, cual antiguos gigantes petrificados, sino durante el Romanticismo, especialmente en uno de los pintores símbolo del orgullo nacional inglés: John Constable, cuyos cielos tormentosos anunciando tempestades en los que surge el arco iris, se desploman destellando sobre el cromlech semiderruido.

También los poetas:

Los druidas de tiempos pasados
tiñeron de púrpura tus círculos
con sangre profana…

Hasta lord Byron se «endemoniaba» ante el conjunto megalítico, desconcertante en su misterio: «Los bosques de los druidas han desaparecido —tanto mejor—. No así Stonehenge, ¿pero qué demonios es?».

Salvando las teorías disparatadas, que hablan siempre de extraterrestres —salvo que un día aparezcan estos y nos den una sorpresa, pero ya iría siendo hora— o bien de un conjunto taumatúrgico generador de energía a través de las propiedades electromagnéticas de sus piedras (capaces de curar enfermedades), que absorberían una cadena humana cada solsticio (un *nemetón*, según la tradición druídica), cobró fama la teoría formulada ya en 1965 por Gerard Stanley Hawkins en su libro *Stonhenge Decoded*, corroborada por Fred Hoyle, afirmando que aquel «demonio» se trató de un observatorio astronómico, ya que tanto la salida del Sol en la mitad del verano como la de nuestro satélite a mediados del invierno se aprecian desde su centro. Llegó a esa conclusión introduciendo en un primitivo ordenador IBM 7090 las posiciones del Sol, la Luna y las estrellas tal como presumiblemente estaban alrededor de 1500 a. C. Ítem más: según ambos especialistas, el primero profesor de Astronomía en la Universidad de Cambridge y el segundo astrofísico del Californian Institute of Technology, los megalitos guardan un orden preconcebido: desplazando las piedras por los diferentes huecos existentes en los círculos concéntricos o siguiendo la disposición de ciertos bloques para observar el cielo, se da una correspondencia con los dos solsticios (verano e invierno) y los dos equinoccios (primavera y otoño) que tienen lugar en el año astronómico. Además, existen disposiciones de piedras que se observan tanto en forma circular (el Sol) como en planta de herradura (la Luna menguante), quizá para prever los eclipses.

Lo cierto es que el primer rayo de sol del solsticio de invierno penetra por los dos dólmenes que en forma de herradura se hallan en la parte más interna del conjunto, mientras que en el de verano el astro rey alcanza la «piedra de talón» (*Heel Stone*) que se encuentra en el camino de acceso, fuera del círculo.

Por tanto, si aceptamos esta teoría, que es incontestable desde el punto de vista científico-astronómico, tal precisión no pudo tener solo un carácter decorativo, sino que tuvo que obedecer a algún ritual religioso —se trataría, pues, de un templo— o funerario —un sepulcro colectivo—, teniendo en cuenta que este crómlech, a pesar de ser el más famoso del mundo por su tamaño y su aceptable estado de conservación tras las restauraciones

habidas, solo es uno de los más de novecientos que abundan en suelo británico.

Sin embargo, para aquellos que se consideran escépticos, como los arqueólogos, es difícil dar por segura la finalidad astronómica en un conjunto elaborado a lo largo de varias fases tan lejanas en el tiempo, ya que no pueden corresponder a un plan que debería haber venido elaborado desde milenios atrás.

Por ello, a primeros de junio de 2016, Mike Parker Pearson, arqueólogo de la University College London (UCL), lanzó la teoría de que el monumento megalítico de Stonehenge, declarado por la UNESCO en 1986 Patrimonio de la Humanidad, pudo haber sido erigido primero en Gales y trasladado después al lugar donde se halla actualmente. Se despejaría así el enigma que existe en relación a haber traído las enormes piedras desde allí —a casi 300 km de distancia— en lugar de proveerse de canteras cercanas.

Según Pearson, la explicación puede ser que Stonehenge es un monumento exclusivamente funerario —como ya habían apuntado Hawkins y Hoyle—, por lo que cuando sus constructores se trasladaron hacia el Este, 500 años más tarde de haberlo levantado, cargaron con los megalitos que representaban a sus ancestros con el fin de no abandonarles, que sería tanto como dejar atrás su herencia. Según afirma el arqueólogo, «estamos tratando de dilucidar si realmente hubo una tumba con un círculo de piedra alrededor, que habría sido desmantelada». En tal caso, «habrían transportado la encarnación física de sus antepasados para restablecerla en otro lugar».

Autores clásicos como Diodoro de Sicilia (siglo I a. C.) hablaron ya de un recinto en las islas británicas, que bien podría corresponder al de Stonehenge, sobre todo por su evocación astronómica: «Hay en la isla un recinto de Apolo y un templo ilustre (…). El dios visita la isla cada diecinueve años, período durante el cual las estrellas vuelven a estar en el mismo lugar del cielo». También dice que «los encargados son llamados boreades».

Encontramos, de esta manera, una referencia mitológica a los moradores, relacionados con una mítica raza, ya extinguida, que habitó el mundo antes de los humanos, los hiperbóreos, seres gigantescos, teniendo

en cuenta que los clásicos fueron muy dados a este tipo de criaturas que, para ellos, fueron las autoras de todo lo grandioso del pasado; por ejemplo, en la antigua Hélade, las murallas de Micenas y Tirinto, a las que ponemos el calificativo de ciclópeas por su aparejo de grandes dimensiones que solo los gigantescos cíclopes podían haber manejado.

No obstante, con ese término, hiperbóreos, se denominan también algunos pueblos de la prehistoria ibérica, que probablemente, en sucesivas migraciones, poblarían las costas atlánticas europeas (golfo de Vizcaya, Bretaña) y desde allí se desplazarían luego hacia las islas Británicas llevando consigo el fenómeno megalítico. Aunque este tampoco tuvo por qué ser una aportación suya, sino que simplemente realizarían una contribución más a tal hecho característico de los últimos tiempos de la Edad de Piedra.

LA INACABADA NAVETA *D'ES TUDONS* EN MENORCA

Datada aproximadamente en el II milenio a. C., la *naveta* —llamada así por su curiosa forma de nave invertida— es una edificación de tipo megalítico que pertenece a la denominada cultura Talayótica de las islas Baleares, cuyo nombre procede de otra de las construcciones que junto con las *taulas* («mesas» en lengua vernácula, formadas por una piedra horizontal dispuesta sobre otra vertical) la caracteriza: el *talayot* o torre troncocónica de carácter defensivo. Mirando a la naveta *d'Es Tudons* («Los Palomos Silvestres», en castellano) se observa que en su frente le falta la última piedra que debiera coronarla, por eso se dice que está inacabada, sin terminar de construir. Una leyenda lo cuenta así:

Estando enamorados dos galanes de la hija de un antiguo rey de la isla, pidieron ambos al padre la mano de la princesa. Como ella no terminaba de decidirse por ninguno de los dos, el soberano decidió someterles a una competición y el vencedor sería el elegido para desposarse con la bella novia. Uno debería construir un monumento en forma de nave invertida, con la quilla al sol, mientras otro excavaría el pozo más profundo de aquel reino en busca del líquido elemento.

Se pusieron ambos pretendientes manos a la obra con el mismo denuedo y esfuerzo. Mientras uno acarreaba y colocaba piedras dando forma al edificio, el otro picaba y excavaba la tierra en busca del agua vivificadora de los campos. Al cabo de días y días de afanoso trabajo por ambas partes, justo cuando el constructor se disponía a colocar la última piedra que coronaría la naveta, se oyó el grito de júbilo de su contrincante celebrando el primer chorro de agua. Desesperado, furioso, por no haber sido el primero y alzarse con el triunfo, el otro pretendiente se acercó al brocal del pozo y arrojó por él la piedra que transportaba, cegando el manantial pero dejando, así, la naveta inacabada.

Otra versión de la leyenda cuenta que, estando la isla fragmentada en dos reinos, el hijo y heredero de uno de los monarcas se enamoró de la hija del rey vecino y, como ella amorosamente le correspondía, pidió su mano, estando de acuerdo en el enlace ambos soberanos porque así se cumpliría el viejo sueño de unificar la pequeña isla.

No obstante, la princesa, caprichosa, puso una condición: antes de la ceremonia nupcial, su futuro marido debería construir la casa en la que vivirían ambos; pero ¡ojo!, él solito, sin ayuda de nadie. Así le demostraría su amor.

Ilusionado y afanoso, el enamorado príncipe se puso manos a la obra, portando las enormes piedras desde canteras lejanas y disponiéndolas, él solo —como era condición— una encima de otra, formando, poco a poco, la bonita naveta. Cuando ya estaba prácticamente terminada y solo faltaba colocar la última piedra, extenuado, no pudo con el último esfuerzo y el enorme sillar que levantaba sobre su cabeza se le vino encima y le mató.

Decidieron enterrarle en el interior. La que iba a ser su hogar se convirtió en su tumba. La princesa huyó desesperada con su vestido de novia y nunca más se supo de ella. Desde entonces, según la leyenda, estas construcciones tuvieron carácter funerario y se destinaron a albergar sepulturas. Lo cierto es que en su interior existe una cámara funeraria precedida de una antecámara o de un corredor y, en alguna, otra cámara superpuesta.

La naveta *d'Es Tudons* quedó inacabada y así continúa. Nadie hasta hoy, prácticamente 4000 años después, se ha atrevido a colocar aquella última

piedra, que permanece allí, en el suelo, junto a la puerta de entrada, en el mismo sitio donde mató al príncipe. No se sabe si por respeto al enamorado, cuyos lamentos dicen que se escuchan la noche de san Juan, o por miedo a una maldición.

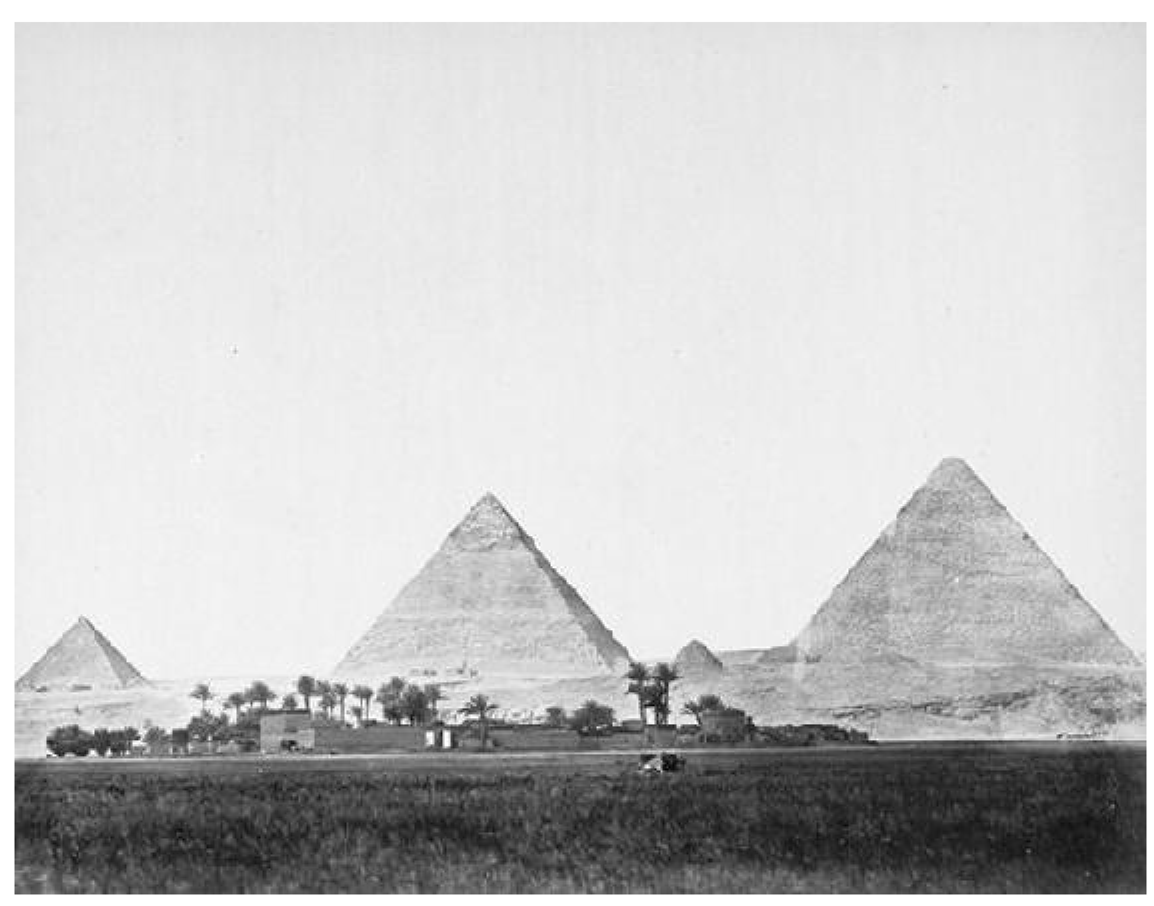
LA GRAN PIRÁMIDE DE KEÓPS, LA ÚLTIMA MARAVILLA DE LA ANTIGÜEDAD

En una superficie de más de cinco hectáreas —cinco campos de fútbol—, sobre un cuadrado de 230 metros de lado, se levanta hasta los 147 metros de altura, en la meseta de Gizeh y a salvo de las crecidas del Nilo, la gran pirámide del faraón Keóps (*Khufu*), el segundo de la IV dinastía del Imperio Antiguo egipcio, que subió al trono en el año 2589 a. C., según la cronología aportada por Herodoto.

La construcción de una de las Siete Maravillas de la Antigüedad —la única que aún sigue en pie junto con los restaurados Jardines Colgantes de Babilonia—, relación ideada por un tal Antípatro de Sidón, fue obra de los arquitectos Hemiunu y Wepemnofret, ambos príncipes reales, quienes se sirvieron del trabajo de unos cien mil hombres, que aportaron su esfuerzo a la colosal obra destinada a albergar el cuerpo del faraón mientras su alma se presentaba ante el Tribunal del dios Osiris para declarar en el Juicio de los Muertos frente a la balanza que contrapesaba su propio corazón —extraído del cuerpo por Anubis, cabeza de chacal— con la pluma de Maat, diosa de la Verdad. Si el primero, puro de cargas, pesaba menos que esta, el alma del difunto, el *ká*, tornaría a buscar su cuerpo, que le esperaba en el interior de la pirámide momificado para que no se corrompiera en caso de que la espera resultara demasiado larga. Ahora ya podía subirse a la Barca del Sol y viajar eternamente con el dios Ra desde Oriente a Poniente. Si el corazón, por las faltas cometidas, pesaba más que la pluma de la Verdad, el monstruo Amit, cabeza de cocodrilo, le devoraría en el acto y el cuerpo no recobraría ya nunca su alma. Para evitarlo, después de sostener que no había cometido atropellos con sus súbditos, el que estaba siendo juzgado, impetrante, finalizaba su alegato gritando su inocencia tres veces ante el Tribunal de Osiris: «¡Soy puro, soy puro, soy puro!».

Varios enigmas se deslizan en torno a la colosal pirámide. El primero, su cronología. A pesar de las cifras aportadas por el «Padre de la Historia», Herodoto, hay que tener en cuenta que él mismo afirma en su Libro II que sus fuentes no son fiables, por lo que la primera duda no podemos despejarla. Tampoco la cifra de obreros que trabajaron en la ejecución del monumento. Sabemos la tendencia del citado historiador griego a la exageración y, por eso, es probable que los cien mil hombres citados descendieran hasta la veinteava parte; pero aun así resulta una cantidad considerable de personas en torno a la misma obra, en cuyo interior, por las gigantescas dimensiones que posee, cabrían, por ejemplo, las cinco mayores Catedrales del mundo y todavía sobraría espacio.

Este ingente número de trabajadores no se trataba de esclavos, sino de campesinos que, durante la época de las crecidas del río, que ellos llamaban *Akhet* y tenía lugar entre los meses de junio a septiembre, se veían obligados a abandonar sus campos de labor y optaban por emplearse en la gran obra del faraón, el cual les remuneraba por su trabajo. Si acaso se emplearon esclavos, estos fueron los enemigos capturados en las guerras.



Pirámides de Guiza. Imagen de 1860.

Otro misterio, solo despejado a medias, fue tanto la extracción como el transporte de los enormes bloques de piedra caliza y granítica necesarios para la construcción. Se dice que los primeros fueron extraídos de las no muy lejanas canteras de Tura, a unos 12 km de distancia, y, por su escasa dureza, tal labor no presentaría problemas ni siquiera con la rudimentaria tecnología egipcia, a pesar de que no conocían el uso del hierro, es decir, trabajaron sirviéndose solamente de metales como el cobre y el bronce. Mayor dificultad supondría la extracción de bloques de granito, roca de una dureza muy superior y cuyas canteras, en Asuán, se hallan a casi mil kilómetros de la obra que se estaba llevando a cabo. El ingenio egipcio utilizaría cuñas de madera humedecidas que se introducían por medio de mazos de dolerita (granito negro) en las brechas abiertas en los muros de la cantera para que, al dilatar, provocaran el desprendimiento de bloques que luego se irían puliendo. En ambos casos, el transporte no debió ser el mayor

problema, ya que se utilizarían enormes balsas para conducir las piedras río abajo.

Otro enigma, tampoco bien resuelto, es la colocación de los grandes bloques en la propia pirámide según iba avanzando la obra. Herodoto hablaba de «máquinas» que permitían la ascensión por las rampas piramidales, aunque lo más probable es que se tratara simplemente de palancas y de la técnica del arrastre en zigzag ladera arriba de la construcción, utilizando la fuerza humana. Teniendo en cuenta, además, que los egipcios no conocían la rueda, el movimiento de las pesadas piedras debió de llevarse a cabo por medio de trineos, es decir, colocando debajo de los bloques pétreos rodillos de madera que se iban cambiando de sitio (de atrás hacia adelante) con enorme esfuerzo —y seguramente no pocos accidentes— a medida que avanzaba el movimiento de los mismos.

En cuanto a su orientación, las cuatro caras de la pirámide coinciden con los cuatro puntos cardinales prácticamente con precisión matemática y astronómica, algo sencillo para quienes estaban pendientes de la observación sideral a fin de predecir las crecidas del río que vivificaba los campos y permitía la existencia de la vida a lo largo de sus riberas: las tierras fértiles o tierras verdes; más allá, solo las tierras rojas (el desierto árido) se extendían.

No obstante, se ha apuntado también que la Gran Pirámide, además de la tumba del faraón Keóps, pudo haber tenido otros cometidos, entre ellos, el de ser utilizada como observatorio astronómico.

Pero, aun así, su función funeraria sería la principal, ya que las pirámides eran el tipo de enterramiento destinado para los faraones en el Antiguo Egipto, reservándose otras construcciones menores como las mastabas —obras prismáticas de lados inclinados con la entrada por su parte superior— para la clase noble. El pueblo acababa sus días en míseros hoyos en el suelo.

En cuanto al interior de la Gran Pirámide, fue el militar británico Richard H. Vyse quien, en 1837, descerrajó por las bravas sus entrañas. Buscando una cámara secreta anexa a la que había descubierto en 1763 Nathaniel Davidson cuando se percató que su voz hacía eco en el extremo superior de la gran galería, reventó con dinamita las paredes que se le

ponían por delante y logró descubrir tres estancias ocultas, en una de las cuales halló una inscripción en la que, según su propia traducción, figuraba el nombre del faraón Keóps. Sin embargo, hubo quienes no comulgaron con esta interpretación del jeroglífico descifrado por Vyse, ya que, comparándola con otras representaciones de Keóps —una víbora con dos codornices mirando a la izquierda—, no existe coincidencia, porque en esta se observa una víbora entre dos ibis que miran a la derecha. La justificación de que se trata de escritura demótica en lugar de jeroglífica, no satisface a los críticos.

En cuanto a sus calculadas proporciones matemáticas, los británicos John Taylor y Charles Piazzi Smith, que trabajaban con los datos aportados por el citado oficial británico, lograron descubrir que el cociente entre el doble de la altura y la suma de los cuatro lados daba como resultado el número *pi* π (3,1415926…), el cual los egipcios se supone que desconocían. Así mismo, en la pirámide de Keóps encontramos la aplicación más antigua que se conoce de otro número irracional, *fi*, cuyo valor es 1,6180339…, el número de oro o proporción divina, hasta en tres ocasiones:

- Al dividir la distancia entre el punto medio de cada lado de la base del triángulo hasta la cima de la pirámide, es decir, la altura, entre la mitad de la base.
- Al dividir el área total de la pirámide, es decir, la suma del área de la base más las cuatro áreas triangulares, entre estas.
- Al dividir la suma de las cuatro áreas triangulares entre el área de la base cuadrada.

No quedan aquí los cálculos de Taylor y Smith. Consiguen establecer que el perímetro de la base es cien veces el número de días que contiene un año. Item más: afirman que la altura de la pirámide supone la milmillonésima parte de la distancia de la Tierra al Sol. Y no se equivocan, porque esta es de 149 millones de kilómetros, aproximadamente.

A partir de aquí, comienza la orgía de los arribistas. Todos quieren descubrir simbolismos numéricos ocultos en la pirámide, la gran profecía en piedra. Pero no se trata más que de charlatanes, pseudocientíficos y esnobistas de salón, que predicen, como siempre, la segunda venida de

Cristo y el fin del mundo en fechas cualesquiera, si bien el fenómeno, a mediados del siglo XX, se decantó por la intervención de los extraterrestres.

Con los pies en el suelo, el mayor misterio, o mejor, asombro, sigue siendo, a la vista de tan colosal monumento, cómo serían capaces aquellas gentes con útiles tan rudimentarios como los que disponían, de ejecutar con tanta perfección geométrica tan extraordinaria obra.

EL LABERINTO DE CNOSSOS, ¿LEYENDA O REALIDAD?

Cuando el arqueólogo inglés *sir* Arthur John Evans (1851-1941) comenzó en 1900 sus excavaciones en la isla de Creta, situada en el Mediterráneo Oriental, prácticamente nada se conocía de la antigua civilización que floreció en su territorio varios milenios antes.

Por los restos del palacio que habitaba en la ciudad de Cnossos el legendario rey Minos —de quien tenemos noticia a través de los textos de Hesíodo («Los trabajos y los días») y de «La Ilíada» de Homero—, la cultura cretense se conoce también con el nombre de Minoica. Su florecimiento tuvo lugar a lo largo de tres etapas, denominadas cada una con la misma terminología, a saber:

- Minoico Antiguo (3400-2100 a. C.)
- Minoico Medio (2100-1580 a. C.)
- Minoico Último o Reciente (1580-1250 a. C.)

Cada una comprende tres subfases respectivas, situándose el mayor esplendor cultural durante el Minoico Medio III (1700-1580 a. C.), conocido también como «Época de los Segundos Palacios», debido a que en su tiempo fue cuando se reedificaron esas construcciones que habían sido destruidas en épocas anteriores, circunstancia que se repitió en varias ocasiones, a veces por causas naturales como terremotos y erupciones volcánicas, documentadas en la cercana isla de Tera, y otras debido a las invasiones de pueblos extranjeros, entre ellos, los aqueos de la cercana Micenas y los temibles Pueblos el Mar (licios, sardos, sicilianos), que la terminarían dando el golpe de gracia en torno a 1200 a. C., atraídos por la prosperidad económica de la isla, basada tanto en la fertilidad de sus

campos a causa de la benignidad del clima como en el comercio por medio de la *talasocracia* o poderío marítimo. Cada acontecimiento de este tipo se ha tomado como base para establecer la subdivisión en las citadas etapas históricas.

La construcción más característica en la antigua Creta fue el palacio-ciudad, edificado a partir de una planta laberíntica, con sus diversas estancias y corredores entrelazados en torno a un patio, desde el cual surgen de manera anárquica todas las dependencias.

En este marco arquitectónico cobra vida la leyenda del Minotauro, el monstruo con cabeza de toro y cuerpo humano nacido de la unión de un toro blanco enviado por Poseidón para el sacrificio con la reina Pasifae, esposa de Minos, en castigo por haberse negado el rey a matarlo. Encerrado en el laberinto que el también mítico arquitecto Dédalo había construido por encargo real, la bestia exigía cada año para devorarlos siete mancebos y siete doncellas atenienses, en concepto de tributo impuesto por Minos a la vencida Atenas. Teseo, el hijo del rey Egeo, fue el encargado de liberar a su patria acabando con la vida del monstruo, para lo que se introdujo en el interior del laberinto portando, además de su espada, el ovillo de lana que Ariadna —la hija de Minos, que se había enamorado del héroe— le había entregado con el fin de ir devanando el hilo a medida que se introducía en el interior y seguirlo en sentido inverso a la hora de encontrar la salida.

Cumplido su cometido, Teseo cumplió también su promesa de desposar y llevarse consigo a la princesa Ariadna, pero no por mucho tiempo, pues la abandonó en la primera parada, en la isla de Naxos, donde la encontró el dios Dionisos.

Tampoco cumplió Teseo otra promesa, esta vez por olvido, la de cambiar las velas negras de su nave por otras de color blanco si salía victorioso de la empresa, señal convenida con su padre para que este, impaciente, pudiera observar desde lejos el resultado final de la hazaña. Viendo retornar la nave de luto, creyendo que su hijo había perdido la vida, Egeo, desesperado, se lanzó al mar desde lo alto de los acantilados, al mar que desde entonces lleva su nombre.

En consecuencia, el mítico laberinto cretense tuvo su fundamento histórico en aquellas construcciones de planta irregular, de las cuales se

conservan los principales restos en la ciudad de Cnossos, aunque también se dieron en otros núcleos urbanos como Phaistos (Festos), Malia y Hagia Tríada, sin olvidar que, en boca de Homero, Creta fue una isla extraordinariamente urbanizada:

> Mar adentro, en un océano vinoso, existe una tierra, tan bella como rica, aislada entre las olas: es la tierra de Creta, donde viven innumerables hombres, en noventa ciudades.

EL DISCO DE FESTOS, ¿UN FRAUDE?

Elaborado en arcilla cocida, el disco de Festos puede fecharse a fines de la Edad de Bronce, hacia la primera mitad del siglo XV a. C., aunque otros lo datan entre 1850 y 1650 a. C., o sea, de 300 a 400 años antes. Fue hallado el 15 de julio de 1908 por el arqueólogo italiano Luigi Pernier (1874-1937) durante las excavaciones del palacio del mismo nombre, en la costa sur de la isla de Creta. Se trata de una pieza de 16 cm de diámetro y 1,2 de grosor, depositada actualmente en el cretense Museo Arqueológico de Heraklion.

Posee inscripciones sobre la superficie de ambas caras, dispuestas en espiral en el sentido de las agujas del reloj en dirección al centro, 242 signos o ideogramas en relieve, marcados mediante 45 punzones, lo que constituye una novedad frente a las demás piezas de este tipo, ya que sus caracteres no están grabados sino impresos a la manera de un sello.

Hasta el momento no ha podido ser descifrado más que en algunos detalles publicados en 2014, debido a la brevedad de su contenido y la falta de referencia con las dos escrituras cretenses conocidas (lineal A y lineal B), a las cuales incluso podía ser anterior, aunque se ha creído que quizá se trate de una especie de calendario astronómico, agrario, cronológico, etc.; o bien de un mensaje codificado, una crónica de su tiempo, un juego, una descripción del mítico laberinto o un texto relacionado con ritos de iniciación para mujeres jóvenes de carácter religioso, posibilidad por la que pareció decantarse en 2014 el británico Gareth Owens, miembro del Instituto Tecnológico Educacional (ITE) de Creta, experto en lenguaje minoico, con la colaboración del profesor de Fonética de la Universidad de Oxford, John Coleman, y de Christophoros Charalambakis, profesor de Lingüística en la Universidad de Atenas, que ha conseguido descifrar parte

del contenido del disco basándose en la escritura lineal B, descubierta en 1952 por el arquitecto inglés Michael Ventris.

Owens encontró varias secuencias de signos en ambas caras. En una de ellas, logró leer las letras I-QE-KU-RJA, y en la otra identificó la palabra AKKA, que significa «madre embarazada», la cual, según cree, podría referirse a Astarté, la diosa fenicia de la fecundidad y de la guerra —pero no debemos olvidar que en Creta no se conoce un culto a los dioses definido —, relacionada con la babilónica Ishtar, que también se refleja en la mitología grecolatina a través de Afrodita. En base a ello, concluye que «no hay duda de que estamos hablando de un texto sacro, un himno a la diosa. Esto queda claro al compararlo con las palabras religiosas de otras inscripciones procedentes de los montes sagrados de Creta, además de otros textos. Algunas de las palabras son exactamente las mismas.»

Esta, como otras traducciones de su contenido, realizadas a lo largo de más de un siglo que ha transcurrido ya desde que se descubrió el enigmático objeto, no han sido aceptadas por todos los expertos. Según el doctor británico Jerome Eisenberg, en un artículo publicado en 2006 en la revista «Minerva», titulado «El disco de Festos: ¿cien años de fraude?», la pieza en cuestión fue obra de su supuesto descubridor, quien lo falsificó para hacerse un sitio entre los arqueólogos célebres.

Se le asignó así mismo un origen extra cretense, relacionado con las culturas argáricas de la península Ibérica, sobre todo por la figura de un guerrero tocado con penacho que contiene, habiendo podido llegar a la isla a través de los frecuentísimos intercambios comerciales que se producían regularmente a través del Mediterráneo.

Debido a que cada signo se inscribía independientemente de los demás mediante tipos, algunos científicos no terminan de aceptar sin reservas ninguna de las teorías propuestas, a pesar del triunfalismo de Owens, por lo que la polémica que envuelve el misterio del contenido del disco de Festos, o viceversa, sigue presente.

EL TEMPLO DEL REY SALOMÓN, EL CIELO EN LA TIERRA

Salomón, hijo de David, fue el tercer rey de los hebreos. Reinó, aproximadamente, entre 970 y 930 a. C.

Según la Biblia y la Torá o Ley judía, la construcción del Templo se llevó a cabo hacia el año 968 a. C., «en el monte Moria, que había sido mostrado a David, su padre» (II Cro 3, 1), donde se ubicaba el Tabernáculo, lugar considerado por los judíos el centro exacto de la Tierra, sobre el que moraba Yavé. Por ello, las oraciones se realizaban en ese sitio, como si así llegasen antes a Dios.

En cuanto a la cronología de las obras, las fechas se hallan recogidas tanto en las Crónicas («Comenzó la edificación en el mes segundo del año cuarto de su reinado», II Cro 3, 2) como en el Libro de los Reyes:

> En el año cuatrocientos ochenta después de la salida de los hijos de Israel de Egipto, el cuarto año del reinado de Salomón sobre Israel el mes de Ziv, que es el segundo mes, comenzó a edificar la casa de Yavé (…). El año cuarto, el mes de Ziv, quedaron puestos los cimientos de la casa de Yavé, y el año undécimo, el mes de Bul, que es el octavo mes, estaba terminada en todos sus aspectos, y en todo conforme a su diseño. Lo construyó en el espacio de siete años.
>
> I Re 6, 1-37-38

Edificado en planta rectangular conforme a un eje de orientación Este-Oeste, se trataba de una versión en piedra a mayor escala del Tabernáculo, aunque sus dimensiones, frente al colosalismo de otros santuarios de reinos vecinos, eran en realidad modestas: «sesenta codos de largo, veinte de ancho y treinta de alto» (I Re 6, 2), es decir, 27,5 metros de largo por 9 de ancho y 13,5 de alto, aproximadamente, tomando como medida del codo unos 43-44 cm, referencia que sirve también para las citas sucesivas.

Ante el templo se hallaba un gran patio, del que luego hablaremos. Flanqueando la entrada al interior, se erguían dos colosales columnas de bronce, llamadas *Jaquín* (en hebreo, «base», es decir, «Él se establecerá»), la de la derecha, y *Boaz* («fuerza», o sea, «En Él está la fuerza»), la de la izquierda (I Re 7, 21). Tenían «dieciocho codos de alto y un hilo de doce codos era el que podía rodear a cada una de las columnas. No eran macizas sino huecas; el grueso de sus paredes era de cuatro dedos» (I Re 7, 15-16), coronadas con «capiteles de bronce (…) de cinco codos de alto» (I Re 7, 6), adornados con «reticulados y trenzados, de trenzas a modo de cadenas» (I

Re 7, 17), y «granadas todo en derredor del reticulado y el trenzado en dos filas.» (I Re 7, 18). Estaban «moldeados en forma de lirio» (I Re 7, 19).

La masonería invierte de lado ambas columnas de acuerdo a la perspectiva que se observa desde el interior, con el propósito de indicar que a la salida del Templo está la Iluminación.

Los templos egipcios también contaban con dos obeliscos ante los pilonos o puerta de entrada, seguramente servirían de modelo.

La penetración en el interior se efectuaba a través de una gran puerta enchapada en oro. La primera estancia era el pórtico o vestíbulo (*Ulam*) «de veinte codos de largo, el ancho de la casa, y diez de fondo» (I Re 6, 3). Desde aquí se accedía a la nave (*Hecal* o *Sancta*), de «cuarenta codos» (I Re 6, 17) de largo, veinte de ancho y treinta de alto —estas dos últimas medidas no se citan expresamente pero se deducen de las del conjunto del templo—, cuyos muros y techo se hallaban recubiertos con maderas «de cedro esculpidas con entalladuras de flores abiertas y en botón» (I Re 6, 18), procedentes de los bosques del Líbano; «y el suelo lo revistió de planchas de ciprés» (I Re 6, 15), aunque luego debió de cambiar de opinión, porque «También recubrió de oro el piso de la casa, lo mismo en el espacio interior que en el exterior.» (I Re 6, 30). Hizo para las puertas de entrada «postes de madera de olivo cuadrados» (I Re 6, 33). Tanto las de esta estancia como las de la que se detalla a continuación —en el Tabernáculo no estaban separadas por puertas sino por cortinas— «eran de madera de ciprés, de dos hojas giratorias la una y de dos hojas giratorias la otra. Hizo esculpir en ellas querubines, palmas y botones de flor, recubriéndolo todo de oro, ajustado a la escultura» (I Re 6, 34-35). Al igual que el Tabernáculo, contenía «el altar de oro, la mesa de oro, sobre la cual se ponían los panes [doce, uno por cada tribu de Israel] el día de la Proposición, los candelabros de oro macizo, cinco a la derecha y cinco a la izquierda delante del *Debir*, con sus fuentes, sus lámparas y sus despabiladeras de oro purísimo» (I Re 7, 48-49; II Cro 4, 21).

La última estancia era el *Debir*, el *Sancta Santorum* («Santo de los Santos»), de planta cúbica: «El *Debir* tenía veinte codos de largo, veinte codos de ancho y veinte de alto» (I Re 6, 20), es decir, alrededor de 9 × 9 × 9 metros, al cual se accedía por medio de una escalera porque estaba

elevado sobre una plataforma. Tras un «velo de jacinto, púrpura y carmesí» (Éx 36, 35-37), que separaba esta estancia de la contigua, se guardó el Arca de la Alianza, protegida por las alas desplegadas de un enorme querubín a cada lado (que hacían de Trono a Yavé), cuya envergadura alcanzaba los 5 codos:

> Hizo en el santuario dos querubines de madera de olivo, de diez codos de altura (cada uno). Cinco codos era el largo de una de las alas del querubín y cinco el de la otra, haciendo en todo diez codos desde la punta de un ala hasta la punta de la otra. El segundo querubín tenía también diez codos (…). Puso los querubines en medio de la casa, en el espacio interior. Tenían las alas desplegadas y la punta del ala del primero tocaba a uno de los muros, y la punta del ala del segundo, al otro muro, tocándose una a otra las otras dos alas en el medio de la casa. También cubrió de oro los querubines.
>
> I Re 6, 23-28

Al interior del templo solo podían acceder los sacerdotes. El pueblo permanecía en el patio, donde existían dos espacios: el atrio de los sacerdotes, de 9 metros de largo y 46 de ancho, y el gran atrio exterior, que tenía 182 m de longitud y 90 m de anchura. En el primero se hallaba, al lado noreste de la escalinata de acceso al templo, un enorme altar de bronce, «de veinte codos de largo, y veinte de ancho, y diez de alto» (II Cro 4, 1) para realizar las ofrendas. La llama se mantenía encendida día y noche.

Al lado contrario o sudeste se levantaba una enorme fuente, «en forma de cáliz, como una flor de lis» (I Re 7, 26), un «mar de fundición, de diez codos del uno al otro lado, redondo, y de cinco codos de alto, y ceñíalo en derredor un cordón de treinta codos» (I Re 7, 23; II Cro 4, 2). Adornado con «dos filas de figuras de toros, diez por cada codo, todo entorno» (II Cro 4, 3; I Re 7, 24), estaba «asentado sobre doce toros, de los cuales tres miraban al norte, tres a poniente, tres al mediodía y tres al naciente» (I Re 7, 25; II Cro 4, 4). Su capacidad era de «dos mil batos» (I Re 7, 26). Representaba a «Yavé sobre la inmensidad de las aguas» (Sal 29, 3).

Además, existían otras diez fuentes más pequeñas, «cada una de cuarenta batos [un bato equivale según versiones, a 22 o 37 litros] de cabida y de cuatro codos cada una» (I Re 7, 38), también de bronce, cinco a cada lado, asentadas sobre ruedas del mismo metal, a fin de facilitar su desplazamiento durante los alucinantes sacrificios que tenían lugar para

efectuar el lavado de las partes del animal degollado. «Los sacerdotes se lavaban en el mar.» (II Cro 4, 6).

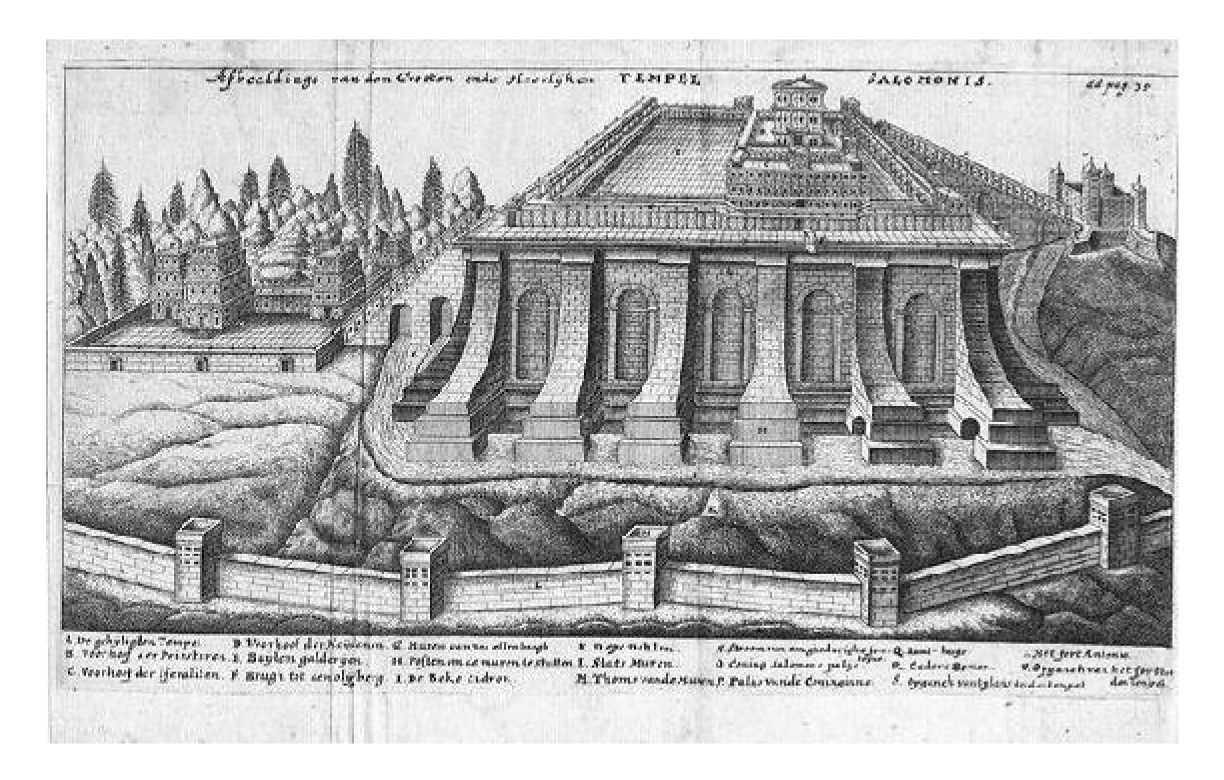
Todos los utensilios y ornamentos de metal fueron fundidos por el gran artífice:

> Hizo también Hiram los ceniceros, las tenazas y las copas. (I Re 7, 40)… Las fuentes, los cuchillos, las copas, las tazas y los braseros de oro macizo. (I Re 7, 50). Igualmente las jofainas, las cucharillas y los incensarios, de oro puro. (II Cro 4, 22). Los goznes de oro para la puerta del interior de la casa, a la entrada del Santísimo, y para la puerta de entrada del *Decal*. (I Re 7, 50; II Cro 4, 22).

El día de la dedicación del Templo

> consagró el rey el atrio que está delante de la casa de Yavé, pues ofreció allí holocaustos y ofrendas (…) porque el altar de bronce que hay delante de Yavé era demasiado pequeño para contener (…) los sacrificios eucarísticos.
>
> I Re 8, 64

Para la asistencia del rey Salomón a las ceremonias religiosas se levantaba «un estrado de bronce de cinco codos de largo, otro tanto de ancho y tres de alto, que había mandado poner en medio del templo» (II Cro 6, 13).



Grabado del Templo de Salomón sobre el monte Moriá realizado por el rabino sefardí Jacob Judah Leon, 1665.

El gran atrio exterior estaba rodeado por una muralla en la que se abrían cuatro puertas chapadas en bronce, siendo la principal la del lado oriental. En sus pórticos y estancias laterales se almacenaban los útiles de los sacerdotes y levitas.

Así mismo, «Hizo esculpir todo en torno de la casa, en los muros, por dentro y por fuera querubines, palmas y guirnaldas de flores.» (I Re 6, 30).

Transcurrido el «espacio de siete años» (I Re 6, 38), «así se acabó toda la obra que hizo el rey Salomón para la casa de Yavé. Luego transportó a ella los objetos que había consagrado David, su padre, la plata, oro y vasos, y los entregó al tesoro del templo de Yavé.» (I Re 7, 51).

Posteriormente, Salomón procedió a la consagración del templo, tal como figura en el largo relato bíblico: I Re 8; II Cro 5.

El ansia de edificar un lujosísimo recinto sagrado que deslumbrase a sus contemporáneos y, al mismo tiempo, uniera a los hebreos frente a las fuerzas divergentes que significaban las doce tribus, sustituyendo al Tabernáculo —la tienda-santuario móvil en madera de acacia recubierta de oro, que será destruida en el incendio del templo por los babilonios, Sal 74, 7— como único lugar de culto para todos los israelitas, hizo que Salomón no reparara en gastos, antes al contrario, derrochó todos los recursos del pueblo en la construcción del magnífico templo, para lo cual hubo de pedir ayuda a sus vecinos fenicios, especialmente a la ciudad de Tiro, que aportaron, a cambio del trigo, aceite, vino y otros productos de Israel —«Salomón daba a Hiram veinte mil coros [un coro= 10 batos, es decir, 220 o 370 kg] de trigo para el mantenimiento de su casa y veinte mil batos de aceite de olivas molidas (…) cada año», I Re 5, 11—, no solo materiales preciosos y metales como bronce y madera de cedro, sino también mano de obra, que trabajó junto a los hebreos:

> Salomón hizo en todo Israel una leva de treinta mil hombres para el trabajo, que enviaba al Líbano (…). Tenía, además, Salomón setenta mil hombres dedicados al transporte y ochenta mil cortadores en el monte, sin contar los principales jefes que había puesto Salomón al frente de las obras, en número de tres mil trescientos…

I Re 5, 13-16

Incluso hizo venir de aquel país al artista —«hijo de una viuda de la tribu de Neftalí y de padre natural de Tiro, que trabajaba el bronce», I Re 7, 13—, de igual nombre que el rey de Tiro, Hiram —más tarde reivindicado por los masones—, con quien el rey David ya había apalabrado el asunto. Salomón fue, más bien, el ejecutor de los planes que su padre había dejado hechos trasladando el Arca de la Alianza a Jerusalén (II Sam 6) para «edificar una casa» a Yavé (II Sam 7). Sin embargo, Dios lo rechaza «porque eres hombre de guerra y has derramado mucha sangre» (I Cro 28, 3), pero le promete construir Él una casa o Alianza perpetua con su linaje (II Sam 7, 12), lo que podría interpretarse como el advenimiento del Mesías.

David, después de encarecer a Salomón la construcción del templo «entregó a su hijo la traza del pórtico y sus dependencias y oficinas, de las salas, de las cámaras y de la casa del propiciatorio» (I Cro 28-11).

El Templo de Salomón era la plasmación física de la creencia en que Dios habita entre nosotros, constituía el símbolo de la Nueva Jerusalén Celestial, el Nuevo Edén, que aguarda en el otro mundo a los justos, donde ya no habrá más Santuario que la presencia divina: «Pero templo no vi en ella, pues el Señor, Dios todopoderoso, con el Cordero, era su templo» (Ap 21, 22). A pesar de haber sido destruido, otros recintos sagrados como la Basílica de Santa Sofía de Constantinopla, la mezquita de la Cúpula de la Roca en Jerusalén o las Catedrales góticas, constituyen sus recreaciones simbólicas. Entre los judíos, el Templo también era conocido como «Monte santo» (Sal 48, 2) o «Monte de la casa de Yavé» (Is 2, 2; Sal 24, 3).

La tradición ha atribuido a Salomón todo el mérito, aunque más bien debería ser el demérito de los dispendios que esquilmaron a su pueblo. Las ingentes cantidades de oro con que revistió el templo fueron traídas desde un legendario país africano: ¿Ofir?

Para el esoterismo, el Templo de Salomón ha sido elemento clave. Además de su sabiduría, el rey tenía fama de dominar los demonios, tal como dicen los manuscritos de Qumrán y el historiador judío Flavio Josefo. En *El Testamento de Salomón*, atribuido al monarca, aparece el arcángel san Gabriel entregándole un anillo mágico adornado con una piedra preciosa en

la que está tallado un sello (el Sello de Salomón, en sus distintas versiones, entre ellas, el hexagrama o estrella de seis puntas), que representa todo el poder de Dios, con el cual logra someter a los demonios y arrancarles sus secretos mágicos, nombres y moradas, para obligarles a trabajar en la construcción del Templo, bajo el cual, dentro de vasijas y cargados de cadenas, fueron enterrados aquellos que osaron rebelarse.

El mayor misterio en el Templo de Salomón era la pronunciación en voz baja por el sumo sacerdote el día del Perdón o *Yom Kippur* del sagrado nombre de Dios, el *Shem Semaforash*, en el *Sancta Sanctorum* ante el Arca de la Alianza. Las distintas transcripciones: *Yavé, Yah, Jeu, Iaoue, Jehová*, son solo formulismos al uso. Conocer la pronunciación correcta equivalía a dominar la magia y todo el poder del Universo. Salomón, que también lo sabía, llevaba en su sello el *tetragrammaton*, es decir, el teónimo o nombre de Dios, formado con las cuatro (*tetra*) letras (*gramma*) hebreas unidas (*ton*), que se pronuncian *YHWH* (*YODH HE WAW HE*) o *IEVE (IOD-HE-VAU-HE)*.

No se ha encontrado en las excavaciones arqueológicas ningún resto del Templo de Salomón, destruido en el año 586 por Nabucodonosor, rey de Babilonia, tras asediar durante 18 meses Jerusalén y vencer la sublevación de Zedekías. Después de incendiarlo y saquearlo (el día noveno del mes de Av: julio-agosto), se llevó cautivos a los hebreos hasta que, en el año 538 a. C., Ciro, rey de los persas, conquistador del Imperio caldeo, les dio la libertad, permitiéndoles regresar a su tierra llevándose algunos de los vasos sagrados del Templo, devueltos tras la confiscación efectuada por los babilonios.

Se procedió entonces a la reconstrucción del Templo (el llamado Segundo Templo) por Esdrás, completado por Zorobabel en el año 515 a. C.

Cuando Alejandro Magno conquistó el Imperio persa en el 332 a. C. y ocupó Jerusalén, respetó el recinto sagrado, honró al sumo sacerdote e incluso ofreció sacrificios en él para congratularse con los vencidos, como era habitual en su política.

Transcurrido el período de gobierno Ptolemaico, que tuvo lugar a la muerte de Alejandro, el Templo fue consagrado de nuevo por Judas Macabeo en 165 a. C., tras la victoria contra los Seléucidas, que lo habían

profanado con sacrificios a Zeus y al rey-dios Antíoco Epifanes IV, el cual había llegado a prohibir a los judíos la lectura de la Torá y la práctica de la circuncisión. Se reconstruyó el altar y el muro y se celebró la nueva consagración, que se renueva «de año en año, por ocho días (…) con alegría y regocijo» (I Mac 4, 59).

Después de que Pompeyo conquistara Jerusalén favorecido por las divisiones sectarias entre los judíos respecto al clan sacerdotal (copado por los asmoneos tras el triunfo de la revuelta de los macabeos), penetró hasta el *Sancta Sanctorum* pero lo respetó. No haría lo mismo Craso años después, ya que saqueó todos los tesoros.

El templo de Zorobabel fue desmantelado y reemplazado por el de Herodes el Grande en el 19 a. C. Se mantuvo la planta rectangular pero se ampliaron los patios al doblarse las dimensiones de la plataforma trapezoidal o Monte del Templo sobre la que se disponía el conjunto: 472 metros de largo por 304 de ancho, aproximadamente. De ellos, el templo cubierto, sin sus patios y aledaños, ocupaba 52,4 m. La gran fachada dorada era un cuadrado en el que la portada, a la que se accedía por doce escalones, medía 10, 4 m de ancho por 21 m de alto. Flavio Josefo, que lo conoció, dijo impresionado:

> Al exterior del edificio no le faltaba nada para asombrar tanto a la mente como a la vista (…) Para los forasteros que se aproximaran desde lejos, parecía una montaña cubierta de nieve; ya que lo que no estaba recubierto de oro, era de un blanco purísimo.

No obstante, en el interior, a pesar de que conservaba la misma distribución de espacios que el de Salomón, ya no contenía las riquezas de otros tiempos. El *Debir* estaba vacío desde que el Arca de la Alianza y los querubines dorados desaparecieron cuando la conquista de los babilonios. Únicamente se conservaba una piedra sobresaliendo tres dedos del suelo que, según la tradición rabínica, era la «piedra fundacional» a partir de la cual se inició la creación del mundo; hoy se cree que se halla en el interior de la Mezquita de la Roca.

No obstante, no debió tratarse de un recinto pobre porque en uno de los manuscritos del Mar Muerto, el *Rollo de Cobre*, se afirma que muchos tesoros del templo de Herodes fueron enterrados para salvarlos de los romanos. Así y todo, estos se apropiaron de extraordinarios objetos, como

el candelabro o lámpara de aceite (*menorá*) de oro puro de siete brazos y la Mesa del rey Salomón.

En el año 70 d. C., el emperador romano Tito, sofocada la Gran Revuelta Judía o rebelión de los zelotes, y cumpliéndose la profecía de Cristo («no quedará de ti piedra sobre piedra», Mt 24, 2, Mc 13, 2), destruyó de nuevo el edificio, excepto el Muro de las Lamentaciones para que los judíos no olvidaran que Roma había vencido a Judea (de ahí el nombre). Sin embargo, para el pueblo hebreo, el muro representa una prueba de la alianza de Dios con su pueblo, en cumplimiento de la promesa de que siempre quedaría, al menos, una parte del Templo en pie para certificar la unión perpetua. Por eso, los judíos rezan frente a ese único resto en el lugar para ellos más sagrado de la Tierra, en la Explanada de las Mezquitas, que hoy ocupa la Cúpula de la Roca, levantada en 691 sobre el lugar en el que, según se cree, estaba el *Sancta Sanctorum*, dispuesto sobre la piedra destinada al sacrificio de Isaac, la misma en la que apoyaba la escalera que Jacob vio en sueños ascender hacia el Cielo; la misma desde la que, según el Corán, Mahoma, tras llegar en su «Visión Nocturna» desde el santuario de la Kaaba en La Meca, en 621, once años antes de su muerte, ascendió al cielo conducido por el arcángel Gabriel a lomos de Buraq, bestia mitológica con cuerpo de caballo alado y cabeza humana, para visitar el Templo Celestial de Jerusalén, donde oró ante Abraham, Moisés, los grandes profetas y Jesús, y le fueron revelados los «misterios» de Dios, que le confirmaron como el «sello de los Profetas» (Corán, 33, 40).

Tres veces santo, el Tercer y definitivo Templo, espera el advenimiento del Mesías judío, en el misterio y la confianza de que algún día sucederá.

LAS ESTATUAS DE LA ISLA DE PASCUA

Su primer descubridor fue el holandés Jacob Roggeween, que desembarcó en esta parte del océano Pacífico, a 3750 km al oeste de la costa chilena, el Sábado Santo, 15 de abril del año 1722, dando a la pequeña isla de 117 kilómetros cuadrados, que los aborígenes llamaban *Rapa Nui* («Gran Roca»), el nombre del día siguiente: Pascua de Resurrección, con el cual ha pasado a la Historia. La sorpresa fue mayúscula cuando se encontró, dueños

del paisaje, de espaldas al mar, centenares de estatuas gigantescas, solemnes en su quietud mayestática.

Medio siglo más tarde, el explorador británico James Cook arribó a la isla con un indígena hawaiano que conocía la lengua de los habitantes de *Rapa Nui* y pudieron así averiguar que estos se consideraban descendientes de los que erigieron las estatuas, hacía de ello «veintidós generaciones». Afirmaban que sus antepasados habían llegado, viajando siempre hacia donde asoma el sol, desde una lejana isla a la que llamaban *Marae Renga*, dirigidos por el rey Hotu Matua, cuya esposa dio a luz nada más desembarcar, señal de buen augurio para los recién llegados, porque su linaje había encontrado una nueva tierra donde crecer y multiplicarse.

Es muy poco más lo que se conoce de los primitivos habitantes de esta isla de origen volcánico, aunque la mayoría de las investigaciones coinciden en que no se trató de sudamericanos sino de polinesios que, probablemente, alcanzarían Pascua procedentes de las islas Marquesas, allá por el siglo IV de nuestra era, dejando entre sus vestigios las figuras de impresionantes filas de ídolos o *moáis* labrados en la toba del volcán *Rano Raraku*. En total, unas 600 estatuas, alguna de las cuales alcanza los 9 metros de altura y tiene un peso superior a las 6 toneladas.

Dispuestas sobre sus cuerpos toscos, apenas labrados, destacan imponentes cabezas imberbes de frente escasa, nariz larga, labios cerrados con rictus solemne y grandes orejas de lóbulos alargados, adornadas sus caras con grandes ojos de coral blanco —que estuvieron perdidos por el entorno— y coronadas, algunas, por *Pukaos* o tocados de toba rojiza procedente del volcán *Puna Pau*, al Oeste de la isla.



Para el traslado desde la cantera del *Rano Raraku*, a más de 15 km de distancia, es probable que utilizaran sistemas de arrastre sobre rodillos, con las figuras boca abajo, siendo puestas posteriormente en pie sobre los *ahus* o pedestales (con sus curiosos «sombreros» atados) a base de sogas y troncos de árbol que harían de palanca.

En cuanto a su finalidad, hubo, en principio, investigadores que se decantaron por una simbología de tipo defensivo; para los habitantes de la isla desempeñarían una función protectora, ya que las estatuas se hallan colocadas en hilera. Pero pronto hubo que descartar esta teoría porque no casaba con la disposición de los personajes: siempre de espaldas a la mar, por donde lógicamente acecharía el peligro.

También se ha atribuido a los *moáis* carácter funerario, ya que bajo los *ahus* aparecieron tumbas. Además, los *pukao* que les coronan podrían interpretarse como un detalle de solemnidad para quienes serían, en este caso, algo así como los custodios de los muertos, o bien representantes de los espíritus de los antepasados.

Hay *moáis* que no están dispuestos sobre los *ahus*; todos ellos tienen la particularidad de contar con inscripciones grabadas a lo largo de su

superficie, lo cual testimonia que este pueblo conocía un sistema de escritura, corroborado por el hallazgo de tablillas de madera —los *rongo rongos*— que contienen oraciones rituales.

Pero no solo los ídolos, o como queramos llamar a las estatuas de Pascua, también algunos testimonios sobre sus habitantes han despertado el misterio. Escritores como Paul Hermann o el arqueólogo noruego Thor Heyerdahl, afirman que entre los habitantes de la isla que vieron por primera vez los exploradores había además de gentes de piel oscura «otros incluso blancos como los europeos», con «la piel blanca, pelo rojo y ojos azules».

No obstante, la fantasía de escritores como el etnólogo italiano Bernardino Del Boca, relaciona a los habitantes de Pascua con los primitivos lemurianos, habitantes de Lemuria, un mítico continente sumergido en el océano Índico, entre África y Asia, uno de cuyos restos sería la isla de Madagascar, donde habitan aún los monos lémures, cuyo nombre se debería a que descienden de aquellos que en otro tiempo se enseñorearon del territorio, columpiándose con sus largas colas de los árboles que hacían sombra en la legendaria Lemuria.

LA CALZADA DE LOS MUERTOS EN TEOTIHUACÁN

Teotihuacán significa en lengua náhuatl «El lugar donde nacieron los dioses», nombre que le dieron los aztecas o mexicas cuando descubrieron esta imponente ciudad al noroeste del valle de México, obra de una misteriosa civilización que habitó allí hace aproximadamente 1900 años.

La ciudad de Teotihuacán fue uno de los primeros ejemplos de planificación urbana de América. Está edificada en una meseta que se eleva a 2286 metros sobre el nivel del mar. Distante unos 70 kilómetros de la capital mexicana, abarca una superficie de más de 23 km^2. Floreció entre los siglos I y VII, antes del asentamiento del imperio azteca, y llegó a contar con una población superior a los 200 000 habitantes, dándose su apogeo entre los años 450 y 650. Su importancia atrajo a peregrinos venidos de muchas partes de América, extendiéndose su influencia por todo el valle de Oaxaca, sur de Puebla, Tlaxcala y El Petén.

El recinto donde se levanta la ciudadela consiste en un gran espacio de planta cuadrada con 640 metros de lado. Se halla atravesada en dirección sur por una gran avenida central de 2,5 kilómetros de largo y 40 metros de ancho, conocida como *Micoatli*, que significa «Calzada de los Muertos» en náhuatl, la lengua de los aztecas, quienes la denominaron así porque, al encontrarla abandonada, pensaron que se trataba de un cementerio en el que los difuntos se habían transformado en dioses.

Sin embargo, en realidad, tal avenida no guardaba ninguna relación con los muertos, sino que era considerada el punto de conexión entre el Cielo y la Tierra, entre el lugar donde se levantan las pirámides hacia el cielo (la zona celestial) y el lugar donde se halla la ciudadela (la zona terrenal).

La calzada o avenida principal continúa tras el recinto urbanizado durante algo más de otros tres kilómetros, para cruzarse con otra antigua avenida de la misma longitud, que discurría en dirección este-oeste. De esta manera, la ciudad se hallaba dividida en cuatro sectores, al igual que se observará tiempo después en Tenochtitlán, la capital azteca.

En el extremo norte de la Calzada de los Muertos se encuentra la Pirámide de la Luna, levantada entre los años 350-550; cuenta con 42 metros de altura y, según los aztecas, estaba coronada por una gigantesca estatua de más de 10 toneladas de peso. Su base es un cuadrado que ocupa 145 metros de lado y está formada por una serie de plataformas decrecientes en altura, con perfil en talud, escalinata central y un templo en la cima.

De similar estructura, aunque de mayor altura (62 metros), es la Pirámide del Sol, situada también en la Calzada de los Muertos y alineada en dirección este-oeste de acuerdo a la trayectoria del Sol en el cielo, por lo que se cree que podría simbolizar el centro del Universo.

En el lado oriental de la ciudadela, también mirando a la Calzada de los Muertos, se levanta el templo de Quetzalcóatl, edificado en el siglo II con la misma estructura piramidal que las anteriores. El dios Quetzalcóatl, la «serpiente emplumada» o «serpiente preciosa», del náhuatl *quetzalli* («pluma verde preciosa») y *coatl* («serpiente»), representa la dualidad humana: la serpiente, el cuerpo físico; las plumas, el espíritu: «el suelo para reptar, el cielo para volar». Es llamado así por el espléndido colorido (con

predominio del verde turquesa) de su plumaje reluciente, el del pájaro quetzal —del que toma el nombre—, utilizado a manera de adorno por los soberanos amerindios. Entre las plataformas que componen la construcción se suceden, alternativamente, cabezas de serpientes emplumadas, mostrando grandes ojos y fauces con incrustaciones de obsidiana, y testas del dios Tláloc, dios de la lluvia, representado en forma de abstractas mazorcas de maíz, el alimento básico de esta región. Entre ambas, se observan cabezas de ofidios, símbolos de la tierra, reptantes en un mundo acuático poblado de caracoles y moluscos.

Si uno de los grandes misterios es quiénes fueron los constructores de tan impresionante recinto urbano, en cuanto a su final, este es casi tan oscuro como lo fue el principio. Se atribuye a una serie de invasiones de pueblos bárbaros, hacia el año 700, que incendiaron y arrasaron el centro de la urbe y la ocuparon durante 200 años, si bien su declive ya había comenzado antes debido a la aridez que se fue adueñando del clima, con la consecuente disminución de las cosechas y el abandono de la población.

Las excavaciones realizadas recientemente en una zona contigua a la Pirámide de la Luna, tal como informó la Dra. Verónica Ortega Cabrera, directora del proyecto arqueológico del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), han identificado más de 400 pequeños hoyos de 20-25 centímetros de diámetro y unos 30 de profundidad, en toda la extensión de la plaza de la Luna, rellenados con piedra verde y cantos de río, recordando el paisaje lunar, que podrían corresponder con el mapa del Universo según la visión de los antiguos teotihuacanos, de quienes se piensa que debían considerar estas pequeñas cavernas como senos maternos en los que habrían sido engendrados, al principio de los tiempos, el Sol y la Luna junto a los primeros antepasados de los seres humanos.

En la Plaza de la Luna, junto a la pirámide, se ha encontrado una escultura de la diosa de las aguas y la fertilidad, *Chalchiuhtlicue*, de tres metros de altura y veintidós toneladas de peso, así como otra de Tláloc, dominadas ambas por el estatismo y la frialdad desde el punto de vista estético.

Los arqueólogos creen que la piedra verde de las fosas proviene de la región de Puebla —distante más de 100 kilómetros de la capital mexicana

—, al igual que otra decena de estelas halladas anteriormente en Teotihuacán: «Aunque tenemos un contexto aún por comprender en su totalidad, éste nos habla de la importancia de la piedra verde y de su vinculación con las deidades acuáticas».

LA MISTERIOSA TIAHUANACO

Situada en la actual orilla boliviana del lago Titicaca, la ciudad de Tiahuanaco es, sin duda, la más enigmática de todos los centros urbanos precolombinos. Emplazada en pleno altiplano, a una altitud de 3840 metros sobre el nivel del mar, y ocupando una superficie de 42 km^2, fue descubierta en 1549 por el conquistador español Cieza de León, en un paraje más propio para la desolación que para el florecimiento de civilización alguna.

Según los habitantes del lugar, la ciudad había sido construida por seres gigantescos a lo largo de una sola noche, antes del Diluvio —que también en esta área existe constancia, al menos legendaria, de su existencia—, y posteriormente fue destruida por los rayos del Sol, por un terremoto…, desapareciendo sus pobladores sin dejar rastro, de manera brusca, hacia el 1200 de nuestra era.

En este sentido, y si de fantasía se trata, surgieron varias hipótesis a mediados del pasado siglo, que intentaban explicar el origen de tan enigmática urbe. Un tal Denis Saurat afirmaba que hace unos tres millones de años la Luna se acercó tanto a la Tierra que por efecto de la fuerza de gravedad había surgido en nuestro planeta una raza de gigantes cuya estatura alcanzaba nada menos que hasta los tres metros. Así mismo, a nuestro alrededor se había formado un anillo de aguas oceánicas que se elevaba a más de 3000 metros en la zona andina, habiéndose tratado Tiahuanaco, pues, de un puerto marítimo utilizado por aquella raza de gigantes, que logró alcanzar un alto grado de civilización.

Poco después, en los años 60, un místico del culto solar, Beltrán García, afirmaba que en una época aún más lejana, alrededor de hace cinco millones de años, una astronave procedente del planeta Venus se había posado en la ribera del lago Titicaca, siendo sus tripulantes quienes

fundaron Tiahuanaco. Los ídolos que se conservan constituyen representaciones de aquellos seres extraterrestres.

También opinaba en ese sentido Robert Charroux, aunque acercando el hecho a tiempos mucho más próximos a nosotros, concretamente, hacia el año 10 000 a. C. En su falacia, sostenía que la predilección por Tiahuanaco de los extraterrestres se debía a que su emplazamiento se hallaba en uno de los lugares de la Tierra más parecidos a su Venus natal.

Atraídos por la Estrella Matutina o Lucero del Alba, sobrenombres con los que también se conoce al segundo planeta del Sistema Solar, no dejaron de surgir teorías que relacionaban tanto Tiahuanaco como la mítica Atlántida y otras grandes civilizaciones, incluso históricas, con los venusianos, quienes no pudiendo terminar de aclimatarse a nuestro medio, no tuvieron otro remedio que partir de la Tierra, eso sí, dejando su último mensaje grabado sobre la Puerta del Sol de Tiahuanaco.

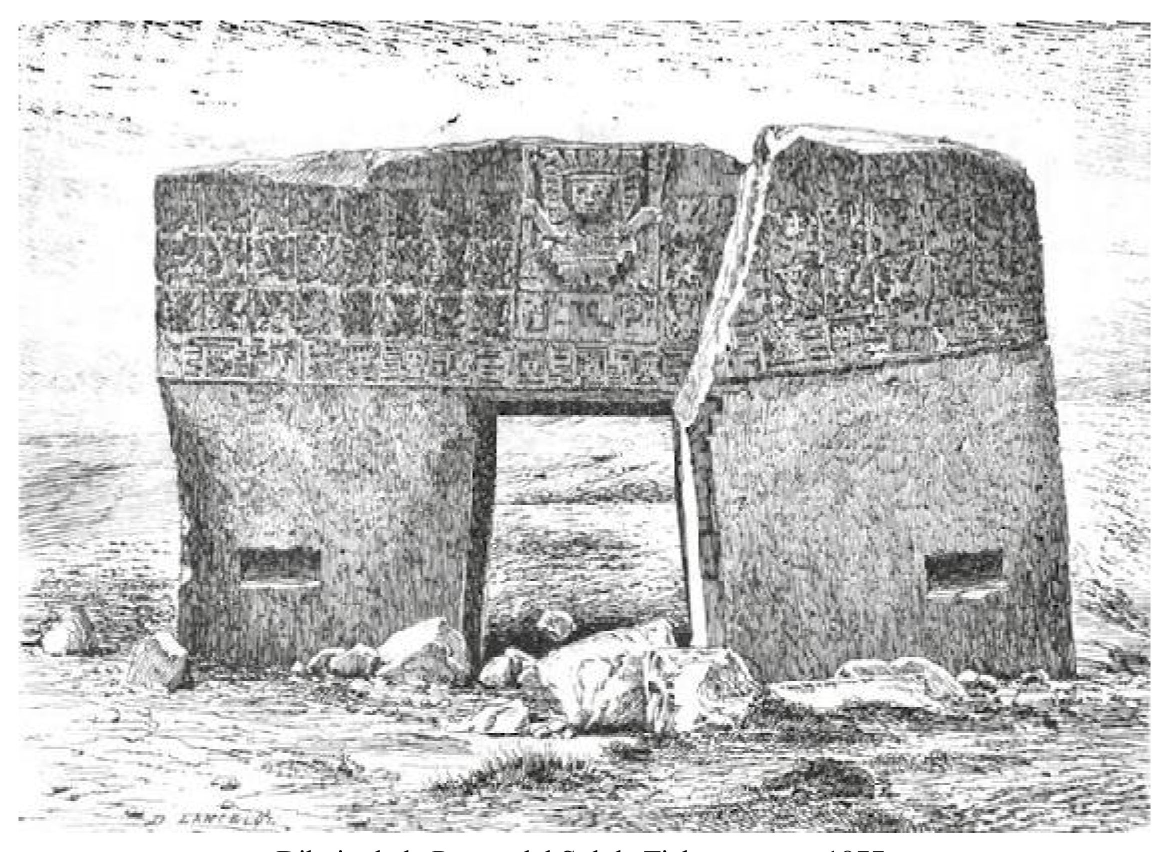
Las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en los años 60 del siglo XX, así como las investigaciones realizadas a partir de la aplicación de modernas técnicas de datación cronológica como el carbono 14, han permitido establecer cuatro períodos principales en su evolución histórica:

- Una fase inicial o de formación, la más larga, que comenzaría hacia el año 1000 a. C. y se extendería hasta el 133 d. C.
- Una segunda etapa de tipo urbano (133-374).
- Una tercera fase imperial (374-724).
- Y una cuarta y última época, la de apogeo, que fue cortada bruscamente en el siglo XIII por la invasión de los «perros» (incultos) chichimecas.

Cuando llegaron los incas al lugar, a mediados del siglo XV, hacía ya más de dos siglos y medio que la ciudad de Tiahuanaco estaba abandonada. Su área de dominio se había extendido entre el lago Titicaca, el oeste de Bolivia, el norte de Chile y la costa del Perú, un territorio de más de 500 000 km^2, con una población estimada de 100 000 habitantes en su época de esplendor, debida a su dominio del bronce, que les proporcionó la superioridad militar frente a los pueblos vecinos. Desde el centro urbano, que contaba con una red de alcantarillado para evacuar las aguas de la lluvia

y las residuales de las viviendas, partía una red de caminos que conectaba con los distintos puntos locales de carácter administrativo que se hallaban repartidos a lo largo del imperio.

Los pobladores de Tiahuanaco desarrollaron una arquitectura de tipo monumental, que empleaba grandes piedras como material constructivo, constituyendo uno de sus primeros misterios el método por el que sus artífices lograron transportar los enormes bloques de andesita y de arenisca roja hasta el emplazamiento actual, teniendo en cuenta que alguno de los primeros llega a pesar 131 toneladas y proviene, seguramente, de la península de Copacabana, situada a más de 80 kilómetros del lugar; y, a mayor abundamiento, carecían de animales de tiro y en este área no existen árboles cuyos troncos pudieran haber servido de rodillos.



Dibujo de la Puerta del Sol de Tiahuanaco en 1877.

Para el arqueólogo boliviano Carlos Ponce Sangines, no hubo ni magos haciendo volar los monolitos por el aire —como sostienen los relatos míticos— ni extraterrestres conduciéndoles, sino que todo fue mucho más

sencillo, puesto que a base de experimentos logró demostrar que unos veinte hombres, tirando con cuerdas, pueden arrastrar una tonelada, con lo que solo se trataría de hallar una proporción entre peso y fuerza humana. Respecto a los bloques de andesita, probablemente, serían transportados por vía lacustre sobre grandes balsas de madera. Sin embargo, a la hora de llevar todo esto a la práctica, no resulta tan sencillo, especialmente para los bloques mayores, por lo que podemos decir que en Tiahuanaco el misterio, en este sentido, no ha desaparecido.

El centro de la urbe se diseñó en torno a dos avenidas principales alineadas por templos construidos sobre plataformas, residencias de las clases dirigentes y enterramientos.

Su monumento principal es el templo piramidal de Akapana, formado por siete terrazas escalonadas hasta una altura de 18 metros, con el acceso por la zona oeste, donde se halla la escalinata. Al parecer, se trató de un gran centro ceremonial, ya que en las excavaciones dirigidas por la arqueóloga mexicana Linda Rosa Manzanilla se han encontrado restos de sacrificios humanos —en la creencia de que los sacrificados se convertían en guardianes del templo—, así como de felinos y cánidos.

En sus proximidades se encuentra el gran recinto amurallado de Kalasasaya o Templo de las Piedras Paradas (*kala*: piedra, *saya*: parado), en cuya cima se verificaban los cambios de estaciones. Calcularon con exactitud su año solar en 365 días, apareciendo el Sol en ambos equinoccios por el centro de la puerta principal o Puerta del Sol —la adoración al Astro Rey constituía su culto fundamental—, obra del siglo X, sorprendentemente construida siguiendo las reglas de la divina proporción —formulada en la Grecia Antigua, muy lejana en el tiempo y en el espacio— y decorada con un gran relieve del «Señor de los báculos», dios que habría surgido de las aguas del Lago Titicaca para crear a los hombres, al Sol, la Luna y todas las cosas, desapareciendo luego en el mar. Figura como un anciano barbudo de un enorme estatismo y frialdad, al igual que sus colosos, entre los que descuellan el monolito Ponce o Estela 8 y «El Gran Sacerdote» o «El Fraile», llamado así porque representa a un enigmático personaje portando un cayado en la mano y tocado con una especie de fajín decorado con adornos zoomorfos, relacionable con el «Señor de los báculos», quizá un

sacerdote de la divinidad o ella misma, a la que se ofrecían sacrificios animales y humanos, tanto adultos como niños. Según la mitología, la grieta superior izquierda no tuvo que ver con la posible caída de un rayo sino con los gigantes creados por el dios blanco y barbudo Viracocha, quienes construyeron Tiahuanaco en un solo día y al colocar la Puerta del Sol, la habrían dejado caer de golpe.

Otros edificios destacables son la Puerta de la Luna, de menor tamaño que su homónima del Sol, el Palacio de los Sarcófagos o *Putuputuni*, lugar de entierro de los dirigentes y la gran pirámide del recinto de *Puma Punku* o Puerta del Puma, fuera del centro urbano, formada por tres grandes plataformas superpuestas. Por último, en el templo semi subterráneo, bautizado así porque se encuentra 2 metros por debajo del nivel del resto de obras arquitectónicas, campa el misterio en las 175 cabezas que decoran sus muros interiores, porque muestran rasgos asiáticos, caucásicos o negroides, que hace un milenio deberían haber sido desconocidos en el continente americano.

Entre los motivos ornamentales, descuellan los llamados *chachapumas* u «hombres puma», junto a peces, cóndores, águilas, camélidos como las llamas, etc. Los artesanos de Tiahuanaco destacaron, especialmente, en el trabajo de los metales preciosos como el oro, además de en la fundición de bronce.

LAS LÍNEAS DE NAZCA, A VISTA DE PÁJARO

A lo largo de la costa sur del Perú, 50 kilómetros tierra adentro, en la provincia de Nazca, ocupando un área aproximada de 500 km^2, pueden visualizarse, casi exclusivamente desde el aire, una serie de extraños geoglifos pertenecientes a una cultura precolombina que tuvo su desarrollo entre los siglos III-VIII, para desaparecer a partir de la entrada de grandes migraciones procedentes de la meseta andina.

El significado de tan enigmáticos dibujos, cuya variada temática abarca motivos geométricos (franjas, espirales, ondas), antropomorfos y zoomorfos (aves, monos, arañas, lagartijas) con proporciones gigantescas, ha sido objeto de numerosas interpretaciones. El primer interesado en la materia fue

el español Luis de Monzón, que ya en el siglo XVI se sintió atraído por el misterio que entrañaban las «líneas de Nazca», denominación con la que se las conoce.

A mediados del pasado siglo, después de que un piloto peruano descubriera casualmente los sorprendentes dibujos sobre el suelo, el arqueólogo estadounidense Paul Kosok, tras sobrevolar detenidamente la zona, descartó que tales trazados tuvieran nada que ver con antiguos sistemas de riego —como había venido apuntándose— y se decidió por interpretaciones de tipo astronómico, en lo cual parecían creer también los habitantes del lugar como si se tratara de algo ancestral utilizado por sus antepasados para predecir fenómenos de ese tipo. En esta línea estuvieron también las teorías formuladas por la alemana María Reiche, que llegó a la zona seis años después de Kosok; aunque los estudios efectuados por el británico Gerald Hawkins determinaron que no se dan los suficientes alineamientos para establecer nada más allá de algunas casualidades.

Tales hipótesis, aunque fáciles de elaborar ante la gran cantidad de líneas que se dibujan en el suelo, alguna de las cuales puede estar en relación con la órbita de algún astro del firmamento, no han satisfecho a la comunidad científica, puesto que las consideran una teoría demasiado elemental para la magnitud de geoglifos que pueblan este lugar.

En 1978, Tony Morrison, autor de «Caminos a los dioses», preguntándose en este libro: «¿A quién están destinados?», optó por una explicación mágico-religiosa del fenómeno, también fácil de entrever, ya que podría tratarse de una zona ceremonial en la que se desarrollarían diferentes actos rituales al calor de tales imágenes, no pudiendo negarse su especial simbolismo. Para Morrison, las líneas rectas serían senderos sagrados que unirían diferentes altares plasmados en los distintos montículos de piedras; los dibujos serían como una especie de homenaje a los dioses.

El hecho de que solo sean visibles desde el aire o, en algún caso, desde lo alto de las montañas cercanas, así como las perfectas proporciones de su composición, ha contribuido aún más a fomentar el enigma.

En principio, ¿cómo tuvo lugar su ejecución? ¿Se elaboraron desde algún aparato volador —similar a un globo— que los nazca supieron

fabricar? ¿Son obra de extraterrestres? Esto último llegó a defender en su libro superventas «Recuerdos del Futuro» (1968) el suizo Ertich von Daniken, para quien las líneas constituirían las pistas de un aeropuerto destinado a naves procedentes del espacio. Respecto al globo, también hubo intentos de emularlo, en 1975, por parte del norteamericano Jim Woodman en colaboración con el inglés J. Nott, quienes llegaron a fabricar con telas y cuerdas similares a las que usaban los antiguos nazca para embalsamar sus momias el *Cóndor I*, un artilugio que logró elevarse casi 90 metros antes de caer en picado.

A pesar de estar abonado el campo con estos postulados para los amantes del misterio, lo cierto es que el propio Morrison consiguió elaborar dibujos similares sirviéndose únicamente de cuerdas y estacas para delimitar las composiciones, que luego se marcarían a base de surcos en el terreno.

En 2015, un grupo de arqueólogos japoneses de la Universidad Yamagata dirigidos por el Dr. Masato Sakai (que había logrado localizar nuevos geoglifos), siguiendo las teorías del antropólogo peruano Julio Cesar Tello, uno de los primeros en estudiar seriamente el conjunto, manifestaron en la convención anual de la Sociedad Americana de Arqueología que, según sus investigaciones, los geoglifos de Nazca fueron realizados por al menos dos culturas de distinta época, con técnicas y simbolismos diferentes. Al período temprano (h. 800 a. C.) corresponden figuras que «se utilizaron como centros rituales en los que, por ejemplo, se realizaban destrucciones intencionadas de cerámica», mientras que en el formativo (h. 600-500 a. C.) «se dibujaron para ser vistas desde los caminos rituales», que llevaban al mismo destino: la ciudad preinca de Cahuachi, que, a pesar de sus ruinas actuales —sólo queda en pie una pirámide—, fue la capital de la cultura Nazca y constituyó por tanto un importante centro de peregrinación.

Las imágenes se clasifican en cuatro grupos: las de cóndores y llamas, en el Valle de El Ingenio, y las de seres sobrenaturales y cabezas a modo de trofeo, en el Valle de Nazca.

Se observan dos técnicas de ejecución: unas figuras están formadas tras retirar las piedras de su interior, es decir, dibujando su contorno, y otras

apartando los bordes para que se observe la silueta maciza.

Recientemente, en 2016, el Dr. Sakai ha anunciado el descubrimiento en la Pampa de Majuelos, en el Departamento de Ica, al suroeste de Perú, de un nuevo geoglifo, «que podría tener más de 2000 años de antigüedad, aunque las fechas en que fueron creadas estas figuras siempre son controvertidas», existe demasiado baile de cifras. Se trata de un dibujo zoomorfo que representa un animal de treinta metros de largo, en cuya cabeza se observa una lengua enorme. En cuanto a su posible significado, señala que «en 2011 se descubrieron otros geoglifos en la misma zona que representan dos figuras antropomorfas en una escena de decapitación. En medio hay un camino antiguo que se dirige a Cahuachi, por lo que ambos geoglifos podrían estar relacionados con el camino de peregrinación hacia este centro ceremonial».

También hace muy poco, en el mismo 2016, se ha aportado una explicación de tipo práctico a los extrañas líneas de Nazca. A partir del análisis de imágenes obtenidas vía satélite, se ha llegado a la conclusión de que tales trazados sobre la superficie de la tierra efectivamente obedecían a un complicado sistema de riego —algo que anteriormente se había descartado— relacionado con los *puquíos* o conducciones de agua subterránea. Así opina, en declaraciones a la BBC, el equipo dirigido por la investigadora italiana Rosa Lasaponara, del Instituto de Metodologías para el Análisis Medioambiental de Italia: «Los puquíos eran la infraestructura hidráulica más ambiciosa en la zona de Nazca y permitían que hubiera agua disponible durante todo el año».

En este sentido, los numerosos agujeros en forma de espiral que se observan en el terreno debían constituir un sofisticado sistema hidráulico para obtener agua de los acuíferos subterráneos. Estaban conectados con una red de túneles a la que entraba el aire por medio de dichos agujeros espirales, removiendo el agua a través de los canales, al objeto de aprovecharla tanto para el riego de los campos como para las necesidades de tipo doméstico.

De ahí que las «líneas de Nazca», concluye la Dra. Lapasonara, «también estuvieran, seguramente, relacionadas con las conducciones de

agua, por lo que se cree que tan complicados dibujos podrían tratarse de una especie de mapas que señalarían la ubicación de los citados puquíos».

Lo que está claro es que este tipo de grandes infraestructuras solo eran posibles a través de una sociedad organizada y de un gran esfuerzo colectivo, lo que prueba la compleja y desarrollada estructura socioeconómica que habrían llevado a cabo los antiguos habitantes del lugar.

Con sentido práctico o mágico-religioso, las líneas de Nazca son uno de los ingredientes imprescindibles que dibujan el contenido de cualquier libro que se precie sobre enigmas y misterios.

ÁVALON, COMO UN REINO DE HADAS

Conocida también como *Insula Pomorum* o «Isla de los Frutos» (del latín *pomum*, que significa fruta o árbol frutal) debido a la abundancia y riqueza de los mismos, Ávalon —derivado del inglés arcaico *aval*: «manzano» o «tierra de manzanas», la fruta que simboliza el conocimiento— era, según la mitología celta, un lugar paradisíaco, el país de la eterna primavera, poseedor de un paisaje perennemente verde, que disfrutaba de un clima constantemente benigno, en el que no se conocían ni la lluvia, ni el granizo ni la nieve, como dice el poema *The passing of Arthur*, de Lord Tennyson. Sus moradores gozaban del don de la inmortalidad y, por ello, nunca se sentían acuciados por el dolor, la enfermedad, la vejez o la muerte.

Fue en la obra de Geoffrey de Monmouth titulada *Vita Merlini*, escrita después de haberse publicado su célebre *Historia Regum Britanniae* (h. 1136), donde Avalon aparece descrita como una isla:

> Se llama Isla Afortunada (…) el grano y la uva se dan sin cuidado alguno, y en los bosques crecen los manzanos sobre la hierba bien cortada. La tierra ofrece espontáneamente (…) todos los frutos en abundancia.

Lo cierto es que en Glastonbury, la localidad que como luego veremos se identificó con Ávalon, hay una colina dominando tierras pantanosas sobre la que se levanta la antigua torre que, en lontananza, da la impresión de que se trata de una isla, sobre todo, con la bruma del alba o la del ocaso. Su calificativo de «Afortunada» tiene que ver con el conjunto de islas

paradisíacas de la mitología céltica así como con las islas Macaronésicas («felices») de la griega; en ambos casos hablamos de las Azores, Madeira, Canarias y también de aquellas cuya existencia es solo mítica: San Borondón o San Brandán y la Atlántida, que como Ávalon están asociadas al mito de la inmortalidad a través de la presencia de las manzanas, la fruta que proporciona la eternidad en mitologías como la griega: «las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides».

En Ávalon habitaban el hada Morgana y sus ocho hermanas, también hechiceras, y allí iban a parar los guerreros muertos en combate. Uno de ellos, el más célebre, el rey Arturo, según la leyenda, después de haber sido mortalmente herido en la batalla de Camlann.

Al parecer, Morgana se había hecho famosa por conocer muy bien, ya desde pequeña, las artes de la magia, tanto que se la nombraba como *Le Fay*, es decir «El Hada». Algunos autores afirman que aprendió su magia con el mismísimo mago Merlín y con otra hada conocida como la *Dama del Lago*. Otros apuntan que Morgana fue encerrada en un convento por su padrastro, Uther, y allí aprendió las artes de la magia.

A pesar de que la leyenda no señala ningún lugar geográfico concreto en donde se ubicaría la mítica Ávalon, la *Historia Regum Britanniae* de Geoffrey de Monmouth la identifica con la localidad inglesa de Glastonbury (al sur de Inglaterra, no muy lejos de Bristol), debido al hallazgo en su abadía de los supuestos restos del rey Arturo y de la reina Ginebra, corriendo el año 1191.

En concreto, se trataba de un sarcófago de madera de roble junto a una cruz de plomo con la siguiente inscripción latina: HIC IACET SEPULTUS INCLITUS REX ARTHURIUS IN INSULA AVALONIA, es decir, «Aquí yace sepultado el ilustre rey Arturo en la isla de Ávalon». Dicha cruz hoy se ha perdido, pero sabemos de ella gracias a una ilustración publicada en una obra de William Camden de 1607.



El último sueño del rey Arturo en Ávalon, de *Sir* Edward Coley Burne-Jones, 1898.

Después de unos pomposos funerales organizados por los monjes, quienes acababan de perder en un incendio la parte más antigua del monasterio, en la cual se guardaban los tesoros y reliquias que le habían proporcionado su gran renombre, y estando necesitados de recuperarlo, el convento aducía simplemente como prueba de autenticidad respecto a los cadáveres, «su noble estatura».

En definitiva, el ataúd fue depositado bajo el altar mayor de la iglesia monacal, evidentemente, sin ningún crédito de carácter histórico. Pero sirvió como reclamo para las gentes de la época, ávidas de lugares donde acudir en peregrinación.

Así mismo, el rey normando Enrique II, que lo era también de Francia en aquel tiempo, estaba políticamente interesado en demostrar la muerte de Arturo para calmar los deseos de liberación de los bretones y galeses, que esperaban ansiosos su retorno, confiados en que nunca había dejado esta vida; su última esperanza era el regreso de su rey como un mesías.

En los alrededores se halla la ya citada *Glastonbury Tor* o Torre de Glastonbury, donde, según la leyenda, José de Arimatea, acompañado por doce Servidores —los Guardianes del Grial, que rememoraban a los doce Apóstoles—, construyó hacia el año 63 d. C. la primera iglesia cristiana de las islas Británicas, destinada a albergar el Santo Grial, que le había sido entregado por Jesucristo cuando se le apareció después de su Ascensión al cielo con la misión de que evangelizara aquel país. En dicho templo

oficiaba la misa consagrando en la mítica copa, que tenía la virtud de proporcionar comida y bebida inagotable, enlazando así con el milagro de los panes y los peces. Le sucedió su cuñado, un tal Bron, que recibió el apodo de «El rico pescador» precisamente porque realizaba dicho prodigio milagroso en la Santa Copa.

Otras fuentes sitúan a Ávalon frente a la costa de Bretaña, en concreto, en la Île Aval; así como en Burg-by-Sands, en Cumberland, próxima al limes o muralla romana construida por el emperador Adriano en el siglo II d. C.

Ávalon, en todas y en ninguna parte, podríamos decir.

LAS EXPLOSIONES NUCLEARES EN EL VALLE DEL INDO

Harappa y Mohenjo Daro, en el actual Pakistán, fueron las dos principales ciudades de la denominada Cultura del Indo, que alcanzó su esplendor entre los años 2200 y 1750 a. C. en el valle del río del mismo nombre. A partir de esa fecha se inicia un período de decadencia, conocido como las culturas de Jhukar o Jhangar, que concluyó en el año 1500 a. C. con la desaparición definitiva de la civilización del valle del Indo por causas que, a pesar de lo apuntado más abajo, son todavía un enigma. Se abre entonces el período Védico, llamado así por sus cuatro colecciones de textos: los Vedas («Conocimiento», en sánscrito). A partir del siglo VII a. C. se desarrollará el período Brahmánico.

Ambos núcleos urbanos contaban con un moderno sistema de alcantarillado, lo que indica el alto grado de desarrollo. Las viviendas tenían varios pisos y se cubrían con tejados planos. Elaboraron un sistema de escritura que consta de más de cuatrocientos signos, aún sin descifrar.

Hasta no hace mucho se pensaba que el final de esta civilización se produjo por la invasión devastadora de pueblos arios procedentes de las estepas del Norte, introductores del caballo, el uso del hierro y el lenguaje sánscrito. Sin embargo, actualmente, existe otra teoría que achaca la desaparición de la cultura del valle del Indo a movimientos tectónicos en torno al año 1700 a. C., que desplazaron el curso del río, produciéndose inundaciones catastróficas, junto a una gradual reducción de las

precipitaciones, la salinización de las tierras de cultivo y una intensa desertificación, que terminarían obligando a sus moradores a abandonar los núcleos urbanos ante la reducción drástica de los recursos agrícolas.

Sin embargo, aunque parezca que estamos leyendo crónicas de otro tiempo, ese final también se recoge en el *Mahabharata* o «Guerra de los bharatas», poema sánscrito que describe las luchas de dos familias reales, los Pandavas y los Koravas, ambas antepasadas comunes del legendario rey *Bharata* (Indo, en sánscrito, de cuyo nombre procede también el del país), obra compuesta, hacia el 1500 a. C., por más de 210 000 versos divididos en diez cantos (ocho veces la *Ilíada* y la *Odisea* juntas), narrando de manera fantástica acontecimientos ocurridos mucho tiempo atrás, hacia el 3100 a. C.:

> Un solo proyectil, cargado con toda la potencia del universo. Una columna incandescente de humo y llamas, tan brillante como diez mil soles, se alzó en todo su esplendor. Era un arma desconocida, un rayo de hierro, un gigantesco mensajero de la muerte que redujo a cenizas las razas de los Vrishnis y Andakas, los enemigos contra quienes se utilizó. Los cadáveres estaban tan quemados que resultaban irreconocibles. El pelo y las uñas desaparecieron; jarros y objetos de greda quedaron destrozados, sin motivo aparente, y los pájaros se volvieron blancos. Al cabo de pocas horas, todos los comestibles estaban infectados. Los soldados se lanzaron a los arroyos y trataron de lavar sus cuerpos y todo su equipo (…). El arma había abatido a muchos guerreros, caballos y elefantes…

La relación con armas atómicas es evidente, aunque también hay que tener en cuenta que se trata de un relato fantástico. No obstante, en las excavaciones practicadas en Mohenjo Daro y Harappa se han hallado algunos esqueletos con radiactividad, que ha sido atribuida a rayos y fenómenos eléctricos de gran intensidad, también observados en Escocia o Australia, por ejemplo. Así mismo, podrían tratarse de efectos similares a los producidos por la caída de un meteorito, pero no se han encontrado huellas ni señales del mismo.

Tanto en estos como en otros textos épicos de la literatura védica (*Ramayana*, por ejemplo), aparecen, sembrando la destrucción, las *vimanas* de los dioses: «Carros de dos pisos con muchas ventanas que proyectaban llamas rojizas y que volaban como cometas».

La descripción de tales artefactos mortíferos se detalla exhaustivamente en el *Samarangana Subtrahara*, pero también se dice que los secretos de su

elaboración no pueden ser desvelados para que nadie logre fabricar tan devastadoras máquinas con intenciones perversas. La potencia procede, según se explica, del mercurio calentado al fuego en los cuatro depósitos que llevan los aparatos, adquiriendo de este modo toda la fuerza del rayo, o bien provocando un torbellino o un gran viento de efecto propulsor, como dice el *Ramayana.* Gracias a estos artefactos —«carros voladores»— es posible viajar por los cielos y regresar a la Tierra, así como descender a ella los dioses.

Literatura aparte, y teniendo en cuenta que nos hallamos ante traducciones quizá adulteradas o no muy fidedignas, existen sorprendentes hechos, envueltos en el enigma. Los pocos esqueletos encontrados —unos treinta, ¿dónde están los de todos los otros habitantes?—, además de la radiactividad que presentan, recuerdan, en ocasiones, a los muertos por la erupción del Vesubio en Pompeya y Herculano, es decir, a algunos parece que les alcanzó la Parca en plena calle, de manera sorpresiva, otros cayeron cogidos de la mano, boca abajo, siempre como en plena huida hacia un refugio al que no lograron llegar.

Aparte de en las personas, también se observan huellas de altas temperaturas en el interior de los edificios —objetos de cerámica, utensilios — y en algunos focos urbanos —terrenos como cristalizados, ladrillos abrasados, fundidos—, lo que, con tantas señales de explosiones e incendios, da qué pensar.

¿Se conocía la energía nuclear hace miles de años? Sería surrealista pensarlo.

¿Extraterrestres, quizá? El pensamiento es libre.

OFIR, ¿LAS MINAS DEL REY SALOMÓN?

En 1868 se descubrieron, casualmente, los restos de una ciudad fortificada en el África suroriental, actual Zimbabue, cuya carencia de inscripciones no facilitaba la identificación de sus antiguos moradores. Tres años más tarde, en 1871, el geólogo alemán Karl Mauch comenzó a estudiar aquellas huellas arquitectónicas. Surgieron así varias hipótesis que convertían ese lugar en una colonia minera fenicia, según unos, o en un emplazamiento

árabe, según otros, debido a que las técnicas empleadas en la construcción de sus gruesos muros de sillares de granito perfectamente escuadrados y unidos sin argamasa, es decir, engatillados, así como sus torres cónicas, no se asemejaban a ninguno de los sistemas ni elementos constructivos empleados por los pueblos conocidos de África.

Pero pronto empezaron a surgir opiniones partidarias de que tales restos podrían corresponder al legendario país de Ofir, que aparece citado varias veces en la Biblia, la región donde se hallarían las minas que surtían al rey Salomón de abundantes cantidades de oro, embarcadas desde el puerto de Esyón Gáber, en el mar Rojo, a donde el rey de Israel había enviado una expedición con la ayuda del rey fenicio Hiram de Tiro, que retornó cargada a rebosar con 420 talentos (unas 11 toneladas) de oro, piedras preciosas y maderas finas:

> Construyó también Salomón naves en Asiongaber, que está junto a Elat, en la costa del mar Rojo, en la tierra de Edom; y mandó Hiram para estas construcciones a sus siervos, diestros marineros, con los siervos de Salomón, y fueron hasta Ofir, y trajeron de allí oro, cuatrocientos veinte talentos, que llevaron al rey Salomón.
>
> I Re 9, 26-28

En ese país de leyenda se inspiró la novela de Henry R. Haggar, «Las minas del rey Salomón» (1877), llevada al cine en 1950 y 1985, respectivamente.

Así se explicaría la magnificencia de las obras salomónicas, como el Templo y el palacio de Jerusalén y su ornato a base de lujosísimas piezas de oro y piedras preciosas, al igual que su vida de derroche y boato continuo en una Corte que mantenía «setecientas mujeres de sangre real y trescientas concubinas» (I Re 11, 3) para él solito. No contento con eso, o bien porque aún le resultaba insuficiente, esquilmaba al pueblo con altos tributos hasta que sus súbditos se rebelaron y terminaron escindiéndose, a su muerte, en dos reinos: Judá al Sur, con capital en Jerusalén, e Israel al Norte, con capital en Samaria: «Y así se separó Israel de la casa de David hasta el día de hoy» (I Re 12, 19).

En 1938, el arqueólogo estadounidense Nelson Guelck logra dar, al norte de la antigua ribera del golfo de Akaba, con el emplazamiento del Mar

Rojo donde el tercer rey de los judíos había mandado levantar una fundición para el tratamiento del hierro y el cobre extraídos de sus minas y, efectivamente, los hornos que siguen allí atestiguan los relatos bíblicos sobre este importante centro comercial que recibía caravanas del sur de África y Egipto con sus cargamentos destinados a embarcar en las naves que atracaban en el muelle.

No obstante, a pesar de que había venido produciéndose una llegada masiva de aventureros en busca de las sobras de oro del rey Salomón, la arqueóloga británica Gertrude Caton-Thompson echó un jarro de agua fría sobre los buscadores del vil metal, ya en 1929, puesto que demostró que la fortaleza fue construida en la Edad Media y, por tanto, no podía corresponder a ninguna colonia o centro comercial que hubiera mantenido relaciones económicas con el hijo de David, con fama de tan sabio como rico y viceversa.

Establecido el origen de este complejo arquitectónico totalmente amurallado, que cuenta con varias edificaciones, la principal el denominado palacio Elíptico —con su torre cónica de 10 metros de alto y 16 de base—, a cuyos muros se apiñaban las chozas del pueblo, que acudía a refugiarse en el interior en caso de peligro, el misterio se halla ahora en averiguar quiénes fueron sus constructores, que abandonaron el lugar en el siglo XVI, quizá porque los recursos económicos que lo hicieron posible se habían ido acabando a causa de una abusiva tala de árboles, que produjo la deforestación y desertificación paulatina del área.

Otra de las incógnitas o enigmas de la Historia que, tal vez, un día se resuelva.

LAS BOLAS DE DIQUÍS

En 1939 aparecieron casualmente en la región del delta del Diquís, Costa Rica, entre los ríos Terraba y Sierpe, una serie de bolas o esferas, la mayor parte de granito aunque también las hay de basalto y gabro, cuya superficie sorprendentemente se halla pulida con gran perfección, repartidas por las orillas de los ríos, a lo largo de las llanuras e incluso sobre las colinas.

Lo que parecía una casualidad, que pasó en principio un tanto inadvertida mientras la empresa norteamericana Standard Fruit Company trabajaba en el lugar acondicionando el terreno, empezó pronto a llamar la atención, no solo por su sorprendente superficie exquisitamente acabada, sino también por lo abundante del hallazgo, que actualmente ronda las 300 unidades.

El tamaño de las esferas varía desde alrededor de los 10 centímetros de diámetro hasta más de 2,5 metros y el peso de alguna alcanza las 16 toneladas.

El misterio sobre su origen y su significado aún no se ha descifrado; únicamente, a criterio de los especialistas, se ha logrado establecer su antigüedad, que rondará hacia los siglos VIII-V a. C. También continúa siendo enigmático el método o la técnica que se utilizó para llevar a cabo con tanta perfección su asombroso acabado esférico, que más parecen fabricadas con modernos moldes de hormigón que pulidas a mano con rústico utillaje.

Para John Hoopes, profesor de antropología de la Universidad de Kansas, los indígenas «quisieron emular con sus técnicas» la erosión de las fuerzas de la Naturaleza y, a base de tiempo y práctica, llegaron al exquisito pulido que se observa en su superficie.

Respecto a las herramientas, se supone serían empleados martillos de piedra, puesto que no existe constancia de que se conociera la técnica de los metales en aquellas fechas, manejados con una habilidad extraordinaria, «con paciencia benedictina», diríamos, si se tratara de obras occidentales.

Para mayor misterio, en la zona no existen canteras de las que pudiera haberse extraído la materia prima, la piedra necesaria para elaborarlas, por tanto tuvieron que ser trasladadas hasta su emplazamiento desde zonas alejadas. Así lo manifestó, en la revista *American Antiquity*, ya en 1943, la arqueóloga estadounidense Doris Stone, que fue la primera en estudiar a fondo, desde unos años antes, el sorprendente conjunto, enterada a través de las informaciones de P. Chittenden, un empleado de la United Fruit Company que estaba examinando el terreno por cuenta de la empresa.

Además de describir las esferas con su tamaño y peso aproximado, constató que habían sido dispuestas sobre una base de cantos o guijarros

para fijarlas al suelo, así como alineadas sobre un eje este-oeste, opinando que, posiblemente, entre sus funciones estaría, sobre todo, ejercer como mojones o «delimitadores territoriales», en sus propias palabras, para dividir el espacio entre las diversas tribus que residían en aquella área geográfica.

No obstante, la puesta en práctica de algunas de estas teorías ofrece muchas dudas. Por ejemplo, el sistema de transporte para traerlas desde las lejanas canteras atravesando, además, multitud de accidentes geográficos: montes, valles, ríos y barrancos e, incluso, subirlas hasta lo alto de las colinas, donde se han hallado diversos ejemplares. La explicación a base de tiempo, mano de obra y cuerdas, parece ser escasa para tamaña empresa, a lo que hay que añadir, además, el exquisito acabado que presenta la superficie de todas las bolas, lo cual no casa con un traslado abrupto a lo largo de decenas de kilómetros, campo a través.

A partir de tales investigaciones, otros arqueólogos como Samuel Lothrop, de la Universidad de Harvard, llegaron a la región de Diquís para investigar el misterioso hallazgo. Pero los acondicionamientos efectuados en el terreno por parte de la multinacional citada, a fin de desarrollar sus propósitos comerciales, no se detuvieron ni un ápice ante lo que debieron considerar «naderías», estando por delante un buen negocio, ya se sabe.

El caso es que muchas bolas fueron destruidas por las máquinas, otras removidas de sus lugares de asentamiento, perdiéndose de esa manera la posibilidad de estudiar si su disposición obedecía a algún plan preconcebido. Así mismo, se cometió el error de trasladarlas de su emplazamiento original con el objeto de exponerlas en el Museo Nacional de San José, así como de destinarlas al adorno tanto de lugares públicos —plazas, parques, aeropuertos— como de propiedades particulares. De esta forma, al moverlas de su primitivo lugar, se ha perdido la posibilidad de analizar si este ofrecía alguna pista sobre su aún hoy enigmático origen y finalidad, porque el estudio de estos hallazgos debe ser resuelto *in situ*.

Para el citado John Hoopes, antropólogo designado por la Unesco, las esferas debieron pertenecer a una sociedad refinada, mejor dicho, a las clases altas de la misma, que comenzarían a hacer uso de ellas en torno al

año 500 a. C., «en tiempos en los que la organización de las sociedades indígenas se tornó compleja y sofisticada».

De la misma opinión es Christian Kandler, director del Museo Nacional de Costa Rica, quien afirma que estamos ante «un producto cultural de una sociedad muy compleja, una cultura refinada y muy jerarquizada».

Aunque, puestos a especular, las sorprendentes bolas de Diquís también pudieron tratarse de objetos de culto, calendarios astronómicos o mapas del firmamento representando cuerpos celestes, y, según los amigos de lo misterioso, aparte de obra de extraterrestres, restos de la antigua civilización que habitó la Atlántida, el legendario continente sumergido.

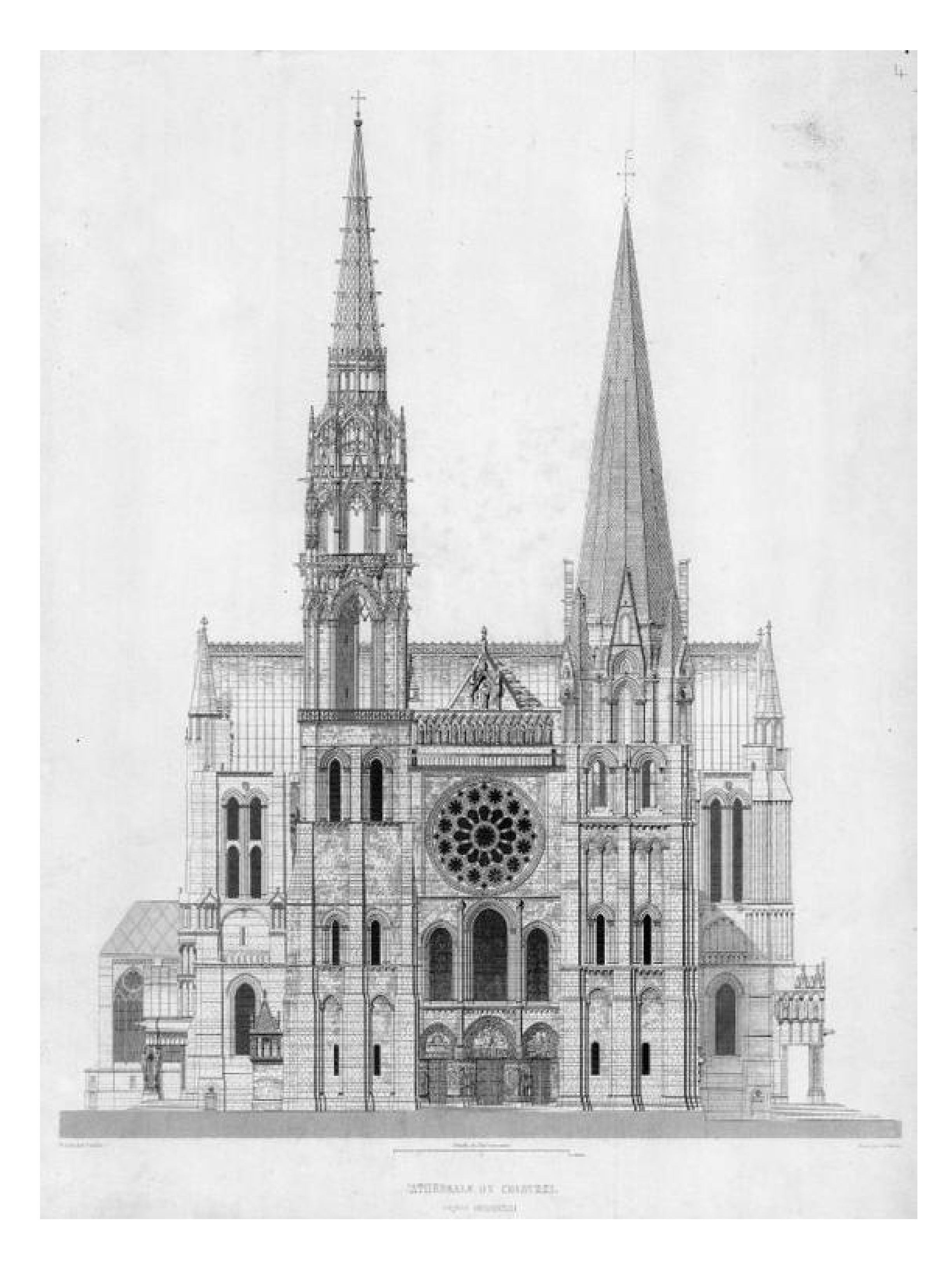
Así lo sostienen en su libro «La Atlántida en América» los antropólogos Ivar Zapp y George Erikson, en la evidencia de que en este lugar se asentó una sofisticada civilización que había creado el sistema de esferas para orientarse y conocer las rutas marítimas. Afirman que la alineación de algunas apuntaba hacia otros lugares, como las Columnas de Hércules (Gibraltar), las pirámides de Egipto, el crómlech de Stonehenge o la isla de Pascua. Por tanto, sus constructores, los antiguos atlantes —más bien habría que decir sus supuestos descendientes, porque al mítico continente se le considera desaparecido hacia el 9000 a. C.—, habrían estado en relación con civilizaciones del otro lado del océano.

Por otra parte, no se tuvo reparo en abrir por el medio algunas de las esferas, en la creencia de que podrían contener oro en su interior; y, así, hoy día vemos muchas repartidas en dos mitades. Así, que podríamos decir que las piedras esféricas de Diquís constituyen todo un misterio abierto de par en par, que la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) incluyó en junio de 2014 en la lista de lugares Patrimonio de la Humanidad.

LA MAGIA DE LA CATEDRAL DE CHARTRES Y LOS LABERINTOS GÓTICOS

La tradición legendaria atribuye el solar donde se asienta la Catedral de Chartres a un antiguo *carn* o altar de piedra utilizado por los sacerdotes druidas para celebrar sus sacrificios rituales, vocablo del que puede

provenir la denominación de la ciudad, al igual que del término *Carnut-Is*, que significa «lugar sagrado de los carnutos», nombre que recibía una tribu celta que habitaba esa área geográfica durante la época de la conquista romana.



En tal lugar se produce la confluencia de las fuerzas telúricas que fluyen del subsuelo, procedentes de las capas freáticas, fallas, energías magnéticas subterráneas, etc., consideradas ya por los druidas beneficiosas para el

hombre; las llamaron *wuivres* (serpientes). Allí mismo, existía un templo pagano con un gran pozo en su interior de 37 metros de profundidad —la misma altura que tiene la bóveda actual del templo—, cuyas aguas, de propiedades curativas, habían sido ya descubiertas por los magos-sacerdotes. En él sucumbieron los primeros heroicos mártires cristianos, por lo que recibió el nombre de Pozo de los Santos Fuertes. En la que se llamó «Cámara de los druidas» se encontró dentro de un nicho una imagen ennegrecida por el tiempo, adorada por los galos como la diosa madre Belisama y venerada después por los cristianos como una Virgen Negra o *Virgine Parituriae* (Virgen del Parto), bajo la advocación de *Nôtre-Dame-sous-Terre* (Nuestra Señora de Bajo Tierra), acompañada de exvotos en forma de corazones que rememoran el de Nuestra Señora.

El lugar se convirtió en centro de peregrinación para los enfermos de media Europa, que acudían a acostarse allí. Pero, ante los brotes de superstición, la Iglesia clausuró el lugar en 1654 y no volvió a abrir el pozo hasta principios del siglo XX. Con el tiempo, las manos han ido desgastando la peana sobre la que se halla la imagen, habiendo sido quemada la original en 1793 por las turbas revolucionarias enloquecidas, que no reparaban ni ante el valor del Arte.

El edificio actual alberga el pozo en su cripta subterránea, que fue reconstruida en 1024, después que un incendio arrasara la primitiva Catedral cuatro años antes, por el obispo y arquitecto Fulbert de Chartres (llamado «el venerable Sócrates» a causa de su enorme sabiduría); según la leyenda había salvado la vida cuando, víctima de una grave epidemia, una gota de leche de la Virgen cayó en su boca.

Nuevos incendios ocurridos en 1134 y 60 años más tarde, obligaron a reconstruir por tercera vez el templo, habiéndose salvado del último, además de la fachada occidental con su Pórtico Real de 1145-1155, la reliquia del velo que la Virgen llevaba puesto cuando el alumbramiento del Niño; una pieza procedente de Tierra Santa (la *Sancta Camisia*) que fue traída a Chartres en peregrinación por Carlos el Calvo en el año 876, y que obró el milagro de espantar a los vikingos de Hrólfr Ganger (llamado Rollón el Caminante) cuando tenían sitiada la ciudad en el año 911 y los religiosos salieron con el velo por bandera.

Varias particularidades, rayanas en el misterio, presenta la Catedral de Chartres. La primera, su orientación noreste en contra de lo habitual, que es la cabecera, en la que se halla el altar, hacia Oriente, mirando a Jerusalén, donde murió el Redentor. A pesar que los técnicos argumentan que fue para asentar los cimientos del edificio sobre los primitivos debido al profundo pozo, también el esoterismo de la mano de obras ya clásicas como «El misterio de la Catedral» (1969), de Louis Charpentier, opina que fueron los templarios —a quienes se atribuye la edificación última del edificio— quienes diseñaron esta orientación de acuerdo a la constelación de Virgo, intentando así atraer a la Tierra las energías del Cosmos.

Lo cierto es que en la región de Champaña la disposición de las Catedrales recrea la forma del rombo central de la constelación de Virgo, correspondiendo cada templo a una de las estrellas que lo forman: la de Chartres a *Spica*, la de Reims a *Zeta Virginis*, la de Amiens a *Delta Virginis*, la de Bayeaux a *Gamma Virginis* y la de Evreux a *Theta Virginis*.

Una de las más evidentes pruebas de la relación de la Orden del Temple con la Catedral de Chartres lo constituye el denominado «Pórtico de los Iniciados», en una de cuyas columnas existe un relieve que muestra el Arca de la Alianza llevada en una carreta que dirige un hombre cubierto con un velo que alude al Viejo Testamento —le falta la Luz de Cristo—. Indicio de que el hallazgo de la ansiada reliquia hebrea y su traslado a Occidente fue llevado a cabo por los templarios, lo que les habría proporcionado los conocimientos utilizados en la construcción del Templo de Salomón para aplicarlos en Chartres.

No obstante, el plano del edificio, que está trazado en forma de cruz latina, como la mayor parte de los templos cristianos, desmonta su origen templario, pues la Orden utiliza en sus construcciones la planta poligonal a imitación de la Iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén.

Todo el conjunto se halla inscrito en un rectángulo áureo, es decir, elaborado a partir de la divina proporción o número de oro (1,618) de origen euclidiano, del cual son múltiplos las distancias entre las columnas y las medidas de la nave, los cruceros y el altar.

Otro asunto misterioso es la decoración que ornamenta el templo. Extrañamente, a pesar de las 175 representaciones de María, están ausentes

algunos temas cristianos fundamentales, como la Crucifixión, mientras que abundan por todas partes los temas iconográficos profanos: rostros anónimos, peces, las Siete Artes Liberales, motivos astrológicos —el Zodíaco—, junto a las marcas de cantero en las paredes.

Las vidrieras ocupan una superficie superior a los 2500 m^2; fueron completadas en 1230 por maestros itinerantes, después del incendio del que se salvó entre otras Nuestra Señora la Bella —en precioso azul cobalto, cuyo método de fabricación aún se ignora—, realizada conforme al modelo iconográfico de la Virgen Trono de Sabiduría (*Sedes Sapientiae*), con el Niño en el regazo mostrando un libro en el que se lee: OMNIS VALLIS IMPLEBITUR («todo valle será terraplenado»). Llama la atención en el conjunto la intensidad de los colores, con predominio del rojo y azul, así como el amarillo plata a partir del siglo XIV.

Las imágenes representadas a lo largo de los riquísimos vitrales muestran una doble iconografía religiosa y profana, que se consagra en los rosetones. Para los cristianos constituyen el doble símbolo de Cristo (el Sol) y de María (la Rosa). Para los partidarios del esoterismo, se trata de una figuración críptica de los movimientos de la materia bajo la acción de uno de los cuatro principios elementales: el fuego alquímico. Así mismo, las figuras geométricas tienen su simbología propia, en particular, el círculo y el cuadrado; el primero en alusión a la vida eterna (Dios no tiene principio ni fin, como la circunferencia) y el segundo a la vida terrenal, representada en cada uno de sus lados por los cuatro elementos primigenios: aire, agua, tierra y fuego.

El mayor misterio de la Catedral de Chartres, lo constituye su laberinto, construido hacia 1210, 1220, 1230 o incluso 1240 —según distintos autores —, en el lugar donde confluyen las corrientes telúricas cuyo movimiento imita el recorrido espiral interno. Rodeándolo existe un halo que originalmente constaría de 114 «lunaciones» ornamentales, excluyendo 2 para permitir la entrada al interior. Por tanto, su número se reduce a 112, que divididas entre 4, los caminos principales del recorrido, resultan 28: los días que componen un mes lunar, de ahí el nombre de «lunaciones» con el que se conoce a las que en su día fueron llamadas «cúspides».

De esa manera, estaríamos ante un calendario utilizado por la Iglesia para predecir la fecha de la Pascua cristiana (el primer domingo después del primer plenilunio de primavera); si bien, como el número de los días que componen el mes lunar no es exacto sino que se trata de 29,5306 jornadas, algo que los clérigos medievales conocían bien, estaríamos hablando de un asunto meramente especulativo, o sea, envuelto en el misterio, razón por la cual lo hemos traído aquí.

Está grabado sobre 11 anillos de baldosas negras en un diámetro que oscila entre 12 y 13 metros (según las diversas mediciones), ligeramente elíptico, que consta de 35 giros a lo largo de los 261,5 metros de su recorrido, según cálculos de John James, aunque existen discrepancias en estos datos. En su centro, rodeado por un trébol de seis hojas, existió una escena, hoy perdida, sobre cuya estampa se ha especulado en varios sentidos, ya que, en 1792, en pleno proceso revolucionario, con el pretexto de utilizar el metal para la fundición de cañones, fue requisada la placa original. No obstante, en una descripción de hacia 1640 se afirma que se trataba de la representación del combate entre Teseo y el Minotauro.

Se cree que el laberinto contenía un mensaje críptico o una clave secreta para descifrar misterios ocultos. Su centro equivalía a la piedra filosofal, el principio básico para lograr la conversión de metales vulgares en oro, de acuerdo a las enseñanzas traídas a Europa por los filósofos herméticos, seguidores del mítico Hermes Trismegisto (en griego, «Tres veces grande», como filósofo, sacerdote y rey, según el humanista italiano del Quattrocento Marsilio Ficino), dios y maestro en las religiones egipcia y griega.

A partir del siglo XVIII los laberintos se empezaron a conocer con el nombre de *La Lieu*, en referencia a la liga o unidad de medida gala que equivalía a 1500 pasos, los que se necesitan para recorrer el de Chartres. Este comenzó a llamarse desde el siglo XIX *Chemin de Jerusalén* (Camino a Jerusalén), aludiendo a su simbolismo con respecto a la Ciudad Santa, que se afirmaba descendía en ese punto a la Tierra.

Los laberintos eran considerados la piedra angular sobre la que se colocaba toda la estructura de la Catedral, en paralelo a las palabras de Cristo: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mt 16:18). En ese lugar clavaba el maestro su bastón, pues se consideraba el punto en

el que convergen las fuerzas telúricas que los constructores buscaban antes de iniciar la edificación de una Catedral. Por ello, muchos visitantes penetraban en el interior del laberinto y efectuaban los sucesivos recorridos a fin de empaparse de la energía procedente del subsuelo.

Los laberintos simbolizaban la peregrinación y, en consecuencia, el peregrino alcanzaba las mismas indulgencias viajando a Tierra Santa que recorriendo descalzo o de rodillas el laberinto de una Catedral, un rito para llegar al centro, que es alcanzar la salvación. En su tiempo eran conocidos con el nombre de *Daedali Domus* (Casa de Dédalo), en recuerdo al mítico arquitecto que diseñó «la madre de todos los laberintos» en la isla de Creta, emparentándose, así, con la *Domus Dei* o «Casa de Dios» (la Catedral, el templo cristiano), que lo alberga.

La mayor parte fueron borrados o destruidos en el siglo XVIII, dentro de su racionalismo laicista. Entre los pocos que se conservan, además del de Chartres, se hallan los de Poitiers, Auxerre y Bayeu. De otros, como los de Sens, Reims y Amiens, solamente se conocen las trazas gracias al álbum del maestro Villard de Honnecourt (activo entre 1220-1240), pero sabemos que en su centro estaban escritos los nombres tanto de los promotores como del maestro arquitecto y otros artífices.

A partir del siglo XVII terminaron pasando al mundo civil para formar parte de los juegos urbanísticos en los trazados de los jardines.

TARTESSOS, UN REINO EN ALGÚN LUGAR

A pesar de que se conocen su emplazamiento geográfico y su cronología aproximada, siguen siendo un enigma tanto la existencia y la ubicación del núcleo urbano rector o capital del Reino de Tartessos como los nombres de sus gobernantes, salvo el rey Argantonio, que cita Herodoto; otros proceden de relatos mitológicos. La hipótesis más extendida es que Tartessos, en la zona meridional de la península Ibérica, no se trataría únicamente de una ciudad o núcleo de poblamiento, sino de una extensa área urbanizada que ocuparía desde la Baja Andalucía hasta Levante, toda la cuenca fluvial del Guadalquivir y parte de las del Guadiana y el Segura, con su núcleo principal en torno al triángulo Huelva-Cádiz-Sevilla.

Su nombre, de origen griego, probablemente alude al antiguo río Betis (el Guadalquivir), como decía Pausanias en el siglo II a. C.:

> Dicen que Tartessos es un río en la tierra de los iberos, llegando al mar por dos bocas y que entre esas dos bocas se encuentra una ciudad de ese mismo nombre. El río, que es el más largo de Iberia y tiene marea, llamado en días más recientes Baetis…

Además de este viajero griego, otros escritores de la Antigüedad citaron también al reino de Tartessos, como el siciliano Estesícoro (siglo VI a. C.) en su poema épico la *Geroneida*, o «Canción de Gerión», donde se narra el décimo trabajo de Hércules: robar los bueyes que apacentaba ese gigante en un reino cercano. También Anacreonte, en el 530 a. C., habla en una de sus obras del reino de Tartessos, haciendo referencia a su riqueza. Pero la más importante es la de Herodoto en el siglo V a. C., narrando que los habitantes de Foceo

> hicieron amistad con el rey de los tartesios, llamado Argantonio (…). Reinó en Tartessos durante ochenta años y vivió un total de ciento veinte. Los focenses ganaron de tal manera su amistad que, presto, los invitó a dejar Jonia para venir a su reino, escogiendo la región que más desearan (…). Le informaron de la hostilidad que los medos ejercían sobre ellos y, siendo tan generoso como rico, les entregó un tesoro [1500 kilos de plata] para que construyeran una muralla en su ciudad.

En este testimonio se halla la única mención de carácter histórico que existe sobre un gobernante tartesio. Su nombre significa algo así como «el hombre de la plata», del latín *argentum*, y alude a la enorme riqueza que debía poseer. Schulten calculó que pudo reinar entre el 630 a. C. y el 550 a. C. Su interés en comerciar con los foceos se debía, seguramente, a la intención de romper el monopolio que ostentaban los fenicios, algo que terminaría pagando caro, pues se supone como una de las causas de la desaparición de Tartessos.

Lo cierto es que se trató de la primera civilización urbana de Occidente, formada, como decía Gómez Moreno, con la herencia de las culturas megalíticas de Los Millares y El Argar, importantes focos —el segundo heredero del primero— que se habían desarrollado durante los dos milenios anteriores al surgimiento del reino tartesio. Sobre este sustrato incidieron las aportaciones culturales de los colonizadores orientales, principalmente fenicios —como opina Maluquer de Motes—, para dar lugar a un núcleo

que, formando parte de una gran comunidad en el Mediterráneo durante el Bronce tardío y la primera Edad del Hierro, después de los albores del I milenio a. C., puede considerarse como la primera civilización autóctona de Europa Occidental, cuyo apogeo tuvo lugar entre los siglos VIII y VI a. C.

También los textos bíblicos hablan de la enigmática Tartessos:

> Todas las copas del rey Salomón eran de oro y toda la vajilla de la casa «Bosque del Líbano» era de oro macizo. No había nada de plata, no se hacía caso alguno de ésta en tiempos de Salomón, porque el rey tenía en el mar naves de Tarsis con las de Hiram [rey de Tiro], y cada tres años llegaban las naves de Tarsis trayendo oro, plata, marfil, monos y pavones [pavos reales].
>
> I Re 10, 21-22

> Sus manos son anillos de oro
>
> guarnecidos de piedras de Tarsis.
>
> El Cantar de los Cantares 5, 14

> Levantóse Jonás para huir lejos de Yavé a Tarsis. Bajó a Jope y encontró un barco que estaba para ir a Tarsis. Pagó el pasaje y entró en el para irse con ellos a Tarsis, lejos de Yavé.
>
> Jonás 1,3

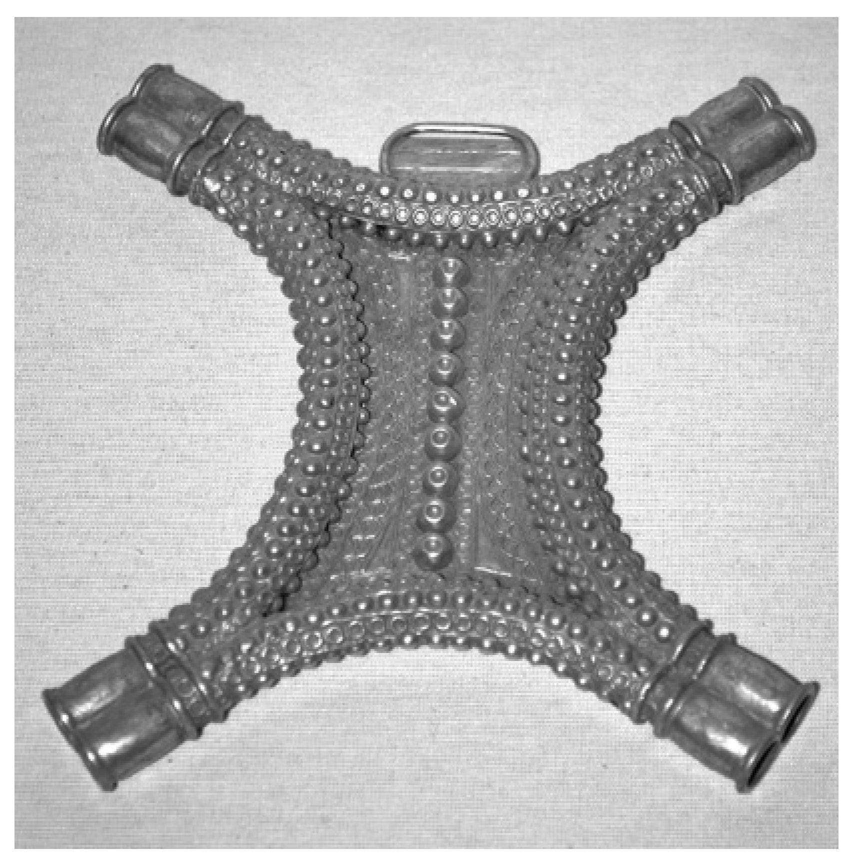
No obstante, existen interrogantes respecto a la primera cita, como el que apunta Juan Eslava Galán preguntándose si Tarsis se refiere a Tartessos o a un tipo de embarcación que viajaba hacia allí, o bien a algún puerto del Mar Rojo —¿Aqaba, en el Sinaí?—, pues los lugares de salida y llegada de los navíos eran más probables en África que en la península Ibérica. Sin embargo, en el siguiente testimonio, aunque no vemos la diferencia, opina que «esta vez sí parece que se trata de Tartessos»:

> Negociaban contigo en muchas cosas: vestidos preciosos, mantos de jacinto recamado, tapices tejidos en varios colores, fuertes y retorcidas cuerdas. Las naves de Tarsis eran las caravanas que traían tus mercancías. Así llegaste a ser opulenta y muy rica en el corazón de los mares.
>
> Ez 27, 24-25

En las dos primeras décadas del siglo XX, el alemán Adolf Schulten (1870-1960), partiendo de las investigaciones de Gómez Moreno, que nunca había hablado de la capital de un reino, sino de un conjunto cultural, se lanzó a la búsqueda de la ciudad practicando excavaciones en el Coto de Doñana, cerca de la desembocadura del Guadalquivir y, aunque no dio con su objetivo, tuvo el mérito de abrir el camino a la investigación histórica.

No se han conocido hasta la fecha, extrañamente, restos arquitectónicos de Tartessos, que deberían corresponder al emplazamiento donde se ubicó el núcleo urbano principal, la capital del Reino, que tuvo que haberla. No existe ningún área cultural sin un centro ceremonial al menos, por lo que el enigma sigue sin resolverse.

Los restos tartesios confirmados son objetos de lujo (orfebrería, sobre todo, cerámica), que hablan de una aristocracia refinada. Entre ellos destaca el bronce Carriazo, que toma el nombre del arqueólogo que lo rescató de un mercado sevillano de antigüedades a mediados del siglo XX, pieza descontextualizada pero que podríamos fechar hacia los siglos VII-VI a. C. como parte de un bocado —freno de boca del caballo— cuya imagen central de medio cuerpo es una diosa (quizá la fenicia Astarté) entre dos ánades; lleva bordadas flores de lis en su pecho y peina al modo egipcio, como la diosa Hathor.



Elemento del tesoro del Carambolo (reproducción del ayuntamiento de Sevilla realizada por Fernando Marmolejo Camargo).

Pero los restos principales son los que componen el Tesoro del Carambolo, encontrado en 1958 y llamado así por el nombre del cerro a las afueras de Sevilla, Camas, donde apareció. Está compuesto por 21 piezas de oro de 24 quilates —16 placas rectangulares, dos pectorales de lados cóncavos, dos brazaletes y un collar con colgantes— y su peso total es de 2950 gramos. También son de gran importancia los restos hallados en la zona periférica de Tartessos: La Aliseda (Cáceres), fechable hacia el 600 a. C., y el cortijo de Ébora; así como en el siguiente punto.

En el yacimiento arqueológico de Cancho Roano, sito en Zalamea de la Serena (Badajoz), se iniciaron unas excavaciones en 1978, dirigidas por Maluquer de Motes, en las que aparecieron restos de un edificio considerado en principio como palacete, aunque se ha impuesto posteriormente la versión de que fue un altar de sangre para sacrificios rituales, según el profesor Blanco Freijeiro, con una tipología definida en otras culturas del Mediterráneo Oriental. Se trataría de un yacimiento del

siglo VII-VI a.C., ampliado y modificado hasta el V-IV a.C., que puede considerarse el conjunto con restos tartesios mejor conservado. El cuerpo principal del edificio, de planta cuadrada, se orienta hacia el Este, rodeado por un foso de poca profundidad que contiene agua permanentemente, quizá por motivos religiosos. En el interior se han encontrado restos de un hombre y seis mujeres, junto a muebles con adornos de marfil, anillos y pendientes de plata, recipientes de perfume, piezas de juegos, vasijas de cerámica (ánforas áticas de los siglos V y IV a.C. conteniendo cereales, alubias, frutos secos, vino y aceite), armas de hierro, así como estatuillas y esculturas de bronce.

También son un enigma las causas definitivas de la desaparición de Tartessos. Se ha apuntado la batalla naval de Alalia (535 a.C.), en la que los cartagineses, aliados con los etruscos, derrotaron a los focenses, aliados de los tartesios, y estos perdieron el contacto con el mundo oriental que les había proporcionado la prosperidad comercial, con lo cual comenzaría su declive. Pero no existe constancia histórico-documental. A partir de esa batalla no hay más referencias escritas. El final de Tartessos, como su origen, se desconoce; tan solo se supone que pudo ser arrasado por Cartago en represalia por su alianza con los griegos. Así mismo, se ha apuntado como causante de su destrucción a *Gadir* (Cádiz), la metrópoli fenicia que fue su competidora en el comercio de los metales.

En definitiva, lo que no se sabe es si realmente existió una ciudad llamada Tartessos —parece ser que no— o más bien se trató de una región, o un reino, en el área geográfica del Bajo Guadalquivir, cercano o en la misma desembocadura del río, aunque no faltan otras candidaturas: Cádiz, Sevilla, Huelva, la bahía de Algeciras. Hasta en Murcia se ha llegado a situar el emplazamiento de un reino que fue próspero debido a su riqueza metalúrgica, basada en los ricos yacimientos mineros del sur de la península: estaño de Sierra Morena, cobre y plata de los ríos Tinto y Odiel en Huelva, así como de Cartagena. Contribuyó enormemente a esta prosperidad el activo comercio mantenido con las islas Casitéridas (las islas Británicas), que es como llamaban los griegos a los centros productores de estaño (*kassiteros*), necesario para obtener bronce aleándolo con el cobre.

Remontaban los cursos de los ríos Tartessos (Guadalquivir) y Anas (Guadiana). Viajaban por rutas terrestres hasta el Tajo y la Meseta, por donde circulaban los lingotes de metal, que después se exportaban a Oriente Próximo a través de los mercaderes fenicios y griegos. A través del trueque, que evidentemente favoreció el intercambio cultural y religioso, recibían a cambio joyas, tejidos y productos agrícolas como vino y aceite. Todo ello hizo de Tartessos un reino próspero, sin olvidarnos de la fertilidad de sus campos y la abundancia de sus cosechas. La influencia tartesia se extendería por toda Andalucía y Extremadura, así como por el Algarve y el Alentejo portugueses.

Pero el enigma de cuál fue, o dónde estuvo, su núcleo urbano principal sigue sin resolverse, como el nombre de sus gobernantes históricos, a excepción del rico Argantonio.

ENIGMAS GEOGRÁFICOS

LOS MAPAS DE PIRI REIS

En 1929 se descubrió dentro del palacio Topkapi de Estambul —hoy Museo Topkapi Sarayi—, durante un inventario de rutina llevado a cabo por uno de los técnicos, B. Hail Eldem, un mapamundi trazado sobre cuero de gacela, que había sido elaborado y publicado en Gallípoli por el *Reis* (almirante) turco Piri Ibn Haji Memmed, más de cuatrocientos años atrás, exactamente, en 1513.

Lo sorprendente de dicho planisferio es que, aparte de que están representadas con gran detalle las costas orientales del continente americano y las occidentales de la península Ibérica y África, que eran bien conocidas, se hallan cartografiados con gran precisión los contornos de la Antártida y diversos accidentes geográficos en el sexto continente y en otros lugares del Globo aún por descubrir.

El mapa está realizado con líneas de rumbo que atraviesan el Atlántico, utilizadas por los navegantes para señalar direcciones, en un tiempo en el que se desconocía el sistema de coordenadas geográficas (latitud y longitud). Aparecen también dibujos de animales (aves, un elefante y un avestruz en África, un puma y una llama en Sudamérica, desconocida esta para los europeos de entonces), barcos en las costas e inscripciones con los nombres de los diferentes territorios; así como una anotación marginal de escasa modestia: «Un mapa de esta clase no lo posee nadie hoy». En la parte superior del mapamundi se ve el dibujo de un barco anclado junto a un pez enorme, aludiendo a la leyenda irlandesa de san Brandán o San Borondón cuando tomó «tierra» sobre el lomo de una ballena dormida

creyendo haber arribado a la isla Encantada, la Non Trovada, la Perdida, la Misteriosa…, que se esconde y desaparece entre la bruma.

No obstante, después de los momentos iniciales, en los que todo el mundo se interesó por el hallazgo e incluso se realizaron varios facsímiles para distintas bibliotecas como la Nacional de Berlín, el mapa cayó un tanto en el olvido hasta que, en los años 50 del siglo XX, una copia del mismo llegó a poder del capitán norteamericano Arlington H. Mallery, especialista en la materia, quien observó que, además de los contornos de la en aquel entonces desconocida Antártida, se hallaban cartografiados todos sus accidentes geográficos (incluso los cubiertos por el hielo): montañas y cumbres, mesetas, ríos y lagos, hasta una cadena montañosa explorada hacía poco tiempo.

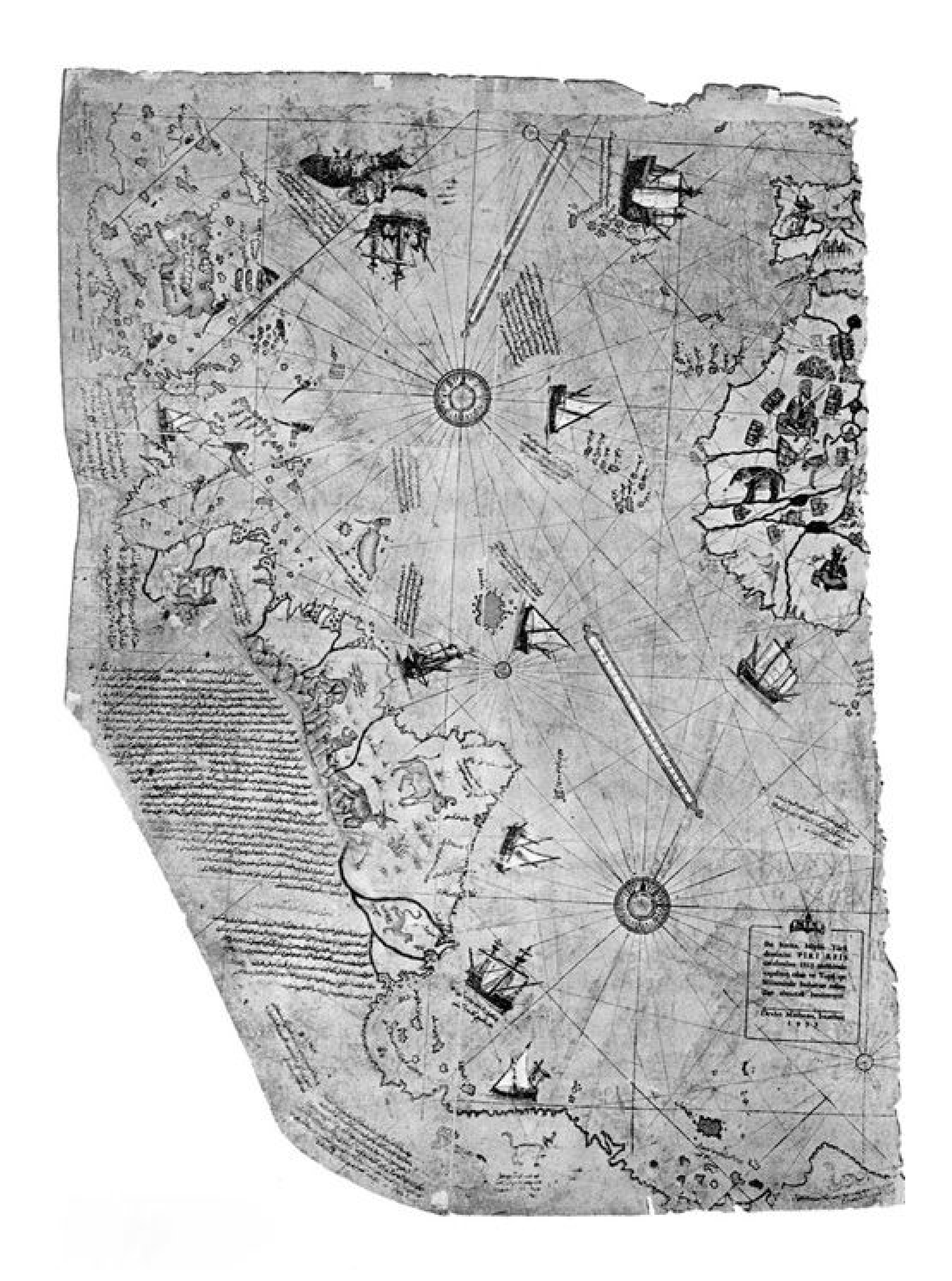
Así mismo, el profesor Charles H. Hapgood, constató, con la ayuda del matemático Richard W. Strachan, comparándolas con modernas instantáneas fotográficas, que esas representaciones en suelo antártico no eran posibles en el siglo XVI porque para llevarlas a cabo se precisaba nada menos que una altitud similar a la que alcanza un satélite artificial. Por tanto, más que el enigma, el tufo a fraude, estaba servido.

No obstante, el propio Piri Reis en sus anotaciones afirmó que se había basado en veinte mapas, entre ellos uno sobre El Caribe elaborado por Cristóbal Colón, que había encontrado en manos de un marinero que fue compañero del Almirante y viajaba en un barco español capturado en 1501, así como otros cuatro mapas portugueses recientes en los que estaban representados América, el Océano Índico y China. Además, utilizó uno árabe, que describía la India, y otros ocho de época Ptolemaica (sucesores en Egipto de Alejandro Magno), por lo que las conjeturas barruntan que estas fuentes pueden proceder de la antigua Biblioteca de Alejandría, de obras que se salvaron de una de las grandes quemas (nunca mejor dicho) del fanatismo, en el año 47 a. C.

Surge, así, un nuevo enigma: ¿quiénes fueron los autores de dichos documentos cartográficos que hipotéticamente habrían servido de base para la elaboración de este enigmático mapamundi? Según el navegante turco, «los antiguos reyes del mar».

Está claro que la labor de Piri Reis fue la de unir diversos portulanos que, además, no siempre se habían elaborado a la misma escala, por lo que los errores son bastante frecuentes y algunos de bulto; por ejemplo, el Amazonas se representa por duplicado; el oeste del continente americano no aparece, salvo una parte de la costa chilena un tanto al azar; y lo mismo ocurre con la zona del Caribe y la costa Este de Centroamérica, que contiene errores de orientación.

Sin embargo, junto a estos fallos, que después de todo podrían considerarse comprensibles en aquellos tiempos, el mapamundi admira por su enorme precisión en otros detalles, apreciables por ejemplo, en los continentes africano y europeo para una época en la que aún no se había descubierto el cálculo de coordenadas geográficas. También sorprende la representación de la cordillera andina en un tiempo en que era desconocida, así como el archipiélago de las Malvinas, que no se descubrió hasta 1592.



Mapa del mundo elaborado por el almirante otomano Piri Reis, en 1513. El mapa sintetiza la información de veinte mapas, incluyendo uno elaborado por Cristóbal Colón del Nuevo Mundo. No se conserva completo.

Sin embargo, lo que todavía sorprende más es que llegue a cartografiar territorios submarinos en la dorsal oceánica que recorre el océano Atlántico de norte a sur y, sobre todo, como decíamos antes, la Antártida y sus

accidentes geográficos, así como islas bajo sus hielos que no fueron descubiertas hasta 1958.

¿Cómo explicarlo? ¿En qué mapas, por antiguos que fueran, pueden figurar estos detalles? La leyenda ya ha encontrado respuesta: alguna civilización adelantada, como los antiguos habitantes de la Atlántida, hacia el 10 000 a. C., pudieron haber llevado a cabo los mapas en los que se basó Piri Reis, el marino que llegó a almirante de la flota pero murió decapitado en 1554, acusado de aceptar sobornos cuando sitiaba Gibraltar, la *Jab al-Tariq* o «Montaña de Tariq».

Para los escépticos, todo es más simple. Se trata de puras coincidencias, similares a las que aparecen en otros mapas menos conocidos del tiempo de los descubrimientos geográficos, en los que sus autores imaginaban que, al sur del Globo —y eso que aún no se había probado que la tierra es redonda porque no había tenido lugar el viaje de Magallanes y Elcano entre 1519 y 1522— debía de existir un territorio accidentado, que es el que el turco plasmó desprovisto de hielo, sin caer en la cuenta, porque no lo sabía, que de haberse fundido toda la masa helada, el nivel de las costas habría subido tanto que los accidentes costeros (cabos, golfos, bahías, etc.) estarían sumergidos en lugar de sobre las aguas como se observan en su mapa.

También hubo navegantes chinos que, a la caza de impuestos para el emperador, se lanzaron sobre las tierras del Polo Sur y llevaron a cabo representaciones cartográficas de los espacios que recorrían. Quizá Piri Reis llegó a conocer tales mapas y, como él mismo manifestó, los utilizó entre las demás fuentes para confeccionar su obra. Igual podría decirse de las cartas de navegación que llevaría a cabo algún integrante de la expedición de Americo Vespuccio en su viaje hacia la Patagonia (1502).

Es decir, conjeturas y casualidades hábilmente combinadas dieron lugar a uno de los mayores misterios de todos los tiempos en materia cartográfica: los mapas del turco Piri Reis.

EL MAPA DE VINLANDIA

Con este nombre se conoce un pergamino del siglo XV, de 27,8 centímetros de alto por 40 de largo, en el que, además de las tres partes del mundo

conocidas en época medieval —Europa, África y Asia—, aparecen dibujadas con toda perfección hacia el extremo noroeste del mundo, sorprendentemente, las siluetas de Islandia y Groenlandia además de otra gran isla llamada Vinlandia, rotuladas con los nombres de *Isolanda Ibernica, Gronelada y Vinlanda Insula*.

Se trata de un enorme misterio, ya que la segunda, descubierta por Erik el Rojo en el año 982, a pesar del establecimiento en su suelo de diversas colonias vikingas, no fue explorada hasta el siglo XVI por el inglés Martin Frobisher, quien llegó allí en 1578, pero recorrió únicamente la parte sur de su territorio. Hubo que esperar hasta 1892 para que el norteamericano Robert Peary, explorando las costas septentrionales, pudiera establecer que Groenlandia es una isla, la cual, además, no se circunnavegó por primera vez hasta 1912.

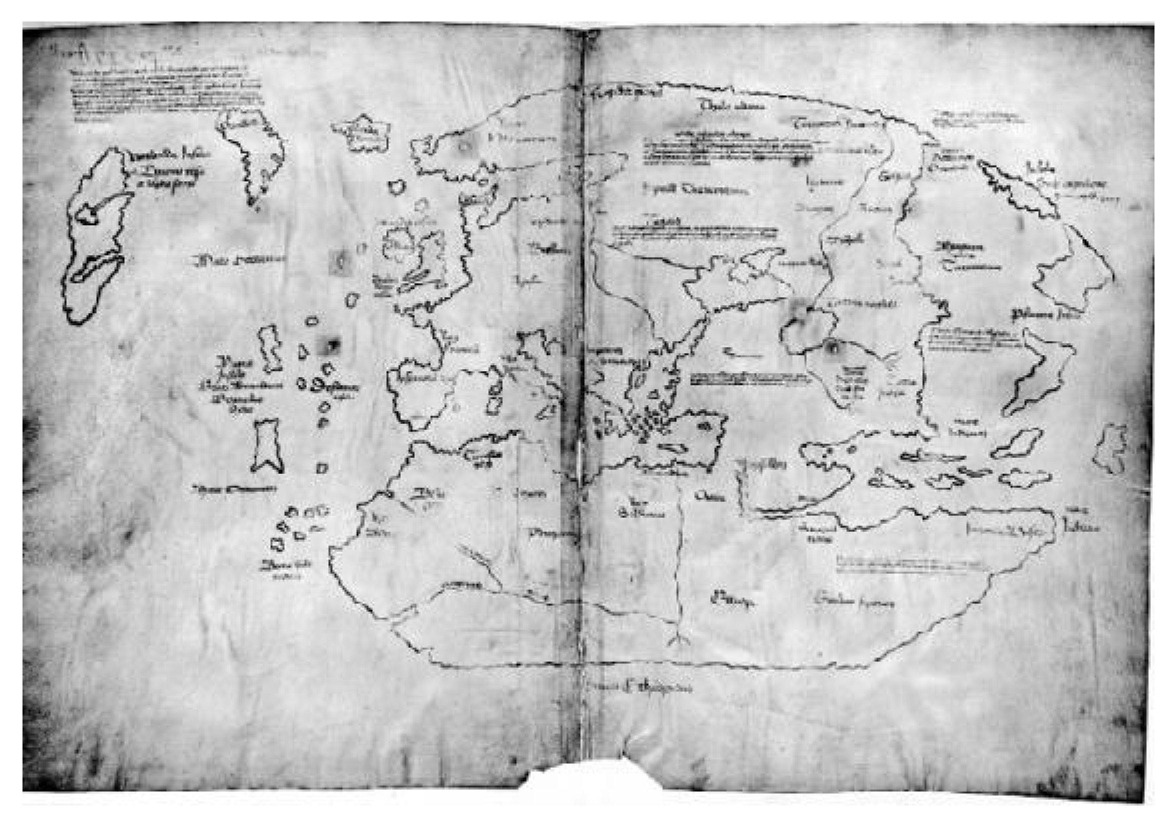
Por tanto, el gran enigma respecto al llamado mapa de Vinlandia —probablemente, Terranova y/o la península del Labrador— consiste en que representa con enorme exactitud territorios que no se comenzaron a explorar hasta cinco siglos más tarde. De ahí, que la pícara sombra de la falsificación haya planeado desde un principio sobre el citado documento cartográfico.

Actualmente, el pergamino se halla en poder de la Universidad de Yale (Connecticut, USA), a cuya Biblioteca Beinecke de Libros Raros y Manuscritos fue donado en 1965 por el magnate norteamericano Paul Mellon, antiguo alumno del Centro. Había sido descubierto ocho años antes, en 1957, pero no se presentó en público hasta después de haber practicado sobre él diferentes pruebas, al objeto de comprobar su autenticidad.

En 1965, la víspera de la conmemoración del Descubrimiento de América, el 11 de octubre, se organizó en la Universidad de Yale un gran acto al que fueron invitados diplomáticos, intelectuales y periodistas escandinavos para dar a conocer lo que se consideraba la gran innovación cartográfica de todos los tiempos, mediante la cual se constataba la presencia de los vikingos en América, encabezados por Leif Eriksson —descendiente de El Rojo—, en el siglo XI, cuatrocientos años antes que Colón; la prueba era este mapa elaborado por ellos. En la obra *The Vinland*

map and the Tartar relation, («Mapa de Vinlandia y Relación tártara»), publicada por la propia Universidad de Yale, los doctores R. Skelton y G. Painter del Museo Británico y Thomas Marston de la Biblioteca del Centro, concluyeron, en un estudio sobre la caligrafía y los materiales empleados (pergamino y tinta), un tanto superficial al objeto de no dañar el documento con los medios disponibles entonces, que el trascendental mapa había sido elaborado alrededor del año 1440, varias décadas antes del viaje de Colón, partiendo de un original anterior, hasta el momento desconocido.

Junto al documento cartográfico apareció, escrito por un fraile llamado De Bridia, el relato resumido del viaje que en 1245 el misionero franciscano de origen italiano Giovanni da Pian del Carpine realizó por encargo del papa Inocencio IV a la Corte del Gran Khan de Mongolia, obra del propio Carpine que ya había sido publicada como *Ystoria Mongolorum*; de ahí que en el título figuren los tártaros.



Mapa de Vinlandia del siglo XV.

Además, en 1966, la Universidad de Yale adquirió otro manuscrito titulado *Speculum historiale* («Espejo histórico»), obra de Vincent de

Beauvais, el cual, según los expertos, a juzgar por las marcas de agua y por algunos agujeros de gusano que coincidían en las hojas, había formado parte de un volumen en el que el mapa de Vinlandia figuraba al principio y la «Relación tártara» al final, y esto concedía una credibilidad definitiva al primero, puesto que probaba que había estado incluido en una obra conjunta de época medieval. Además, los textos, tanto en el mapa como en los manuscritos, parecían obra del mismo escriba, a tenor de la caligrafía, conocida como *Upper Rhineland bastard* o «cursiva del Alto Rin».

No obstante, al poco de aparecer el informe, la doctora Eva Taylor, experta en mapas medievales, cuestionó las conclusiones citadas, en esencia, por la perfección que demostraban las costas de Groenlandia en un tiempo en el que no habían sido aún exploradas, además de figurar incorrectamente la isla de Creta y la ausencia del mar de Mármara, algo imposible de concebir en un mapa medieval, puesto que esta zona había sido de las más transitadas del mundo desde la Antigüedad.

Pero el mapa de Vinlandia, alentado por sus defensores, continuaba en su esplendor, sobre todo, en los países nórdicos.

En 1974, ahondando en la duda, el químico norteamericano Walter Mc Crone, mediante la técnica de microscopía por luz polarizada y difracción de rayos X, tomando muestras en 29 lugares diferentes, halló en el pergamino rastro de anatasa, un mineral de dióxido de titanio (TiO_2) que raramente se encuentra en estado natural y siempre aparece asociada con hierro y manganeso, mientras que en el mapa de Vinlandia se halla en estado casi químicamente puro, lo cual no fue posible de obtener hasta 1920, por lo que era inexplicable que estuviera presente en el original. Se trataba, nada más, de una hábil falsificación en la que se había dibujado primero una línea amarilla con anatasa y, posteriormente, se había trazado encima otra línea negra algo más fina, diluyéndola un 90% para que pareciera tinta ferrogálica decolorada con el paso del tiempo.

No obstante, veinte años más tarde, en 1995, los descubridores del mapa, citando un artículo escrito *ad hoc* por Thomas Cahill y Bruce Kusko, afirmaron que la anatasa podía proceder de una contaminación moderna o bien de la elaboración en su época de las tintas férricas, algo que mal concuerda con que solo se observe en la tinta y no en otras partes del

pergamino. Mc Crone, en 1999, ya anciano (83 años), rebatió científicamente todos esos argumentos.

En 2002 un análisis químico de la tinta mediante la técnica «espectroscopia Raman», a cargo de Katherine Brown y Robin Clark, del *University College* de Londres, confirmó las tesis de Mc Crone sobre las tintas, dictaminando que el mapa había sido elaborado a partir de 1920.

Ese mismo año se procedió a datar carbónicamente el documento para conocer su antigüedad. Los análisis, a cargo del experto Douglas Mc Naugthon del Instituto Smithsoniano, concluyeron que el pergamino había sido elaborado en 1434, con un error de ±11 años, aunque ello no implicaba que el mapa dibujado sobre él también fuera de esa época.

Así mismo, Kirsten A. Seaver, la doctora noruega afincada en Estados Unidos, especialista en Historia de la Cartografía, afirmó en su *libro Maps, Myths, and Men: the story of the Vinland map* (2004), que el mapa en cuestión era una burda copia realizada por un jesuita, Josef Fischer, quien a partir de dos libros del siglo XV que había adquirido en una subasta hacia los años 20 de la centuria pasada, realizó una falsificación magistral que es la que había originado la confusión. Así lo declaró al *New York Times* Robert Karrow, el conservador de la Biblioteca Newberry.

Pero al mapa de Vinlandia aún le quedaba un as en la manga para mantenerse en el terreno del misterio. El Rector del Colegio de Conservación de la Real Academia de Bellas Artes de Copenhague, René Larsen, en 2009, apuntó que la anatasa ya había aparecido en otros mapas medievales, pudiendo proceder de la arena que se utilizaba para secar la tinta. Por tanto, podríamos estar ante un documento auténtico.

En 2013, el mapa de Vinlandia, que no ha dejado de hacer correr arroyos de tinta, cobró de nuevo actualidad cuando un investigador escocés, John Paul Floyd, descubrió que los manuscritos medievales entre los que se halla encuadernado el mapa habían sido expuestos al público en 1892, con ocasión de la Exposición Histórico-Europea que tuvo lugar en Madrid. Pero entre ellos no figuraba ningún mapa, por lo que este debió de ser añadido posteriormente. Tales documentos habían sido cedidos por la Seo de Zaragoza, de donde desaparecieron numerosos manuscritos y libros antiguos en los años 50 del siglo XX.

Como autor de estos hechos se condenó a Enzo Ferrajoli de Ry, un librero italiano afincado en Barcelona, que era precisamente quien, después de algunos rechazos, había logrado vender el mapa de Vinlandia, en 1957, a un intermediario que, a su vez, lo hizo llegar a la Universidad de Yale sin especificar su procedencia. Al parecer, la falsificación se llevó a cabo copiando el mapamundi de Andrea Bianco de 1436, pero no directamente sino a través de una reproducción efectuada en 1782, que contiene algunas deficiencias que se observan así mismo en el pretendido mapa de Vinlandia.

En consecuencia, el mapa de Vinlandia, aunque a la pata coja, no ha dejado de intentar seguir vivo entre los enigmas sin descifrar.

EL TRIÁNGULO DE LAS BERMUDAS

Con una superficie cercana a los cuatro millones de kilómetros cuadrados, casi siete veces la península Ibérica, el área geográfica conocida como Triángulo de las Bermudas, expresión original del periodista norteamericano Vincent Gaddis, utilizada por primera vez en un artículo publicado en 1964 por la revista *Argosy*, tiene sus imaginarios vértices en la península de Florida, la isla de Puerto Rico y el archipiélago de las Bermudas, en el mar Caribe.

En dicho lugar vienen produciéndose desapariciones misteriosas de naves y aeronaves, documentadas, que se sepa, desde la segunda década del pasado siglo, concretamente desde 1918, en que el barco carbonero de bandera estadounidense *Cyclop* desapareció a plena luz del día con sus 308 pasajeros a bordo. Desde 1945 se han contabilizado en el espacio de 30 años, es decir, hasta 1975, un total de cincuenta barcos, treinta y siete aviones e incluso un submarino de propulsión nuclear con toda su tripulación. En total, más de mil personas habrían perdido la vida o se hallan desaparecidas.

Tres años más tarde, esto es, en 1978, se puso en marcha el proyecto internacional *Polymode*, en el que colaboraron científicos de todo el mundo dirigidos por la extinta Unión Soviética y los Estados Unidos, con el fin de aclarar el enigma a partir de las diversas hipótesis que se venían barajando.

Una de las desapariciones más sonadas había sido la del «Vuelo 19», una escuadrilla de cinco aviones torpederos *Avenger* TBM-3 perteneciente a las Fuerzas Aéreas Estadounidenses, que habiendo partido de su base en Fort Lauderdale (Florida), se evaporó sin dejar rastro tras menos de dos horas de vuelo, después de que el teniente Taylor informara a la torre de control que estaban perdidos y ni siquiera podían reconocer la superficie del mar. Al poco, se perdió el contacto por radio, por lo que desde la base se envió un hidroavión bimotor con la misión de inspeccionar la zona. Pero, en cuestión de menos de media hora (27 minutos exactamente), este también desapareció.

Para esclarecer el suceso se formó una comisión investigadora, pero después de varios trabajos no consiguió aportar ninguna explicación razonable. La novedad en este caso había sido que los tripulantes comunicaron a la base antes de desaparecer una serie de anomalías que ningún otro de los numerosos barcos y aviones perdidos habían informado que se estaban produciendo, más bien al contrario, las comunicaciones recibidas inmediatamente antes de producirse el extraño fenómeno, afirmaban que la travesía venía desarrollándose con absoluta normalidad.

Entre otros casos relevantes se halla, por ejemplo, el del remolcador *Good News*, en 1966, que en rumbo desde Puerto Rico a Florida, se vio envuelto repentinamente por una espesa neblina mientras se desataba un tremendo oleaje que estuvo a punto de echar el barco a pique. No obstante, una vez que logró salir de esa cerrada capa de bruma, todos los instrumentos de a bordo, que habían dejado de funcionar, lo hicieron a la perfección a la par que un mar en calma y un tiempo de bonanza se abrió de nuevo ante la nave.

En 1972 fue el avión que volaba entre la isla de Bimini y Miami el que, según narraba su piloto Chuck Walley, se vio iluminado por un extraño foco que hacía volverse traslúcidas incluso las alas del aparato, el cual cambió de dirección sin obedecer a los mandos hasta que se fue apagando la luz y todo volvió a la normalidad, pudiéndose recuperar el rumbo.

También luces extrañas, verdes en este caso, observaron caer del cielo los marinos que iban a bordo de la lancha costera *Diligence*, al tiempo que su radio dejó repentinamente de emitir señales.

Los científicos encargados del citado proyecto *Polymode* no llegaron a ninguna conclusión definitiva. Algunas hipótesis establecían como causa de las desapariciones el magnetismo del magma que se halla bajo la astenosfera terrestre. Otras hablaban de la influencia de las ondas infra sónicas producidas por las tempestades. Precisamente, el año anterior al inicio de los trabajos, en 1977, con el título «El Triángulo de las Bermudas, caso resuelto», Larry Kusche, bibliotecario de la Universidad Estatal de Arizona, después de investigar los sesenta casos que consideraba más significativos, constató que se habían producido fuertes tempestades previas a la desaparición de los naves, mientras en su día se había venido manteniendo interesadamente lo contrario, además de reseñarse en numerosas ocasiones pérdidas que nunca llegaron a producirse, por lo que, en su opinión, la mayoría de las veces se trató de un montaje con intereses especulativos.

A fenómenos atmosféricos especialmente virulentos atribuyeron otros científicos, al margen del *Polymode*, las desapariciones producidas. Según ellos, la formación del planeta se produjo a partir de un núcleo de asteroides que, al girar, configuraron un total de veinte triángulos, los cuales, unidos por sus vértices, dieron lugar a la Tierra. En las zonas donde se realizaron estas uniones es donde se producen los susodichos fenómenos atmosféricos que originan catástrofes como las del Triángulo de las Bermudas, aunque existen también otros puntos o zonas donde han tenido lugar hechos del mismo tipo, como el Triángulo del Diablo en el Mediterráneo o el «Mar del Diablo» frente a las costas japonesas, donde en 1967 se detectaron por parte de la tripulación de tres mercantes una especie de bandas luminosas submarinas que giraban en torno a un foco central.

Algo así quiso decir Jacques Bergier en su libro «El retorno de los brujos», publicado en 1960, en plena fiebre de los sucesos. Este ingeniero ucraniano nacionalizado francés sostenía que todo se debe a una alteración no atmosférica sino gravitatoria en esa zona, que ocasiona perturbaciones magnéticas que atraen a los objetos (a través de las que llamaba «puertas inducidas») hacia una especie de agujeros terráqueos equivalentes a los que existen en el Universo, con solución de ida y vuelta, o sea, de los que es posible el regreso, tal como según decía, había llegado a ocurrir en algunos

casos, en los que barcos y aviones habían «vuelto». Pero esta teoría tuvo un eco muy escaso debido a la carencia de pruebas que esgrimía.

Tampoco la hipótesis similar de una especie de agujeros negros en nuestro planeta, equivalentes a los que existen en el Universo, que a través de distorsiones espacio temporales habrían provocado la absorción de las naves, alcanzó resonancia.

Así mismo, se habla de la presencia en el fondo marino de estas zonas de grandes bolsas de hidrato de metano, que al llegar a la superficie impiden a las naves mantenerse a flote, si bien tales concentraciones también se dan en todos los océanos, fruto de la descomposición de los organismos marinos, y no tienen lugar este tipo de hechos.

No obstante, un grupo de científicos rusos afirma haber encontrado recientemente, en las profundidades del mar de Barents, en Noruega, grandes cráteres, de más de 800 metros de diámetro y 45 de profundidad, por los que se filtran enormes cantidades de metano acumuladas en el subsuelo, que se liberan al exterior en forma de explosiones, y pueden provocar hundimientos de barcos. De ahí, que Igor Yeltsov, del Instituto Trofimuk de Geología y Geofísica de Novosibirsk, haya recordado que, en 2014, él mismo sugirió que el fenómeno de las Bermudas podía estar originado por explosiones de gas metano.

No obstante, ninguna explicación ha satisfecho por completo a todos. Aunque hay que tener en cuenta que numerosos barcos y aviones continúan transitando por dichos lugares sin sufrir ningún incidente. Pero hay quien sigue hablando de poderosas máquinas que la misteriosa civilización atlante, que habita en el fondo del océano, pone en funcionamiento; o que continúan aún en activo una vez desaparecidos sus dueños. Experimentos militares norteamericanos. Abducciones por parte de extraterrestres…

Quizá lo más probable sea la existencia de un poderoso campo magnético que ejerce una fuerte atracción, así como la influencia del cinturón de radiación interior de la Tierra, bautizado como Van Allen en honor a su descubridor, que se halla justo encima del área en cuestión, en la magnetosfera terrestre, donde se concentran en forma de anillo las partículas cargadas, y protones y electrones se mueven en espiral entre los

polos magnéticos del planeta, creando una zona peligrosa para las naves así como para los satélites artificiales que la atraviesen.

Si bien últimamente apenas se habla del tema, porque han dejado de darse casos, el enigma continúa sin estar resuelto.

LOS CÍRCULOS DE LAS COSECHAS, CADA DÍA MÁS

Desde la aparición en 1976 de los primeros extraños círculos de unos 10 metros de diámetro, en un campo de cultivo en Manchester (Reino Unido), tan raro fenómeno no ha sido capaz de alcanzar una explicación razonable.

Aunque más tarde también comenzaron a aparecer este tipo de agrogramas en otros puntos del planeta, es en Gran Bretaña, conocidos como *Crop circles* o «círculos de los cultivos», donde alcanzan una mayor proliferación. Concretamente, en el condado de Wiltshire, al sudoeste de Inglaterra, entre los meses de abril y agosto, en la época de germinación y recogida de las cosechas, es cuando las figuras circulares comienzan a aparecer todos los años en medio de los campos de labor.

Pero no fue en el siglo XX la primera vez que estos misteriosos dibujos surgieron en la Historia. Ya en 1678, un artículo publicado en prensa el 22 de agosto hablaba de un campo que amaneció segado en forma de extraños diseños circulares, aunque el hecho se relacionaba con la maldición que un jornalero espetó a su amo cuando este le ofrecía un salario muy escaso por realizar el trabajo: «¡Que te lo corte el diablo!».

Con estos antecedentes, los amigos de lo esotérico encontraron el terreno abonado para sus conjeturas paranormales.

Lo cierto es que dicho lugar se halla no muy lejos del monumento megalítico de Stonehenge, donde las especulaciones campan por sus respetos.

No obstante, el misterio de los círculos de las cosechas parecía que iba a resolverse cuando, en 1991, un par de habitantes del condado de Hampshire, Don Bower y Dave Chorley, anunciaron al mundo que ellos eran los artífices de los extraños dibujos circulares, en un afán de protagonismo que, ingenuamente, creyeron iba a hacerles ricos. Pero su crédito duró lo que el humo cuando se ofrecieron a reproducir los

enigmáticos círculos y solo lograron realizar un trabajo bastante burdo que en nada se parecía a la pulcra perfección de los geométricos dibujos, objeto del misterio que continuó abierto.

Pocos años más tarde, en 1996, y próximo al citado Stonehenge —lugar con magia especial—, apareció, en cuestión de media hora, según testigos, un gran círculo de 275 metros formando una estructura geométrica fragmentada, que se conoce como fractal (del latín *fractus*: fragmentado, quebrado), constituida por 149 círculos.

Otros cinco años más tarde, el 12 de agosto de 2001, apareció en Milk Hill (condado de Wiltshire) un gran círculo constituido nada menos que por otros 409.

Como decíamos, no se trata de un fenómeno exclusivamente inglés, puesto que también se ha ido produciendo en otros países como Argentina —en medio de un campo de maíz—, Estados Unidos, Canadá, Rusia o los Países Bajos, donde en el año 2009, un 8 de agosto, surgió al sur, cerca de Goes, una silueta gigantesca de 530 × 450 m representando un ser humano con alas de mariposa. Por tanto, ya no se trata solo de figuras circulares, sino de personajes fantásticos e incluso de imágenes esotéricas estirando la imaginación como el *Menorah* o candelabro judío de siete brazos.

Para no ir a la zaga ni perder relevancia, el mismo año también apareció en suelo británico, concretamente en Oxfordshire, un círculo de 183 m de diámetro en forma de medusa, en medio de un campo de trigo.

En 2011 volvió a surgir, también en territorio inglés (Woodhay), en medio de un trigal, uno de los agroglifos más grandes, con casi 150 metros, en forma de serpiente.

Alemania, España, Brasil… el fenómeno no conoce fronteras ni selecciona ya los cultivos sobre los que se manifiesta ni las composiciones que representa.

¿A qué se debe todo esto?

No hay una explicación definitiva, sino multitud de especulaciones. Lo más difícil de entender, *a priori*, es la perfección ejecutoria que demuestran todas las siluetas, teniendo en cuenta que se hallan realizadas en escaso tiempo y a ras de suelo, sin contar con una perspectiva completa de la composición. Por eso, hay muchos partidarios de la atribución

extraterrestre, en consonancia con los necesarios conocimientos físicos y matemáticos y la tecnología precisa para llevar a cabo tales obras en medio de la Naturaleza.

Lo cierto es que las plantas sobre las que se han realizado los agroglifos nunca aparecen cortadas sino aplastadas y, una vez analizadas, muestran radiaciones intensas de microondas. Las investigaciones realizadas por el biofísico estadounidense William Levengood, John Burks y Nancy Talbott detectaron niveles elevados de magnetita en la composición del suelo, así como paredes celulares agrandadas y otras anomalías en los nodos de los tallos de las plantas, que han hecho sopesar el extraño fenómeno de los dibujos sobre las cosechas a más de un escéptico.

Sin embargo, cabría una posible explicación científica a tamaños hechos. Ya en el siglo XIX, el matemático polaco Bruno Abdank-Abakanowicz inventó un instrumento de diseño conocido como espirografo, que consta de una serie de engranajes de plástico: ruedas dentadas, anillos, triángulos, barras, de distintos tamaños, que encajan entre sí y pueden girar sobre circunferencias u otras curvas; cada elemento cuenta con diversos orificios situados a diferentes distancias del centro; pasando la punta de un lápiz por ellos se dibujan curvas planas cicloides o generadas por movimiento, conocidas en geometría como hipotrocoides o epitrocoides según el punto de la trayectoria esté o no en el borde del disco. Este aparato fue patentado por el ingeniero británico Denys Fisher, quien lo expuso en 1965 en la Feria Internacional de Juguetes de Núremberg, siendo introducido al año siguiente en el mercado norteamericano por la empresa Kenner CO., de donde le viene, más que el nombre, el apellido: espirografo de Kenner, con el cual, desde el aire, por medio de láser, se podrían haber realizado los enigmáticos dibujos, teniendo en cuenta que con el mismo término se describen varias aplicaciones de *software* que muestran curvas similares.

Pero el fenómeno no da tregua. Mientras escribimos estas líneas se extiende por doquier, en una orgía constante de simbolismo.

El 8 de julio de 2016 apareció en Fulley Wood, cerca de Tichborne, un impresionante círculo con una estrella de siete puntas en su interior,

relacionado con temas de actualidad como las fotografías de la sonda espacial Juno sobre Júpiter, las conjunciones de este planeta con la Luna…

Días antes se descubrió otro en Reigate Hill, cerca de Surrey, en el que figura la cara de una especie de alien; y otro cerca del castillo de Balburry (Wiltshire), que parece contener un mensaje en sus cinco círculos concéntricos formando una diana.

En Ansty, al norte de Salisbury, condado de Wiltshire, surgió el 12 de agosto un impresionante círculo en cuyo interior parece dibujarse una flor con tres pétalos en el centro, para algunos, la flor de la vida.

El día anterior, en Alemania, había aparecido otro en el que dicen se aprecia algo similar a la molécula del calixareno, vital en la lucha contra enfermedades relacionadas con el ADN.

Raro será, a este paso, la fecha en la que no surja un nuevo ejemplar. No obstante, de momento, salvo lo apuntado en relación al espirografo, no tenemos ninguna explicación definitiva para el fenómeno. Podemos calificarlo de enigma «en estado puro».

AMASIA DENTRO DE MÁS DE 100 MILLONES DE AÑOS

Se da este nombre a la futura masa de tierra que surgirá dentro de más de cien millones de años, resultante de la unión de América y Asia en un punto cercano al Polo Norte. ¿Cómo es eso posible? Ya en 1912 el geólogo alemán Alfred Wegener publicó su «Teoría de las placas tectónicas», según la cual la corteza terrestre se halla dividida en distintos fragmentos dispuestos sobre el magma de la astenosfera, que debido a la dinámica de las fuerzas internas de la Tierra, se desplazan unos cinco metros por año. Esta es la explicación de la disposición actual de los continentes, los cuales, hace unos 225 millones de años, se hallaban todos unidos en la primitiva masa de tierra firme denominada *Pangea* (del griego *pan*: «todo» y *gea*: «tierra»), que se fracturó en principio en dos grandes mitades: *Laurasia* al norte y *Godwana* al sur, rodeados por *Panthalassa* («todos los mares»).

Por tanto, la dinámica de las placas tectónicas continuará generando en el futuro movimientos en los continentes que variarán la distribución actual de las tierras emergidas, además de la inmersión de algunas partes debido al

calentamiento global, que provocará la fusión del hielo de Groenlandia y sus aledaños polares, con la consecuente elevación del nivel del mar en más de 90 metros.

Según una investigación publicada en la prestigiosa revista británica *Nature* (9-2-2012), una nueva masa de tierra se formará a 90 grados de distancia de donde estaba situado el primitivo Pangea, confirmando las predicciones de Christopher Scotese, geólogo de la Universidad de Texas, en los años 90 del pasado siglo.

Respecto a su ubicación, existen tres hipótesis. La primera, conocida como *introversión*, sostiene que se formará en el lugar que ocupó el gran Pangea, centrado en la actual África, produciéndose la unión entre América y Europa a través de la reducción del Atlántico, y formándose la que se denominará Pangea Última o Pangea II. La segunda (*extroversión*), afirma que lo hará en el lado opuesto del planeta, en el océano Pacífico, en algún punto entre las islas de Hawai, Fiji y Samoa. La tercera (*ortoversión*) cree que ocupará un ángulo a 90 grados de distancia de donde estuvo Pangea, en algún lugar del actual océano Ártico. Esa será la futura Amasia.

Para que tenga lugar la formación de Amasia, la placa tectónica africana deberá seguir empujando a Europa hacia el Norte, con lo que desaparecerá el mar Mediterráneo, mientras la gran dorsal del océano Atlántico debe continuar abriéndose. Al mismo tiempo, Australia, unida a Indonesia y la Antártida, se dirigirían al noreste cerrando en parte el océano Pacífico. El Atlántico aumentaría su extensión y se convertiría en el océano más grande del planeta.

Esta probabilidad, basada en la fuerte atracción ejercida por el Polo Norte, ha sido aceptada por varios geólogos, como Chris Hartnady, de la Universidad de Ciudad del Cabo (Sudáfrica), Paul Hoffman de Harvard, que fue quien denominó Amasia al nuevo supercontinente, o Roy Livermore, de la Universidad de Cambridge, quien optó por el término Novopangea. La unión de las dos grandes masas continentales de Asia y América se realizará mediante una cordillera montañosa que permitirá cruzar de Alaska a Siberia y viceversa. América permanecerá situada sobre el anillo de fuego del Pacífico, una zona de intensa actividad sísmica y volcánica, produciéndose, por la intensa atracción del Polo Norte, la unión

del subcontinente meridional con el septentrional y la desaparición, claro está, del istmo centroamericano, según Ross Mitchell, geólogo de la Universidad de Yale.

De todos modos, Amasia tampoco será, por lo expuesto, el último continente que se formará en la Tierra. Dentro de 350 millones de años, la Antártida se desplazaría en dirección norte mientras que el este de África, desgajada del resto del continente en el Rift Valley (la inmensa grieta norte sur que se abre ya hoy día en la región de los Grandes Lagos), y Madagascar se moverían a lo largo del océano Índico hasta fusionarse con Asia.

¿Habrá aún seres humanos colonizando la Tierra? Es difícil creerlo. Seguramente, humanos o no, serán otras especies adaptadas a los cambios las que ocuparán el planeta.



Representación de un Quipucamayoc realizado por Felipe Guamán Poma de Ayala en 1615. El dibujo muestra a un contador inca con un quipu entre sus manos.

ENIGMAS TECNOLÓGICOS

LOS QUIPUS, UNA TECNOLOGÍA NEMOTÉCNICA

Con este nombre se conoce el sistema de escritura, tanto contable como literario (guarismos y palabras), que utilizaron los antiguos incas, un pueblo que no conoció el lenguaje fonográfico pero logró formar un vasto imperio en el altiplano andino, que llamaron *Tawantinsuyu* o «de las Cuatro Regiones», el cual abarcaba desde los actuales territorios de Perú y Bolivia hasta el norte de Chile y Argentina. En el siglo XVI, los conquistadores españoles, aprovechando su superioridad tecnológico militar, le dieron el golpe de gracia en apenas tres años (1533).

El centro estaba constituido por la ciudad de Cuzco, la capital, de donde partían unas líneas imaginarias llamadas *ceques* que subdividían el territorio. Rápidos mensajeros o *chasquis* recorrían los caminos, relevándose en los puntos de descanso o *tambos*, para trasladar los comunicados a la mayor brevedad posible.

Su soberano, apodado el Gran Inca, se consideraba hijo del Sol —nombre que también se aplicaba al Imperio— y su voluntad lo dominaba todo. Orgulloso, así lo expresaba: «En este país ningún ave vuela, ninguna hoja se mueve, si esa no es mi voluntad».

Un imperio tan vasto necesitaba un sistema efectivo de administración. Por increíble que parezca, simples cordeles anudados, utilizados ya ochocientos años antes que los incas por los huari, fueron suficientes. No obstante, el *quipu* más antiguo que se conoce, encontrado en el año 2005, data aproximadamente de hacia 2500 a. C., lo que prueba que este sistema era utilizado desde tiempos antiquísimos en aquella zona, si bien fue el pueblo inca quien le dio un uso más complejo, como relataron el Inca

Garcilaso y algunos cronistas españoles de la época, entre ellos, Pedro Cieza de León.

Así mismo, con posterioridad a la conquista, aunque en principio fueron perseguidos y muchos de ellos acabaron en la hoguera por ser considerados una idolatría, el sistema de *quipus* fue incentivado tanto por la administración colonial como por la Iglesia hasta que, en 1583, el III Concilio de Lima los prohibió porque se utilizaban con fines litúrgicos, incitando a la superstición.

El *quipu* («nudo», en quechua) es una cuerda de algodón o pelo de llama, de escasa extensión, 30 centímetros aproximadamente, de la cual cuelgan hilos multicolores, generalmente anudados, de los que salen a su vez otros (cuerdas secundarias) de diferente tamaño y policromía enlazados a distancias variables, que también pueden contar o no con nudos. La lectura sabemos que se realizaba de derecha a izquierda, siguiendo por orden cada hilo anudado en la serie. La posición y la cantidad y el grosor de los nudos (superpuestos) representaban cifras, mientras que los diferentes colores aludían a objetos distintos. Los registros incluían censos, finanzas y cifras militares. Hay *quipus* de una gran complejidad, que constan hasta de 1500 nudos de diversos colores.

A partir de una investigación para la que se utilizó un patrón informático, realizada por los antropólogos Gary Urton y Carrie Brezine de la Universidad de Harvard (EEUU), publicada en 2005 en la revista *Science*, se pudo averiguar que el complejo sistema de cálculo que incluían algunos *quipus* parecía multiplicar contabilizando los nudos hacia arriba y dividir haciéndolo hacia abajo.

Pero este original, sencillo y efectivo sistema no era solamente un método de cálculo para conocer los ganados, las cosechas, los tributos o la cantidad de productos. Se trataba además de una crónica histórica. Un hilo negro con función cronológica representaba el tiempo transcurrido; en otro de color rojo se anotaban los hechos de un determinado reinado, siendo el número de nudos los años que habían pasado desde la entronización del soberano.

Se cree también que fueron utilizados a modo de calendario, puesto que en lugares funerarios se han encontrado *quipus* con 730 cuerdas agrupadas

en 24 conjuntos, lo cual equivale exactamente al número de días y meses que tienen dos años.

Debido a la complejidad del sistema, solamente los expertos administradores del Imperio o *quipucamayocs* conocían su lectura, por lo que gozaban de una alta consideración social y privilegios especiales, entre ellos, el principal, no pagar impuestos al despótico Gran Inca, a cuyo linaje solían pertenecer.

Aparte de los 750 modelos aproximadamente que se conservan en diferentes museos, el sistema de *quipus* no se ha perdido, afortunadamente. Este procedimiento ancestral, que despertó el misterio cuando fue descubierto por nuestros antepasados españoles, continúa en uso en los territorios andinos donde surgió.

LA MÁQUINA DE ANTICITERA, TECNOLOGÍA PUNTA

Se conocen como máquina o reloj de Antikytera varios objetos de bronce encontrados casualmente por un pescador de esponjas y corales (Elías Stadiatis) corriendo el año 1900, en el interior de un barco romano que transportaba numerosas piezas griegas (ánforas, figuras de cristal, estatuas en mármol y bronce, joyas, miles de monedas, etc.), naufragado en el mar Egeo a 42 metros de profundidad, en las proximidades de la isla que les dio nombre, situada entre las de Creta y Citera.

Durante el verano del año siguiente se procedió a recuperar los restos del naufragio. Una vez examinados, dos años después, el arqueólogo Valerios Stais, que fue el primero en estudiarlos, calculó que entre aquellos objetos, los que nos interesan, que «mostraban un engranaje parecido al de los relojes», podían pertenecer al siglo I a. C. Actualmente se hallan expuestos en el Museo Arqueológico Nacional de Atenas.

Durante las siguientes décadas (en 1976 colaboró el comandante Cousteau y su barco *Calypso*) se recuperaron otros ochenta y dos fragmentos, pero lo que llamó desde el principio la atención, una vez terminada la limpieza de las formaciones calcáreas y coralinas que lo impregnaban, y reconstruido el aparato del que formaron parte (de 33 cm de alto, 17 de ancho y 9 de fondo), fue el complejo mecanismo del cual parecía

estar compuesto, dando idea de que los inventores que habían fabricado tal artilugio debían de poseer unos conocimientos tecnológicos y científicos extraordinariamente avanzados para su época.

Catalogado en principio como un astrolabio —instrumento utilizado por los marinos para medir la altura de los astros sobre el horizonte y deducir, según esta, la hora y la latitud—, no será hasta finales de los años 50 del siglo pasado cuando el británico Derek John De Solla Price (1922-1983), de la Universidad de Cambridge, publique sus investigaciones en la prestigiosa revista *Scientific American* (*An ancient Greek Computer*: «Una antigua computadora griega»), confirmadas en 1971 con la colaboración del físico nuclear griego Charalampos Karakalos, a través de una vista interior del complejo mecanismo mediante la exposición a rayos X y rayos gamma.

Más tarde, Michael T. Wright, Conservador de Ingeniería Mecánica del Science Museum y del Imperial College, ambos en Londres, elaboró una réplica y se llevaron a cabo modelados en 3D del aparato, compuesto por treinta y dos ruedas de engranaje, nueve escalas móviles, tres ejes pequeños y otro algo más grande, una rueda central con 240 dientes y un diferencial formado por varias ruedas que se mueven según la velocidad resultante de la adición o la diferencia de los engranajes continuos. Consta también de tres esferas: una, para indicar las posiciones galácticas; otra, la del Sol; y, la última, para cronometrar el tiempo transcurrido entre las dos anteriores.

Reemplazadas las piezas oxidadas, se consiguió poner el aparato en marcha de forma manual dándole cuerda mediante una palanca lateral; avanza así la rueda mayor, que indica el paso de los días y da una vuelta completa cada año. De manera que, a través de sus ruedas dentadas y engranajes, funciona como un reloj calendario de tipo astronómico, que servía para indicar el movimiento de los cuerpos celestes, las fases de la Luna, la posición de los planetas conocidos en su tiempo (Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno), así como la periodicidad de los eclipses de Sol y Luna. También señalaba la fecha de los juegos o festivales panhelénicos: Olímpicos (en honor a Zeus, en Olimpia), Píticos (en honor a Apolo, en Delfos), Nemeicos (en Nemea, recordando la hazaña de Hércules cuando mató al león de esa polis) e Ístmicos (en honor a Poseidón, en el istmo de Corinto); contiene, así mismo, una referencia a los que se celebraban en la

isla de Rodas, donde es probable que construyeran el artefacto, pues el barco naufragado partió de esta isla con dirección a Roma.

Por su sofisticado mecanismo y la precisión de sus piezas —hechas en bronce de apenas 2 mm de espesor, con los dientes cortados en ángulo de 60º que encajan perfectamente entre sí, algunos intercambiables— asombró a sus descubridores, ya que solo sería comparable a aparatos fabricados en los siglos XIV y XV. Por todo ello, ha sido catalogado como un OOPART (*Out Of Place Artifact* o «Artefacto fuera de lugar»), denominación que se aplica a los objetos que no encajan con su momento histórico. El término fue acuñado por el biólogo escocés Iván T. Sanderson (1911-1973) aludiendo a objetos paleontológicos y arqueológicos que se hallaron en circunstancias o lugares extraños; de él han hecho bandera los partidarios de lo esotérico, quienes asignan determinadas realizaciones del pasado a inteligencias superiores a la humana, por tanto, de procedencia extraterrestre.

Estudios realizados sobre el aparato, en 2014 por Christian C. Carman, historiador de la Universidad Nacional de Quilmes (Argentina) y James Evans, físico de la Universidad Puget Sound de Washington, han establecido que la máquina de Antikytera es, al menos, un siglo más antigua de lo que en principio se creyó, retrotrayéndose pues a la segunda centuria antes de Cristo, entre los años 100 a 150. Se basan en las inscripciones griegas que figuran en el mecanismo —entre los más de 4000 caracteres que contiene, incluyendo la palabra ISPANIA, la cita más antigua de nuestra patria— y concluyen que las fórmulas utilizadas en el cálculo de los eclipses no pertenecen a trigonometría griega sino a aritmética de origen babilonio. El calendario del objeto se inicia en el 205 a. C.

En junio de 2016, mediante la aplicación de un tomógrafo diseñado y fabricado en Inglaterra únicamente para este proyecto, científicos de las universidades de Tesalónica, Atenas, Nueva York y Cardiff han podido leer hasta 3400 caracteres que explican su funcionamiento: «Veinte cortes tomográficos» se necesitaron para leer cada letra, afirma el experto en paleografía Agamenón Tselikasa. Otro experto, Xenofón Músas, indica que el artilugio incluye todos los conocimientos del siglo I a. C. sobre matemáticas, astronomía y física. También se ha averiguado que los

nombres de los meses que figuran en la parte frontal del mecanismo están escritos en el dialecto de Corinto, por lo que el propietario o el fabricante del sofisticado aparato debió vivir en esta ciudad o en una de sus colonias de la costa de Epiro, en el Mar Jónico.

El enigma se halla centrado actualmente, una vez desentrañado su complejo y asombroso funcionamiento, en averiguar tanto cómo se llevó a cabo su fabricación cuanto el hecho de que tuviera o no continuidad, debiendo haber dejado una huella mayor en la evolución y desarrollo de la tecnología este, que bien puede considerarse, sin temor a pecar de excesivos, el primer ordenador analógico fabricado por la raza humana, como afirma el matemático inglés Tony Freeth, quien no duda en adjudicar la autoría de la máquina a Arquímedes.

LA PILA O BATERÍA DE BAGDAD

Se llama así porque fue descubierta, en 1938, durante unas excavaciones dirigidas por Wilhen König —arqueólogo alemán entonces a cargo del laboratorio del Museo Nacional de Bagdad— en una colina de Kuyut Rabboua, aldea próxima al sureste de Bagdad (Irak). Apareció en una tumba junto a otra serie de objetos (613 abalorios, figurillas de arcilla, ladrillos labrados y piezas varias) pertenecientes al período de los partos (248 a. C.-226 d. C.), pueblo nómada que fundó su imperio en las estepas de Irán.

La pila o batería de Bagdad es un recipiente de arcilla en forma de jarrón, de 15 centímetros de alto por 4 de ancho, en cuyo interior, pegado a la boca del cacharro con una especie de alquitrán —recordemos la abundancia de petróleo en esta zona—, contiene un tubo o barra de cobre de 26 mm de diámetro y 9 cm de altura que, a su vez, encierra una barrita de hierro recubierta de plomo, la cual sobresale 1 cm de la citada vasija.

Lamentablemente, en la actualidad, se desconoce su paradero desde que, durante la segunda guerra de Irak, en 2003, el Museo Nacional de Bagdad, en el que se guardaba la pieza, sufrió el pillaje y el saqueo.

Sorprendido König por encontrar metales dentro de un recipiente de barro, cuya misión habitual era la de contener líquidos, esencias o alimentos, la relacionó en principio con otros objetos muy similares de la

antigua Mesopotamia, correspondientes a los siglos II a.C. al III d. C., encontrados formando parte de ajuares funerarios, a veces piezas de gran valor.

No obstante, al observar que la varilla de hierro estaba corroída, pensó que pudo haber estado en contacto con algún ácido y comenzó a investigar en este sentido, encontrándose otras muchas piezas de este tipo, aunque con la salvedad de que no contenían los objetos metálicos que había en el interior de aquella, por lo que para el antedicho arqueólogo alemán constituía un elemento único al que comenzó a denominar como la «batería de Bagdad». Sin embargo, nunca pudo demostrar su funcionamiento.

Posteriormente, Willard Gray, ingeniero en electrónica del Laboratorio de Alto Voltaje, de la General Electric Company, de Pittsfield (Massachussets, USA), insistiendo en que si la varilla de hierro presentaba corrosión es porque había estado en contacto con algún ácido, logró hacer funcionar la batería introduciendo sulfato de cobre, aunque sabía que también podía obtenerse el ácido por medios naturales, utilizando a manera de líquido alcalino, por ejemplo, zumo fresco de uva o de limón, si bien a intensidad muy baja, a una tensión constante entre 0,5 y 1 voltios.

Realizó el experimento de introducir en su interior una pequeña figura de plata que, al cabo de dos horas aproximadamente, se volvió dorada, por lo cual concluyó que, seguramente, estos utensilios sirvieron en la Antigüedad a través de la galvanoplastia para el enchapado en oro y plata. El voltaje se generaba sumergiendo en un electrólito un objeto metálico y un lingote de oro que, conducido a través del líquido —a partir de impulsos electroquímicos—, se depositaba sobre el primero, cubriendo un metal con otro —generalmente, una figurilla— para dotarlo de una fina capa a modo de revestimiento. Se trata de un procedimiento muy utilizado modernamente con elementos de hierro que se hallan en el exterior, a fin de protegerles de la corrosión mediante una capa de zinc.

El historiador norteamericano Paul T. Keyser, conviniendo en que nuestro objeto había tenido un uso eléctrico, lanzó la teoría de que su finalidad podría haber sido de carácter terapéutico, es decir, contribuir al alivio de dolores de cabeza o articulaciones.

No obstante, la hipótesis de que se trató de un aparato eléctrico no es compartida por todos, debido a que no se ha encontrado ningún electrólito dentro de los cilindros de cobre ni tampoco el alambre necesario para hacer funcionar las supuestas pilas. Además, está claro que de haber utilizado ácidos o zumos de fruta a modo de electrólito, las varillas de cobre no hubieran llegado hasta nosotros, puesto que se habrían desintegrado en uno o dos años.

Por tanto, al contrario que la máquina de Anticitera, la pila de Bagdad no ha llegado a clasificarse por consenso entre los OOPART, puesto que hay quienes la consideran un fraude y la asignan simplemente un papel de recipiente destinado a contener perfumes y cosméticos o bien pergaminos.

LAS LÁMPARAS EGIPCIAS DE DENDERA

A 70 kilómetros al norte de Luxor, en el Valle de los Reyes, ribera oriental del río Nilo, se halla la ciudad de Dendera, conocida por su templo dedicado a la diosa Hathor, edificado durante el reinado del faraón Nectanebo I (378-361 a. C.), con quien se inicia la XXX y última dinastía del Egipto milenario.

La fama llegó a este santuario, descubierto en 1857, por los bajorrelieves esculpidos en su interior, que muestran una flor de loto de la que sale en oblicuo un dibujo ovalado, en forma de globo, similar a un haz de luz, dentro del cual una serpiente que vuelve la cabeza semeja, estirando la imaginación, el filamento de una lámpara o bombilla eléctrica. El parecido con los modernos tubos de vidrio de Crookes en forma de ampolla con su interior envasado al vacío, precursor del tubo de rayos catódicos, es evidente.

De ahí que los amigos de lo desconocido hayan planteado la posibilidad de que los antiguos egipcios conocieran la forma de captar la electricidad a través de aparatos como el descrito, quizá durante las tormentas, y por ello lo representaban de una manera simbólica, tal como se aprecia en el bajorrelieve de Dendera.

Se plantearía entonces la siguiente cuestión: ¿utilizaban los egipcios, al menos los de la última etapa histórica o Época Baja de su civilización

milenaria, este tipo de lámparas o bombillas para adentrarse en el interior de las pirámides u otras construcciones subterráneas como los hipogeos? Cuestión avivada ante la ausencia de huellas de antorchas —aunque sí algunos restos de humo sobre los techos— en los complicados pasadizos de sus enterramientos: mastabas, pirámides, speos (tumbas excavadas en la roca) e hipogeos.

De todas formas, los egipcios contaban con ingeniosos medios de iluminación natural a base de espejos de plata o bronce pulido para reflejar la luz del Sol desde un sujeto situado en el exterior a otro que estaba dentro y la dirigía hacia el lugar oportuno, pudiendo así no solo trabajar sino también visitar y recorrer los interiores de las construcciones, si bien este sistema no era muy efectivo puesto que la intensidad de la iluminación, al cabo de cierta distancia, iba quedándose por el camino.

El ingeniero eléctrico vienés Walter Gran, empeñado en realizar una demostración actualizada de dicho ingenio, confeccionó hace ya varios años un modelo de la bombilla de Dendera, que constaba de un vaso cónico de 16 pulgadas (40,6 cm) de largo y 5 (12,7 cm) de diámetro. En cada extremo depositó resina, en uno de los polos colocó un electrodo y en el otro un clavo. Para ponerla en marcha empleó una bomba neumática y un transformador, y logró alguna luminosidad en su exhibición en el Jungfrau Park suizo, claro que contando con elementos que los antiguos egipcios desconocían.

No obstante, una inscripción parece destruir este posible *OOPART* de Dendera, porque reza de la siguiente manera:

> Recitado por Harsumtus [Horus, unificador de las Dos Tierras], el gran dios, que reside en Dendera, el que se eleva desde el loto como un Ba Viviente. Las creaciones de su Ka elevan su perfección. La tripulación de la barca Mandyet consagra su imagen. El pilar Dyed sostiene su cuerpo, la Primordial se encuentra bajo su imagen y los cortesanos de su Ka se encuentran bajo su respeto».
>
> (Dendera V, 141, 1-3)

A tenor de este texto, poca puerta a la especulación sobre objetos que no encajan con su entorno puede permanecer abierta, habiendo quedado expresado de manera tan clara lo que representa dicho motivo escultórico.

LA MÁQUINA *ENIGMA*

A pesar de su nombre, la máquina que se conoce con ese vocablo, pronto dejó de constituir ningún enigma. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), los científicos de la compañía alemana Heimsoeth&Rinke habían fabricado un artefacto, sofisticadísimo para aquellas fechas, que permitía de manera criptográfica cifrar en clave el código Morse de los mensajes radiofónicos.

Su inventor había sido el holandés Hugo Alejandro Koch, en 1919, ignorante del importante cometido que llegaría a desempeñar durante la terrible contienda que convulsionó el mundo poco antes de mediar la centuria pasada.

Adquirida su patente por el ingeniero electromecánico alemán, Arthur Scherbius, este se asoció con Willie Korn y, en 1923, la presentaron en la Exhibición Postal Internacional de Berlín. Ya desde 1933 la máquina *Enigma* fue el medio de comunicación por excelencia para las informaciones secretas y el espionaje alemán; más que nada, porque había poco que perder, ya que aunque el enemigo se hiciera con este artefacto, tenían la convicción de que nunca averiguaría su código.

Tan sofisticado y elaborado aparato electromecánico constaba de varias piezas: una serie de teclas con las letras del alfabeto (como una máquina de escribir), que eran interruptores para accionar los dispositivos eléctricos que hacían mover unos cilindros rotatorios planos con 26 contactos eléctricos en cada cara, uno por cada letra del alfabeto, cada uno estaba conectado a otro de la cara contraria; en cada rotor había un anillo móvil, asociándose un número del anillo a una letra del rotor; otro rotor aseguraba que las entradas y salidas quedasen sobre los puntos de contacto correspondientes.

Una vez tecleadas las letras, la máquina devolvía otras, formándose así los mensajes cifrados. Al pulsar una letra, los rotores giran, por lo que incluso a dos letras iguales no tiene por qué corresponderles la misma clave. Cada rotor o cilindro giraba 1/26 de vuelta después de cada pulsación, de manera que la posición de las conexiones iba cambiando sucesivamente. Además, el segundo cilindro solo giraba cuando el primero había realizado sus 26 giros y el tercero cuando el anterior había efectuado los 26 suyos. Así mismo, como los rodillos podían ser intercambiados de posición, el

número de posibilidades aumentó hasta 105 456 alfabetos. A mayor abundamiento, como el sistema contaba con 6 cables de conexión que podían conectarse a 26 lugares, resultaban 100 391 791 500 maneras distintas de conectar los cables, que unidos a los 105 456 alfabetos producían trillones de combinaciones. Los alemanes empleaban una diferente cada día del mes.

El mensaje original se recuperaba introduciendo las letras del mensaje cifrado en la máquina, la cual devolvía una a una las letras pulsadas.

La máquina *Enigma*, aunque en su versión más simple (modelo D comercial), fue adquirida durante la Guerra Civil española por el ejército rebelde en noviembre de 1936, cuando las tropas de Franco se estrellaron contra la defensa de Madrid, siendo muy alabada por sus posibilidades. Como decía el comandante Sarmiento en un informe al Generalísimo: «El número de combinaciones posibles de acordar se eleva a la fabulosa cifra de 1 252 962 387 456».

A pesar de tan complejo sistema, el ejército alemán modificó y complicó mucho más todavía el mecanismo de la máquina *Enigma*, cambiando los rotores, los anillos móviles y, especialmente, el tablero de conexiones del aparato.

Pero la tecnología aliada, que no se dio por vencida, preparó otro artefacto electrónico, la *Bomba*, construido por un equipo de investigadores dirigido desde 1940 por los matemáticos Alan Turing y Gordon Welchman, contando con la ayuda de criptógrafos polacos que tiempo atrás, en 1929, habían intervenido una máquina *Enigma* cuando viajaba de Berlín a Varsovia. Diez años más tarde, conscientes de que la invasión alemana era inminente, compartieron sus conocimientos con británicos y franceses, notificándoles los descubrimientos que había ya efectuado el joven y brillante matemático polaco Rejewski.

Tres años después, la *Bomba* ya era capaz de descifrar mensualmente más de 84 000 mensajes de la *Enigma*. Pero el proceso había sido duro, especialmente con los mensajes cifrados de los submarinos alemanes *U Boot*, que empleaban una *Enigma* que tenía ocho rotores en lugar de cinco y, además, en cada comunicación sólo se usaban tres, y luego uno más en

cada mensaje, formando un tejido que costó mucho esfuerzo desentrañar hasta que volvió a descifrarse el código.

Todavía hasta 2006 no se logró descifrar, procedente de la versión más compleja de la *Enigma* (la M4, que contaba con 4 posiciones en los cilindros), uno de los últimos mensajes alemanes, enviado por un submarino desde el Atlántico. Por curiosidad, le transcribimos:

> Señal de radio 1132/19. Contenido: Forzados a sumergirnos durante ataque, cargas de profundidad. Última localización enemiga: 8:30h, cuadrícula AJ 9863, 220 grados, 8 millas náuticas. [Estoy] siguiendo [al enemigo]. [El barómetro] cae 14 milibares. NNO 4, visibilidad 10.

Una antigua máquina de escribir a primera vista, que hoy observamos como si fuera una reliquia de mediados del siglo pasado, la máquina *Enigma* sigue contando con mensajes cifrados cuyo significado no es fácil de descubrir ni siquiera para un ordenador actual, a casi un siglo ya de su primera versión.

Manuscrito de la *Odisea* de Homero con escolios. Biblioteca Apostolica Vaticana, Vaticanus Palatinus Graecus 7, fol. 46v.

PERSONAJES ENIGMÁTICOS

HOMERO

La existencia en la antigua Hélade del *aedo* o cantor ambulante Homero, hacia el siglo IX-VIII a. C., ha sido puesta en entredicho ya desde tiempos antiguos. Por la etimología de su nombre podría tratarse de uno de los llamados *homeridai*: hijos de rehenes o prisioneros, gentes que como no iban a la guerra porque se dudaba de su lealtad en el campo de batalla y, en consecuencia, contaban con el privilegio de no estar expuestos a la muerte puesto que no combatían, eran los encargados en la retaguardia de otros menesteres; por ejemplo, recordar los cantos épicos del pasado para transmitirlos de generación en generación hasta que terminaron poniéndose por escrito.

Así mismo, teniendo en cuenta que muchos augures eran invidentes, el nombre de Homero se tomó como sinónimo de ciego, a tenor de la expresión griega *ho me horón*, que significa «el que no ve».

Hasta ocho ciudades contendieron por alzarse con el honor de haber sido la patria chica del poeta: Quíos, Colofón, Cumas, Pilos, Ítaca, Argos, Atenas y Esmirna.

Respecto a su muerte, Pausanias recoge en verso una tradición que habla sobre la isla de Íos:

> Dichoso e infortunado, pues naciste para cambiar cosas,
> buscas una patria. Tienes una tierra natal, pero no una patria.
> La isla de Íos es la patria de tu madre, que cuando mueras te recibirá.

Y añade:

> Los de Íos enseñan también un sepulcro de Homero en la isla, y en otro lugar uno de Clímene, y dicen que Clímene era la madre de Homero.

Herodoto (siglo V a. C.), que cita varios pasajes de la *Ilíada* y la *Odisea*, dice que Homero vivió cuatrocientos años antes que él, situándole por tanto en el siglo IX a. C. Según Helánico de Lesbos, Homero había sido contemporáneo de la guerra de Troya, mientras el geógrafo Eratóstenes sostenía, al igual que Jenófanes, que había vivido un siglo después y que era anterior a Hesíodo. Para Filóstrato, en cambio, Hesíodo era quien había sido anterior a Homero.

En época helenística se comenzó ya a indagar sobre el personaje, admitiéndose que debió residir en alguna colonia jonia de Asia Menor en base a diversos aspectos lingüísticos que se aprecian en sus obras, respecto a las cuales existió una doble corriente, en el sentido de si solo la *Ilíada* o también la *Odisea* habían sido creaciones suyas. De Alejandro Magno dicen que siempre llevaba consigo un ejemplar de cada obra.

En época moderna, el primero en interesarse por el tema fue François Hédelin (1604-1676), abate del monasterio de Aubignac (Francia), a través de su obra póstuma «Conjeturas académicas o disertación sobre la *Ilíada* de Homero», escrita en 1664 aunque publicada en 1715. En ella sugiere que probablemente Homero no existió y los dos grandes poemas épicos que se le atribuyen, con los cuales comienza la literatura griega y occidental, en realidad, constituyeron una obra colectiva que se habría llevado a cabo a lo largo de varias etapas y por distintos autores.

Con posterioridad, hubo diversos eruditos que se ocuparon del asunto corroborando esta opinión, entre los cuales cabe destacar al jurista y filólogo Giambattista Vico (1688-1744), así como a Friedrich August Wolf («Prolegómenos a Homero», 1795) y Hermann F. Fränkel con su trabajo sobre las metáforas en Homero, escrito a principios de la década de 1920.

Actualmente, la opinión más aceptada es que Homero fue quien creó el núcleo original de textos o bien el primer poeta que pasó a la escritura la tradición oral; e, incluso, que se trataba de una mujer, como se desprende de la obra de Richmond Lattimore «Homero: ¿Quién era ella?», así como de la novela «La hija de Homero», de Robert Graves, que coincide con Samuel Butler y su afirmación de que una joven mujer siciliana habría sido la autora de la *Odisea* pero no de la *Ilíada*.

Del mismo modo, las diferencias de fondo que se observan entre la *Ilíada* y la *Odisea*, tanto en cuanto al lenguaje como en la visión poética, han dado lugar a que varios investigadores se hayan decantado por dos autores diferentes en lugar del mismo para ambas obras —algo que como ya indicamos antes comenzó a plantearse en época helenística— e incluso que vivieron en distinto tiempo: en el siglo VIII el creador de la *Ilíada* y en el VII el de la *Odisea*.

Se discute igualmente sobre la fecha en que fueron puestos por escrito los poemas homéricos; algunos historiadores la sitúan en el siglo VIII y otros en el VII e incluso en el VI a. C., como el citado Wolf, con quien coincidía en el siglo XX Reinhold Merkelbach, que también ha colocado la primera redacción escrita de los poemas homéricos en tiempos del tirano ateniense Pisístrato, quien se instaló en el poder por primera vez en el 561 a. C. La crítica a esta postura afirma que solo se trató de una versión realizada en Atenas que predominó sobre todas las demás, pero no la obra príncipe.

Una última corriente es partidaria de que los poemas homéricos fueron originalmente redactados por escrito, apoyándose en la complejidad de su contenido. La tercera vía en esta polémica está representada por quienes creen que un «Homero» los iba componiendo oralmente mientras otro, culto, los escribía. En conclusión, el enigma de la existencia del cantor o *aedo* Homero sigue pendiente de confirmación definitiva.

EL REY ARTURO

En el año 410 el emperador Honorio, que había heredado de su padre Teodosio (muerto en 395) la parte occidental del antiguo Imperio Romano, retiró las legiones de las islas Británicas, donde habían estado establecidas desde la conquista llevada a cabo por Julio César en el año 54 a. C.

Después de los largos años de la *Pax romana*, en los que Inglaterra estuvo protegida de las invasiones bárbaras (término de origen griego que se acuñó en Roma para designar a los extranjeros al Imperio) gracias al *limes* o gran muralla que el emperador Adriano había mandado construir en el año 122, los ataques de los anglos y sajones comienzan a volverse cada vez más frecuentes y los propios celtas, ahora en solitario, sin la ayuda

romana, tienen que proteger su territorio, fragmentado políticamente en multitud de pequeños reinos que pugnaban constantemente entre sí. En uno de ellos, el de Camelot, gobernó el rey Arturo (*Arthur*, en inglés y en galés: curiosamente, «oso», similar al griego *arktós*), también conocido como Arturo de Bretaña, o *Artús* (en boca de Don Quijote), cuyo origen se halla inmerso en la leyenda.

Algunos historiadores han pretendido situar dicha ciudad, la capital del Reino, cuyo nombre proviene seguramente de *Camulos* (el dios de la guerra en la mitología celta), en Cornualles o en el País de Gales o más probablemente en Cadbury, donde se han encontrado restos de diversas fortificaciones circulares en torno a las cuales se ubicaría el centro de poder. Por tanto, es muy probable, históricamente hablando, que tales facciones guerreras estuvieran aglutinadas en torno a un caudillo militar —que no tenía por qué contar con el título de rey—, el cual proporcionaría la cohesión necesaria para mantenerse unidas.

En principio, según el monje galés Nenio, en su *Historia Brittonum* («Historia de los bretones»), escrita hacia el año 826, el posible rey Arturo se trató de un curtido hombre de armas, un *dux bellorum*, quizá antiguo legionario romano, que logró imponerse sobre otros jefes celtas hacia el año 456, fecha discutible, ya que su supuesto padre, Uther, no le engendró hasta después de ocupar el trono tras la muerte de su hermano, Aurelius. Ambos sucedieron por ese orden a un tal Guthrigen (también conocido como Vortiger), de quien existen datos en el año 449, un traidor que había dado muerte al rey Constantino, padre de ambos hermanos. Estos, con la ayuda de su madre, habían logrado escapar y, según profetizó el mago Merlín, un día acabaron con él. Pero, como decimos, el año 456 que aporta Nenio resulta muy temprano para que Arturo se hubiera hecho con el poder, teniendo en cuenta que siete años antes aún su padre no había sido proclamado soberano y el nacimiento del futuro gran rey de los bretones se produjo tras la subida al trono y posterior fallecimiento del hermano de su progenitor.

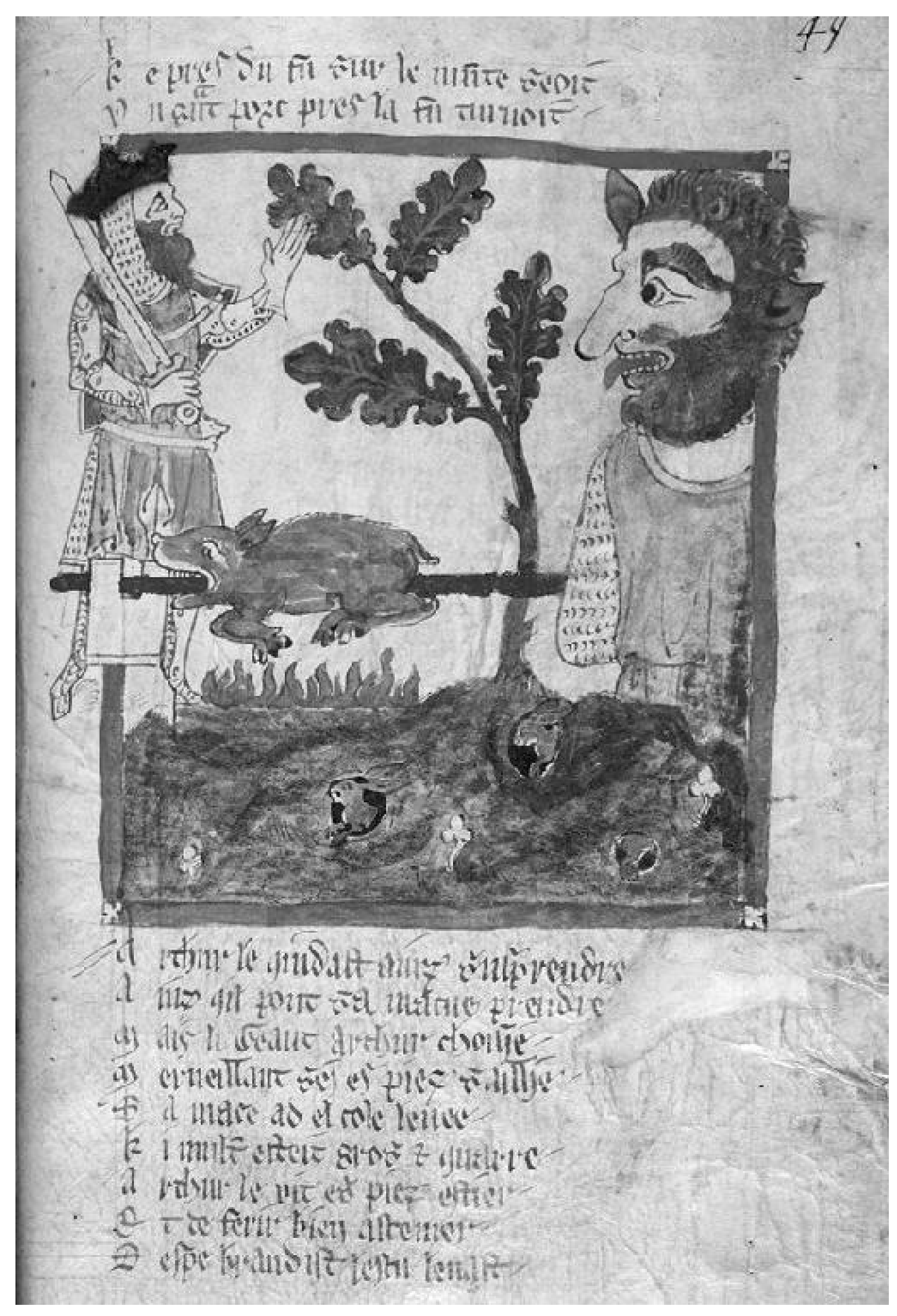
Todas estas intrigas se habían desarrollado en una Britania dividida en tres grandes regiones dominadas por otros tantos pueblos: al Norte, Escocia, poblada primero por los escotos que le dieron nombre y dominada luego

por los celtas; al Sur, Inglaterra, tierra de anglos (de donde procede su denominación) y sajones; y al Oeste, el futuro País de Gales, en el que se asentaron los britanos. Cerca de aquí fue donde el citado Constantino fundó su pequeño Reino, el cual acabó en manos del traidor Vortiger. Este, cobrando en la misma moneda, vio como la mayor parte de sus caballeros eran asesinados en su castillo de Stonehenge durante un festín que acabó en tragedia, al que había convidado a un monarca sajón llamado Hengist con el objeto de alcanzar un pacto. Vortiger consiguió huir a las montañas y reagrupó sus fuerzas, sin embargo, cumpliéndose las predicciones del mago Merlín, perdió la vida a manos de los hijos de Constantino.

Coincidiendo con la subida al trono de Uther se produjo el paso de un cometa en forma de dragón, por eso tomó el título de *Pendragón* («hijo del Dragón», en galés). Enseguida, se preocupó de alcanzar un pacto con el duque de Cornualles, que era uno de los señores feudales más poderosos de aquel tiempo. A tal fin, le convidó a su castillo para celebrar un banquete y sellar el acuerdo. Allí acudió el duque acompañado de su esposa, la bellísima duquesa Igraine, que despertó el deseo en su anfitrión, el pérfido Uther; este, con la ayuda de las malas artes seductoras de Merlín, que embrujó a la esposa del duque para que creyera que era su marido quien entraba en la alcoba, logró hacerla suya en el castillo de Tintagel, cuyas ruinas —sobre las que descuella un torreón de pizarra— aún subsisten no lejos de la localidad de Cornualles, en un pequeño promontorio mirando al mar. De esa unión nació un niño, el futuro rey Arturo, que bajo la tutela del citado mago fue educado por un noble llamado *sir* Héctor.

Según dice la leyenda, para ceñir la corona, Arturo tuvo que extraer de un yunque, que a su vez estaba incrustado en mármol, tal como la había clavado el rey Uther antes de morir, la espada mágica *Excalibur*, de cuya etimología existen diversas teorías; en principio, podría proceder del latín *Ex calce liberatus* («liberada de la piedra»), o bien de *caliburn*, derivado del término latino *chalybs-ybis* («acero») e incluso del gaélico antiguo *caladbolg*: «espada centelleante». Una leyenda allí grabada afirmaba: «Quien fuere capaz de arrancarme de este lugar, será por derecho de nacimiento rey de Inglaterra». Nadie, ni siquiera caballeros venidos de toda Inglaterra, lo había conseguido.

Después de ser coronado en Gales a la edad de quince años, capitaneando a los celtas —aglutinados en torno a él porque necesitaban un rey que les ayudara a imponerse sobre los sajones después de la traición de Vortiger— logró la gran victoria de *Badon Hill* (Monte Badón), que tuvo lugar en el año 518, según los *Annales Cambriae* o «Anales galeses», escritos en los siglos IX y X, fechas muy tardías para narrar con carácter fiable acontecimientos del siglo VI. En el texto se dice cómo Arturo consiguió expulsar hacia el continente a los sajones, quienes terminaron estableciéndose en el territorio que tomó el nombre de Sajonia.



Arturo encuentra al gigante venido de Hispania, en un episodio de la literatura artúrica. Manuscrito de mediados del siglo XIV.

No obstante, ningún historiador anterior, ni Gildas en el siglo VI o Beda en el VII, mencionan a Arturo. Para el primero, tal como afirma en su sermón histórico *De Excidio et Conquestu Britanniae* («Sobre la ruina y conquista de Britania»), el jefe de los bretones que logró la victoria en la citada batalla de *Badon Hill* no fue Arturo, sino Ambrosio Aureliano, un valeroso señor de la guerra (como ahora se dice) que llegó al poder en el año 479. También aparece citado en el *Annal Chronicon Maiora* (siglo VIII) y en la «Historia de los bretones», por lo que algunos le consideran el antecedente que pudo sentar una base histórica sobre el rey Arturo.

Así mismo, se sabe también de un caudillo bretón, nombrado como *Riothamus* o *Rigotamus* (algo así como «Rey supremo»), que en el año 468 desembarcó en la Galia y, aliado con los romanos del emperador Antemio, se enfrentó a los visigodos de Aquitania, que habían roto el *foedus* o pacto con el Imperio; terminó siendo derrotado pero logró escapar con vida, huyendo hacia territorio burgundio, sin que se supiera más de él.

Este sujeto podría considerarse también una referencia histórica del rey Arturo, pues, vencido como él, terminó también escapando hacia la mítica Avalon; quizá la isla de Sein (frente a las costas de Bretaña), en la que según Pomponio Mela (siglo I) se curaban las heridas y enfermedades. Por eso, los bretones continuaban creyendo (creencia que perduró hasta el siglo XIX e incluso inspiró a Jorge Luis Borges) que Arturo sigue vivo en Avalon, como decía el clérigo inglés Layamon (Laghamon o Lawman) en su poema *Brut* (h. 1190), inspirado en el *Roman Brut* del normando Robert Wace (h. 1155), y este en la *Historia Regum Britanniae* (h. 1136), de Geoffrey de Monmouth, aunque es más extenso que ambos.

Entre las grandes hazañas que llevó a cabo el rey Arturo, un tal Ranuph Higden habla, todavía en el siglo XIV, de la incursión realizada hasta la mismísima Roma, un hecho que los historiadores parecen haber olvidado.

Ya en nuestros días, concretamente en 1998, el profesor Morris de la Universidad de Glasgow, halló en Tintagel una pizarra con una inscripción probablemente del siglo VI, que contiene el nombre del rey Arturo latinizado: «ARTOGNOU», aunque eso solo no es suficiente como prueba de la existencia del citado monarca.

Casado a pesar del criterio en contra de su consejero Merlín con la reina Ginebra —hija del rey de Cameliard, la que le traicionaría con *sir* Lancelot cuando después de llegar un día al castillo se enamoró de él perdidamente —, Arturo tuvo su reino en Camelot, en cuya fortaleza fundó la Orden de los Caballeros de la Tabla Redonda, una mesa construida por el mago Merlín. Entre sus episodios, seguramente, el más famoso es la aparición a los 454 años de la muerte de Cristo, el día de Pentecostés —cual nuevo Espíritu Santo—, de la Sagrada Copa de la Última Cena, la que la leyenda conoce como Santo Grial —*Sain-Grail*: «Sangre Real» o «Verdadera», aludiendo a que había contenido realmente la sangre del Redentor—, cubierta con un velo para que nadie pudiera verla. El misterio hizo que todos los caballeros quedaran prendados del Cáliz y juraran buscarlo de por vida, dando así origen al nacimiento de un mito que continúa en nuestros días, en el que no faltan las piezas candidatas a ser reconocidas como la auténtica que tuvo Jesucristo en sus manos durante la cena del Jueves Santo.

Precisamente, la «Historia del Santo Grial» es una de las cinco partes de las que consta la denominada *Vulgata-Lancelot*, una recopilación anónima, realizada en 1230, que contiene además otras cuatro obras: «Merlín», «Lanzarote», «Demanda del Grial» y «Muerte del rey Arturo», formando las tres últimas el título «Lanzarote en prosa».

No obstante, respecto al inicio de las leyendas del llamado ciclo Artúrico, aunque se atribuye a Geoffrey de Monmouth en su citada *Historia Regum Britanniae* recogiendo tradiciones orales en las que aparece por primera vez el mago Merlín, fue el citado monje normando Robert Wace (h. 1115—después de 1170) quien mencionó antes que nadie la espada Excalibur y los doce caballeros de la Mesa Redonda en su obra *Roman de Brut*, titulada así en honor al mítico fundador de Bretaña, Bruto de Troya. Un fragmento de la Tabla Redonda se creyó auténtico y estuvo expuesto en el castillo de Winchester hasta que, analizada la pieza, que tiene unos 6 m de diámetro y es de madera de roble, se comprobó que pertenecía al siglo XIII y había sido repintada en el XVI, reinando Enrique VIII.

La tragedia se cebó sobre el reino de Camelot, aupada por las infidelidades antes citadas de sus monarcas, y aquel oasis de igualdad,

justicia y paz acabó siendo destruido a causa de una rebelión instigada por Mordred, el hijo que el rey Arturo había tenido con su hermanastra Morgana (se la cree hija también del mago Merlín), sin saber que lo era, si bien algunas versiones apuntan que aquel solo era su sobrino, ya que el monarca no había llegado a tener acceso carnal con Morgana sino con una hermana de esta llamada Morgause.

Arturo, mortalmente herido por la espada de Mordred al tiempo que este caía abatido por la lanza del rey durante la batalla de Camlann (año 529, según los citados «Anales galeses»), en la que también perecieron casi todos los caballeros de la Tabla Redonda, fue a morir con 90 años a la isla de Avalon, a donde tras haber arrojado su espada Excalibur a un lago, fue conducido en una barca misteriosa por varias mujeres cubiertas con capuchas negras acompañadas de tres hadas, entre ellas quizá la Dama del Lago, el mismo que guarda la espada mítica.

En consecuencia, mito e historia se funden en el rey Arturo, que pudo ser un personaje real aunque con una vida de leyenda.

LA PAPISA JUANA

Quinientos años después de haber sucedido los hechos de los que vamos a dar cuenta, acaecidos en la Europa de principios del siglo XIII, inmersa en la organización de las Cruzadas a Tierra Santa y en la propagación del arte Gótico, que desde la llamada Isla de Francia (región en torno a París) se extenderá por prácticamente todo el continente con la excepción de la zona oriental, donde la fuerte influencia del Imperio Bizantino cerró las puertas a aquello que procediera del área latina, empieza a propagarse el rumor de que una mujer había estado al frente de la cátedra de San Pedro en el Vaticano, durante el trienio que transcurrió entre los años 855 y 858. Así lo sostiene el *Chronicum pontificum et imperatorum* («Crónica de papas y emperadores»), obra del fraile dominico Martín de Troppau.

Hay también noticias de este caso en la pluma de otro dominico, fray Esteban de Borbón, aunque este sitúa el acontecimiento en época mucho más tardía, concretamente hacia el paso del siglo XI al XII.

A mediados de la undécima centuria, el papa León IX habría hablado en una misiva enviada al patriarca de Constantinopla de una supuesta mujer que fue papisa: «una mujer que ocupó el trono de los pontífices de Roma».

Aceptado el hecho por la Iglesia hasta el siglo XVI, comenzó a negarse rotundamente a partir de entonces, habiendo sido, curiosamente, un protestante llamado David Blondel quien, en 1647, se posicionó abiertamente en contra de la existencia de dicha mujer. Así mismo, a pesar de los datos citados, los historiadores consideran tal circunstancia como una leyenda maldita que solo perseguía la demonización eclesiástica.

No obstante, existen referencias concretas de la interfecta: una mujer de nombre Juana, hija del monje Gerberto, que habría nacido en la localidad de Ingelheim am Rhein, próxima a Maguncia (actual Alemania), en el año 822. Interesada en los estudios, entonces prohibidos para las mujeres, ayudada por su madre, a escondidas de su padre, pudo adquirir una formación y aprender griego para leer la Biblia y, haciéndose pasar por un varón —su hermano muerto—, autobautizada como Juan el Inglés, ingresar en el monasterio de Fulda y acudir a los principales centros culturales de la época, como la abadía de Saint-Germany-des-Prés. De esta manera, viajó por Europa (Atenas, Constantinopla, Aquisgrán) y logró adquirir una gran formación erudita.

Más tarde, habiéndose trasladado a Roma, alcanzó una gran reputación por la solidez de sus conocimientos. Designada secretario en la Curia Cardenalicia, llegó a desempeñar cargos de confianza junto al papa León IV. A la muerte de este, en el año 855, fue elegida para sucederle. Juana sube al pontificado con el nombre de Juan VIII el Angelical, por supuesto sin que nadie sospechase de su identidad femenina. Pero, a los tres años de su elección, se produce una sorpresa mayúscula: durante una procesión, en el trayecto desde la basílica de San Pedro a Letrán, frente a la iglesia de San Clemente, repentinamente, cae al suelo y al poco tiempo da a luz a un niño en plena calle —tal como muestra una ilustración del satírico *Decamerón*, del siglo XV—, falleciendo a continuación a causa del parto, según narra Martín de Opava (conocido como el Polaco) en su *Chronicon Pontificum et Imperatum*; aunque Jean de Mailly, en la *Chronica Universalis Mettensis* (obra, como la anterior, de mediados del siglo XIII), afirma que fue lapidada

por el pueblo después del alumbramiento, pero no en ninguna procesión, sino que este se había presentado mientras estaba montando a caballo, siendo atada por el pie a la cola del equino y arrastrada por las calles mientras sufría el apedreamiento de la turba enfurecida.

Ya no se puede evitar el escándalo, pero sí minimizarlo lo antes posible, por lo que se decide enterrarla a escondidas y, por supuesto, fuera de la Basílica de San Pedro, en el mismo lugar donde murió, al igual que su hijo, que falleció casi al instante de nacer.

Como dijimos al principio, la papisa fue aceptada por la Iglesia como un hecho que se había producido en su propio seno. Pero la historia oficial de la misma borró el nombre de Juan VIII el Angelical (Juana) rebautizándole como el papa Benedicto III, sucesor de León IV. Sin embargo, tal nombre no figura en los primeros ejemplares del *Liber pontificalis* o «Libro de los papas» (reseñas biográficas de los primeros sucesores de Pedro hasta Esteban V, ampliadas posteriormente) y de él solo se sabe la fecha de su muerte súbita (17 de abril de 858), sin especificar la causa, así como su propia voluntad de no ser enterrado en la Basílica de San Pedro por considerarse «indigno de estar junto a los santos». Quizá solo un acto de modestia, pero suficiente para levantar suspicacias dados los antecedentes que conocemos.

Para alimentar un poco más la confusión, hubo otro papa, esta vez verídico, cuya existencia no ofrece ningún tipo de duda, con el nombre de Juan VIII, elegido pocos años más tarde, en el 872, si bien en algunas citas figura con el apodo de la «papisa» por sus gestos un tanto afeminados y su debilidad manifiesta frente a la iglesia de Constantinopla, con la que convenía mano dura porque se había producido no hacía mucho el cisma de Focio, durante el pontificado de Nicolás I (858-867), siendo obispo en Bizancio san Ignacio.

Existen, por otra parte, algunas informaciones que, a pesar de su carácter legendario, demostrarían que en la Iglesia eran conscientes de que en alguna ocasión se había sufrido un error de este tipo, se les había «colado un gol», como hoy se dice.

De acuerdo a ello, un trono de pórfido que se conserva en el Museo parisino del Louvre, guarda la tradición de que estaba destinado en el

palacio de Letrán para invitar a sentarse en él a los pontífices elegidos y, a través de una perforación que existía en el asiento, un diácono palpaba la entrepierna de quien se había acomodado en la silla para comprobar si poseía los atributos masculinos. En caso afirmativo, gritaba: «¡*Duos habet et bene pendentes*!» («¡Tiene dos y cuelgan bien!»), y la curia suspiraba aliviada. Fue una operación que se estuvo llevando a cabo durante cinco siglos, es decir, desde el año 1000, aproximadamente, hasta la llegada al pontificado del primero de los Medici, León X, en 1513, quien no quiso someterse a semejante trato porque le pareció humillante.

No obstante, la Iglesia niega la práctica de este acto, aunque lo relatan, además de las crónicas de los dos autores citados con ocasión de la muerte de la papisa, el «Tratado de las diversas materias de la predicación», de Esteban de Borbón, también dominico, y algunos personajes del siglo XV, como el humanista italiano Jacopo d'Angelo o el clérigo inglés Adam de Usk. Fue el agustino Onofrio Panvinio quien, en 1562, se posicionó por primera vez en contra de esta leyenda, como expone en su obra *Vitae pontificum* («Vida de los papas»). También los luteranos, a pesar de su odio contra Roma, estuvieron en contra de la veracidad de este episodio humillante para el pasado de la Iglesia.

Se cuenta que, un día, durante la visita de Lutero a Roma, observó en una de las calles que conduce a San Pedro, la estatua de la papisa con el cetro y la mitra papal y un niño en brazos. «Estoy sorprendido —dijo— que los papas permitan que la estatua permanezca allí». Cuarenta años después de la muerte de Lutero (1546), dicha estatua fue retirada por orden del papa Sixto V (1585-1590).

Para los protestantes, la papisa Juana había sido la encarnación de la gran ramera Babilonia:

> Me dijo: «Las aguas que ves, donde se sienta la ramera, son los pueblos, las muchedumbres, las naciones y las lenguas. Los diez cuernos que ves, igual que la bestia, aborrecerán a la ramera, la dejarán desolada y desnuda, devorarán sus carnes y la quemarán al fuego. Porque Dios ha puesto en sus corazones ejecutar lo que él quiso y dar a la bestia la soberanía sobre ella hasta que se cumplan las palabras de Dios. La mujer que has visto es aquella gran ciudad que reina sobre todos los reyes de la Tierra».
>
> Ap 17, 15-18

Ya en el siglo XIX, una obra, «La papisa Juana», del griego Emmanuel Royidis, volvió a actualizar el tema, por el cual se interesaron otros escritores del XX, entre ellos, Lawrence Durrell o Alfred Jarry. E incluso se ha llevado al celuloide, tanto en el pasado siglo («La Papisa Juana», protagonizada por Liv Ullmann en 1972) como en el actual: «La Papisa» (2009), basada en la novela del mismo título, escrita en 1996 por la estadounidense Donna Woolfolk Croos, publicada en España en 2010.

También hay quienes solo ven en esta posible leyenda una denuncia soterrada contra la excesiva influencia de determinadas mujeres durante aquellos años en los que las sombras de la actuación de los pontífices fueron demasiado oscuras.

Aquí, en España, sin ir más lejos, fue célebre por su poder e influencia la abadesa del monasterio de Las Huelgas (Burgos): la «muy alta señora» podía confesar y predicar, otorgar licencias para celebrar la Eucaristía, instruir expedientes matrimoniales, poseía tributos sobre todo el trigo que se vendía en Burgos, sus criados estaban exentos del servicio al rey, y un largo etcétera de prebendas y privilegios, hasta tal punto que, aún en el siglo XVII, el cardenal Aldobrandino afirmaba que, «si el papa hubiera de casarse, no encontraría mujer más digna que la abadesa de Las Huelgas». Así fue hasta que, en 1873, Pío IX suprimió todas las jurisdicciones exentas de España, entre las que se hallaba la de este monasterio.

Pero las había mucho más graves. Durante el siglo X, una tal Teodora —de familia romana acomodada y por supuesto muy influyente— y su hija Marozia, hicieron y deshicieron papas en la corte Vaticana. En un «culebrón» que no tuvo desperdicio, primero colaboraron para que subiera al pontificado Sergio III, un usurpador cuyo antecesor también había destronado a León V; a la muerte del primero, después de organizar el asesinato de Anastasio II (911-913), y tras un breve paréntesis, Teodora hace elegir a Juan X, que había sido amante suyo, aunque también terminará depuesto al igual que sus sucesores, León VI y Esteban VII, todos ellos asesinados cuando no por la madre, por la hija, cuyo vástago, habido con el papa Sergio III, sube al pontificado con el nombre de Juan XII, quien terminaría dando con sus huesos en la cárcel a instancias nada menos que

de su propia madre, quien seguiría el mismo camino por orden de otro hijo suyo: el conde Alberico de Tuscie.

Con estos antecedentes, no resulta extraño que en la corte papal del «siglo de hierro», como se llamó al que se consideraba el último de la Humanidad porque se esperaba el fin del mundo para el año mil, de acuerdo al Apocalipsis, no es extraño, creemos, que el misterio de la papisa Juana pululase para seguir, aún hoy, entre los que se hallan «sin resolver».

MATUSALÉN

Matusalén, del griego *Matusala*, derivado del hebreo *Metusalaj* («hombre de Selaj»), fue el más longevo de los patriarcas hebreos, que según el Génesis vivió 969 años: «Fueron todos los días de Matusalén novecientos sesenta y nueve años, y murió» (Gn 5, 25-27).

De la estirpe de Caín o de la de Set —el hijo que tuvieron Adán y Eva tras la muerte de Abel a manos del primero—, según las distintas genealogías bíblicas basadas en las dos tradiciones principales: *yahvista* (Dios se llama Yavé) y *elhoísta* (Dios es Elohín), que no coinciden, sus antepasados fueron también muy longevos. Nuestro primer padre, Adán o Adam, en cuyas cuatro letras se halla la inicial en griego de cada uno de los cuatro puntos cardinales —*anatole* (oriente), *dysis* (occidente), *arktós* (norte), *mesembria* (sur)— a los que fluían los cuatro ríos del Paraíso —Pisón, Guijón, Tigris y Éufrates—, llegó a cumplir 930; su hijo Set alcanzó los 912; el hijo de este, Enoc, padre de Matusalén, se quedó en los 365, aunque no murió, sino que fue conducido por Dios a su seno —«y desapareció, pues se lo llevó Dios», Gn 5, 24— al término de ese tiempo en la Tierra.

Su primer descendiente, Lamec, inició, aunque muy lento, el camino de descenso hacia la edad habitual de los seres humanos, pues llegó a cumplir «únicamente» 777 años. Sin embargo, el hijo de este, Noé, el patriarca que se salvó del Diluvio, volvió a alcanzar en su devenir cifras de vértigo: 950 años.

No obstante, estas referencias cronológicas no deben interpretarse con las medidas que nosotros tenemos del tiempo. A pesar de las exageraciones que pueden contener los relatos metafóricos, como la Biblia, los cálculos se

aproximan a lo real si convertimos los años citados en meses. Aunque también es cierto que el deseo de exaltación del pasado de la raza —según la tradición cultural del antiguo Oriente— pudo conducir a tales afirmaciones en los escritos bíblicos.

El Antiguo Testamento se basa en la versión de las Sagradas Escrituras en griego realizada en Alejandría durante el siglo III d. C. por judíos procedentes de la diáspora —la Biblia de los Setenta—, así como en la versión de los masoretas —doctores judíos, de *masora*: «tradición»—, llevada a cabo en hebreo en los siglos VII-IX. Ambos textos, no lo olvidemos, proceden de la tradición oral durante decenas de siglos. De ahí que, en la versión de la Torá o Ley judía samaritana del Génesis, la edad del patriarca se reduzca a 720 años.

En resumen, como dicen los religiosos que Dios no dictó la Biblia sino que influyó en sus autores para que desearan escribir y escribieran lo que Él quería que escribieran, ahí quedan esos datos para el misterio.

EL *GOLEM* JUDÍO

El término *golem* designa en hebreo moderno, coloquialmente hablando, algo parecido a un ser falto de sentido, manejable. Pero, tanto en el Talmud —libro que complementando la *Torá* recoge las discusiones rabínicas sobre leyes, costumbres o tradiciones de los judíos— como en la Biblia, concretamente en el versículo 16 del salmo 139 —único punto de todo el texto bíblico en el que figura—, se ha empleado para referirse a una sustancia o materia en proceso embrionario, incompleta e imperfecta, conociéndose asimismo con esa expresión un ser inanimado, una especie de muñeco formado a partir del barro.

En la Biblia *Vulgata* de san Jerónimo (siglo IV) la traducción al latín del principio del versículo 16 (*Imperfectum meum viderunt oculi tui*, es decir, «Mi imperfección vieron tus ojos») se acerca al significado del término *golem* en hebreo original, tal como además se especifica en una nota aclaratoria sobre dicho vocablo: «La materia de que fue formado antes que tuviese forma alguna de hombre». Es decir, lo aún imperfecto.

Así es como figura en la *Biblia del Oso*, conocida con ese nombre porque en su portada aparece el dibujo de ese animal intentando alcanzar un panal de miel, logotipo de Mattias Apiarius, el impresor bávaro que la estampó en Basilea, en 1569:

Tus ojos vieron mi cuerpo aún imperfecto,

y en tu libro todos mis miembros estaban escritos;

que fueron luego formados, sin faltar uno de ellos

Se trata de la primera versión íntegra de las Sagradas Escrituras en castellano, puesto que la Alfonsina es más bien una paráfrasis, no una traducción. Habiendo sido traducida por Casiodoro de Reina, fraile jerónimo convertido al protestantismo, fue revisada por Cipriano de Valera a lo largo de veinte años. La nueva versión se publicó en Amsterdam, en 1602, conociéndose a partir de entonces como *Reina-Valera* o *Biblia del Cántaro* porque en su portada aparece un hombre plantando un árbol y otro regándole con agua que surte de un cántaro, probable alusión a 1 Corintios 3:6: «Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios»; o bien que la semilla plantada por Reina fructifica con el agua de Valera.

En la Biblia de Jerusalén, católica, obra en francés publicada primero por fascículos y luego de forma conjunta en 1956, *golem* se tradujo por «embrión». Incluso en algunos diccionarios modernos de hebreo su significado es «feto», similar, pues, a la acepción original (lo «incompleto») así en el Talmud como en la Biblia.

Ese es el significado de dicho vocablo más utilizado en las diferentes versiones de las Sagradas Escrituras, tanto católicas como protestantes:

Tus ojos vieron mi embrión, y en tu libro

se escribieron todos los días que me fueron dados,

cuando no existía ni uno solo de ellos.

Biblia de las Américas, 1986
La Nueva Biblia de los Hispanos, 2008

Tus ojos vieron mi cuerpo aun imperfecto, y en tu libro todos mis miembros estaban escritos;

que fueron luego formados, sin faltar uno de ellos.

Biblia Jubileo 2000

Tus ojos vieron mi sustancia, aun siendo imperfecto;

y en tu libro estaban escritas, aquellas cosas

que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas.

King James Bible
(Biblia del Rey Jacobo, 1611)

Tus ojos vieron mi cuerpo aun imperfecto, y en tu libro todos mis miembros estaban escritos;

que fueron luego formados, sin faltar uno de ellos.

English Revised Version
(Versión inglesa revisada, 1881-1885)

Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro

estaban escritas todas aquellas cosas

que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas.

Reina-Valera, 1909

Mi embrión vieron tus ojos, siendo aún imperfecto;

y en tu libro estaban escritos todos mis miembros,

que fueron luego formados,

cuando aún no existía ni uno de ellos.

Reina-Valera-Gómez, 2004

No obstante, en algunas versiones modernas se ha eliminado sorprendentemente la alusión directa al *golem* traduciendo lo que ven (*ra'ah*, en hebreo bíblico) los ojos de Dios en sentido genérico por vocablos como «obras» o «días»:

Ya vieron tus ojos mis obras,

siendo escritas todas en tu libro.

Estaban mis días determinados cuando aún no existía ninguno de ellos.

Biblia Nácar-Colunga, 1993.

Tus ojos veían todos mis días,

todos ya estaban escritos en tu libro

y contados antes que existiera uno de ellos.

Biblia Latinoamericana, 1972

El primer *golem*, según la tradición legendaria, fue poco posterior a Adán, e incluso pudo ser este, el primer padre de la Humanidad, su autor, el creador de la figura inanimada. Esta solo necesita un soplo, una chispa divina, para cobrar vida, pudiendo invocarla del Altísimo todo creyente sincero. La diferencia con el ser humano estriba en la parte espiritual de la criatura, el alma, que solo los hombres, a imagen y semejanza de Dios, poseemos.

Un *golem* sería, pues, algo así como un autómata que recibe órdenes de su creador y las ejecuta lenta y sistemáticamente. Privado del habla, únicamente lleva a cabo lo que se le ordena por medio de un papel en el que figuran las instrucciones que su dador de vida le introduce entre los labios, después de haber escrito en su frente la palabra hebrea *Emet* («verdad»).

Según una leyenda, el rabino Judá Low (h. 1525-1609), líder de la comunidad judía del gueto de Praga, capital por entonces de Bohemia, gran erudito y estudioso de la astronomía y otras ciencias, se acercó un día a la orilla del río Moldava, tomó barro y fabricó una gran estatua de forma humana, un gigante de arcilla, al que introdujo por la boca una tira de papel con el nombre de Jehová escrito y, al instante, el gigantesco muñeco antropoide cobró vida, demostrando una fuerza extraordinaria proveniente de Dios, que guiaba sus actos porque estaba escrito entre sus labios.

Creado para defensa y protección de los judíos, hacinados en pésimas condiciones, perseguidos a menudo en aquellos barrios miserables, el *golem* terminó resultando imposible de controlar porque, siendo el día del *sabath*, la jornada de descanso semanal, al rabino se le fue al cielo el recuerdo de retirar de la boca del gigante el papel en el que figuraba el nombre de Jehová y el coloso de barro se tornó incontrolable, poseído de un espíritu destructor que arrasaba todo lo que hallaba a su paso, convirtiéndose, de esta manera, en una amenaza, lejos del auxilio de aquella comunidad sojuzgada para la que había sido creado.

No está claro cómo se logró detener al monstruo humanoide. Algunos dicen que huyó del lugar después de acabar con la vida de su creador, el

rabino Löw; o que se quitó la vida porque no podía vivir después de haber sido rechazado por una bonita joven.

Pero, especulaciones aparte, la leyenda afirma que, ante la imposibilidad de controlar al monstruo, Judá Löw decidió terminar con la que se había convertido en una pesadilla. En principio, borró de la frente de su gigantesco hijastro la primera letra que llevaba escrita, con lo que el vocablo hebreo *Emet* («verdad»), se transformó en *Met* («muerto») y, al instante, el *golem* cayó sin vida.

El montón de arcilla antropomorfa, inerte, fue llevado por quien había sido su artesano a la sinagoga de Staronová. Y allí debe aún de permanecer oculto, durmiendo el sueño de los tiempos, cobijado por el mismo techo que bajo una estrella de David guarda la silla de su padre o padrastro, el rabino Löw, en cuya tumba, sita en el cementerio próximo —el único que durante más de tres siglos acogió los cuerpos de los judíos fallecidos—, no faltan nunca las tiras de papel con los mensajes que la gente le lleva y, en ellos, apuntados, sus deseos, porque confían que aquel creador de vida quizá también, además de la esperanza que despierta en sus devotos, pueda crear lo que cada cual le pide por escrito.

MARÍA LA MAGDALENA

Originaria de la localidad de Magdala —de la que tomó el nombre—, situada en la costa occidental del lago Tiberíades, cercana a Cafarnaún, María la Magdalena fue un personaje controvertido, que aparece citado tanto en la tradición como en los evangelios apócrifos y en los canónicos, habiendo sido declarada santa por la Iglesia Católica, la Ortodoxa y la Comunión Anglicana.

La tradición la identifica con la mujer adúltera a la que Jesucristo salvó de ser lapidada, «El que de vosotros esté libre de pecado, arrójele la primera piedra» (Jn 8, 7); así como con la mujer que ungió con perfumes los pies del Nazareno y los enjugó con sus cabellos antes de su entrada en Jerusalén (Mt 26, 6-7, Mc 14, 3, Lc 7, 38, Jn 12, 3). O también con María de Betania, hermana de Lázaro, quien fue la protagonista del episodio anterior en el evangelio de san Juan, «Había un enfermo, Lázaro, de Betania, de la aldea

de María y su hermana. Era esta María la que ungió al Señor con ungüento y le enjugó los pies con sus cabellos, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo» (Jn 11, 1-2).

San Lucas y san Marcos la mencionan como una de las mujeres a las que Jesús había curado, «María, llamada Magdalena, de la cual habían salido siete demonios» (Lc 8, 2).

«Se apareció primero a María Magdalena, de quien había expulsado siete demonios» (Mc 16, 9).

San Juan la cita al pie de la cruz: «Estaban junto a la cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre, María la de Cleofás y María Magdalena» (Jn 19, 25).

Mateo y Marcos la mencionan entre las mujeres que, de lejos, contemplaban la escena de la Crucifixión, «Había allí, mirándole desde lejos, muchas mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea para servirle; entre ellas María Magdalena y María la madre de Santiago y José y la madre de los hijos de Zebedeo.» (Mt 27, 55-56).

«Había también unas mujeres que de lejos le miraban, entre las cuales estaba María Magdalena, y María la madre de Santiago el Menor y de José, y Salomé». (Mc 15, 40).

Aparece también junto al sepulcro del Nazareno,

«Estaban allí María Magdalena y la otra María sentadas frente al sepulcro» (Mt 27, 61).

«María Magdalena y María la de José miraban dónde se le ponía» (Mc 15, 47).

Fue la primera que vio a Jesucristo resucitado la mañana de Pascua y lo comunicó a los discípulos,

«Pasado el sábado, ya para amanecer el día primero de la semana, vino María Magdalena con la otra María a ver el sepulcro (…). Jesús les salió al encuentro diciéndoles, Salve» (Mt 28, 1; 9).

«Pasado el sábado, María Magdalena y María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a ungirle (…). Resucitado Jesús la mañana del primer día de la semana, se apareció primero a María Magdalena (…). Ella fue quien lo anunció a los que habían vivido con El». (Mc 16, 1; 9-10).

«Volviendo del sepulcro, comunicaron todo esto a los once y a todos los demás. Eran María la Magdalena, Juana y María de Santiago y las demás que estaban con ellas. Dijeron esto a los apóstoles». (Lc 24, 9-10).

«El día primero de la semana, María Magdalena vino muy de madrugada, cuando aún era de noche, al monumento y vio quitada la piedra. Corrió y vino a Simón Pedro y al otro discípulo a quien Jesús amaba y les dijo, Han tomado al Señor del monumento y no sabemos dónde lo han puesto (…). María Magdalena fue a anunciar a los discípulos, "He visto al Señor" y las cosas que le había dicho». (Jn 20, 1-2, 18).

Aparte de estas citas bíblicas, María la Magdalena se halla también presente en los evangelios apócrifos y en los gnósticos,

El Evangelio de Pedro la menciona como testigo de la Resurrección de Cristo: «A la mañana del domingo, María la de Magdala, discípula del Señor, atemorizada a causa de los judíos, pues estaban rabiosos de ira, no había hecho en el sepulcro del Señor lo que solían hacer las mujeres por sus muertos queridos, tomó a sus amigas consigo y vino al sepulcro en que había sido depositado.» (V. 50. Santos Otero, de, pp. 385-386).

En el *Pistis Sophia*, escrito en el siglo II, se dice que Jesucristo permaneció en la Tierra durante once años después de su Resurrección, al objeto de continuar con la enseñanza de su doctrina. San Pedro se queja del papel preponderante de la Magdalena, quien, al parecer, gozaría de una gran formación culta, «Maestro, no podemos soportar a María la de Magdala, porque nos quita de hablar, pregunta en todo momento y no nos deja predicar».

El Evangelio de Felipe (siglo II) habla de la Magdalena como la compañera de Jesús, «Tres caminaban continuamente con el Señor, su Madre María, la hermana de esta y su compañera Magdalena».

En el Evangelio de Tomás se menciona extraña y enigmáticamente a una tal Mariham, no sabemos si refiriéndose a la Magdalena.

En el Evangelio que lleva su nombre, del que solo se conservan dos fragmentos griegos del siglo III y otro copto más extenso del siglo V, Andrés y Pedro desconfían del testimonio de Magdalena mientras Leví (Mateo) habla en su favor.

Basándose, pues, en el protagonismo que tanto los evangelios canónicos como los apócrifos y los gnósticos, así como la tradición, conceden a la figura de María Magdalena, especialmente en el momento cumbre del cristianismo, la Resurrección de Cristo, se ha lanzado la teoría, de gran aceptación mediática, que sostiene que esta mujer pudo tratarse de la esposa de Jesús de Nazaret, debido a que siempre se halló en primer lugar durante la Pasión y gozó del privilegio de verlo resucitado antes que nadie. Ciertamente, sería rarísimo que un varón de su edad —alrededor de los 30 años— permaneciese soltero en el pueblo judío, lo primero porque iba contra el mandato bíblico: «Creced y multiplicaos» (Gn 1, 28).

Sin embargo, frente a las opiniones sensacionalistas, que solo buscan el impacto comercial, hay que decir que en la Palestina de entonces existieron maestros religiosos solteros, por ejemplo, entre los monjes esenios, a los cuales, según Benedicto XVI, es probable que perteneciera Jesús. También Juan el Bautista y más adelante Pablo de Tarso, entre los primeros cristianos, fueron célibes.

Respecto a la autoría del cuarto evangelio, atribuido a san Juan, también el sensacionalismo se ha aprovechado de frases como «el discípulo amado» o «el que lo ha visto» para atribuírselo a María Magdalena, apoyándose en la relación de especial cercanía que ella mantuvo con el Redentor. Pero solo son especulaciones sin fundamento mayor que la elucubración superficial.

Según la tradición ortodoxa, cuando murió Jesucristo, María Magdalena se retiró a Éfeso acompañada de la Virgen y san Juan. En el año 886, sus reliquias fueron trasladadas a Constantinopla. Existe una leyenda según la cual habría partido de Jerusalén en dirección a Marsella huyendo de las persecuciones contra los cristianos. Por ello, se cree que sus restos se encuentran en la iglesia gótica de Saint-Maximin-la-Sainte-Baume (siglo XIII), en Aix-en-Provence, al sur de Francia.

La Iglesia Católica ha representado a María Magdalena como penitente a causa de una leyenda —basada en una homilía del papa Gregorio Magno, muerto en 591— que afirma que, siendo prostituta arrepentida, pasó el resto de su vida en una cueva mortificando su carne, si bien suele darse, a veces, la confusión con María Egipcíaca, santa del siglo V que también había sido mujer pública.

No obstante, en 1969, el papa Pablo VI retiró del calendario litúrgico el apelativo de «penitente» para la santa, al tiempo que se suprimía en el evangelio del día de su festividad el pasaje de san Lucas, en el que se la menciona como mujer pecadora, dejando así de ser considerada como antigua ramera arrepentida.

El papa Francisco anunció, en junio de 2016, que la memoria de la santa tendría la misma dignidad que la de los apóstoles, al contar con una fiesta y una liturgia propia, todo ello dentro del propósito de ensalzar la dignidad de la mujer.

LOS REYES MAGOS, ASTRÓLOGOS EN RUTA

Los Reyes Magos aparecen en tres episodios del ciclo de la Natividad de Jesucristo, según narra el Evangelio de san Mateo: la entrevista con Herodes, la Adoración al Niño o Epifanía y el Sueño de los Magos:

> Nacido, pues, Jesús en Belén de Judá en los días del rey Herodes, llegaron del Oriente a Jerusalén unos magos diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella al Oriente y venimos a adorarle. (Mt 2, 1-2)
>
> Entonces Herodes, llamando en secreto a los magos, les interrogó cuidadosamente sobre el tiempo de la aparición de la estrella; y, enviándoles a Belén, les dijo: Id e informaros exactamente sobre ese niño, y, cuando le halléis, comunicádmelo, para que vaya también yo a adorarle. (Mt 2, 7-8)
>
> … y, llegando a la casa, vieron al niño con María, su madre, y de hinojos le adoraron, y, abriendo sus cofres, le ofrecieron como dones oro, incienso y mirra. Advertidos en sueños de no volver a Herodes, se tornaron a su tierra por otro camino. (Mt 2, 11-12)

San Mateo no dice ni cuántos eran ni los nombres de cada uno; ni siquiera que se tratara de reyes. Es a partir del siglo III cuando se empieza a darles ese título. En el siglo IV, Orígenes y Tertuliano comienzan a hablar de magos, término procedente del latín *magi* que, a su vez, deriva del griego *magós*, y este del persa *magu-u-sha*, proveniente del elamita *maku-ishti*, una lengua muerta de los siglos IV-VI a. C.

Al parecer, con tal término se nombraba a una casta sacerdotal que ejercía las artes adivinatorias a través de la observación de los astros. Se trataría, pues, de astrólogos que vienen a adorar al Niño porque han visto su estrella.

Según creencia medieval, Cristo había nacido en marzo, coincidiendo con la conjunción de Júpiter y Saturno sobre el signo de Piscis —tal como ya anunció el astrónomo Kepler en 1606—, fenómeno que pudo haber estado en el origen de la aparición de la famosa estrella de Belén. Por eso, aquellos hombres tuvieron ese nacimiento por especial y fueron en busca del Niño. Como dejaron tres regalos: «oro, incienso y mirra »(Mt 2, 11) —oro por ser rey: 1 Re 10,2; incienso por ser Dios: Lev 2, 1-2; y mirra por ser hombre: Lc 23, 56—, se supuso que también ellos eran tres; y, como los salmos dicen que los reyes de la tierra se postrarán ante el Mesías, también se supuso que además de magos eran reyes:

> Los reyes de Tarsis y de las islas le ofrecerán sus dones, y los soberanos de Seba y de Saba le pagarán tributo. (Sal 72, 10).
>
> Se postrarán ante Él todos los reyes y le servirán todas las naciones. (Sal 72, 11).

El relato que conocemos de los Reyes Magos procede de la tradición y de los evangelios apócrifos, que trataron ampliamente el tema, en concreto, el Pseudo Mateo (XVI, 1,2), el Protoevangelio de Santiago (XXI, 1-3), el *Liber Infantia Salvatoris* (89-96), el Evangelio Árabe de la Infancia y el Evangelio Armenio de la Infancia (X, 10-32); este incluso les puso nombre y citó su parentesco: «… eran tres hermanos: Melkon, que reinaba sobre los persas; Baltasar, que reinaba sobre los indios, y Gaspar, que tenía en posesión el país de los árabes».

En el Pseudo Mateo (16,1) se dice que la Adoración de los Magos tuvo lugar transcurridos dos años desde el nacimiento del Niño, lo cual explica por qué en la mayoría de las representaciones Jesús aparece ya crecidito, sonriente y sentado sobre las rodillas de su Madre en lugar de envuelto en pañales y adormilado como un recién nacido.

En el arte Románico (por ejemplo, los frescos de Santa María de Taüll, Lérida) se les suele representar personificando las tres edades de la vida (Melchor la vejez, Gaspar la madurez y Baltasar la juventud) y los tres de raza blanca. También era muy común que mientras los otros esperan su turno, el de mayor edad apareciese realizando la *poskinesis* o genuflexión extrema, un acto que muestra la sumisión y adoración del poder terrenal (nobleza, reyes) al espiritual. Esta iconografía pervive hasta el siglo XVI, cuando el conocimiento de nuevos lugares geográficos introduce otras razas

entre los magos, como la negra, porque Cristo nació para salvar a todos los hombres.

El descubrimiento del Nuevo Mundo, el cuarto continente, supuso un conflicto en el cristianismo en cuanto al número de los magos, porque si Jesús fue adorado por soberanos que representaban a todas las partes del Globo y hasta entonces se habían representado únicamente tres, puesto que solo se conocían tres continentes (Europa, Asia y África), con el descubrimiento de América se planteó el problema de si no serían cuatro los magos. Pero terminó predominando la tradición de representar un trío.

La primera vez que aparecen transcritos sus nombres, tal y como nosotros los conocemos, es en un mosaico de la iglesia de San Apolinar Nuevo de Rávena (Italia), sobre las cabezas de los tres personajes, por este orden de atrás hacia adelante: *Balthassar, Melchior, Gaspar*. Los tres van en hilera portando sus presentes, tocados todos con el gorro frigio, barbados el primero y el último e imberbe el del centro. Y, al contrario de lo que hoy creemos, ninguno de ellos es de color. La única diferencia, en este sentido, se halla en las barbas y el cabello, que son blancos en el primer personaje. Fue en el pontificado de san León I el Magno, en el siglo V, cuando se estableció en el cristianismo occidental de manera oficial sus nombres. En la tradición griega se les conoce como Appellicon, Amerín y Damascón. Para los hebreos, se trata de Magalath, Galgalath y Serakín.

Jacopo della Voragine, en su archifamosa «Leyenda Dorada», explica el significado del término «mago» y aporta los motivos que les llevaron a emprender su viaje. Indica detalles como que llegan a Jerusalén en veloces dromedarios preguntando por el Rey de los Judíos. Posteriormente, sigue el relato del evangelio de san Mateo y finaliza señalando que su muerte se produjo en Milán, donde en principio se les dio sepultura, siendo luego sus féretros trasladados a Constantinopla y, en 1164, definitivamente a Colonia, en cuya Catedral, en el llamado Relicario de los Tres Magos, reposan en la actualidad, por lo que constituyen desde entonces un famoso lugar de peregrinación para el cristianismo. Fue Federico I Barbarroja, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, quien hizo entrega de los restos al arzobispo de Colonia, Reinaldo de Dassel.

EL REY MEROVEO

Meroveo fue el instaurador de la primera dinastía de reyes francos salios (una rama del pueblo germano procedente del valle del Rin), que en su honor se conoce como merovingia. Reinó entre los años 448 y 457 y fue el tercer monarca que ocupó el trono.

Se da prácticamente por cierto que estuvo de parte de la coalición de romanos y visigodos, dirigida por Aecio, que derrotó a los hunos de Atila en la batalla de los Campos Cataláunicos o Campos Mauriacos, que tuvo lugar en el año 451. Se discute, sin embargo, si su predecesor, Clodión I «el Cabelludo», fue padre o padrastro suyo, a cuyo otro hijo, del mismo nombre, tuvo que vencer para ceñir la corona.

Una leyenda dice que Meroveo nació de la unión de Basina, la esposa del tal Clodión, y un monstruo marino llamado Quinotauro («toro con cinco cuernos»: tres provenientes del tridente de Neptuno y dos del Minotauro cretense), que la poseyó mientras se bañaba cuando estaba embarazada, engendrando así un hijo —Meroveo— con dos padres, uno humano y otro mitológico. Tal vez por ello, fue creencia que los reyes de Francia deberían venir siempre de la mar.

Considerados reyes por nacimiento, los merovingios, desde la edad de doce años, recibían el título de Rey sin necesidad de ceremonia de coronación. Debido a que se trataban de monarcas-sacerdotes, no ejercían el poder, depositándolo en manos de los llamados Mayordomos de Palacio, lo que les valió el apelativo de «reyes vagos».

Otra particularidad era que dejaban crecer largamente sus cabellos, ya que creían que la fuerza y el poder, como le ocurría a Sansón, residía en el pelo. Por eso, andando el tiempo, cuando el último rey de la dinastía, Childerico III (714-754/5) fue depuesto y encerrado en un monasterio, lo primero que se hizo fue cortarle los cabellos. También corrieron la voz de que todos los reyes merovingios llevaban una mancha en la piel a la altura del corazón para distinguirse de los demás mortales.

Así mismo, practicaban la poligamia, por lo que mantenían numerosos harenes, prerrogativa que siguieron conservando tras su conversión al cristianismo.

Sus símbolos totémicos y sagrados fueron el oso y las abejas, las cuales, orgulloso, llevaba cosidas al manto Napoleón Bonaparte el día de su coronación ante el papa Pío VII en la Catedral de Nôtre Dame de París (año 1804), acondicionada aprisa porque había sido destartalada por los revolucionarios.

Se desconoce el nombre de la esposa de Meroveo, que fue la madre de su hijo y sucesor, Childerico I.

FULCANELLI Y «EL MISTERIO DE LAS CATEDRALES»

Cuando Europa había olvidado, o parecía estar olvidando, las tragedias sucesivas de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) —que por su horror, hasta entonces desconocido, recibió el apelativo de Gran Guerra—, así como la terrible epidemia que pasó a la Historia como la «gripe española» —traída por los soldados americanos que vinieron a combatir a Europa, portadores de contagios chinos, pero como la prensa de España, que no estaba en guerra, era la única que hablaba de ella, se le dio tal nombre—, que de manera subsiguiente se cebó sobre el Viejo Continente mientras se preparaba el desencadenamiento de otra catástrofe de proporciones aún incalculables, como sería la segunda conflagración mundial, precedida del *crack* de la bolsa neoyorkina en 1929 —una de las causas que estuvo en su origen—, y cuando en la parte oriental del territorio continental el gigante ruso había asentado la revolución comunista, en medio de una sociedad cambiante —que hacía gala de costumbres liberales, como la incorporación de la mujer al mundo laboral—, dada a la diversión y al *carpe diem*, así como abierta a todo tipo de tendencias y pensamientos —no olvidemos fenómenos rupturistas, unos de corte radical como el movimiento Dadá, otros basados en las novedosas teorías del psicoanálisis freudiano como el Surrealismo, centrado en el mundo de los sueños—, en aquella Europa, que vivía los que se llamarían «locos años veinte», donde las más descabelladas teorías prendían muchas veces como el fuego especialmente entre los círculos del esoterismo pseudocientífico, un autor desconocido que firmaba con el seudónimo de *Fulcanelli* vino a desconcertar los ambientes culturales con una publicación que vio la luz en 1926 y que ya en su título anunciaba

un enigma a descifrar: «El misterio de las Catedrales». Eran solo trescientos ejemplares, lujosamente editados y encuadernados, y contenían más de treinta ilustraciones —36, en concreto— así como un prólogo o prefacio. Aquellas —además de la alucinante portada: un cuervo posado sobre una calavera frente a utensilios de laboratorio y una esfinge presidiendo— llevaban la firma de su autor, un pintor maduro que practicaba el ocultismo, de nombre Jean Champagne, y el texto introductorio era original de un joven veinteañero llamado Eugène Canseliet. Pero la identidad del autor de la obra era un enigma.

Como su título indica, el libro versa sobre los templos característicos del arte Gótico —en especial las grandes Catedrales del país galo, donde nació el estilo, sobre todo, Chartres y París—, presentándolos como obra del esoterismo ocultista de acuerdo a los esquemas secretos instituidos por los maestros alquimistas.

En principio, afirma que su planta, en forma de cruz latina, obedece no solo a la simbología cristiana —la cruz donde murió el Redentor, siendo su cabeza el ábside, sus brazos el transepto o nave transversal del templo, su cuerpo la nave mayor y sus pies la entrada al edificio—, sino que se halla en relación con el crisol alquímico u hornillo de atanor, relacionado con el cuerpo humano porque en el interior de dicho aparato se producen transformaciones como las que experimenta el espíritu del hombre cuando penetra en una Catedral:

> … la cruz es el jeroglífico alquímico del crisol (*creuset*), al que se llamaba antiguamente [en francés] *cruzoz, crucible y croiset*… Efectivamente, es en el crisol donde la materia prima, como el propio Cristo, sufre su Pasión; es en el crisol donde muere para resucitar después, purificada, espiritualizada, transformada.

El sábado, el día de Saturno, según una tradición recogida por *Fulcanelli*, los maestros alquimistas medievales se reunían en cofradías ante las Catedrales con la finalidad de continuar manteniendo celosos el secreto de su construcción, basada en los símbolos de un código alquímico que solo los iniciados sabían descifrar.

Según las interpretaciones del misterioso autor que nos ocupa, en los templos insignia del arte medieval, el esoterismo campa por doquier. Los siete medallones de la imagen de la Virgen María en la fachada de la

Catedral parisina de Nôtre Dame simbolizan los astros relacionados con los siete metales fundamentales en el proceso alquímico, cuyo norte consiste en obtener oro a través de la mezcla de los mismos, asociándose cada uno a un día de la semana: el Sol (oro): domingo; la Luna (plata): lunes; Marte (hierro): martes; Mercurio (mercurio): miércoles; Júpiter (estaño): jueves; Venus (cobre): viernes; y Saturno (plomo): sábado. Las claves de la transmutación de dichos metales en oro, solo lo iniciados sabían interpretarlas. Con ello, el desconcierto entre el público creció como la espuma.

Así mismo, para los alquimistas, existe una simbología de los colores aplicada a innumerables campos del conocimiento: el rojo es el color del Sol y del fuego que arrasa y purifica; el azul es el color de Venus, el planeta vespertino; el verde es el símbolo de la Naturaleza, la vegetación y el agua; el blanco es el color de la pureza y representa a la Luna, mientras que el negro simboliza a la muerte a través del dios Cronos (Saturno), que tiene su palacio en el Hades, donde moran los personajes mitológicos vencidos, como los Titanes.

Ajenos al rigor histórico científico, pues los alquimistas «comienzan por suponer en lugar de probar» —como se quejaba Lavoissier, joven abogado francés del siglo XVIII, a quien se considera el «padre de la Química»—, las interpretaciones esotéricas hacen derivar el término gótico del francés *argotique* (formado por *art* y *gotique*, de donde procedería la expresión «arte gótico»), adjetivo derivado de la voz *argot*, que indica un lenguaje específico de los albañiles —la lengua argótica o «lengua de los pájaros», que era como se nombraba la sabiduría iniciática—, aludiendo a una terminología secreta que solo un grupo de iniciados, los «argoteros», conocían. Ellos mismos se consideraban descendientes herméticos —seguidores del mítico filósofo Hermes Trismegisto— de los argonautas, aquellos viajeros helenos que, a bordo del Argos, atendiendo la llamada de Jasón, partieron hacia la región de la Cólquida (Asia Menor) en busca del Vellocino de Oro.

Pero al desconcertante *Fulcanelli* aún le quedaba plomo en la recámara y, tres años después de la publicación de «El misterio de las Catedrales», esto es, en 1929, dio a luz otro libro esotérico: «Las moradas filosofales»,

que trataba no ya de los edificios religiosos góticos sino de los civiles y militares, como castillos y casonas nobiliarias —con las obras de arte que contienen—, característicos de la Baja Edad Media, analizándoles bajo el mismo rasero.

Pero ¿quién era, dónde estaba *Fulcanelli*? Todo París le buscaba. Se pensó que tal vez el prologuista o el dibujante podían ser el sabio oculto. Pero ninguno de ambos contaba con la identidad cultural suficiente para haber escrito un texto tan complejo. El primero era aún muy joven para dominar tantos conocimientos así como la experiencia en el manejo de los mismos que demostraba el autor. Y, respecto al segundo, aunque ducho en las artes mundanas, lo suyo era la bohemia y la vida fácil; imposible imaginarle encerrado en el esfuerzo de aprender tantos contenidos como *Fulcanelli* volcaba en su misteriosa e intelectual obra. Se pensó en otros autores cercanos a los círculos ocultistas, entre ellos, un tal Rosny el Viejo, que ya había escrito obras de corte esotérico como «La guerra del fuego», en las que demostraba conocimientos de raíz científica y filosófica; pero pronto se deshechó este sujeto porque no terminaba de enlazar su estilo de vida con el del sabio que les traía de cabeza. Tampoco cuajaron las identidades del Doctor Jaubert y otros aficionados al ocultismo como Castelot, Fauguerons, Dujols… Así que dieron la batalla por perdida, concluyendo que debía tratarse de una persona extraña que llevaba una vida secreta e independiente. Los únicos que le conocían, Canseliet y Champagne, sostenían lacónicamente que se trataba de un aristócrata de mediana edad, con cuya fortuna había estado a las puertas de descubrir la piedra filosofal, y tampoco querían desvelar la identidad del ya morboso personaje. Ni siquiera por dinero, añadiendo, pues, más leña al fuego.

Así, pasó el tiempo y, mucho después, en 1963, apareció otro libro titulado «El amanecer de los magos», obra de Louis Pauwells, en el que se relataba la conversación mantenida en 1937 entre otro personaje individualista y extraño, el científico Jacques Bergier, y un enigmático sabio que advertía sobre los peligros de la energía nuclear (nada raro, ya lo había anunciado nada menos que Albert Einstein): «los explosivos atómicos pueden fabricarse con solo unos gramos de metal y, sin embargo, arrasar ciudades enteras»; sorprendentemente, ocho años antes de las primeras

deflagraciones atómicas en Hiroshima y Nagasaki; aunque hay que tener en cuenta que el libro está escrito y publicado «a toro pasado».

Lo enigmático vuelve a ser que, en aquellos años anteriores al inicio de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), en los que está cifrada la misteriosa entrevista con el desconocido interlocutor de Bergier —quien no termina de mencionar el nombre de *Fulcanelli*, pero más o menos lo da a entender—, las investigaciones nucleares no habían logrado progresar, mientras el citado personaje ya mantenía (repetimos: «a toro pasado») que «los ordenamientos geométricos de metales puros pueden desencadenar fuerzas atómicas sin necesidad de emplear la electricidad o la fuerza del vacío».

¿Podría tratarse este enigmático alquimista del desconocido *Fulcanelli*? El misterio es de aquellos que continúan «sin resolver».

EL AUTOR DEL ILEGIBLE *MANUSCRITO VOYNICH*

Con este nombre se conoce un documento realizado sobre vitela, es decir, pergamino de la piel de un feto de animal nonato —en este caso, ternera—, que consta de 236 páginas de 16 centímetros de ancho y 24 de alto aproximadamente, escritas con pluma de ave e ilustradas con tintas de colores, numeradas a su término, con vacíos que indican un posible extravío de algunas. Los dibujos se llevaron a cabo antes que el texto, como se deduce por varios caracteres que pisan sobre ellos. No se observan enmiendas ni raspaduras y puede afirmarse que su ejecución se realizó de manera continua, es decir, de un modo seguido (no letra a letra) y de una sola vez, lo cual supondría un trabajo sumamente ímprobo.

No se conoce ni el autor ni el contenido, ya que ni siquiera se ha podido identificar el alfabeto en el que se escribió. El nombre que se le ha asignado se debe al químico y coleccionista lituano de libros antiguos, Wilfrid M. Voynich (1865-1930), que lo adquirió en el Colegio Jesuita de Mondragone, cerca de Roma, en 1912.

Su primer propietario fue el emperador Rodolfo II de Bohemia (1552-1612), gran aficionado a los libros y objetos raros, quien encargó descifrarlo al alquimista Jacobus Horcicky de Trepenecz, del cual pasó a su colega

Georgius Barschius y, a la muerte de este, en 1665, a quien había sido su amigo, el Rector de la Universidad Carolina de Praga, Johannes Marcus Marc, quien se lo envió a un erudito jesuita llamado Athanasius Kircher en 1666 con una carta en latín —descubierta no hace mucho— a fin de que lo tradujera, lo que tampoco consiguió, para terminar, al cabo de dos siglos, en la biblioteca de la actual Universidad Pontificia Gregoriana de Roma, hasta que aprovechando las dificultades económicas de la misma, lo compró Voynich, cuya viuda, Ethel Boole, lo vendió en 1961 al anticuario norteamericano Hans Peter Kraus por 24 500 dólares; este, no pudiendo revenderlo para hacer el negocio que esperaba, acabó donándolo en 1969 a la Universidad de Yale (USA), donde se halla catalogado como el «Item MS 408» en la Biblioteca Beinecke de Libros Raros y Manuscritos, perteneciente a dicha institución, sita en la pequeña localidad de New Haven (Connecticut).

A finales de agosto de 2016, la entidad universitaria acordó con una editorial española la cesión de derechos para la «creación» o clonación de 898 ejemplares facsímil de la obra, imitando las huellas del paso del tiempo, que con 240 páginas saldrán a la venta en 2018, previsiblemente, al precio aproximado de 8000 $ unidad, lo que da idea del valor crematístico en el que se conceptúa el documento en esta nuestra sociedad de consumo.

En cuanto a su datación cronológica, a través del carbono 14, con una fiabilidad del 95 %, se ha logrado averiguar mediante investigaciones iniciadas en 2009 y concluidas en 2011 a cargo del Departamento de Física de la Universidad de Arizona, dirigido por el profesor Greg Hodgins, que el pergamino en el cual está escrito el enigmático documento fue fabricado entre 1404 y 1438. Así mismo, el Mc Crone Research Institute de Chicago ha demostrado que la tinta fue aplicada también en esas fechas, por lo que estamos hablando de una obra del siglo XV, probablemente escrita en la región Norte de Italia, si nos basamos en las murallas con almenas bifurcadas o en forma de «cola de golondrina» —llamadas también gibelinas para diferenciarlas de las cuadradas, propias de los castillos de los güelfos, con quienes estuvieron en guerra los anteriores a partir del siglo XII —, características de ese lugar, que aparecen en una ilustración. De igual manera, a través de los atuendos y peinados de los personajes dibujados,

sabemos que corresponden a europeos de la época citada, si bien, alimentando la confusión, para el botánico Arthur Tucker de la Universidad de Delaware (USA), a través de estudios efectuados en 2014, podríamos estar ante una obra mesoamericana a tenor de las plantas que aparecen en las ilustraciones, similares a las que se observan en códices mexicanos del siglo XVI.

Precisamente, a través de los dibujos, que contienen prácticamente todas las páginas —a veces, más de uno—, excepto en el último «capítulo» por así llamarlo, se han podido establecer los seis apartados o secciones de los que consta la obra:

- «Herbario»: cada página muestra una planta enorme (a veces, dos), que combina las hojas, flores y raíces de especies diferentes con tamaños desproporcionados, por lo que no corresponden a ninguna de las conocidas; únicamente se han querido apreciar algunas similitudes con el pensamiento silvestre y el helecho culantrillo. Van acompañadas de algunos párrafos de texto, formato clásico de los herbarios europeos de la época. Algunas partes de estas ilustraciones son copias a mayor escala y con más detalle de bocetos de la sección «farmacéutica».
- «Astronomía»: contiene diagramas circulares, algunos con soles, lunas y estrellas. En doce de ellos se ven los símbolos convencionales que se utilizan para representar las constelaciones del Zodíaco: dos peces, Piscis; un toro, Tauro; un arquero, Sagitario, etc., rodeados de imágenes de mujeres, muchas de ellas desnudas y sosteniendo una estrella. Las dos últimas páginas de esta sección (Acuario y Capricornio) se extraviaron, Aries y Tauro están separados en cuatro diagramas y otros se hallan en páginas desplegables. Se ve un motivo circular con ocho brazos curvados y estrellas amarillas y azules en su interior, que parece el dibujo de una galaxia, lo cual resulta imposible para su época porque no existían los potentes telescopios necesarios para observarla desde nuestro planeta —algunos se han acordado de los extraterrestres para adjudicarles la autoría de la obra—, aunque también podrían asemejarse a células vistas al microscopio, lo cual es tan imposible para aquel tiempo como lo anterior.

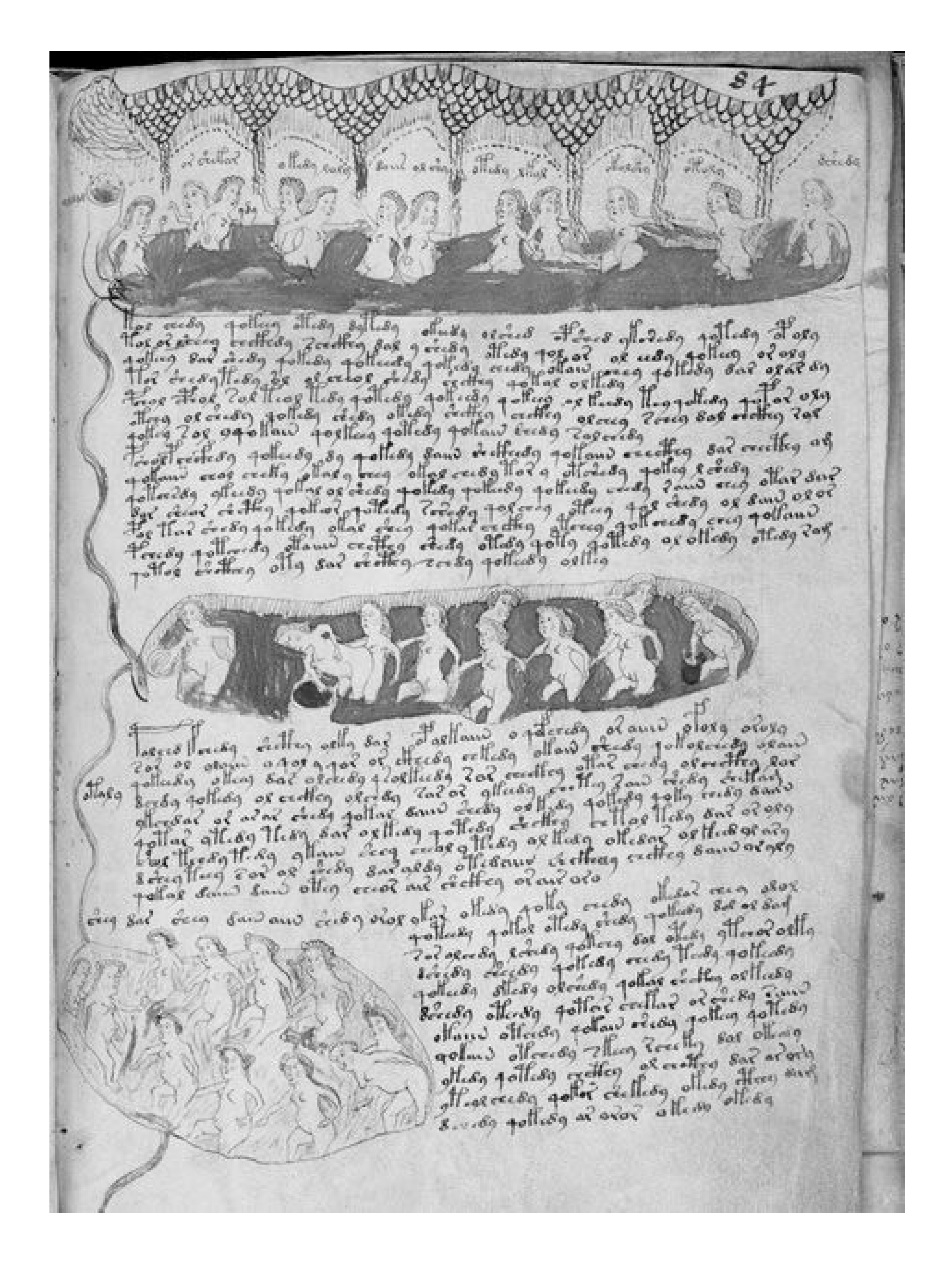
- «Biología»: aparece un texto seguido con figuras de pequeñas mujeres desnudas, algunas con corona y la mayoría con el vientre abultado —¿embarazo?, ¿alusión a la fecundidad?—, tomando baños en balnearios o bañeras de aguas verdosas, algunas en forma de órganos humanos, interconectadas por una red de tuberías.
- «Cosmología»: contiene páginas sencillas y desplegables en las que aparecen mapas o diagramas circulares, uno de los cuales llega a ocupar hasta seis páginas, donde se representan lugares como si se tratasen de islas comunicadas por caminos, en las que hay castillos y posiblemente un volcán.
- «Farmacia»: varios dibujos de partes de plantas aisladas (raíces, hojas, etc.) con leyendas; objetos similares a tarros de botica (albarelos) en los márgenes y algunos párrafos de texto. Podría tratarse de una farmacopea medieval secreta describiendo procesos alquimistas.
- «Recetas»: muchos párrafos cortos, cada uno marcado en el margen izquierdo con una «viñeta» en forma de flor o de estrella, que pudieran ser distintos pasos o instrucciones para elaborar algún producto.

A pesar de esta clasificación del contenido del Voynich, que como hemos dicho se basa únicamente en las ilustraciones, tanto el significado del texto como el alfabeto en el que se redactó continúan siendo un misterio. Está escrito de izquierda a derecha, con un margen derecho desigual. No se observan signos de puntuación y los dibujos se sitúan siempre en el lado izquierdo. Existen en total más de 170 000 glifos escritos con uno o dos trazos simples —agrupados en alrededor de 38 000 expresiones (se ha dado la cifra exacta de 37 919), de ellas 8114 diferentes —, mediante un alfabeto que consta regularmente de unos 25 signos, aparte de algunos otros diferentes que aparecen muy pocas veces.

A pesar del desconocimiento de su significado, se observa que en el texto la frecuencia de palabras sigue la Ley de Zipf (formulada en 1940 por este lingüista de la Universidad de Harvard), aplicable a todas las lenguas: la palabra más habitual en una gran cantidad de texto aparece el doble de veces que la segunda, el triple que la tercera, el cuádruple que la cuarta, etc. No guarda similitudes con idiomas europeos, antes al contrario, presenta

algunas características de otras lenguas como el árabe, donde la misma letra se representa de diferentes formas dependiendo de su posición en el vocablo, y se escribe de manera distinta según se encuentre al inicio, en el centro o al final del término.

Se han propuesto diversos autores, e incluso que no se trata más que de una estafa monumental, como afirmaba en 2004 Gordon Rugg, de la Universidad Keele (Reino Unido), confeccionada con una tabla formada por prefijos, raíces y sufijos combinados por medio de una plantilla de papel perforado (rejilla de Cardano, sistema criptográfico ideado en 1540 por este erudito italiano), con el fin de timar a su primer propietario, Rodolfo II, quien pagó una fortuna, 600 ducados de oro, creyendo que era obra del alquimista y monje franciscano Roger Bacon (1214-1294).



Cabría dentro de lo posible, no obstante, que fuera este el autor, si tenemos en cuenta que los alquimistas eran considerados herejes por la Iglesia y se veían obligados a cifrar los textos para no caer en las llamas de la Inquisición. En esta línea coinciden los científicos estadounidenses Greg Hodgins, de la Universidad de Arizona, y Terence McKenna, para quien los autores serían John Dee (1527-1608), matemático, astrólogo y alquimista inglés al servicio de Isabel I, y su ayudante, el extravagante adivino Edward Kelley (1555-1597), quien invocaba a los ángeles con una bola de cristal.

Se ha hablado también de otros posibles autores: Jakub Horcicky de Tepenec, conocido como Jacobus Sinapius, especialista en hierbas medicinales, médico personal de Rodolfo II y encargado de sus jardines botánicos, cuyo nombre el coleccionista Voynich encontró oculto en la primera página del libro, aunque la caligrafía del manuscrito no coincide con la de su firma, por lo que solo es probable que el libro estuviera en sus manos. El jesuita Johannes Marcus Marci, su amigo el criptógrafo Raphael Missowsky o Anthony Ascham, un inglés del siglo XVI que había publicado *A Little Herbal* («Un pequeño herbario»), en 1550, aunque no se sabe que dispusiera de los necesarios conocimientos criptográficos para elaborar el texto que nos ocupa.

Así mismo, se ha traído a colación al arquitecto italiano de mediados del siglo XV Antonio Averlino, más conocido por «Filarete», en base a alguna ilustración de las que figuran en el manuscrito en cuestión, en la que se muestra el sistema de conducciones de agua empleado por él mismo en la construcción del Hospital Mayor de Milán, así como otra que representa una ciudad de plano circular, similar al castillo de los Sforza que también llevó a cabo el citado arquitecto por estas fechas. Coincide también su afición al sistema de códigos, como se observa en los anagramas que suele incluir en sus textos.

También se ha llegado a especular con el propio Wilfrid Voynich como posible autor del misterioso manuscrito que lleva su nombre, pero el descubrimiento de la citada carta remitiéndoselo a Kircher deshace esta ya rara posibilidad.

En cuanto al idioma empleado en el Manuscrito Voynich, abundan asimismo las distintas hipótesis.

A principios de los años 50 del pasado siglo, un equipo de criptógrafos de la NSA (Agencia de Seguridad Nacional) de Estados Unidos, dirigido por William F. Friedman, que había logrado descifrar durante la Segunda Guerra Mundial el *Código Púrpura* de la Marina Imperial Japonesa, intentó encontrar el tipo de cifrado que se había utilizado para camuflar el contenido del texto: símbolos vacíos, reordenación de letras, rupturas falsas de palabras, eliminación de vocales, etc., en la línea, por ejemplo, de los cifrados polialfabéticos (diferentes alfabetos para cada letra) inventados por

León Battista Alberti hacia 1460, o del cifrado de sustitución, conocido como Vigenère por haber sido atribuido erróneamente en el siglo XIX a este autor francés del XVI, cuando había sido descrito por Giovanni Battista Belasso en 1553. No obstante, los cifrados polialfabéticos están en contra de la Ley de Zipf que se observa en el Voynich, aparte de que no solo su invención, sino su divulgación en el siglo XVI, es ya posterior a la fecha del manuscrito.

Para el también estadounidense John Tiltman, que publicó un libro sobre el tema en 1967 e incluso había propuesto la traducción de alguna página ya en 1951, podría tratarse de una lengua artificial o sintética de carácter filosófico, donde los significados se deducen por la secuencia de las letras que componen las expresiones o términos, en la línea de la Clasificación Decimal Universal que se usa en las bibliotecas. Así se explicaría el carácter repetitivo que parece observarse en el Voynich, pero hay que tener en cuenta que tales lenguas filosóficas se dan a partir del siglo XVII, dos centurias más tarde que cuando tuvo lugar la elaboración del misterioso texto.

Corría el año 1987 cuando el Dr. Leo Levitov afirmó que el texto del Voynich consiste en una transcripción de una lengua políglota oral, preparada para ser leída y transmitida de boca en boca, pudiéndose descifrar parcialmente a través de una mezcla del flamenco, francés y alemán antiguos. Según él, consiste en un manual litúrgico para un ritual cátaro de eutanasia o suicidio, llamado *endura*. Propuso, asimismo, diversas explicaciones para los enigmáticos dibujos que contiene el manuscrito: las extrañas plantas no pertenecen a ninguna especie botánica, sino que son símbolos secretos de la fe; las mujeres en las bañeras y la red de tuberías representan el suicidio ritual, que incluiría la venesección (cortarse las venas) para que la sangre fluyera en agua caliente. Respecto a las constelaciones, representan las estrellas del manto de Isis.

No obstante, tan completas explicaciones de Levitov chocan con la cronología, puesto que la herejía cátara o albigense es tres siglos anterior al manuscrito, aparte de que no tiene nada que ver con el culto a la diosa Isis, ya que se trata solamente de una desviación herética en el cristianismo.

Otra hipótesis sostiene que los signos del Voynich serían solamente claves para consultar en un libro de códigos, una especie de diccionario, pero este método resultaría demasiado complicado para un texto tan largo.

Según el lingüista francés Jaques Guy, quien elaboró en 1991 un alfabeto al que se denominó *Frogguy*, el Manuscrito Voynich podría estar redactado en una lengua natural exótica, aunque escrito con un abecedario inventado. La estructura de vocablos es similar a la de las lenguas monosilábicas compuestas de palabras invariables, que existen en Asia Central y Oriental: china, tibetana, birmana, annamita o vietnamita, siamés, lao. Por su dificultad para los occidentales, a la hora de transcribirlas a veces se emplearon letras inventadas. Coincide también la existencia de expresiones dobladas y triplicadas que aparecen en algunos de los idiomas citados con una frecuencia similar a la del manuscrito, así como la ausencia de cifras o números. De todos modos, la entrada en contacto con estas lenguas se trató de un hecho posterior a la fecha del Voynich, salvo que este fuese obra de un oriental educado en Occidente, hasta la fecha, también ignoto.

En esta línea, el lingüista polaco Zbigniew Banasik, a fines de 2003, propuso que el manuscrito fue redactado en idioma manchú y dio una traducción incompleta de la primera página del mismo.

Para James Finn (2004) el manuscrito se escribió en hebreo codificado visualmente. A través del EVA (*European Voynich Alphabet*), alfabeto artificial creado en 1998 por René Zandbergen y Gabriel Landini para el análisis del lenguaje *voynichiano* o *voynichés* —como se ha terminado denominando el texto del hasta la fecha ilegible manuscrito—, se pueden leer varias palabras en hebreo, que se repiten con diversas deformaciones para confundir al lector. Un ejemplo sería el término *ain*, que en hebreo significa *ojo*, y figura también como *aiin* o *aiiin* para que parezcan palabras diferentes.

Otra hipótesis tiene que ver con la esteganografía (*escritura encubierta*, en griego), técnica inventada por el monje alemán Johannes Trithemius en 1499, mediante la cual la información se halla oculta en detalles: por ejemplo, la segunda letra de cada palabra o el número de letras en cada línea. Es un método que se lleva a cabo por medio de la *tabula recta*,

diagrama cuadrado de alfabetos donde cada fila se construye desplazando la anterior un espacio hacia la izquierda.

En 2005 la historiadora Edith Sherwood, guiándose por un artículo escrito en 1962 por Alfred Werner en la revista *Horizon*, que trataba de la similitud entre la caligrafía del Voynich y la escritura de Leonardo da Vinci, así como de su afición al lenguaje de códigos y a la escritura especular (dejó notas que para leerlas es necesario un espejo), opina que el trabajo tiene como base el italiano medieval o toscano y que las palabras son anagramas. Aparte de hallar similitudes entre el castillo con almenas gibelinas que aparece en el manuscrito, muy similar al que está cerca del pueblo natal del genio italiano, se basa en el dibujo en el que aparecen 15 mujeres desnudas bajo estrellas con el símbolo de Aries, lo que interpretó como la carta de nacimiento del genio: sabemos por su abuelo que Leonardo nació el 15 de abril de 1452 a la hora tercera, que corresponde a las 22,30 de hoy, o sea, de noche, como indicarían las estrellas; el día estaría representado por el número de damas y el mes se correspondería con el dibujo del carnero (Aries). El año lo ha querido ver junto a una bañera donde está una mujer bañándose con un recién nacido. Dice también que bajo el Aries se puede leer «0b…l», expresión que, invertida, podría tratarse de la palabra *Lionardo*, que es como escribía el genio su nombre de pila. Para Sherwood, quien cree que estamos ante un atlas de biología, da Vinci habría elaborado este manuscrito cuando solo tenía ocho años de edad, haciendo honor, diríamos, a su genio precoz e innato.

En enero del año 2014, Marcelo Montemurro, físico teórico en la Universidad de Manchester, comprobó que en el manuscrito hay conjuntos de palabras que se repiten más veces en cada sección aunque espaciadas, como ocurre en todo lenguaje. Por tanto, concluye que «El voynichés es un lenguaje. Y es imposible pensar que fuese puesto ahí a propósito».

A primeros de febrero de ese mismo año, un estudio publicado por el American Botanical Council, obra de los doctores Arthur O. Tucker y Rexford H. Talbert, corroborado por expertos en Botánica, apuntó haber identificado diversas palabras relativas a plantas y animales, que pertenecerían a varias lenguas amerindias: náhuatl, taína y mixteca. En concreto, señalaban que 37 de las 303 plantas dibujadas en el manuscrito,

seis animales y un mineral, pertenecen a una zona entre Texas, el oeste de California, el sur de Nicaragua y el centro de México, es decir, una región mesoamericana. Estaríamos, por tanto, ante un texto políglota a base de dichas lenguas, o bien un dialecto extinto del náhuatl (el idioma de los aztecas o mexicas).

El mismo mes, pero en sentido radicalmente distinto, el lingüista Stephen Bax, de la Universidad de Bedfordshire (RU), fijándose en la secciones del «Herbario», consiguió descifrar catorce «palabras» cotejando manuscritos medievales en árabe y otros idiomas asiáticos sobre hierbas, entre ellas «Kantairon» junto a una imagen de esta planta, la *Centaurea cyanus*, así como «cilantro», «eléboro» y «enebro», también con sus propias ilustraciones. En cuanto al capítulo o sección de «Astronomía», identificó la expresión que se utiliza en el texto para referirse a la constelación de Tauro, relacionando un dibujo de siete estrellas que se observan al lado con las Pléyades, que se encuentran en un lateral de la misma. Afirmó, además, categóricamente, que el manuscrito «no es un engaño», sino que «probablemente, es un tratado sobre la Naturaleza, tal vez en un lenguaje asiático o de Oriente Próximo». No obstante, también ha llegado a hablar de paralelismos con el alfabeto eslavo glagolítico, glagólico o glagolitsa (de *glágola*, «palabra», «dicho» o «habla», es decir, «los signos que hablan»), así como con las tablillas *rongo rongo* de la isla de Pascua, por lo que, con teorías tan dispares, no sabemos a qué carta quedarnos.

Ahondando en las hipótesis, poco después, en el mes de julio del mismo prolífico año, un ingeniero ruso de radiotécnica militar, llamado Nikolái Anichkin, sostiene en declaraciones al periódico *Moskovsky Komsomolets*, que el manuscrito se trata de una descripción de las plantas halladas en Asgard, una región situada en Omsk, Siberia, donde hubo un gran templo de más de 2130 m^2 del que solo quedan las galerías subterráneas, puesto que fue destruido en 1530, es decir, un siglo después aproximadamente de la fecha en la que se ha datado el Manuscrito Voynich, por lo que cronológicamente entra en lo posible que hubiera sido elaborado allí. Analizando la enigmática obra, sirviéndose de una serie de símbolos de un antiguo alfabeto eslavo —probablemente se refiere al glagolítico, al igual que el profesor Bax—, logró encontrar una letra del idioma *voinychés* que

se corresponde con ellos, habiendo descifrado a partir de esta clave palabras como «cáñamo», «ropa de cáñamo», «comida», «beber» y «seis», entre otras,

No obstante, superándose a sí mismo, el Manuscrito Voynich ofrece en su página 166v la quintaesencia del enigma, puesto que esta parte del documento, excepto en su línea 3, está escrita en un «idioma», diríamos, diferente al del resto de la obra.

Entre tan variadas circunstancias, hipótesis y opiniones, no podemos concluir otra cosa que nos hallamos ante un verdadero enigma que los expertos, a fecha de hoy, han sido incapaces de dejar resuelto.



Uno de los pergaminos que conforman los *Manuscritos del Mar Muerto*.

SECTAS RELIGIOSAS y PUEBLOS MISTERIOSOS

LOS ESENIOS Y SU RELACIÓN CON JESUCRISTO

Los esenios fueron una comunidad religiosa judía que vivió en Qumrán, a orillas del mar Muerto, desde el siglo III a. C. al I d. C. El nombre les fue otorgado por historiadores contemporáneos del siglo I, como los judíos Filón de Alejandría y Flavio Josefo o el romano Plinio el Viejo, de quienes tomamos estos textos:

> Son judíos por nacimiento (…). Rechazan los placeres como un mal, y consideran virtud la templanza y no ceder a las pasiones (…). No se preocupan por la riqueza y es admirable el modo en que organizan la comunidad de los bienes, ya que es imposible encontrar entre ellos a uno que posea más que otro (…). Son longevos, pues muchos pasan de cien años (…). Tienen fama de interpretar exactamente las leyes (…) y atribuyen cada cosa al destino y a Dios (…). Consideran que el alma es inmortal, pero solo las de los buenos pasan a otro cuerpo, mientras las de los malos sufren un padecimiento eterno.
>
> Flavio Josefo: *La guerra de los judíos*

> Sobre la orilla occidental de mar Muerto, pero alejado de las exhalaciones nocivas de la costa, vive el pueblo solitario de los esenios, más notables que todos los demás pueblos del mundo, porque no tienen mujeres y han renunciado a todo deseo sexual, no usan dinero y tienen las palmeras como única compañía. Día tras día llegan multitudes de refugiados, y son tantos los que acuden cansados de la vida como los que, empujados hasta allí por las fluctuaciones de la fortuna, adoptan sus costumbres. Así, durante miles de siglos —cosa creíble— vive eternamente una raza en la que no nace nadie, tan fecundo es para ellos el hastío de la vida que sienten otros hombres.
>
> Plinio el Viejo: *Historia Natural*

Sobre la procedencia de su denominación existen diversas hipótesis. Se cree que el término deriva del arameo *asya* («médico»), como confirma Flavio Josefo: «(…) para curar las enfermedades estudian las raíces medicinales y las propiedades de los minerales». También se dice que puede derivar del hebreo *asaim*: «hacedores», atendiendo a una máxima suya: «Si la Torah lo dice, lo hacemos». Para otros, puede proceder de las voces griegas *ossios*: «santo» o *hasidei*: «piadosos».

En cuanto a su *modus vivendi*, guardaba relación con muchos aspectos de las futuras comunidades monásticas cristianas, en un tiempo en el que, para mayor incógnita, el cristianismo aún no existía: practicaban el celibato, la oración y las comidas comunitarias, rechazaban cualquier tipo de violencia y esclavitud así como las actividades comerciales porque reportaban el enriquecimiento de unas personas a costa de otras.

Aunque no se ha podido establecer con certeza el lugar y el momento de su nacimiento como secta, parece probable que se produjo en Palestina durante la dinastía de los asmoneos, que se instaló en el poder tras el triunfo de la revuelta de los macabeos, que había tenido lugar entre 167-160 a. C. Su apogeo se produjo hacia el año 135 a. C. y duró hasta la conquista romana, en el 63 a. C.

El fundador fue un tal Moreh Tzedek, denominado «Maestro de la Justicia» o «de la Verdad», en torno a quien los esenios se retiraron al desierto para practicar la observancia estricta de la antigua Ley judaica, en espera de su retorno a Jerusalén cuando la comunidad lograse la imposición y aceptación de sus preceptos por parte de todos los judíos.

Otra hipótesis sostiene que el surgimiento de la secta ocurrió tras el regreso del cautiverio de Babilonia, empeñados en la observancia absoluta de la Ley para evitar que en el futuro volviesen a producirse desastres como aquel. Además, la instauración de los macabeos en el poder solo hizo que confirmar, para ellos, el desviacionismo de la doctrina judía hacia formas helenizantes, por lo que decidieron retirarse a Qumrán para vivir aislados.

No obstante, se sabe de la existencia de una comunidad ciertamente numerosa que residía en la propia Jerusalén, en cuya muralla se abría una entrada denominada Puerta de los Esenios, pudiendo tratarse de unos cuatro mil los integrantes de la secta que habitaban en comunidad de bienes en el

interior de la ciudad, según el testimonio aportado por Flavio Josefo, quien también añade que, si bien la mayoría estaban al margen, existían esenios que formalizaban matrimonios, con la única condición de la estricta observancia de la monogamia.

En el lugar donde habitaba la comunidad esenia, corriendo el año 1947, un pastor descubrió, en el interior de unas cuevas, información bíblica de carácter trascendental: el Primer y Segundo Rollo de Isaías, el de los Salmos, comentarios al citado profeta y, además de otros textos de carácter teológico como la Norma de la Comunidad, el Documento de Damasco y el Rollo de la Guerra, un Comentario al Génesis y el llamado Libro de los Testimonios.

En conjunto, se conocen como los «Manuscritos del Mar Muerto» o «Rollos de Qumrán», más de 800 pergaminos escritos en arameo y hebreo entre el siglo III a. C. y el siglo I d. C., que han proporcionado información de vital importancia sobre el desarrollo tanto del judaísmo como del cristianismo en sus primeros tiempos.

La Dra. Rachel Elior, de la Universidad Hebrea de Jerusalén, mantiene que los manuscritos del Mar Muerto no fueron escritos por los esenios, sino por sacerdotes saduceos expulsados del Templo de Jerusalén cuando la revuelta de los macabeos (163 a. C.), descendientes del sumo sacerdote Sadoc (de quien les viene el nombre), el que había ungido a Salomón como rey. Estos serían quienes trasladaron al desierto los rollos que estaban en el Templo para protegerlos. Y, además —añade—, no existe testimonio histórico de los esenios en fuentes hebreas o arameas —les cita por primera vez Flavio Josefo— ni hay en estos manuscritos tampoco ninguna mención a ellos, por lo que no parece de recibo que siendo sus autores no figuren en los mismos. En su contra tiene la circunstancia de que la secta saducea, de cierta opulencia, no practicaba la comunidad de bienes, que sí se observaba en Qumrán, cuyos miembros se designaban, además, como «los pobres», en el polo opuesto de los aristocráticos saduceos.

A pesar de no figurar para nada el nombre de esta secta en los textos bíblicos, rápidamente, tras el descubrimiento de los manuscritos de Qumrán, comenzó a relacionarse a Jesucristo con los esenios, haciéndole uno más entre ellos, lo cual, si no ha podido ser demostrado, tampoco puede

negarse que el Mesías guardara relación estrecha con la secta. Así lo confirmó el papa Benedicto XVI en su libro «Jesús de Nazaret», señalando que tanto san Juan Bautista como «quizá Jesús y su familia» estuvieron relacionados con los esenios, basándose en los «múltiples puntos de contacto que presentan los manuscritos de Qumrán con el anuncio cristiano». Pero, según el pontífice, no puede afirmarse que el Nazareno practicara la misma vida que ellos, ya que no vivió aislado de otros grupos, como hacían los esenios, sino que entre sus apóstoles existía una gran heterogeneidad: zelotes como Judas Iscariote, helenizados como Felipe, pescadores como Pedro, Andrés, Juan y Santiago…

LOS TEMPLARIOS, MONJES-SOLDADO

El origen de la Orden Militar de los templarios se halla en Tierra Santa, cuando en el año 1119 nueve cruzados, entre los que destacaron el francés Hugo de Payens y el flamenco Godofredo de Saint-Omer, fundan la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo y del Templo de Salomón, en alusión al lugar donde se ubicaba su primera residencia, la mezquita de al-Aqsa (donada por Balduino II de Jerusalén), en el Monte del Templo, identificada como el emplazamiento exacto del antiguo templo del rey hebreo. Pronuncian ante el patriarca de Jerusalén, Garmond de Picquigny, sus votos de pobreza, obediencia y castidad y este les impone la regla de los Canónigos del Santo Sepulcro.

Los templarios serán monjes-soldados —«no les falta ni la dulzura del monje ni la bravura del caballero», decía san Bernardo de Claraval— que, además de rezar y llevar una vida austera, combaten en defensa de la fe de Cristo; estaba castigada entre ellos con especial dureza, además de otros delitos como el robo, la revelación de secreto o la sodomía, la cobardía en el campo de batalla por mucho que el enemigo les supere en número. Y si caían prisioneros, no existía el rescate, por lo que perdían la vida a manos de sus captores musulmanes, que no tenían piedad con los cautivos. Bajo tierra, el cadáver del templario se entierra boca abajo, sin ataúd, y ninguna lápida le recuerda.

La Orden fue reconocida por el papa Honorio II a partir del Concilio de Troyes, en 1129, y terminará permutando su nombre por el de Orden del Temple («templo», en francés), siendo favorecida, unos años más tarde, por las bulas *Omne Datum Optimum* de Inocencio II, en 1139, *Milites Templi* de Celestino II, en 1144, y *Militia Dei* de Eugenio III, en 1145. En esencia, los templarios quedaban exclusivamente bajo la autoridad papal y se les otorgaba el derecho a recaudar bienes e impuestos, como el óbolo o limosna de las iglesias con carácter anual. Así mismo, se les reconoció jurisdicción sobre las conquistas efectuadas en Tierra Santa y autorización para la construcción de templos y fortalezas de carácter propio, lo que les colocó en una posición de poder.

Paulatinamente, la Orden del Temple se fue estableciendo, primero en Palestina al objeto de proteger a los peregrinos desde sus puntos de desembarco hasta la llegada a Jerusalén, y posteriormente por toda Europa, alcanzando una gran expansión por Francia, Alemania, Inglaterra, Portugal y España, lo que contribuyó a aumentar extraordinariamente su riqueza. En la Reconquista ibérica tuvieron un papel relevante, interviniendo en la toma de Lérida, Tortosa y Cuenca en el siglo XII, así como en la batalla de Las Navas de Tolosa (1212) y la conquista de Sevilla en el XIII, junto a la edificación de templos como el de la Vera Cruz en Segovia y castillos como los de Almansa (Albacete) y Ponferrada (León).

Su máxima autoridad recibe el nombre de Gran Maestre, aunque cuando se trataba de asuntos trascendentales estaba obligado a obtener la aprobación de un consejo del que formaban parte los grandes Encomenderos, que son quienes dentro de la Orden supervisaban las rentas generadas por sus propiedades.

Los templarios fueron especialmente conocidos entre todos los cruzados por su galana indumentaria: una capa blanca decorada sobre el hombro derecho con una cruz roja patada de ocho puntas, en torno a la cual figura la inscripción: SIGILVM MILITVM TEMPLI. Para quienes alcanzaban el grado de sargento —que junto con el de caballero eran los dos únicos que existían en la Orden— la capa era de color pardo y la cruz roja adornaba el hombro izquierdo.

La ceremonia de ingreso se realizaba en el interior de una iglesia. El aspirante se postraba ante el Gran Maestre y le besaba en los labios en prueba de vasallaje. Tras rezar en solitario, hacía los votos de la Orden y expresaba la renuncia a la posesión de bienes y a su propio nombre y linaje, así como su compromiso con la defensa de los Santos Lugares y el auxilio a los desprotegidos. Acto seguido, recibía la tonsura y la capa blanca con la cruz roja.

Pronto acumularon gran cantidad de riquezas procedentes tanto de las numerosas donaciones que iban recibiendo como del saqueo de las ciudades musulmanas, a medida que progresaban en sus conquistas. Estos fondos fueron gestionados con gran habilidad financiera por la Orden como si sus miembros se tratasen de banqueros más que de monjes-soldados. Prueba de ello era el uso que empezaron a hacer de las letras de cambio, así como la gestión de las riquezas que muchos nobles comenzaron a encomendarles.

Después de la gran derrota que sufrieron en la batalla de los Cuernos de Hattin, en 1187, frente al turco Saladino —quien ordenó la decapitación de más de un centenar de caballeros presos—, el prestigio militar de los templarios empezó a resentirse. Trasladado el Gran Maestre a San Juan de Acre y tras la pérdida de los Santos Lugares a la isla de Chipre (1291), intentaron de nuevo la entrada en Palestina, pero les resultó imposible.

Así todo, la fortuna que amasaron en poco tiempo despertó, más que el recelo, el temor sobre todo del rey de Francia, Felipe el Hermoso, quien después de procurar introducir infructuosamente a un hijo suyo en la Orden y de fracasar en el propósito de fusionarla con la de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, decidió terminar con ella a traición.

Primero solicitó un préstamo al Gran Maestre, Jacques Bernard de Molay, y una vez el dinero en su poder decretó el 13 de octubre de 1307 el arresto de todos los templarios —unos mil— para ser juzgados y condenados a la hoguera por el Tribunal de la Inquisición, entre ellos Molay, quien desde las llamas, dirigiéndose al papa y al rey, pronunció el 18 de marzo de 1314 aquella lapidaria frase: «¡Os espero ante el Tribunal de Dios antes de que acabe el año!» Lo cierto es que el pontífice falleció a los 33 días al caerse del caballo y el rey también lo hizo meses después, el 29

de noviembre. En los años siguientes fueron desapareciendo uno a uno sus hijos y en 1328 se extinguió la dinastía de los Capetos.

Desde que por bula *Vox in Excelso*, de 1312, el papa Clemente V había decidido «que los bienes [de la Orden] serán, a perpetuidad, unidos al Hospital de Jerusalén», corrió como la pólvora la noticia de que los templarios habían escondido un gran tesoro en paradero desconocido, un tesoro sagrado cuya pieza cumbre podía ser el Arca de la Alianza conteniendo las Tablas de la Ley o, bien, el omnipresente Santo Grial, que desde finales del siglo XII había aflorado en la pluma del escritor francés Chretièn de Troyes, fallecido sin dar término a su *Perceval* o «Cuento del Grial». Una de las obras inspiradas en él, el *Parzival* de Wolfram von Eschenbach, que consta de 25 000 versos escritos hacia 1210, nombra a los guardianes del castillo del rey Anfortas, donde en esta obra se hallaba el Grial, como los *templiers*, por lo que la Orden considera que fueron ellos los encargados de la custodia del mítico cáliz. De ahí, que este figure junto al *tetragrammaton* o cuatro (*tetra*) letras hebreas (*gramma*) unidas (*ton*): *YHWH, Dios*, que constan en la estrella *Pentalfa* —formada por cinco alfas mayúsculas—, uno de los anagramas esotéricos del Temple, entre cuyas cinco puntas se extiende la simbología presidida por los ojos de «El que todo lo ve».

Además de la construcción última de la Catedral de Chartres, que por ello cuenta con el «Pórtico de los Iniciados», una de las cuestiones mistéricas que se atribuye a los templarios era su relación con los alquimistas que buscaban la piedra filosofal, incluso que llegaron a obtenerla, así como sus contactos con el ocultismo.

Por eso, en el proceso promovido por Felipe el Hermoso se les había acusado, entre otros delitos como pisar y escupir sobre el crucifijo o practicar la sodomía, de rendir culto al *Baphomet o Bafometo*, una figura diabólica con cabeza de cabra en forma de pentalfa, híbrido de animal y mujer, dotado de tres caras, cuernos de carnero y alas en la espalda, ante el que los monjes-soldado pronunciaban su voto de castidad. La confesión fue arrancada a golpes de tortura y sirvió para condenar a la hoguera a más de cincuenta acusados.

Los templarios practicaron el culto a la geometría, como se observaba en la rotonda de la antigua iglesia del Temple en París —derribada por los revolucionarios de 1789—, obra del siglo XII; su planta consistía en dos triángulos equiláteros contrapuestos formando una estrella de seis puntas o hexagrama, símbolo de David, rey de los judíos. Entrelazados, representan la unión de Cielo y Tierra y el pacto entre Dios y Abraham.

LOS CÁTAROS, MORIR EN LA PUREZA

Los cátaros, del griego *katharós* (puro, bueno), o también del francés *catiers* (adoradores del diablo en forma de gato), entre otros, fueron una secta religiosa que tuvo su origen en Oriente, de donde recogió la tradición del dualismo maniqueo y, a través de Constantinopla y los Balcanes, se extendió por Europa, principalmente, el Sur y Este de Francia, Italia, Alemania e Inglaterra, protagonizando una herejía que fue exterminada a fuego en las hogueras de la fe.

Su doctrina, que en cierto modo era una mezcla de cristianismo y budismo, de carácter sencillo y pacífico, tuvo el centro de acción en torno al Norte de Italia y el Mediodía de Francia, donde con los apoyos del conde de Foix y de Raimundo de Tolosa, edificaron un templo en el siglo XII y llegaron a contar con cuatro sedes episcopales: Albi —de ahí que se conozcan también como *albigenses*—, Carcasona, Agen y Toulousse.

Los sacerdotes de la secta se denominan los *perfectos*, son considerados herederos directos de los apóstoles y se caracterizan por llevar una vida extremadamente austera.

La doctrina cátara había chocado frontalmente con la Iglesia Católica, en parte, debido a una falsa interpretación de la misma: todo lo material es malo, la Iglesia es material, luego es mala, hay que reformarla. Es cierto que los herejes hablaban de la existencia de un dualismo maniqueo de inspiración persa, en el que el Mal, el demonio, se había instalado en la Tierra y sus ángeles se habían reencarnado en hombres. Sin embargo, estos, a través de sucesivas reencarnaciones, podrían un día superarlo para alcanzar la perfección —de ahí el nombre de *perfectos* que ostentaban sus

sacerdotes—; así, su alma escaparía del diablo para ir hacia la perfección divina.

Sin embargo, los católicos, tergiversando estas creencias, les acusaban de dar culto al demonio e, incluso, de practicar el incesto, puesto que como consideraban toda carne hija del Mal, no importaba para ellos la abstinencia entre familiares: hermanos y hermanas, padres e hijos. Además, les acusaban de asesinar a los hijos nacidos de esa manera.

Rechazaban los sacramentos, se privaban de carnes, huevos, pescado, eran vegetarianos. La creencia en la reencarnación, de procedencia oriental (budismo, hinduismo), chocaba frontalmente con la doctrina cristiana.

La alarma para la Iglesia de Roma salta cuando, en 1176, los cátaros celebran un congreso al que acude el obispo de la secta en Constantinopla y termina consagrando la herejía cátara con la promulgación de su doctrina. El papa Inocencio III decide combatirla por todos los medios y después de unos años de represión, convoca, en 1209, una cruzada contra la herejía que ha pasado a la Historia con el nombre de sus destinatarios, los albigenses.

Dirigidos por Simón de Montfort, los cruzados se ceban contra los cátaros y, tanto en Béziers primero, en Lavaur más tarde (1211), en Marmande y, por último, en Montségur (1244), después de la toma de la fortaleza precedida de un largo asedio por hambre y sed durante diez meses, tras los cuales los cátaros prefieren entregarse —cogidos de las manos y entonando himnos— antes que abjurar de su fe, murieron a millares (unos 30 000) en las hogueras del Santo Oficio, que llenó el paisaje de *Prats dels Cremats* («Campos de Quemados»), denominación tomada posteriormente del que se extendía ante la última fortaleza citada.

Pero el castillo de Montségur, situado a 1060 metros de altitud, de extraña planta pentagonal, orientado hacia la salida del Sol tanto en invierno como en estío (quizá también observatorio astronómico), entraría a partir de entonces en la leyenda. Se dice que la noche anterior a la rendición, el 16 de marzo, un pequeño grupo de cátaros *perfectos*, tres o cuatro, se descolgaron sigilosamente por sus escarpados muros y pusieron a salvo el riquísimo tesoro que habían ido acumulando, aunque nadie sabe su cuantía ni por supuesto el lugar en el que fue ocultado. Se dice que pudo ser en una red de cavernas naturales, cerca de Tarascón, que solo los iniciados

conocen. Y, también, que su riqueza no era el oro, la plata ni las piedras preciosas, sino el objeto más buscado de todos los tiempos: el Santo Grial, en el que Jesucristo efectuó la transubstanciación del vino en su propia sangre durante la Última Cena previa a su captura, el mito del que fluyen caudalosos cursos de tinta.

LOS ROSACRUCES, DE ORIGEN FARAÓNICO

No existió una orden concreta que se llamara Rosacruz, sino un conjunto de ellas que adoptaron esa denominación. A principios del siglo XVII, con la Guerra de los Treinta Años en perspectiva (1618-1648), Europa vive una situación extremadamente convulsa. En esas circunstancias, comienza a hablarse de un enigmático personaje cuyo rostro auténtico se desconoce. Se trata de Christian Rosencreutz, una especie de mago que había vivido en el siglo XIV y cuya tumba se acaba de descubrir en el cuarto año del recién estrenado Seiscientos.

Lo más sorprendente de este hallazgo es que junto al cadáver pueden verse una serie de pergaminos conteniendo fórmulas alquímicas y temática ocultista, como desvela un panfleto anónimo aparecido en 1614 bajo el título *Fama Fraternitatis Rosae Crucis* («Los ecos de la fraternidad de los Rosacruces»), acompañado de cartas y criterios sobre la vida, junto a una biografía del citado ocultista que había vivido en la décimo cuarta centuria. Estos textos, junto con «La confesión de la fraternidad de los Rosacruces» y «Bodas químicas de Christian Rosencreutz», obra del luterano Johann Andrea, alcanzan un gran éxito entre toda aquella gente supersticiosa cuando se terminan de publicar en el año 1616.

Básicamente, el contenido puede resumirse en una máxima: la búsqueda de las soluciones para enfrentarse a la vida debe empezar en nuestro propio interior. A continuación, Andrea y dos colaboradores y amigos, Tobías Hess y Christpoh Besold, dan a conocer la «Orden o fraternidad loable de la Rosacruz», cuyo nombre hace honor al citado Christian Rosencreutz.

El éxito es ya imparable. A pesar de que los tres autores citados se oponen a la popularidad dejando de mentarla, por todas partes aparecen escritos que la citan y reclaman: el inglés Fudd, en 1617; el alemán Maier,

en 1622. El filósofo Francis Bacon alude a ella con ocasión de su obra «La Nueva Atlántida» (1627), en la que describe un Estado ideal gobernado por sabios.

Comienzan a fundarse numerosas logias, y filósofos como René Descartes o científicos como Isaac Newton forman parte de la Orden sin ocultarlo. A lo largo de los siglos XVIII y XIX los rosacruces se entremezclan, en ocasiones, con la masonería, y en esta llega a aparecer el grado de «Caballero Rosacruz». Todos los alquimistas, ocultistas, magos, teósofos y esotéricos reclaman la Orden de los Rosacruces, surgiendo a veces, como ocurrió en Francia, asociaciones rivales que polemizan entre sí y llegan a los duelos personales, en los que participan oscuros personajes, como un tal J. Péladan, que se hace llamar «el Zar», afirmando que desciende de un antiguo rey babilonio. Fuera del espectáculo que suscitan, la Orden pierde con ello mucho prestigio.

Entre las nuevas fundaciones de los tiempos contemporáneos destaca la que llevó a cabo el norteamericano Harvey Spencer, en 1909, bajo el nombre «Antigua y Mística Orden de la Rosacruz» (AMORC), que ha llegado hasta hoy y cuenta con varios millones de miembros en todo el mundo.

Los orígenes de los rosacruces se remontan al Egipto faraónico, concretamente al reinado de Tutmés o Tutmosis III, que tuvo lugar hacia los años 1480-1425 a. C., si bien su esplendor se desarrolló durante el místico reinado de Amenofis IV (c. 1353-1335 a. C.) y su reforma religiosa en favor de la instauración del monoteísmo bajo la adoración de un único dios llamado Atón, identificado con el disco solar, del cual procedía el nuevo nombre adoptado por su real persona: Akhenatón, que significa «servidor de Atón».

Posteriormente, la Orden se extendió por Grecia y Roma, así como por Palestina, llegando a Europa, concretamente a Francia, a principios del siglo IX, donde halló su centro de acción en Toulousse. Luego, vino un período un tanto desconocido hasta que en el siglo XVII se desató su auge, como acabamos de ver.

Entre sus detalles más apasionantes se halla la convicción de que los rosacruces descienden de los antiguos pobladores de la legendaria

Atlántida. Cuando se produjo el hundimiento de esta, hacia 9600 a. C., según la información contenida en el santuario egipcio de la diosa Isis —dada a conocer por Platón en sus «Diálogos» *Critias* y *Timeo*—, algunos atlantes lograron escapar hacia otros lugares, en concreto, una parte de ellos se estableció en Egipto, donde sus descendientes, haciendo uso de los grandes conocimientos matemáticos, arquitectónicos y astronómicos que habían desarrollado en su antigua tierra, llevaron a cabo tanto las colosales pirámides como la enigmática esfinge de Gizeh.

En el anagrama de la Orden figura la estrella de cinco puntas que recibe el nombre de Llameante, Flamígera, Pentalfa (formada por la unión de cinco alfas mayúsculas), Pentagrama o Pentagonal, puesto que surge al trazar las diagonales en el interior de un polígono regular. Antiguo distintivo de reconocimiento entre los pitagóricos, que la llevaban marcada en la mano derecha para mostrarla al responsable de la entrada a su lugar de reunión, fue también utilizado por los siguientes.

LOS MASONES, DE ORIGEN BÍBLICO

La historia de la masonería o francmasonería, nombre con el que se conoce a la agrupación de gremios o corporaciones de maestros constructores, canteros y artífices de Catedrales durante la Edad Media, se halla repleta de enigmas y misterios.

Una leyenda atribuye a Hiram Abi, arquitecto del antiguo Templo de Salomón en Jerusalén (II Cro 4, 16; I Re 7, 13-14), el origen de la masonería, aunque también se habla que sus fundadores pudieron ser los antiguos patriarcas bíblicos como Noé o Moisés e incluso nuestro primer padre, Adán. De esta manera, los conocimientos masónicos fueron trasmitiéndose de generación en generación hasta la llegada al trono del rey Salomón, quien con la ayuda de su arquitecto, Hiram, los aplicó en la obra de su vida, el Templo que lleva su nombre en la Ciudad Santa. Otros no retroceden tanto en el tiempo y atribuyen la fundación de la masonería a los antiguos egipcios constructores de pirámides.

Se trata de un movimiento de carácter iniciático, humanista, filosófico, ilustrado, internacional y fraterno, que persigue el desarrollo de la conducta

social y moral del ser humano.

El documento fundacional más antiguo que se conserva son los Estatutos de Bolonia, de 1248, al haberse perdido en el siglo XV y haber sido reescritas de memoria las Constituciones de York, del año 926. Otros posteriores son el Poema Regius o Manuscrito Halliwell (1390), el Manuscrito Cooke (1410), el Manuscrito de Estrasburgo (1459), los Estatutos de Ratisbona (1459), los de Schaw (1598), el Manuscrito Iñigo Jones (1607), los de Absolion (1668) y el Sloane (1700). En general, contienen las normas del oficio. Se conocen con el nombre conjunto de «Estatutos góticos» y pertenecen a la denominada masonería «operativa», frente a la moderna o «especulativa», que se desarrollará a partir del siglo XVIII, como luego veremos.

En principio, el propósito de estas agrupaciones de personas que practicaban el mismo oficio, los constructores de las Catedrales medievales, debió de ser guardar celosamente sus conocimientos para transmitirlos de generación en generación a través de sus hermandades, en las cuales se establecía una organización fuertemente jerarquizada que recibe el nombre de *logia*. La primera que existió, se dice, tuvo sus reuniones a la entrada del Templo de Salomón, monumento que repiten obsesivamente en sus modelos a seguir, pues entrar en él significa recorrer los tres grados de la iniciación masónica, aparte que inspiró, simbólicamente, las Catedrales góticas, antesala ambos de la Jerusalén Celestial.

Para ingresar en la logia solamente hacía falta cumplir dos requisitos, el primero, haber nacido libre, por lo que sus miembros también se conocen con el término *free mason*, francmasón o «masón libre»; el segundo, poseer, buenas costumbres.

Bajo la dirección del Gran Maestro, los masones se agrupaban en tres categorías, maestros, compañeros y aprendices. Estos últimos, al ingresar, comenzaban su proceso iniciático, para el cual se les asignaba un signo o marca de cantero que debían tallar en todas las obras que llevasen a cabo.

Este era el comprometido juramento —por el cual conocemos detalles de la profesión como, por ejemplo, la jornada laboral— que, según un manuscrito de 1696 conservado en Edimburgo, debía realizar el iniciado

poniendo su mano derecha sobre el denominado Volumen de la Ley Sagrada, la Biblia, encima de la cual se colocaban la escuadra y el compás,

> Juro por Dios y por San Juan, por la escuadra y el compás, que me someteré al juicio de todos, trabajaré al servicio de mi Maestro en la honorable Logia, desde el lunes por la mañana hasta el sábado, y que guardaré las llaves bajo pena de que me arranquen la lengua a través del mentón, y de que me entierren bajo las olas, allí donde ningún hombre sepa.

La escuadra era símbolo de la virtud y el compás de los límites que no debe traspasar un masón frente a los demás —establecido en los 90 grados, es decir, una escuadra— y el emblema de las ciencias exactas. La escuadra simboliza la materia, el compás el espíritu.

Emplearon además una gran variedad de símbolos, algunos extraídos de la Biblia y otros de textos, digamos, prohibidos. Como afirmaban proceder de los antiguos canteros del Templo de Salomón, no podían faltar las dos columnas exentas que precedían la entrada: Jaquín y Boaz, el candelabro de los siete brazos, el Arca de la Alianza, el alzado del edificio, los altares de sacrificio, etc., junto al emblema por excelencia: la Estrella Flamígera o Pentalfa, tomada de los antiguos filósofos pitagóricos, entre quienes se utilizaba para identificar a los miembros de su asociación secreta; consideraban que la péntada (el 5) constituía el número de la armonía en la salud y la belleza, ya que combina el primer número par (2) o díada y el primer impar completo (3) o tríada, y es la representación del ser humano con brazos y piernas abiertas (4 más la cabeza), así como la expresión del equilibrio universal en sus dos ejes (vertical y horizontal) que pasan por un punto central. Según el Diccionario enciclopédico de la Masonería, se trataba de la «representación del espíritu que anima al Universo, el principio de toda sabiduría y el poder regenerador de la Naturaleza». En el Manual de la Masonería (1860), de A. Cassard, se dice que es «esa estrella resplandeciente cuya luz inunda nuestro Templo, y que en su centro lleva la letra G, símbolo del Gran Arquitecto del Universo» (del griego *Gnosis*: conocimiento; o de *God*: Dios, en inglés). Así es como aparece el Sumo Hacedor representado en una miniatura de la *Bible moralisée* (h. 1250), compás en mano —uno de los dos instrumentos básicos de los constructores masones—, diseñando el Universo. El anagrama figura en el pórtico de los

templos construidos por los masones simbolizando la paz y la fraternidad entre los hermanos de la secta.

La masonería se caracteriza por el secretismo, lo que le ha granjeado la buena o mala fama de haber intervenido en la organización y desarrollo de acontecimientos trascendentales en el mundo, infiltrándose en los poderes político y económico.

La llegada de la masonería a las islas Británicas se produjo a través de canteros alemanes, venidos para trabajar en la construcción de Catedrales, alcanzando así un enorme auge en la Edad Media que se mantuvo hasta el siglo XVIII, cuando con el desarrollo del arte Barroco la edificación de dichos templos entró en decadencia, puesto que se consideraban obras propias de bárbaros —godos—, de donde se había otorgado, ya en el siglo XVI, en la obra de Giorgio Vasari «Vida de los más excelsos pintores, escultores y arquitectos» (c. 1550), la denominación de Gótico al estilo.

Ante el nuevo panorama, las logias británicas se agruparon en la Gran Logia de Londres, a la que se permitió la incorporación de personajes eruditos e ilustrados aunque no estuvieran vinculados a la construcción, tal como había sido indispensable en el origen de la secta, recibiendo el nombre de *accepted masons* o «masones aceptados».

Fue la única manera de mantener el movimiento masónico, comenzando así la etapa que se conoce como masonería moderna o «especulativa», que citamos anteriormente, establecida por las Constituciones de Anderson, que toman el nombre del pastor protestante británico que las redactó, James Anderson, siendo aprobadas y publicadas en 1723.

Existen hoy día dos corrientes principales en la masonería: masonería regular, que sigue las reglas tradicionales, y masonería liberal o adogmática, si bien ambas mantienen que cada cual posee también las características de la contraria. No todas las logias aceptan agruparse bajo una de esas dos corrientes y se mantienen al margen; se conocen como logias «salvajes», aunque prefieren autodenominarse logias «bajo la bóveda celeste».

Dentro de la masonería regular existen, digamos, otras dos tendencias: la anglosajona y la continental. La primera está encabezada por la Gran Logia Unida de Inglaterra, la más numerosa, creada en 1813, heredera de la Gran Logia que había sido fundada en 1717. A ella se hallan adscritas,

además de las británicas, las logias de Estados Unidos y parte de los países de América Latina y Europa continental, como España. Entre sus principios se halla la creencia en un Ser Supremo, el Gran Arquitecto del Universo (GADU), el Principio Creador, Alma del Universo, por lo que siempre juran sobre la Biblia u otro libro para ellos sagrado. Además, se caracterizan por el no reconocimiento de la iniciación masónica femenina ni la aceptación del contacto con logias que admitan a mujeres entre sus miembros, así como la prohibición del debate político-religioso.

La corriente liberal o adogmática cuenta con su principal logia en el Gran Oriente de Francia. Además de este país y su área francófona en África, se inscriben en este grupo distintas logias de Europa continental y, sobre todo, de Iberoamérica. Como principal peculiaridad destaca la inclusión de las obediencias femeninas y mixtas, además de las masculinas. Se da una libertad absoluta de conciencia entre sus miembros (creyentes y ateos) y existe el debate interno para establecer el posicionamiento oficial del grupo.

La masonería ha sido atacada a lo largo de la Historia desde diversos poderes, tanto religiosos como políticos. En principio, la Iglesia Católica al igual que el integrismo islámico, se han posicionado reiteradamente en su contra. Monarcas absolutistas de los siglos XVIII y XIX, como Felipe V, Carlos III y Fernando VII, en España, también lo han hecho. Del mismo modo, las dictaduras han llevado a cabo una represión feroz contra sus miembros: Hitler, Mussolini, Salazar y no digamos Franco, en cuya época se instauró un órgano especial para actuar en su contra, de explícito nombre: Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo, creado ya al principio de la dictadura: 1 de marzo de 1940.

LOS SAMURÁIS, UNOS SIRVIENTES DE HONOR

El término samurái proviene del verbo *saburau*, que significa «sirviente». Su presencia en la historia japonesa se produjo desde el período Nara (710-794), aunque su mayor apogeo tuvo lugar a partir del período Heian (794-1185), perdurando hasta la época Meiji (1868-1912).

Para unos, su lugar de procedencia fue la península de Corea, desde la que llegaron al «País del Sol Naciente». Otros, en cambio, sostienen que surgieron desde primitivos grupos de cazadores autóctonos.

El samurái era un guerrero cuya idiosincrasia se cimentaba en tres principios básicos: la lealtad, el deber y el valor. Se trataba, además de un combatiente valeroso, de un hombre humilde y bondadoso, con un alto concepto del deber y, especialmente, del honor, el cual se adquiría a través del cumplimiento de aquél por medio de la lealtad, estando así interrelacionados los tres principios fundamentales citados.

La lucha era hasta vencer o morir por su jefe, el *daimio*, en cumplimiento de la lealtad que informaba su código de valores. No obstante, aunque valiente, el samurái rechazaba la temeridad para no exponer su vida inútilmente.

Los futuros samuráis eran adiestrados desde niños en las artes marciales y en la educación en valores. A lo cinco años ya recibían su primer sable (de juguete); a los siete, las primeras enseñanzas tanto de caligrafía como de tiro con arco a caballo, artes marciales y adiestramiento en la caza. Al cumplir los 15, entraban ya de pleno en el mundo de los guerreros adultos y recibían, pues, su segundo sable, el de verdad, con el que comenzaban a adiestrarse en el arte de la guerra.

Si su señor moría en la batalla, los samuráis tenían tres opciones: hacerse el *hara kiri* («corte del vientre»), permanecer como guerreros sin amo (*ronin*) hasta que encontrasen un nuevo señor a quien servir o, bien, convertirse —reciclarse, diríamos hoy— en ninjas o espías.

Entre sus características destaca la gran importancia que daban a las deudas de honor, contraídas entre ellos mismos cuando un samurái salvaba la vida de otro.

La influencia del budismo zen, llegado a Japón en los siglos VII y VIII de la mano del monje Eisai, no tuvo especial repercusión en los samuráis hasta mucho tiempo después, ya en el siglo XIII, y, a pesar de que pudiera parecer contradictorio por la filosofía pacifista zen, se apreció gran influencia en la concentración necesaria y la vida ascética que predica la doctrina zen.

Su época álgida fue el período Kamakura (1185-1333), en el cual tuvieron lugar grandes batallas entre los señores feudales que eclipsaron el

poder del emperador, el cual quedó en manos del *shogun* o gobernante militar, repercutiendo en un ensalzamiento de este tipo de guerreros. Su importancia se prolongó durante la época Muromachi o Ashikaga (1333-1573), en la cual se reconstruyeron los templos de Nara y se edificaron cinco grandes santuarios en Kioto —la capital del país—, entre los que se hallan los Pabellones del Oro y la Plata, cuya jardinería, de acuerdo a la filosofía zen, adquiere una simbología espiritual.

Las armas del samurái son la espada, el arco y las flechas, y la lanza. La primera era algo especial. Para su fabricación había que seguir todo un ritual en un santuario sintoísta, encargándose posteriormente al herrero —que gozaba de una alta consideración social— la fundición de la misma, en lo cual tardaba unos catorce días. Aunque en principio su modelo fue introducido desde China y Corea, a partir del siglo X aproximadamente, comenzó a desarrollarse una técnica propia de elaboración de sables, con dos modelos: espada antigua o *koto*, hasta el siglo XVI, provista de una larga hoja de 120 cm, y espada nueva o *cinto*, que perduró hasta los Meiji y constaba de una hoja más corta. La lanza o *yari* fue en principio un arma para la infantería, pero luego se extendió también entre los guerreros a caballo. El arco, que se disparaba galopando, elevándolo por encima de la cabeza, empleaba flechas de bambú y, con el tiempo, pasó también a los infantes. Así mismo, se sabe de la utilización de ballestas, tanto pequeñas, de mano, como más grandes, de asalto.

La aparición de las armas de fuego, que tuvieron que terminar asimilando, no fue muy bien recibida por los samuráis, acostumbrados a la lucha cuerpo a cuerpo, en la que demostraban su destreza. Manejaron el arcabuz, la pistola de bronce y el cañón, aunque fue tanta su desgana por esta arma que apenas lo fabricaron, sino que se limitaron a aprovechar los de los barcos que apresaban.

Respecto a las armas defensivas, destacan los diferentes tipos de armadura, fabricadas a base de láminas de metal sujetas con tiras de cuero; constaban de las siguientes piezas: casco con visera posterior y dientes metálicos en la calva o parte superior para sujetar las plumas de faisán, máscara, coraza, hombreras, guantes y perneras. De cintura para abajo se protegían con faldas o *kusazuri*. El peso de una *yoroi* o armadura clásica

rondaba los 30 kilos. Con el tiempo, fue evolucionando y la *toosei gusoku* del siglo XVI incluía piezas para proteger el rostro y la espalda. Para las ceremonias, al igual que los occidentales, se sobrevestían con telas de seda y lana, que nosotros llamamos galato o falsopeto.

Al llegar la era Edo o Tokugawa (1615-1868) tuvo lugar en Japón un largo período de paz que, consecuentemente, hizo perder protagonismo a esta casta de guerreros, quienes, reconvertidos de nuevo, se dedicaron en buena medida a la práctica de las Bellas Artes: pintura-poesía, caligrafía, así como a la ceremonia del té, un ritual en pro de la armonía y el refinamiento. No obstante, se fue produciendo un empobrecimiento general de los samuráis, entre otros factores, por los derroches económicos excesivos, la devaluación de la moneda y varias catástrofes naturales. Así y todo, el país pareció volver la vista hacia esta casta militar, buscando protección, con ocasión de la llegada de los occidentales.

El golpe de gracia para los samuráis ocurrió con la Restauración Meiji, en la que el poder se unificó en Japón en torno a la figura del emperador, desapareciendo los resortes feudales con los que se habían desarrollado y sostenido, por lo que, en un nuevo reciclado, algunos se integraron en la nueva nobleza guerrera y la mayoría pasaron a formar parte del pueblo llano: campesinos, artesanos y comerciantes. Sus últimos derechos específicos, como llevar sable, fueron abolidos en 1872. El último samurái fue Saigō Takamori (1828-1877), que protagonizó la rebelión *satsuma*, sin éxito, contra el Gobierno.

LOS NINJAS, SOMBRAS ESPÍA

Conviviendo con los samuráis, los ninjas tuvieron su época de esplendor en el «País del Sol Naciente» durante los períodos Kamakura (1185-1333), Muromachi o Ashikaga (1333-1573) y Momoyama (1573-1615); una larga etapa de la historia del Japón caracterizada por la intensa inestabilidad política, que desembocó en frecuentes luchas feudales entre los «señores de la guerra», pugnando entre sí por hacerse con el dominio de un país cuya autoridad máxima, el emperador, aunque considerado de estirpe divina, carecía de los medios materiales para imponerse.

En concreto, los ninjas eran como una especie de samuráis en la sombra, mercenarios del espionaje e incluso del asesinato, al servicio de los mentados señores feudales.

En cuanto a la etimología del término, el prefijo *nin* significa «resistir», o «ir en secreto», se sabían adaptar a las circunstancias por peligrosas que fueran. El arte o la técnica que utilizan es el *ninjutsu* y sus armas específicas son: catanas cortas o *ninjatos*, que portaban a la espalda con el mango o *tsuka* próximo a la oreja izquierda y el filo hacia afuera, puñales, bastones, estrellas de metal o *shuriken*, flechas, dardos envenenados, cerbatanas, nudillos de metal, cadenas giratorias o *kyoketsu shoge*, que manejan, todas ellas, con el adecuado dominio de las artes marciales, el efecto sorpresa y valiosas técnicas de resistencia como saber respirar bajo el agua. Conocían asimismo las mañas mano a mano, desde el *kotto* o arte de romper los huesos hasta presiones con los dedos sobre los órganos vitales del contrario.

La práctica de sus artes marciales requiere un ceremonial previo: el saludo, la meditación con los ojos cerrados y las palmas de las manos vueltas hacia arriba con el dedo índice y pulgar rozándose; por último, los maestros aplauden tres veces levantando sus manos por encima de la cabeza con el fin de alejar los malos espíritus; a continuación, con la testa alta y la vista clavada en el adversario, el ninja está preparado para el combate.

Para ser un buen ninja había que pasar por tres etapas: principiante, que sigue fielmente las técnicas enseñadas por el maestro; conocimiento, al que se llega tras varios años de entrenamiento; y perfección: ya no necesita pensar para ejecutar los movimientos; por fin, ha conseguido adquirir su sexto sentido, es decir, la capacidad de percibir la intención del contrario para anticiparse a su acción.

Entre sus habilidades está saber confundirse entre la gente en territorio enemigo al objeto de practicar el espionaje; para ello debe utilizar el disfraz que más convenga en cada momento. Debe conocer también a fondo la Naturaleza, en la que puede pasar largos períodos: saber si va a llover o estará nublado o despejado, si habrá o no luna en la noche, etc. También tienen que ser expertos en el arte de la escalada y en la preparación de pócimas, venenos y antídotos, así como de explosivos y el correcto manejo

de las armas de fuego: pistola, rifle, mortero y cañón corto o de mano, fabricado en bambú, fácil de ocultar entre la maleza.



Jiraiya, ninja y personaje principal del cuento *Jiraiya Goketsu Monogatari*, por Utagawa Kuniyoshi

Aunque su origen puede remontarse a los siglos anteriores a la era cristiana, a partir de «El arte de la guerra», escrito por el filósofo chino Sun Tzu (544-481 a. C.), quien advierte de la importancia de los servicios secretos en las contiendas bélicas, la primera aparición de los ninjas se produjo en el siglo VI, cuando el príncipe Shotoku Taishi recurre al espionaje para conocer las intenciones de su enemigo.

En el siglo VIII se fundaron las primeras escuelas de aprendizaje para los futuros ninjas y, a finales del período Heian (794-1185), estaban ya organizados en diferentes clanes que vivían en las montañas.

Durante la época Kamakura los clanes se estructuraron jerárquicamente en tres grupos: a la cabeza se hallaba el *jonin* o encargado de la estrategia; a continuación estaban los *shunin* o intermediarios que protegen al primero; por último, los *genin*, el brazo ejecutor, en el que se admitían también mujeres.

Con la Restauración *Meiji* (1868-1912) y la llegada de las influencias occidentales, los ninjas cayeron en declive, quizá por su trabajo sucio con tal de obtener el triunfo, al contrario que los samuráis, que a pesar de ver suprimidos sus derechos, no dejaron de ser considerados representantes de los valores guerreros tradicionales, orgullo nipón.

LOS DRUIDAS Y SUS ESPELUZNANTES SACRIFICIOS HUMANOS

Pocas sectas habrán bañado sus ritos en tanta sangre humana como lo hicieron los sacerdotes, poetas, magos o brujos druidas, «dueños de la ciencia»: *dwir* en gaélico (también significa «encina») o *druid* en la lengua de los antiguos galos, escindidos de los celtas hacia el año 1000 a. C.

A pesar de esa imagen suya que se ha impuesto en la posteridad como la de unos ancianos venerables preocupados del cultivo de la Naturaleza y el cuidado de los bosques, de los que obtenían numerosas plantas medicinales, en sus ritos los druidas practicaban despiadados sacrificios humanos que pusieron la piel de gallina hasta al mismo Julio César, en cuya «Guerra de las Galias» (*De Bello Gallico*) describe tales prácticas sanguinarias. Cuenta César, en el Libro IV, que

> Creen que se puede apaciguar a los dioses inmortales comprando la vida de un hombre con la vida de otro hombre, y los sacrificios de este tipo son una institución pública. Ciertos poblados tienen muñecos de proporciones colosales, hechos de mimbre tejido, que se llenan con hombres vivos; luego se les prende fuego y los hombres son presa de las llamas.
>
> El suplicio de aquellos que han sido sorprendidos en delito flagrante por robo o bandolerismo, o después de haber cometido algún crimen, es juzgado más placentero para los dioses. Sin embargo, cuando no existen suficientes víctimas de estas, no temen sacrificar inocentes.

Los despiadados sacrificios destinados a honrar a los dioses variaban en función de las divinidades: el dios de la guerra Esus recibía a sus víctimas

ahorcadas; a Tutatis, otro dios de la guerra, se le ofrecían ahogándolas en toneles llenos de agua; Taranis, dios del cielo y el trueno, las prefería envueltas en llamas de la manera que describió Julio César.

Otro acontecimiento espeluznante era la partida para la guerra. Entonces, una sacerdotisa o druidesa —se sabe de la existencia de nueve de ellas, al menos, en la actual Normandía—, que alardeaba de conocer el futuro y ser capaz de provocar catástrofes naturales como inundaciones y tempestades, e incluso de transformar a los hombres en bestias, procedía al sacrifico de una víctima —generalmente, un prisionero, si lo había; de lo contrario, un voluntario, orgulloso de dar su vida en la ceremonia— para averiguar el desenlace de la batalla. Los cuajarones de sangre del degollado, coagulada en el interior de un enorme recipiente en forma de caldero donde se había recogido al apuñalarle, eran interpretados según su color más o menos oscuro, su espesor, la dirección de las salpicaduras, etc. Si no era suficiente con una víctima, se continuaba con tantas como la bruja considerase conveniente, en una larga ceremonia orgiástica que finalizaba rociando de manera macabra con el plasma acumulado a los guerreros, quienes, presos de una excitación rayana en el paroxismo, ebrios de sangre, se consideraban ya preparados para morir combatiendo.

Su familiaridad con la muerte inmunizaba al pueblo galo del miedo a la misma, sobre todo, porque los druidas le habían inculcado la creencia en la inmortalidad del alma. Cuenta César que creían que cuando un hombre fallecía, su espíritu se trasladaba al cuerpo de otro hombre. En consecuencia, buscaban la muerte en combate, porque perecer no era el final definitivo de una persona. De esa manera, conseguían la admiración de los dioses, quienes quedaban satisfechos con el sacrificio que ofrecían los humanos.

Se trataba, pues, de una culto a la violencia que los druidas iban inculcando a los jóvenes, agrupándoles por edades y separándoles del resto de la tribu para adiestrarles en las artes de la guerra cuerpo a cuerpo —matar sin fallar— y en la supervivencia, a través del aprendizaje de la caza del jabalí y el oso y del ejercicio físico en plena Naturaleza, practicando también el respeto a los bosques, para ellos lugares sagrados.

Una vez al año, los druidas se reunían en el actual emplazamiento de la Catedral de Chartres, en torno a los *carns* o altares de piedra destinados a los sacrificios rituales que acabamos de ver. Así lo dijo Julio César:

> Cada año, en una fecha fija, se reúnen en un lugar consagrado, en la región de «Carnutes» [*Carnut-Is*: lugar sagrado de los carnutos], considerada como el centro de las Galias.

LOS ESCITAS Y SUS CRUELES RITOS FUNERARIOS

Les mentó Don Quijote: «Los citas [sic], tan crueles como blancos…» (I, 28); y con ese peyorativo les bautizaron a él y a Sancho cuando la última burla de los duques: «¡No os quejéis, scitas [sic]…!» (II, 68), siendo cierto «que no estaban los duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahínco ponían en burlarse de dos tontos.» (II, 70).

Los escitas fueron un pueblo nómada guerrero procedente de Siberia, conocido por sus costumbres crueles —cuya fama en este sentido aún perduraba en época cervantina, como acabamos de ver— que en el siglo VII ocupan los territorios entre los ríos Danubio y Don, llegando hasta las costas del mar Negro; invaden y arrasan Asiria, tomando Nínive (la capital) y pretenden apoderarse de Egipto, pero son rechazados por el faraón Psamético, aunque obligándose a pagarles un fuerte tributo.

Violentos y salvajes, sellan sus pactos bebiendo su propia sangre y la de sus aliados, vertidas ambas en una copa. No conocen la piedad con los vencidos y se guían únicamente por las predicciones de sus magos y adivinos.

Nadie les describió, prácticamente en dos palabras, mejor que Herodoto: «Los escitas no han construido ni ciudades ni murallas (…). No viven de la labranza, sino de su ganado y habitan en carretas.» (Historias. Libro IV).

Sin embargo, es Hipócrates quien relata su mayor problema: la impotencia, así como las causas de ella, una torpe pero original terapia y sus consecuencias:

> Se debe a que los escitas practicaron permanentemente la equitación, lo que les provocó obstrucciones en las articulaciones, ya que siempre llevan los pies colgando al costado del caballo, además de claudicación y distensión en las caderas a aquellos cuyo estado era más avanzado (…). Al manifestarse el mal, se abren la vena situada detrás de las orejas. Cuando empieza a fluir la sangre, la debilidad les provoca sueño y se duermen; luego se despiertan,

> unos sanos, otros no (…). Pero si después de dos o tres o más intentos no sanan, creen haber cometido alguna ofensa contra un dios y se visten de mujer.

Una de las características que más les identifica es la enorme importancia que conceden a las pompas fúnebres de los reyes, que se alargan en honor del monarca fallecido durante varias jornadas, para que el cuerpo, una vez embalsamado y practicado en él numerosos tatuajes (sobre todo en brazos y piernas), pueda ser llevado de tribu en tribu. A la vista del cadáver, y dando señales de duelo, los escitas se automutilan alguna parte de su cuerpo: orejas, falanges, incluso dedos enteros… A continuación, proceden a su inhumación, como relata de nuevo, esta vez con todo lujo de detalles, Herodoto:

> Depositan el cadáver en la estancia fúnebre sobre un lecho de hojas verdes; clavan postes en la tierra a cada lado del cuerpo y, sobre ellos, disponen maderos atravesados que cubren con esteras de caña; en el espacio que ha quedado libre en la habitación entierran, después de haberlos estrangulado, a una de las concubinas del rey, a su copero, a un cocinero, a un palafrenero, a un sirviente y a un mensajero, además de algunos caballos junto con una parte de sus pertenencias y numerosas copas de oro.

La ceremonia terminaba levantando entre todos un gran túmulo o *kurgán*, «lo más grande posible» —añade Herodoto—, y un riquísimo ajuar funerario acompañaba al difunto: tapices, armas, joyas, vestimentas, instrumentos musicales, estatuas, etc., hasta un carruaje se ha hallado en el *kurgán* de Pazyryk (Altai, Siberia), excavado a partir de 1929.

Pero los funerales no terminaban aquí. Después de haber pasado un año, los antiguos súbditos del monarca enterrado asesinaban a cincuenta jóvenes, cuyos cuerpos eran atados y, sujetos en postes, dispuestos en círculo alrededor del túmulo sobre otros tantos caballos, que previamente también habían sido muertos. Se desconoce aún el porqué de tal número: la media centena, un misterio.

Derrotados por los macedonios en tiempos de Filipo II (siglo IV a. C.), padre de Alejandro Magno, terminaron replegándose a las tierras de Crimea, donde la mayor parte se hicieron sedentarios; excepto una tribu, la de los alanos, quienes en la época de las invasiones bárbaras que acabaron con el Imperio Romano de Occidente (476 d. C.), se dividieron en dos ramas; una de ellas llegó hasta la Península Ibérica a principios del siglo V,

asentándose al oeste de la Meseta, pero terminó siendo masacrada por los visigodos; la otra, como cuenta Flavio Josefo, se refugió en el Cáucaso; esta es la que actualmente habita el país de Osetia (los osetes), cuyo dialecto sigue conservando rasgos lingüísticos del antiguo habla de los escitas.

LOS DOGONES Y LA ESTRELLA SIRIO B

Los dogones son un pueblo africano que habita en la meseta de Bandigara, en Mali. Proceden de algún lugar desconocido y llevan viviendo en este emplazamiento desde el siglo XIV, aproximadamente.

Su mitología establece un origen divino para el pueblo dogón, más bien, astral o celeste, puesto que creen proceder de la unión de su dios creador *Amma* con la Tierra, que previamente él mismo había fabricado comprimiendo entre sus manos un trozo de arcilla. Con este material creó también las estrellas mediante el sistema de lanzar al firmamento pequeñas bolas de barro. Para la formación del Sol y la Luna, sin embargo, se detuvo a elaborar esbeltas vasijas de cerámica.

Amma y la Tierra engendraron a una criatura hermafrodita, *Nummo*, de quien nacieron ocho hijos: los *nummos*: o «Maestros del Agua», llamados así porque su aspecto era cercano a los anfibios más que a los humanos; de ellos descienden las ocho tribus dogonas.

Tienen la creencia que el mundo debe ser regenerado cada medio siglo exactamente y, por ello, cada cincuenta años realizan una gran fiesta, la *Sigui* o «culto de la gran máscara», en la que elaboran llamativas caretas en forma de cabeza de ave; al terminar la celebración, se guardan para que sirvan de recuerdo a las generaciones venideras. Tal conmemoración está relacionada con la rotación de una enorme estrella a la que llaman *Po Tolo*, invisible a simple vista, pero ellos, inexplicablemente, saben que completa una revolución en torno a Sirio a lo largo de ese tiempo.

Descubierto y confirmado el astro definitivamente en 1862 por el estadounidense Alvan Clarke, fue bautizado con el nombre de Sirio B y, efectivamente, gira en torno a la estrella Sirio por períodos de tiempo alrededor de 50 o 51 años. Se trata de una enana blanca, es decir, una estrella de tamaño pequeño pero con una masa enorme.

Además, según la cosmogonía dogona, existe una tercera estrella, llamada *Emme Ya*, en torno a la cual gravitaría el planeta del que procede el mítico *Nummo*, indirecto creador de la raza humana. Su existencia fue confirmada en 1995 por los astrónomos franceses Daniel Bernest y Jean-Louis Duvent, afirmando que se trata de una enana roja o marrón, de una masa 500 veces inferior a la del Sol; por lo tanto, Sirio sería un sistema estelar triple. Pero se trataba de afirmaciones teóricas, puesto que faltaba su confirmación visual. En 2011 se pudo comprobar gracias al telescopio Subaru de Hawai, que tal estrella, la supuesta Sirio C, simplemente, no existe.

El misterio, aun así, está servido: ¿Cómo es posible que un pueblo africano, tecnológicamente atrasado, careciendo de instrumentos ópticos, haya podido conocer la existencia de estrellas invisibles para el ojo humano? Un norteamericano aficionado a las explicaciones fáciles afirmó en un libro publicado en 1976, titulado «El misterio de Sirio», que los socorridos extraterrestres habían sido quienes revelaron a los dogones muchos secretos del Universo. Tal vez conocía un pasaje de la mitología dogona que habla de un arca que vino del cielo e interpretó este objeto como si se hubiese tratado de una astronave.

Para el canadiense Michel Ovenden, la explicación podría estar en contactos mantenidos por los dogones con los centros de estudios musulmanes de Tombuctú en el siglo XVII, en donde pudieron haber aprendido antiguos conocimientos astronómicos de egipcios, mesopotámicos y griegos. Pero, aun así, el misterio continuaría intacto, puesto que tampoco es explicable que el pueblo dogón hubiese llegado a alcanzar tal sabiduría debido a la carencia absoluta de medios técnicos.

LAS AMAZONAS, NACIDAS PARA LA GUERRA

Las «sin pecho», que es lo que significa su nombre en griego, fueron una tribu compuesta únicamente por mujeres guerreras, a las cuales se les cercenaba o quemaba dicho miembro de su cuerpo para facilitar el tiro con arco, en lo que eran expertas.

La mitología las hace hijas de Ares, dios de la guerra —de quien heredaron su carácter belicoso— y de su propia hija, la ninfa Harmonía.

Según Herodoto, habitaban en la Capadocia, en la ribera del río Termodonte. Aisladas del mundo, solo conocían varón una vez al año con la única finalidad de perpetuar la especie. Terribles en su aislamiento frente a lo masculino, asesinaban a sus descendientes machos, siendo las niñas educadas desde la más tierna edad en las artes de la guerra:

> Una niña no tendrá relaciones con un hombre sin haber matado antes a un enemigo. Algunas envejecen sin haberse casado por no poder cumplir esta misión.
>
> «Historias», libro IV

Entre los episodios que protagonizaron frente a héroes mitológicos destaca su presencia en la guerra de Troya, reclamadas por Príamo —antiguo enemigo, las había combatido en Frigia— para vengar la muerte de su hijo Héctor a manos de Aquiles, quien también acabó con la vida de su reina Pentesilea, si bien no pudo reprimir las lágrimas cuando expiraba la joven y bella soberana, según cuenta el poeta Pausanias (siglo II a. C.), aunque no figura en la Ilíada de Homero.

También Hércules, en el cumplimiento de su noveno Trabajo, tuvo que acudir por mandato de su primo Euristeo, que quería complacer a su hija Admete, ante la Corte de las amazonas para hacerse con el cinturón de oro que adornaba el talle de la reina Hipólita, regalo de Ares. El amor que el hijo de Zeus, inspiró a la soberana, facilitó la empresa porque esta cayó rendida a sus pies. Pero la venganza de Hera, que como una mala madrastra perseguía desde la cuna al héroe por ser hijo extraconyugal, desató la rabia entre las mujeres cuando las hizo creer que aquel hombre solo había venido a sus dominios para raptar a la reina, con lo que el amor se convirtió con más fuerza en odio y la batalla no se hizo esperar.

Sus combates con los griegos, o *amazonomaquia*, de los que eran encarnizadas enemigas, fueron recogidos por Fidias, escultor clásico del siglo V a. C., en los relieves que decoran el Partenón de Atenas.

Pero si peligrosas fueron estas féminas con las armas, no lo eran menos con sus encantos; la belleza de la que hacían gala, su melena al viento y su

ropa escasa que dejaba al aire su único seno, su aspecto sensual montadas a caballo —famosas por su destreza en el dominio del noble bruto—, provocaban el encanto de los hombres, como ocurrió con los temibles escitas, quienes, según Herodoto, llegaron a tener descendencia con ellas.

Para el enigma queda la posibilidad de su existencia. Seguramente, el mito, como todos los mitos, está fundado en hechos históricos, cual pudo ser la existencia de sociedades de tipo matriarcal que no sólo ejercieran el poder sobre los hombres, sino que llegaran hasta el extremo de expulsarlos de sus dominios.

Lo cierto es que las mujeres guerreras aparecen no solo en la cultura helena. En el norte de Europa, según Alfredo el Grande de Wessex, Inglaterra (siglo IX), existía un reino gobernado únicamente por mujeres, el Magdala, del cual hablan también Adam de Breme en la misma época y el musulmán Ibn Yacoub a finales del siglo siguiente, situando el territorio cerca del mar Báltico. En el sudeste asiático, cerca de Sumatra, en la remota isla de Engano, existen relatos de mujeres guerreras. Marco Polo, el viajero veneciano que vivió a caballo de los siglos XIII y XIV, y llegó hasta China, donde estuvo al servicio del Gran Khan Kubilai, informa de dos islas próximas al reino de Khesmakoran habitadas respectivamente por mujeres y hombres; estos visitan una vez al año a las primeras con fines reproductivos y regresan luego a su territorio, al que son devueltos los hijos varones cuando llegan a la edad de doce años, quedándose las niñas a vivir de por vida con sus madres.

En el Nuevo Mundo, fueron más de uno los testimonios que relataban la presencia de tribus compuestas exclusivamente por mujeres guerreras, como el del Almirante Colón en las Antillas o el de Francisco de Orellana describiendo el combate que mantuvieron él y sus hombres, en 1541, contra belicosas mujeres blancas de largos y trenzados cabellos, armadas con arcos y flechas, que habitaban en la Amazonia, nombre que dieron al río más caudaloso del mundo, cuyo significado en lengua autóctona no tiene nada que ver con el griego, sino que quiere decir «destructor de barcos», más parece por la furia de sus aguas que por las féminas que habitaban sus riberas.

Presentes en el mundo de las artes plásticas como motivo decorativo no solo en la Antigüedad Clásica sino en todas las épocas, la literatura también se ocupó de ellas, como demuestra el drama «Fedra» del poeta francés Jean-Baptiste Racine (1639-1699), cuyo protagonista es Hipólito, el hijo nacido de la unión de Teseo y la reina Antíope (Hipólita, en otras versiones), raptada por el héroe del Minotauro al quedar prendado de la irresistible hermosura de la soberana, por la cual sus súbditas pelearon en el Ática, donde cayeron finalmente derrotadas. Exaltadas por el Romanticismo pasional, representan un modelo de erotismo agreste, salvaje, natural, en contraposición a los tipos femeninos cuyos encantos se hallan en la ternura y la delicadeza.

Existieran realmente o no —eso queda para la incógnita—, las amazonas constituyeron un caso de matriarcado e independencia frente al poder masculino, salvando los tremendismos propios de cualquier relato mitológico.

EL VUDÚ, VOLVERSE UN ZOMBI

Volver de la muerte para convertirse en esclavo. Es el rito vudú, que solamente los *bokos* (magos) haitianos dominan.

El fenómeno se conoce como «zombificación» y constituye un castigo que se puede contratar a la carta para rematar alguna venganza que si no pudo llevarse a cabo de manera satisfactoria contra algún enemigo en vida, todavía se podrá realizar *post mortem*, convirtiendo un determinado cadáver en un *zombi*, es decir, en un «muerto viviente».

El fenómeno es típico de Haití, el mísero país situado al oriente de la isla caribeña de Santo Domingo, conocida en todo el planeta por sus frecuentes terremotos que, precisamente, hacen más mella en esta nación que en la vecina República Dominicana; el motivo: la endeblez de sus construcciones, que se vienen abajo con facilidad, sepultando a sus moradores.

Precisamente, el término vudú, de raíz africana, se utiliza en algunas partes del Continente Negro, como ciertos países del golfo de Guinea (Togo o la antigua Dahomey, actual Benín), para nombrar a los elementos de la

Naturaleza. Muchos de aquellos millones de esclavos negros arrancados de su tierra a sangre y fuego para ser trasladados a América, en una de las mayores ignominias de la Humanidad, portaron consigo estas creencias para ponerlas en práctica en sus nuevos países, donde se mezclaron con las tradiciones lugareñas y distintos aspectos del cristianismo impuesto de manera forzada, para dar lugar a ritos como este del que estamos hablando.

El vudú opera como una religión. Tiene su dios supremo, el Gran Maestro, creador de unos espíritus llamados *loas*, que son los protectores de los iniciados. La ceremonia ritual de iniciación se halla dirigida por un sacerdote (*uga*) o una sacerdotisa (*mambo*), un hechicero (*loup-garou*) y el mago o *boko*, y en ella no falta la sangre procedente del sacrificio de algún animal, aves especialmente, acompañada de las típicas invocaciones y alabanzas, que no pueden faltar en un rito que se precie. Ahora, el zombi ya ha alcanzado su *status*. Un *loa* le hará su esclavo y dirigirá su vida en adelante.

Pero la vida del zombi es horrenda, nadie la quiere, como es natural, para sus allegados. Por eso, a algunos cadáveres se les corta la cabeza para evitar que sean transformados en muertos vivientes. Entre estos, los zombis, también existen los grados o categorías: zombi astral o espiritual; zombi redivivo, esclavizado, al servicio de quien le posee; y zombi sabana, es decir, antiguo zombi que vuelve a la vida.

En los años 80 del pasado siglo se dio un caso que trascendió a todo el mundo. Un campesino haitiano, que había sido declarado muerto en 1962, se presentó ante su hermana, dieciocho años después, o sea, en 1980, afirmando que había sido transformado en zombi por un *boko* contratado por otro de sus hermanos para consumar una venganza a causa de un asunto hereditario. Recordaba detalles previos a su muerte en el hospital y que había sido sacado del ataúd para ser «zombificado». Posteriormente, contó que fue obligado a trabajar como esclavo en una plantación junto a otros zombis.

Nada menos que la BBC se hizo eco del asunto y su resonancia, como decimos, fue mundial. El Dr. Lamarque Douvon, psiquiatra del hospital de Puerto Príncipe, la capital de Haití, examinó al paciente a través de un cuestionario familiar que debía responder en presencia de algunos parientes

a fin de constatar si se trataba de un impostor. ¡Y concluyó que el vudú era real!

Pero la ciencia siempre se supera a sí misma. El Dr. Wade Davis, de la Universidad de Harvard, publicó en 1985 un libro titulado «Vudú», en el que despejó el camino en este complicado rito procedente de creencias animistas africanas, mezclado a la fuerza, como antes comentamos, con un cristianismo malentendido, del que se tomaron incluso algunos santos para convertirlos en espíritus vudús.

Dice Davis que a través de la influencia de determinadas sustancias tóxicas se puede detener el ritmo cardíaco del cuerpo humano para situarle en la raya que separa la vida y la muerte, haciendo pasar por fallecido a quien aún se halla de este lado del mundo. Para ello se emplean condimentos a base de plantas venenosas como la *albizzia*, que tiene una alta proporción de saponinas, muy tóxicas para el organismo, huesos tanto de cadáveres humanos como del sapo *Bufo marinus* (altamente venenoso) machacados en polvo, lagartijas, gusanos y peces como el pez globo, que posee un alto contenido de tetrodoxotina, la cual puede provocar la parálisis total del individuo hasta sumirle en el estado aparente de muerte física, incluso en un diagnóstico médico.

Todos los simples, mezclados en un compuesto —como el *Fierabrás* de don Quijote—, se ponen al fuego y demás tratamientos al uso, al objeto de constituir el que podríamos llamar «bálsamo de los zombis», el cual es cierto que puede llegar a producir, si no la cura de ningún mal del cuerpo, sí la transformación de las constantes vitales para, acompañada de la sugestión mental necesaria, adueñarse de la voluntad de una persona. De ahí que esta «técnica» no haya dejado de tener arraigo entre el caldo de cultivo de algunos lugares tremendamente supersticiosos, a donde fue llevada para servir a mezquinos deseos de *vendetta* contra quienes, efectivamente, se consideraba que habían hecho el mal a determinadas personas que claman venganza.

LES PROPHETIES DE M. MICHEL NOSTRADAMVS.

Dont il y en a trois cens qui n'ont encores iamais esté imprimées.

Adiouſtées de nouueau par ledict Autheur.



A LYON,
PAR BENOIST RIGAVD.
1568.
Auec permiſſion.

LAS PROFECÍAS

SAN MALAQUÍAS

San Malaquías fue un arzobispo de Armagh, en Irlanda, que vivió entre 1094-1148 y llegó a tanto su labor por la Iglesia que con relativa prontitud, en 1191, fue canonizado.

Mucho después de su muerte, en 1590, el monje benedictino Arnoldo de Wion declaró haber encontrado en la biblioteca del monasterio de Mantua, del que era abad, un manuscrito que constaba de 113 predicciones en forma de lemas, en cada uno de las cuales se profetizaba el papa que había de suceder a su antecesor hasta el tiempo de la *Parusía* o segunda venida de Cristo Juez a la Tierra, al llegar el fin del mundo, en el tercer milenio de nuestra era.

Estas predicciones, conocidas como «La profecía de los papas», aparecieron recopiladas en el *Lignum Vitae* del citado Wion, publicado en Venecia en 1595, donde se ofrecía una relación de los sumos pontífices que aún estaban por venir desde Celestino II (contemporáneo del profeta) y se atribuía a cada cual una determinada característica para identificarlo, alusiva, por ejemplo, a su lugar de nacimiento, a su nombre o a su escudo, todo ello aportando no poca imaginación.

No obstante, el paso del tiempo ha ido desechando la idea de que el autor fuese el arzobispo irlandés, gran amigo de san Bernardo de Claraval, que le sobrevivió cinco años. Este santo escribió una biografía sobre la vida de san Malaquías, 31 capítulos en los que, extrañamente, no aparece ninguna mención a las famosas profecías papales, por lo que se sospecha que no debieron ser obra suya.

Otro asunto sospechoso es que los papas que ya habían pasado a la Historia se reconocen bien en los lemas proféticos, pero a partir de Clemente VIII, pontífice a la fecha de publicación de la obra, solamente se logra relacionar la profecía con el siguiente sucesor de san Pedro si se ensancha la imaginación. Por ello, existen varias opiniones que se inclinan porque el verdadero autor de los 113 lemas no fue san Malaquías sino el monje Wion, que se lo atribuyó al santo arzobispo irlandés. O quizá estén inspirados en el *Epitome Romanorum Pontificum*, del agustino Onofre Panvinio, publicado en 1557, al menos los 69 primeros lemas, que son los que hablan de los papas anteriores al contemporáneo de Wion, el citado Clemente VIII.

Para hacernos una idea del contenido de las profecías, transcribimos a continuación los lemas que aluden a los cinco últimos pontífices que antecedieron al actual, significando que el número que precede a cada uno corresponde al ordinal de su pontificado:

- 107: *Pastor et nauta* (Pastor y navegante). Juan XXIII (1958-1963). El lema tendría relación con el cargo que ocupaba cuando su nombramiento (cardenal de Venecia o *Pastor Venetiarum*) y con las primeras palabras de este papa y su metáfora del navío de la Iglesia a la que él daría un golpe de timón para cambiar su rumbo: el Concilio Vaticano II.
- 108: *Flos florum* (Flor de las flores). Pablo VI (1963-1978). Su escudo contiene, por triplicado, la flor de lis o flor de las flores.
- 109: *De medietate lunae* (De la media o la mitad de la luna). Juan Pablo I (1978). Fue elegido el 26 de agosto y falleció a los 33 días: el 28 de septiembre. Su nombre de pila, Albino Luciani, en italiano «luz blanca», puede aludir a la plateada luz de nuestro satélite. Otro detalle sería su lugar de nacimiento, situado en la diócesis de Belluno («bella luna»). Así mismo, el término «media» o «mitad» podría relacionarse con la circunstancia de que a este pontífice le sucedió otro con el mismo nombre. Otras coincidencias fueron que tanto su nacimiento, su ordenación sacerdotal, su elección como obispo y luego patriarca de Venecia y su designación como pontífice, tuvieron lugar siempre en cuarto creciente (media luna).

- 110: *De labore solis* (Del trabajo o la fatiga del Sol). Juan Pablo II (1978-2005). Fue el pontífice más viajero y el que más tiempo gobernó la Iglesia después de Pío IX. Otros interpretan el lema con que el día del nacimiento y muerte de Juan Pablo II hubo un eclipse solar. Así mismo, también puede aludir a su país de origen, Polonia, que pertenece a la Europa del Este, el punto cardinal por donde sale el Sol. O bien la tierra donde el astro rey luce tibio, con trabajo o fatiga a causa del frío. Aunque, para fatiga o desaliento, tanto el suyo como el de la Iglesia en general, el que tuvo lugar a raíz del atentado que sufrió el 13 de mayo de 1981.
- 111: *Gloria olivae* (La gloria del olivo). Benedicto XVI (2005-2013), que nació y fue bautizado en un Sábado de Gloria. También podría relacionarse su lema con el escudo de la Orden de los benedictinos, que contiene un olivo. Así mismo, como este árbol es el símbolo de Israel y el papa Benedicto protagonizó un encuentro con los dos grandes rabinos judíos, e incluso se adentró en una sinagoga durante su visita a Colonia, podría apreciarse así la relación de este pontífice con la profecía.
- 112: *Petrus Romanus* (Pedro el Romano). Francisco (2013), un inesperado papa argentino que ha descolocado todo, pero del que falta saber si será el protagonista de la cita apocalíptica con la que termina la profecía señalando al último pastor; traducida del latín, significa: «En la última persecución, en la Santa Iglesia Romana reinará Pedro el Romano, quien cuidará a su rebaño entre muchas tribulaciones, tras lo cual la ciudad de las siete colinas [Roma] será destruida y el Juez Terrible juzgará a su pueblo. Fin».

Las tribulaciones podrían aludir a la decadencia que soporta la Iglesia en el siglo XXI, acosada por los casos de pederastia y corrupción. No obstante, algunos teólogos han querido interpretarla, curándose en salud, no como el fin del mundo, sino como una refundación del catolicismo, que trasladaría su centro fuera de Roma, quizá a Jerusalén, donde Cristo profetizó a san Pedro: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella». (Mt 16, 18). En conclusión, el enigma está abierto.

NOSTRADAMUS

Michel de Nôtre-Dame, conocido como *Nostradamus*, de origen judío, nació en Saint-Rémy-de-Provence (Francia) a fines del año 1503 y falleció a mediados de 1566. Cuando contaba 15 años ingresó en la Universidad de Aviñón, pero hubo de abandonarla poco después a causa de una epidemia de peste que obligó a su clausura; entonces, se trasladó a la de Montpellier, donde obtuvo el grado de Bachiller. Después de perder a su familia a causa de la misma epidemia, decidió recorrer un poco de mundo y viajó hasta Egipto tras conocer el sur de Francia e Italia.

Dedicado desde poco más de sus 25 años al ejercicio de la Medicina, que había estudiado en la Universidad de Montpellier, aunque no logró el título de doctor al ser expulsado por haber ejercido de apotecario (boticario alquimista), lo cual estaba mal visto, decide permutar esa profesión por la de astrólogo y en 1555 publica «Centurias astrológicas», un texto de contenido críptico, con frases enigmáticas, en el que narra sus visiones mezclando juegos de palabras en varios idiomas (provenzal, griego, latín, italiano, hebreo y árabe). En el prefacio de la obra afirma que no tiene nada de mago ni practica ciencias prohibidas, con el fin de curarse en salud frente a la Inquisición.

Al año siguiente, su fama llega ya hasta Catalina de Médicis, esposa del rey de Francia, Enrique II, dama muy aficionada a lo esotérico y oculto, quien le llama a su Corte para que haga de pitoniso respecto a sus tres hijos. El profeta les atribuye un real futuro, en lo cual acierta plenamente: serán los próximos Francisco II, Carlos IX y Enrique III. El segundo de ellos le tomará como médico particular en 1564, pero solo dos años más tarde el adivino fallecerá de un infarto fulminante al regreso de una misión encomendada por el monarca. Una de sus cuartetas lo había predicho:

De vuelta de la embajada que el rey le encomendó,

ya nada hará, se habrá ido hacia Dios.

Parientes cercanos, amigos, hermanos de sangre.

Encontrado absolutamente muerto a los pies de la cama.

Algunas de sus profecías, a pesar de que pueden entenderse de forma ambigua, diríamos que han llegado a cumplirse; por ejemplo, la ascensión

al poder de Napoleón. Respecto a nuestro tiempo, parece que lo peor está aún por llegar: se desatará un conflicto mundial originado en Oriente Medio —de momento, en este polvorín, se ha producido el peor enconamiento de las relaciones ruso-norteamericanas desde la Guerra Fría—, durante el cual tendrá lugar la destrucción de las principales ciudades francesas como Marsella y París. Francia ha sido repetidamente golpeada por el terrorismo, la última vez en Niza el 14 de julio de 2016.

Nostradamus también profetizó la venida del Anticristo, si es que puede interpretarse así la cuarteta 72 de la centuria X; pero hace ya tiempo que tenía que haber llegado; según él, la fecha era el año 1999, al fin del milenio, época propicia para establecer profecías apocalípticas:

El año mil novecientos noventa (y) nueve, siete mes,

del cielo vendrá un gran Rey de terror,

para resucitar al gran rey de Angolmois

antes, después Marte reinar por fortuna.

Teniendo en cuenta que el número 1 simboliza la Divinidad, el 9 al género humano —el tiempo que dura la gestación— y que el mes 7, además de referirse a julio, simbolizaría la plenitud, algunos han querido leer el mensaje de *Nostradamus* como que ya se ha agotado el límite concedido por Dios a la Humanidad y esta tendrá que soportar las consecuencias de su atroz comportamiento, entre ellas, las catástrofes naturales que ya se han venido produciendo desde esa fecha: erupciones volcánicas, tsunamis (Indonesia, Japón), terremotos (Turquía, Pakistán, México, Chile, Haití, Japón), además de guerras como las que se han ido desatando por todo el mundo desde entonces.

Respecto al término *Angolmois*, existen diversas interpretaciones. Una de ellas lo relaciona con la fusión de los vocablos *Angelique* y *mois* («cuna», en francés), haciendo referencia al Rey de Cuna Angélica, o sea, a Jesucristo. Otros opinan que se trata del rey del terror, aludiendo a algún bárbaro conquistador de la Antigüedad, como Atila o al emperador de los mongoles, Gengis Khan, basándose en que al final del lema habla del reinado de Marte, el dios de la guerra.

Así pues, se trata de profecías de carácter muy general, que admiten interpretaciones para todos los gustos, pero no dejan de tener cierto aire enigmático puesto que fueron establecidas con más de 500 años de antelación.

LOS SECRETOS DE FÁTIMA

Todo empezó en Cova de Iría, parroquia de Fátima (Portugal), el 13 de mayo de 1917, cuando tres pequeños pastorcillos, Lucía dos Santos, de 10 años, y los hermanos Francisco y Jacinta Marto, que contaban 9 y 7 respectivamente, vieron al mediodía, sobre una pequeña encina, «una señora más brillante que el Sol».

Así continuó ocurriendo durante los siguientes cinco meses, todos los días 13 a la misma hora: la del *Angelus*. El último de ellos, en octubre, la mujer se despidió diciendo que era la «Señora del Rosario» (octubre es el mes que el calendario católico dedica a la Virgen del Rosario) y que quería que, allí mismo, fuera levantada una ermita en su honor.

Antes, en su tercera aparición, es decir, el 13 de julio, la «Señora» comunicó a los niños un mensaje que contenía tres secretos trascendentales para la Humanidad, con la indicación de que, mientras ella no les dijera otra cosa, debían mantenerlos en secreto.

Los dos hermanos pequeños fallecieron al cabo de dos o tres años. Lucía, la mayor, cuando cumplió 18, ingresó en el convento de la Hermanas Doroteas de Tuy (Pontevedra). Allí guardó celosamente los secretos confiados por la resplandeciente Señora del bosque hasta 1942, cuando, en plena Segunda Guerra Mundial, convencida por el obispo de Leiria, monseñor José Alves Correia da Silva, escribió en un papel dos de los misterios de Fátima.

El primero se trataba de una visión simbólica del infierno, mientras el segundo, de mayor contenido, aconsejaba cómo salvarse del mismo, profetizaba el final de la Primera Guerra Mundial —que estaba en pleno desarrollo cuando la revelación a los niños— pero anunciaba otra conflagración aún más devastadora —la Segunda Guerra Mundial, cuyo desarrollo era contemporáneo a las revelaciones de sor Lucía—, además de

profetizar la futura caída del comunismo en Rusia (país que en 1917 se hallaba inmerso en la Revolución bolchevique), así como su posterior conversión al cristianismo.

Transcribimos el escrito de sor Lucía para quienes tengan curiosidad por conocer su contenido literal, el cual, como dice J. J. Benítez con respecto al primer misterio, «en algunos de sus párrafos, deja mucho que desear en lo que a su "origen divino" se refiere»:

> … El secreto consta de tres cosas distintas, dos de las cuales voy a revelar.
>
> La primera fue, pues, la visión del infierno.
>
> Nuestra Señora nos mostró un mar de fuego que parecía estar debajo de la tierra. Sumergidos en ese fuego estaban los demonios y las almas como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, con forma humana. Llevados por las llamas que de ellos mismos salían juntamente con horribles nubes de humo, flotaban en aquel fuego y caían hacia todos los lados igual que las pavesas en los grandes incendios sin peso ni equilibrio, entre gritos y gemidos de desesperación que horrorizaban y hacían estremecer de espanto. Los demonios se distinguían por formas horribles y repugnantes de animales espantosos y desconocidos pero transparentes y negros. Esta visión duró solo un momento…

En cuanto al contenido del segundo misterio, como también dice Benítez, «al hacer alusión a temas más puntuales, la cosa cambia»; se trata de anuncios y advertencias:

> … Cuando veáis una noche alumbrada por una luz desconocida [¿ la aurora boreal entre el 25 y 26 de enero de 1938, poco antes de la anexión de Austria por Hitler, paso previo al inicio de la gran contienda mundial?], sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes por medio de la guerra, el hambre y las persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre. Para impedirlo vendré a pedir la consagración de Rusia a mi inmaculado Corazón y la comunión reparadora de los primeros sábados. Si atendieran a mis peticiones, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, ella esparcirá sus errores por el mundo promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá mucho que sufrir, varias naciones serán aniquiladas. Por fin mi Corazón Inmaculado triunfará. El Santo Padre me consagrará a Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz.

Efectivamente, la consagración de Rusia se produjo el 7 de julio de 1952. Pero el secreto adolece de grandes lagunas. Todos los males que anuncia se atribuyen a la Rusia comunista. No cita a la Alemania nazi como futura ejecutora de los crueles genocidios en Europa, ni a Japón en el continente asiático. Por otra parte, es difícil sostener que el mundo vive un

período de paz: que se lo digan a ese que llamamos «Tercer Mundo». En fin, en cuestiones de fe, todo es personal.

Al año siguiente, la monja Lucía, que se resistía a revelar el tercer secreto, padeció una grave enfermedad y, convencida de nuevo por el obispo de Leiria, decidió dejar constancia escrita de lo que sabía antes de que pudiera fallecer y llevárselo a la tumba. Así lo hizo en sobre lacrado, un 2 de enero de 1944, pidiendo que no fuese abierto hasta 1960. Tres años antes, en 1957, fue cuando siendo papa Pío XII el sobre llegó al Vaticano, puesto que hasta entonces la Santa Sede se había negado a aceptarlo. Mientras tanto, permaneció en el Obispado de Lisboa. Este pontífice decidió dejar la apertura del sobre a su sucesor, Juan XXIII, hoy canonizado, quien procedió a ello el 26 de diciembre de 1962; pero, después de leerlo, decidió seguir guardando su contenido, aunque envió un extracto del mismo a los centros de poder geopolítico: Estados Unidos, la Unión Soviética, Gran Bretaña y la ONU, en plena época de la Guerra Fría y la llamada «Crisis de los Misiles» de Cuba. El mundo creyó, asombrado, que graves advertencias para la Humanidad se encerraban en aquel mensaje, y quizá por aquello de «Dejad que los niños se acerquen a Mí» (Mt 19, 14; Mc 10, 14; Lc 18, 16), habían sido confiadas ¡a niños inocentes! Tal vez, la Iglesia solo buscaba, como fuese, un protagonismo mundial que la Historia ya no le concedía.

Sería en el año 2000 cuando Juan Pablo II, con motivo de la beatificación de los tres pastorcillos de Fátima —y con sor Lucía aún viva, pues no fallecería hasta 2005—, decidió dar a conocer, «a toro pasado», el tercero de los secretos de Fátima por medio del cardenal Angelo Sodano, Secretario de Estado de la Santa Sede.

El texto, visionario y simbólico, fue interpretado como la premonición del grave atentado contra su vida que había sufrido el Sumo Pontífice el 13 de mayo de 1981 (64º aniversario de la aparición de la Virgen de Fátima) en la plaza de San Pedro del Vaticano a manos del turco Alí Agca, a quien posteriormente, como Cristo a sus verdugos, también le perdonó. Así mismo, según declaró monseñor Sodano, el papa llevó a cabo otras interpretaciones adicionales que se desprendían del mensaje mariano, como

«la lucha de los sistemas ateos contra la Iglesia y los cristianos, y el inmenso sufrimiento de los testigos de la fe en el último siglo».

Este es el contenido literal del llamado tercer secreto de Fátima, según la traducción oficial del manuscrito de sor Lucía:

> Tercera parte del secreto revelado el 13 de julio de 1917 en la Cueva de Iría-Fátima. Escribo en obediencia a Vos, Dios mío, que lo ordenáis por medio de Su Excelencia Reverendísima el Señor Obispo de Leiría y de la Santísima Madre vuestra y mía.
>
> Después de las dos partes que ya he expuesto, hemos visto al lado izquierdo de Nuestra Señora un poco más a lo alto a un ángel con una espada de fuego en la mano izquierda; centelleando emitía llamas que parecía iban a incendiar el mundo; pero se apagaban al contacto con el esplendor que Nuestra Señora irradiaba con su mano derecha dirigida hacia él; el ángel, señalando la tierra con su mano derecha, dijo con fuerte voz: ¡Penitencia, penitencia, penitencia! Y vimos en una inmensa luz qué es Dios: «algo semejante a como se ven las personas en un espejo cuando pasan ante él». A un obispo vestido de blanco «hemos tenido el presentimiento de que fuera el Santo Padre». También a otros obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas subir una montaña empinada, en cuya cumbre había una gran Cruz de maderos toscos como si fueran de alcornoque con la corteza; el Santo Padre, antes de llegar a ella, atravesó una gran ciudad medio en ruinas y medio tembloroso con paso vacilante, apesadumbrado de dolor y pena, rezando por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino; llegado a la cima del monte, postrado de rodillas a los pies de la gran cruz, fue muerto por un grupo de soldados que le dispararon varios tiros de arma de fuego y flechas; y del mismo modo murieron unos tras otros los obispos, sacerdotes religiosos y religiosas y diversas personas seglares, hombres y mujeres de diversas clases y posiciones. Bajo los brazos de la cruz había dos ángeles, cada uno de ellos con una jarra de cristal en la mano, en las cuales recogían la sangre de los mártires y regaban con ella las almas que se acercaban a Dios.
>
> Vaticano, 26 de junio de 2000

En cuanto al atentado, aunque en principio se pensó que su autor debía tratarse de un agente al servicio del terrorismo palestino, que obraba por fanatismo religioso, todo debió formar parte de un complot de la llamada «trama búlgara», en la que participaron, al menos, otros cuatro turcos junto a tres diplomáticos búlgaros, quienes, al servicio de la KGB soviética, pretendían matar al papa polaco para impedir que actuara contra el comunismo en su país de nacimiento.

En 2010, Benedicto XVI, que mientras fue cardenal Ratzinger también especuló con el contenido del famoso tercer secreto, realizó una nueva interpretación o reinterpretación del mismo durante su visita a Portugal, incidiendo en el «valor eterno» del mensaje de Fátima, que se manifestaba,

según él, en que los ataques a la Iglesia no solo procedían del exterior, como hasta ahora se había sostenido, sino también, y muy gravemente, de su interior, del «pecado de la Iglesia», como quiso denominar a los diversos casos de abusos sexuales cometidos por religiosos contra menores, que repetidamente salen a la luz pública.

LOS MAYAS Y EL FIN DEL MUNDO

Para entender las profecías mayas sobre el fin del mundo hay que conocer su manera de contar el tiempo, que luego imitarían los aztecas. Para ello, disponían de dos tipos de calendarios:

- De cuenta corta, que era de dos clases: sagrado (*Tzolkín*), formado por 13 períodos de 20 días, en total, 260; y civil (*Haab*), compuesto por 18 meses de 20 días, a los que se añadían otros 5 a final de año, en total, 365, formando cada 52 años solares un siglo. Esos cinco días últimos se consideraban aciagos, es decir, de malos presagios para quienes nacieran en ellos, que permanecían toda la vida marcados por el signo del infortunio. El primero se utilizaba para las fiestas religiosas y para dar nombre a los recién nacidos. El segundo para las cosechas y las labores administrativas.
- De cuenta larga, que establecía el origen del mundo actual en una fecha que, trasladada al calendario gregoriano, corresponde al 11 o, más probablemente, al 13 de agosto del año 3114 antes de Cristo.

Los mayas medían el tiempo a través del período que tarda nuestro sistema solar en dar una vuelta completa alrededor de la galaxia, que habían contabilizado en 25 625 años, los cuales se reparten en cinco etapas o mundos, denominados cada uno con los diferentes momentos del día: la mañana, el mediodía, la tarde, la noche y el amanecer. Cada uno de estos consta de 5125 años, que se subdividen en 13 fases o *baktunes*, constituidos a su vez por 400 años de 360 días, en total, 1 872 000 días.

Considerando que, como acabamos de decir, su calendario de cuenta larga establece el origen del mundo actual el 13 de agosto de 3114 a. C., añadiendo a esa fecha tal número de días (1 872 000), el 21 de diciembre de

2012 se produjo el final de un mundo —el cuarto— y el comienzo de otro —el quinto—.

De ahí, la leyenda que circuló por entonces afirmando que la profecía maya establecía el fin del mundo en ese día, que, sin embargo, era, en realidad, fin y principio. Como siempre.

EL APOCALIPSIS DE SAN JUAN

Juan, fue «aquel discípulo a quien amaba Jesús» (Jn 21:7), predilecto de Cristo, el único de los doce apóstoles que le acompañó hasta El Calvario. Durante su destierro en la isla de Patmos, una de las doce que forman el archipiélago del Dodecaneso —Rodas, Kos, Kálimnos, Kárpatos, Kasos, Kastelorizo, Symi, Tilos, Nísiros, Astipalea, Leros y Patmos— en el mar Egeo, en la que fue confinado por orden del emperador Domiciano (81-96 d. C.), puso por escrito en el libro que se conoce como *Apocalipsis* («revelación», en griego, con el sentido de desvelar algo oculto), las visones que se le presentaron, haciendo gala de una enorme belleza lírica.

En el propio manuscrito, con el que concluye el Nuevo Testamento, se dice que el autor es Juan, «testigo de Jesucristo» (Ap 1, 2; 22, 8), el mismo que escribió el evangelio de su nombre. Sin embargo, tanto el estilo literario como el vocabulario de ambos textos no guardan ninguna coincidencia, por lo que es difícil atribuir los dos libros a idéntico autor, aunque sí pueden provenir de círculos próximos al santo.

El texto, reconocido por la Iglesia como de carácter profético sobre el final de los tiempos y el Día del Juicio Final, está plagado de metáforas, alegorías y simbolismos. Predice el fin del mundo y la *Parusía* o segunda venida de Jesucristo a la Tierra para juzgar a vivos y muertos, después de derrotar a la Bestia, al Mal.

El centro del contenido literario es el propio Jesucristo, presentado como el Cordero ya sacrificado que, ahora glorificado, se desposa con la Iglesia.

Después de una breve introducción (1:8), en la primera parte del libro (1:9, 3:22) se transcriben las siete cartas que Jesucristo envía a siete comunidades de fieles o siete iglesias de Asia Menor (Éfeso, Esmirna,

Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea), pidiéndolas que se conviertan. Como ya hemos dicho en otras partes de este libro, esa cifra, el número 7, para el mundo judío representaba la perfección, la totalidad; de ahí que hablar de siete iglesias implique referirse a la Iglesia en conjunto.

En la segunda parte (4, 8:1), se presenta el Tribunal de Dios y se da cuenta del despliegue de las fuerzas para luchar contra el mundo pagano, así como la apertura por parte del Cordero de los siete sellos que descubren los misterios de la justicia divina.

La tercera parte (8:2, 11:18) comienza describiendo esa lucha y la que se lleva a cabo contra Israel, junto a las plagas y las catástrofes sobre la Tierra provocadas por las siete trompetas y los siete truenos de los siete ángeles. Finaliza con la adoración a Dios de los veinticuatro ancianos que estaban sentados delante de su trono.

La cuarta parte (11:19, 14:5) trata de la Encarnación del Hijo de Dios por medio de la visión de la Mujer —la Virgen María, que representa a la Iglesia de Cristo— y de la batalla contra el dragón —el demonio— en el cielo («Miguel y sus ángeles peleaban con el dragón, y peleó el dragón y sus ángeles, y no pudieron triunfar…», 12:7-8), la persecución de la Bestia a los justos y la visión del *Agnus Dei* sobre el monte Sión, una de las colinas fuera de las murallas de Jerusalén que, usado como sinécdoque, se refiere a toda la tierra de Israel.

En la quinta parte (14:6, 19:21) se habla de los preludios del juicio contra Roma, de las copas de la cólera divina y del anuncio del castigo contra la gran ramera Babilonia, así como de los preparativos para la gran batalla de Harmagedón y la captura de la Bestia.

La sexta y última parte (20, 22:5) habla del encadenamiento de la Bestia por tiempo de mil años, al cabo de los cuales se producirá la última batalla y el triunfo final de Cristo y la Iglesia, al que seguirá el Juicio Universal —de ahí el terror de las gentes al acercarse el año 1000 de nuestra Era—, concluyendo con la visión de la Nueva Jerusalén Celestial (21:1, 22:5), a la que sigue, por último, un breve epílogo (22:6-21).

El enigma de que se terminen cumpliendo las predicciones del Apocalipsis constituye un misterio cada día, aunque la Ciencia, naturalmente, lo prevé de otra manera.

BIBLIOGRAFÍA

BENÍTEZ, J. J.: *Mis enigmas favoritos*. Planeta Agostini. Barcelona, 2000.

BONSOR, Jorge: *Tartessos*. Almuzara. Córdoba, 2016.

BÜRGIN, LUC. *Enigmas arqueológicos*. Ceac. Barcelona, 2000.

CARDEÑOSA, Bruno: *100 enigmas del mundo*. Corona Borealis. Madrid, 2003.

CARRILLO, Raquel: *Breve Historia de Tartessos*. Nowtilus. Madrid, 2011.

CASAS GONZÁLEZ, Alberto: *La materia oscura. El elemento más misterioso del universo*. RBA. Barcelona, 2015.

CEBRIÁN, Juan Antonio, CARDEÑOSA, Bruno, CANALES, Carlos y CALLEJO, Jesús: *Enigma: de las pirámides de Egipto al asesinato de Kennedy.* Temas de Hoy. Madrid, 2005.

CENTINI, Massimo: *Los lugares misteriosos de la Tierra*. De Vecchi. Barcelona, 2003.

—*Ciudades, lugares y continentes desaparecidos*. De Vecchi. Barcelona, 2004.

COLLINS, David: *El libro negro de los enigmas históricos*. Robin Book. Barcelona, 2011.

CUESTA MILLÁN, Juan Ignacio: *50 lugares mágicos*. América Ibérica. Madrid, 2007

ESLAVA GALÁN, Juan: *España insólita y misteriosa*. Planeta. Barcelona, 2006.

HAMBLIN, William J. y SEELY, David Rolph: *El Templo de Salomón. Historia y mito*. Akal, Madrid, 2008.

HARPUR, James y WESTWOOD, Jennifer: *Atlas de lugares legendarios*. Debate. Madrid, 1991.

HATCHER CHILDRESS, David: *El enigma de los olmecas y las calaveras de cristal*. Nowtilus. Madrid, 2009.

MERINO, José María: *Leyendas españolas de todos los tiempos: Una memoria soñada*. Siruela. Madrid, 2010.

READER, Paul: *Napoleón*. Bruguera. Barcelona, 1972.

TARANILLA DE LA VARGA, Carlos J.: *Grandes mitos y leyendas de la Historia. Seres fantásticos y tierras legendarias.* Almuzara. Córdoba, 2016.

TORRES SEVILLA, Margarita y ORTEGA DEL RÍO, José Miguel: *Los reyes del grial*. Reino de Cordelia. Madrid, 2014.

VILLAHIZÁN, Javier: *Samuráis, ninjas y gheisas. Todos los aspectos de la tradición japonesa.* Libsa. Madrid, 2007.

VV AA: *Los grandes enigmas*. Larousse. Barcelona, 1999.

VV AA: *Grandes enigmas de la humanidad (I, II y III)*. Océano. Barcelona, 2013.